NEGRA
ALFAGUARA

Alexandre Escrivà

El misterio Hannah Larson



Narrativa Hispánica

El misterio Hannah Larson



Dedicatoria

Para Alba, por ser la llama eterna de esta locura

Advertencia al lector

Aunque algunos elementos de esta novela se inspiran en hechos históricos, el autor ha dado rienda suelta a su imaginación mediante unos personajes y unos hechos ficcionados que no se corresponden en ningún caso con hechos reales.

Prólogo

Un mar de voces inunda las instalaciones. Técnicos vestidos con ropa negra y pinganillos metidos en las orejas caminan de un lado a otro con celeridad. El ruido podría llegar a ser molesto para algunos si le prestasen atención, pero no hay tiempo para ello. Cada uno tiene su labor en este proyecto y todos se preocupan de que no sea su parte la que falle esta noche. No hay nadie imprescindible, y, si alguien no hace bien su trabajo, no va a ser capaz de conservarlo. En todas las habitaciones hay relojes digitales sincronizados en los que se visualiza la cuenta atrás. Las prisas se acentúan: queda un minuto.

En mitad de ese ajetreo, Rachel Brooks se dirige al backstage con una tranquilidad inquebrantable. A diferencia de los demás, ella sí es imprescindible. Sobre todo, porque el *late night* que está a punto de presentar se llama *El show de Rachel Brooks*, y ella sabe que los índices de audiencia caerían en picado si no fuese la voz e imagen del programa. Hoy lleva un vestido rojo llamativo, el pelo ondulado sobre un hombro y unos pendientes que espera que reluzcan bajo los focos. Sandy Robinson, la chica que se deja la vida por ser su sombra, va tras ella leyendo en voz alta todas las directrices que ha de seguir durante la emisión, pero ella no la escucha, conoce perfectamente el funcionamiento de su propio programa y confía en sus dotes de improvisación. Eso es lo que marca la diferencia: saber improvisar con elegancia.

—Ah, por cierto —dice Sandy—. Acabamos de recibir una llamada de Patrick Howard.

Rachel se vuelve hacia ella, sorprendida, sin frenar sus pasos.

—¿Patrick? ¿Qué quiere?

—Nos ha dicho que tiene una exclusiva y quiere revelarla hoy, en nuestro programa. Ha asegurado que es importante. Nos puede venir bien en la situación en la que estamos.

Una leve sonrisa nace en las comisuras de la boca de Rachel. Sandy tiene razón, una exclusiva es todo lo que necesitan ahora para desviar la atención de la audiencia. El viernes, un invitado le propuso en directo la colaboración de un músico que estaba empezando a dar sus primeros conciertos, y Rachel, que no tenía el mejor de sus días, se rio y escupió cuatro palabras que la prensa le recordaría durante el fin de semana: «¿Lo dices en serio?». Cuando estás en la cima, son los periodistas los que sentencian si la gente debe amarte u odiarte, y eres tú quien decide seguir caminando por esas arenas movedizas o tirar la toalla y hundirte en el olvido. La noticia sobre el desprecio de la polémica presentadora Rachel Brooks hacia la gente «no famosa» se hizo viral en cuestión de minutos y, con ella, un colapso de Twitter por miles de mensajes de odio hacia el programa y su estrella. Aquello podría haberse quedado en un comentario gracioso o, a lo sumo, en un pequeño prejuicio por no conocer a ese músico. Pero lo que la prensa sensacionalista reflejó fue un ataque hacia un colectivo demasiado grande con el que casi el cien por cien de la audiencia del programa se sentía identificado. «¿Eres lo suficientemente famoso como para que Rachel Brooks te sonría?». «¿Cuántos seguidores debes tener para poder asistir a *El show de Rachel Brooks*?». «La presentadora de moda deja mucho que desear». Rachel sabe que una noticia puede tapar otra, y lo que sea que tenga que anunciar Patrick Howard podría hacer que la gente olvide el suceso del viernes.

—¿Ha dicho de qué se trata?

—No ha querido desvelar nada —explica Sandy—. He pensado que podríamos contactar con él tras el monólogo. Así, el programa empieza con fuerza y damos paso al invitado después.

Al llegar al telón, se detienen y una voz masculina vocifera:

—Preparados.

—Está bien —dice Rachel—. Después del monólogo.

Sandy asiente y se aparta mientras escribe algo en su iPad.

—Entramos en cinco, cuatro, tres, dos, uno…

La música comienza a sonar. Ese primer compás de la batería, ese motivo repetitivo del bajo, los acordes de la guitarra y la entrada de los vientos. Rachel cierra los ojos, cuenta hasta tres y una sonrisa encantadora aparece en su bonito rostro. Abre los ojos y ve que se descorre el telón. Sale al plató y el público estalla en vítores. Ella muestra su dentadura perfecta y saluda efusivamente. La banda sigue tocando y Rachel se acerca para bailar junto a los músicos. El fervor de los asistentes se intensifica con sus contoneos y ella disfruta del momento. Cada noche sigue una coreografía distinta; la monotonía aburre, y la televisión no te permite despistarte ni un solo segundo. Tienes que ser innovador, dinámico y enérgico. Siempre. Con los últimos acordes de la introducción, termina su baile con los brazos en alto y una sensación de éxtasis la recorre de arriba abajo. El público corea su nombre. La quieren, lo del viernes pasará al olvido en unos minutos. Los aplausos desaparecen para dejarla hablar y ella se posiciona delante de la cámara central.

—¡Buenas noches y bienvenidos a *El show de Rachel Brooks*! En el programa especial de hoy, celebraremos nuestros cinco años en antena, reiremos con humoristas sin pelos en la lengua, cantaremos con actuaciones musicales sorpresa y disfrutaremos de unas secciones divertidísimas con un invitado singular. El año pasado lo vimos interpretando el papel de su vida. Sufrimos y nos emocionamos con él por una actuación extraordinaria. ¡Y no hablo sino del ganador del Oscar al Mejor Actor, Leonardo DiCaprio!

La foto del actor aparece en la pantalla gigante de la pared posterior del escenario y el público grita entusiasmado.

—Pero, antes de empezar, quiero hacerte una pregunta. Sí, te lo digo a ti, no te hagas el tonto ahora.

El público ríe brevemente.

—¿Cuántas veces has dicho hoy «te quiero»? ¿Cuántas veces les has dicho a tus empleados «buen trabajo»? ¿Cuántas veces te has dicho a ti mismo que lo estás haciendo genial? El amor puede curar enfermedades. Enfermedades invisibles y contagiosas. Hazme caso, cuídate y cuida a los demás. A tu familia, a tus amigos, a tu pareja, a tus compañeros, a la vecina del quinto…

Risas.

—Fuera bromas, está en nuestro deber hacer de este mundo un lugar mejor. No tenemos tanto tiempo como para desperdiciarlo con odio y envidia. Y, sin embargo, nos sorprendemos cuando alguien nos halaga y no sabemos qué responder. ¿Por qué? Muy sencillo: no estamos acostumbrados al amor. Mi intención es cambiar esto desde hoy mismo. Y te reto a que pongas de tu parte para que lo consigamos entre todos. Empiezo yo dando el primer paso, ¿de acuerdo? Mírame.

El cámara acerca el zoom lentamente y, al conseguir un plano corto perfecto, le hace una señal a Rachel. Ella saca media sonrisa y dice:

—Estoy muy orgullosa de ti.

Ahora, una emotiva aclamación toma el relevo a la efusividad de los aplausos.

—Leonardo DiCaprio no va a ser el único invitado que pase hoy por el plató. Tenemos con nosotros a alguien que consigue mantenernos pegados a la pantalla sin ser actor y a las páginas de un libro sin ser novelista. Su nombre ha traspasado fronteras en apenas dos años y algo me dice que pronto volverá a dar mucho que hablar. Es un periodista que nos ha manifestado su interés por colarse unos minutos en el programa para anunciar algo importante esta noche. ¿Qué será? Les prometo que estoy en ascuas. Producción, ¿lo tenemos en llamada? Genial. ¡Pues démosle un caluroso aplauso a Patrick Howard!

Con los aplausos, la pantalla gigante de su espalda se enciende y Rachel se vuelve hacia ella. Delante de una estantería repleta de libros se ve a un hombre cabizbajo sentado en una silla. Ronda los cuarenta años y lleva un jersey negro de cuello redondo.

—Hola, Patrick. —Rachel carraspea—. ¿Nos escuchas?

El periodista levanta la cabeza y mira a la cámara con gesto muy serio. Tiene los ojos grises, una barba incipiente y un pequeño corte en el labio.

—Hola, Rachel.

—Antes que nada —dice ella—, me gustaría darte la enhorabuena por tu programa y por tus dos libros y agradecerte la confianza

depositada en *El show de Rachel Brooks*. Trabajamos muy duro cada día y estas cosas le alegran a una la semana.

Él aprieta los labios y asiente varias veces, sin pronunciar palabra.

—Bueno —sigue ella, descolocada—, me han dicho que tienes algo que anunciar. No quiero alargar más la espera, así que adelante. Cuéntanos, Patrick.

Patrick Howard cierra los ojos y baja la cabeza de nuevo. Se pasa el dorso de la mano por un ojo, como si quisiera secarse una lágrima, y suspira.

—Solo quiero decir que me arrepiento de todo.

Rachel ladea la cabeza, se pone nerviosa.

—¿Te refieres a quitarnos el aliento con cada crimen? —prueba.

Se oye alguna risa entre el público.

Él no contesta. Como buena presentadora, Rachel debería decir algo, pero le resulta imposible en estos momentos y el silencio es abrumador. Mira a su alrededor, busca la mirada de sus compañeros con la esperanza de que una sola persona le arroje algo de luz sobre lo que está pasando. Todos contemplan la pantalla, atentos a las palabras del periodista. Esto no se lo esperaba. Si es una broma de Sandy, la va a despedir en cuanto acabe el programa.

Por fin, Patrick articula una última frase:

—Lo siento.

Sin más, alza la mano, oculta hasta ahora. En ella hay una pistola. Apoya el cañón en su sien y, antes de que a nadie le dé tiempo a reaccionar, aprieta el gatillo y la bala le perfora el cráneo con un estruendo.

Se escuchan gritos por todos lados. Producción corta la conexión de la videollamada y la pantalla gigante se apaga. Le piden a Rachel por el pinganillo que dé paso a publicidad, pero ella está en shock. No responde a los alaridos que la rodean, ni tampoco a las voces de sus compañeros. Algunas personas del público se levantan y se disponen a salir del plató. Producción insiste vociferando por el pinganillo, pero Rachel no escucha. Solo es capaz de seguir mirando la pantalla gigante, ahora apagada, y se deja engullir por las arenas movedizas, hasta perderse en la oscuridad más absoluta.

1
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 0.20 h

El teléfono suena y Alison se incorpora asustada en la cama.

El corazón le bombea en el pecho. Mira el reloj del despertador: no hace ni una hora que se ha metido en la cama. Inspira hondo por la nariz y expulsa el aire poco a poco por la boca. Se trata de un ejercicio que repite muchas veces a lo largo del día. Un ritual para mantener la calma. Es sencillo, pero le funciona. Alarga a oscuras la mano hasta la mesilla de noche, alcanza el móvil y descuelga la llamada.

—¿Sí? —consigue decir con voz ronca.

—Hess, tenemos un suicidio en la Treinta y dos —anuncia el sargento Russell al otro lado—. Se trata del periodista Patrick Howard. Hace algo más de cuarenta minutos que han retransmitido su muerte en directo en *El show de Rachel Brooks*. Antes de morir ha dicho que se arrepentía de todo. Aún no se sabe a qué podría referirse, pero esas palabras, hacerlo ante las cámaras… Hay algo raro en todo esto. El caso es suyo. Ha llegado el momento de que demuestre lo que vale.

Los restos de somnolencia desaparecen de forma repentina y los nervios trepan por su cuerpo, dejándola sin respiración.

—De acuerdo. Voy enseguida.

Conduce dando golpecitos en el volante. Pasa entre los rascacielos de la calle Cuarenta y seis Oeste y se incorpora a la Quinta Avenida. Las banderas estadounidenses del Banco de América cuelgan

inmóviles de sus mástiles en una noche tranquila. Alison, en cambio, está inquieta. La agitación es parte de su carácter. Lucha contra ella a diario: sale a correr por las mañanas, lee antes de dormir y, desde hace unos días, evita la cafeína a toda costa. Pero está a punto de enfrentarse a su primer caso como detective del Grupo de Homicidios del Departamento de Policía de Nueva York, y quizá nada de eso baste para mantenerla a raya. Aun así, no esperaba que el primer caso fuese un suicidio; a ella le hubiera gustado investigar un homicidio, como su nuevo puesto sugiere, y buscar pistas en la escena del crimen, hacer una lista de sospechosos, resolver un misterio y atrapar al asesino. Aunque, por otra parte, puede que esto le venga bien para romper el hielo, como aperitivo para un buen caso, uno más complejo. Acabarán pronto, confirmarán que ha sido un suicidio y fin de la historia.

Lo que más le llama la atención a Alison es la identidad del suicida. Cualquiera diría que Patrick Howard, periodista de éxito, disfrutaba de una vida envidiable. Pero, claro, eso sería de cara a la galería; todos, sin excepción, tenemos demonios al acecho.

El Empire State Building se erige majestuosamente a su derecha. Gira a la izquierda, hacia la Treinta y dos Este, y llega a una zona más despejada con edificios de no más de cuatro plantas y casas estrechas custodiadas por moreras, ginkgos y olmos de Siberia.

Las luces de los Ford Mondeo parpadean delante de la casa. El azul marino de la puerta y las ventanas contrasta con el blanco pulcro de la fachada. No debe de haber pasado mucho tiempo de la última capa de pintura. Algunos curiosos han salido de sus domicilios y los oficiales les piden que vuelvan dentro. Otros siguen el suceso desde detrás de las cortinas.

Alison aprieta el volante con las manos y detiene el coche con cuidado entre un Jaguar XF blanco y una Vespa beis. Intenta inspirar lentamente, pero es incapaz.

—Detective Hess —le dice Paul a modo de saludo en cuanto baja del coche.

Luce un corte militar y una barba perfectamente cuidada.

—Sigo siendo Alison para ti, Paul —protesta, incómoda—. ¿Alguna novedad?

—No ha habido movimiento. Te estábamos esperando para entrar.

Aún está enfadado con ella. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Vale. —Finge controlar la situación—. Preparaos para lo que sea, entramos rápido y con todos los sentidos alerta. No sabemos si se encuentra alguien más ahí dentro, pero hay un arma, y no queremos que se vuelva a usar.

El oficial levanta un brazo y, tras un gesto, agrupa a sus compañeros con él. Todos sacan la Glock 37 de la funda y Alison se ve obligada a hacer lo mismo. Se acercan a la casa y se disponen alrededor de la puerta principal. Paul llama al timbre y aguardan en silencio. Nada. Vuelve a llamar, con el mismo resultado. Los cinco oficiales, preparados para actuar, se giran hacia Alison y ella se ruboriza ligeramente. Debe dar la orden.

Tres, dos, uno…

—¡Ahora!

Los oficiales echan la puerta abajo y entran en la casa a gritos.

—¡Policía!

—¡Que nadie se mueva!

Las luces están encendidas. El sonido desacompasado de sus botas sobre el parquet resuena amenazante. Se separan. Alison va hacia el salón y hace un chequeo rápido. Aparte de un maletín abierto en el suelo, delante del sofá, todo parece estar en su sitio, y no hay señales de pelea. Huele algo, pero no sabe el qué.

—¡Despejado!

Entra en la cocina y localiza la fuente de olor: una caja de pizza sobre la mesa. Se acerca y la abre con cuidado. Frunce el ceño al verla intacta.

—¡Está arriba!

Las pisadas se aceleran y, con ellas, sus pulsaciones. Alison sale de la cocina, sube las escaleras y recorre un pasillo situado a la izquierda. Los oficiales se amontonan en la habitación del fondo. Los alcanza y se hace hueco entre ellos. Se encuentran en un habitáculo presidido por dos grandes estanterías atestadas de libros, con el mismo suelo de parquet que en el resto de las estancias y las paredes recubiertas de madera. La sangre, abundante, oscurece la

escena. En el centro, un trípode con aro luminoso sostiene un teléfono móvil delante de una silla vacía. Y en el suelo hay dos letras escritas con tinta negra: «NC». Con una postura antinatural, doblado sobre sí mismo junto a la silla, un rotulador y una pistola, el cadáver de Patrick Howard atrae todas las miradas. Tiene un agujero en la cabeza.

2
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 1.10 h

El forense y los técnicos de Criminalística no han tardado en llegar. Los oficiales han salido fuera y Alison observa cada detalle con minuciosidad. La madera predomina en la decoración de la casa. Los muebles son de un gusto exquisito. No obstante, no hay mucho más que eso. Un botellero de cinco niveles descansa vacío en el salón. La pizza sin tocar de la cocina induce a pensar que el periodista ha pedido comida a domicilio y no ha llegado a probarla. Tiene el logo de un restaurante italiano estampado en el cartón: La Bohème.

Echa un vistazo por una especie de estudio. Delante de la ventana hay un escritorio sobre el que descansa un ordenador portátil, y dos grandes tableros de corcho vacíos cuelgan de las paredes, quizá esperando información de un libro que ya nunca verá la luz.

La muerte de Patrick Howard va a dar mucho que hablar. Además de presentar su propio programa de *true crime* llamado *Víctimas y verdugos*, llevaba dos años consecutivos encabezando la lista de los libros más vendidos, y sus lectores aguardaban noticias sobre su próximo reportaje con ansiada ilusión. Según la revista *Forbes*, Howard había superado el deseado millón de dólares mucho más rápido que la mayoría de los estadounidenses creativos en el mundo de los negocios. Sorprendió con su primer libro, *El mensajero de Sacramento*, y se consolidó con el segundo, *El espejo del culpable*; ambos basados en crímenes reales. Según le ha dicho el sargento Russell, han retransmitido su muerte en directo. Patrick Howard ha querido captar la atención de todo el país para acto seguido quitarse la vida.

Alison sale del estudio, recorre el pasillo de la planta de arriba y se apoya en el quicio de la puerta de la habitación del fondo. Billy Webster, el forense, examina el cadáver con una expresión entre triste y decepcionada. La calvicie empieza a asomar entre su pobre mata de pelo y sus finas gafas de metal sostienen unos cristales demasiado gruesos para esa montura. Alison ha coincidido con él varias veces durante sus trabajos de investigación como oficial y ya tienen cierta confianza.

—¿Qué me puedes decir, Billy?

Él hace una mueca y responde sin apartar la vista del muerto.

—Primero, que no deberías apoyarte ahí.

Alison traga saliva, avergonzada, y se separa inmediatamente de la madera.

—A simple vista —sigue el forense—, no hay nada destacable. Es obvio que la causa de la muerte es la herida de bala en la cabeza. Con entrada, sin salida. Yo no he visto el vídeo, pero, si te fijas, el agujero tiene forma estrellada, propia de un disparo a bocajarro; el cañón estaba en contacto con la piel. Cogeré muestras de parafina de las manos y analizaré la trayectoria del proyectil, pero por simple formalidad. Aparte de eso, poco te puedo contar que no sepas ya.

Ella hace un esfuerzo por recordar todo lo que estudió en la academia de policía para cuando llegara este día: los protocolos, las posibles vías de investigación, la creación de un perfil criminal. Las imágenes pasan por su mente a gran velocidad, pero no se detiene en ninguna. La criminología es una ciencia que se alimenta, entre muchas cosas, de la escena del crimen, de la víctima y del asesino. Tres piedras angulares que Alison no sabe manejar en el caso más importante de su carrera como policía hasta la fecha, sobre todo porque no hay asesino. Solo una víctima que es al mismo tiempo su propio verdugo. Por un instante piensa que esto es absurdo. No sabe qué va a sacar de aquí, aunque sí está segura de lo que su madre le diría: «No temas, tu luz bastará para iluminar el camino».

—Gracias, Billy. Si descubres cualquier cosa, avísame.

—Por supuesto. Es mi trabajo, detective Hess.

Otra vez ese tratamiento. No se acostumbra a él.

Alison se queda mirando las dos letras escritas con rotulador en el suelo y se pregunta qué querría decir Patrick Howard con ello. Tampoco sabe si tiene algo que ver con su muerte. Vuelve sobre sus pasos y ve a un técnico de Criminalística saliendo del estudio con lo que parece una cámara de fotos antigua dentro de una bolsa de plástico transparente. Una sensación incómoda la recorre de pies a cabeza. ¿No deberían esperar a que les dé luz verde para llevarse las pruebas? En el interior del estudio, otro técnico está cogiendo el portátil del escritorio para guardarlo en una bolsa idéntica a la que acaba de ver.

—¡Eh! —vocifera—. ¿Qué demonios crees que haces?

Él se sorprende y tarda unos segundos en contestar.

—Recojo pruebas para analizarlas.

—Ese ordenador no es una prueba, por ahora no tiene nada que ver con la muerte. Lo que intentas hacer se considera un delito, ¿sabes?

—¿De qué me está hablando? —pregunta el técnico sin soltar el portátil.

—Todos sabemos quién es la víctima. Lo que haya en ese ordenador puede valer mucho dinero, y no va a salir de aquí sin que yo lo diga.

El chico resopla por la nariz, contrariado.

—Le recuerdo, detective, que estamos en el mismo bando.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz grave y autoritaria de Clement Barlow, jefe de la Unidad de Criminalística, le pone los pelos de punta. Se vuelve hacia él y levanta la vista hasta sus ojos. Mide casi dos metros de altura. Las canas se abren paso en su pelo y su perfecto afeitado muestra las arrugas de una persona dura y experimentada.

—El ordenador no se mueve de aquí. —Alison controla el temblor de su voz, tomando posesión de una autoridad que le viene grande.

—Y eso ¿por qué? —Barlow formula la pregunta con cierto desprecio.

—Por ahora, no está relacionado con el suicidio del señor Howard.

—Esa es su opinión, Hess. El tipo se ha volado los sesos delante de millones de personas. Tratándose de una persona pública, es

nuestro deber analizar todo lo que pueda relacionarse con su muerte. Es posible que en ese ordenador esté el porqué de este espectáculo retorcido. Al igual que usted acaba de acusar verbalmente a uno de mis técnicos de intento de robo, yo podría acusarla de ocultar pruebas de un caso en activo. Sus superiores se pondrían furiosos, la sancionarían con suspensión de empleo y sueldo, y tendría que dar explicaciones a la prensa. Por no decir que, si al final hubiese algo importante en ese ordenador, se colocaría en el punto de mira de todo el país.

Alison siente que se sonroja. No quiere que eso ocurra. Decepcionaría a quienes creyeron en ella en su día. A decir verdad, dejaría a la vista la cruda realidad, o al menos lo que ella considera, lo que intenta esconder a toda costa: que no está a la altura.

—Eso no será necesario. —Baja la mirada.

—¿Verdad que no? —Barlow sonríe victorioso—. Espero que entienda que no podemos hacer la vista gorda con el portátil. —Se gira hacia el técnico, que ha permanecido inmóvil en todo momento, y asiente una sola vez—. Nos lo llevaremos y lo analizaremos como es debido. Mañana a primera hora, el ordenador estará en el One Police Plaza y podrá guardarlo bajo llave si quiere.

El técnico sale del estudio con su nueva adquisición y los dos bajan las escaleras dejándola sola, cabizbaja y humillada. El cabello le cae por el rostro y le produce un calor incómodo. Levanta la vista al techo, coge aire y lo suelta en un suspiro.

«Espero que esto no llegue a oídos del sargento Russell».

Entra en el estudio e intenta serenarse. Se queda mirando los tableros de corcho vacíos y empieza a cavilar. Posiblemente fue aquí donde Patrick Howard escribió *El mensajero de Sacramento* y *El espejo del culpable*. Esos tableros tendrían en su día notas sobre las investigaciones de dichos crímenes, dos libros que lo catapultaron a la fama. ¿Quién hubiese imaginado que se suicidaría tras alcanzar el éxito?

Alison se gira y mira la habitación del otro extremo del pasillo, donde Billy escribe en un bloc de notas. El cadáver yace en el suelo, a sus pies. Los técnicos de Criminalística aún no han retirado el

soporte del teléfono móvil y el aro de luz tinta la estancia de un tenue color naranja.

Patrick Howard quiere que todo el mundo hable de su muerte. Pero ¿por qué?

3
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 8.30 h

En un pequeño piso de Brooklyn, Albert y Marga Howard, de unos sesenta años, se han fundido en un abrazo. Los dos lloran la pérdida de su hijo. Alison espera pacientemente, compadeciéndose de ellos hasta sentir el pesar en sus propios ojos.

—Mi más sincero pésame… —repite.

Solo es la policía que les ha dado la noticia; Patrick no era nada para ella, pero es imposible no empatizar con esas personas.

Tardan unos minutos en serenarse y en conducirla hacia la mesa de la cocina.

—¿Cuándo vieron a su hijo por última vez?

—Hace un par de semanas —dice Marga, que parece que ha envejecido diez años de golpe—. Vino a hacernos una visita. Parecía contento. No sé cómo ha podido suceder algo así.

—¿Saben si estaba metido en algún lío?

—No —responde la mujer—. Tampoco sabíamos que tuviese licencia de armas. Todo esto es muy extraño.

Alison niega con la cabeza.

—Lo he comprobado: Patrick no tenía licencia, señora Howard. Y el arma que usó no dispone de número de serie.

Marga la mira sin comprender.

—No sé qué ha podido pasar —dice Albert con la mirada perdida —. Patrick era un buen hombre. Ahora que la vida le sonreía por fin… —Reprime el llanto.

—¿Qué quiere decir? ¿Había pasado por una mala racha?

Marga sonríe, nostálgica.

—Patrick dio muchos tumbos hasta convertirse en el periodista que la gente conocía. Empezó a estudiar un grado de Biología, pero descubrió que no era lo suyo y lo dejó. A pesar de nuestra insistencia y de nuestros grandes esfuerzos económicos, no quiso volver a estudiar, al menos por un tiempo. Me siento mal por lo que voy a decir, pero me decepcionó. Albert le propuso trabajar en el negocio familiar y él aceptó. Tenemos una zapatería, ¿sabe? Patrick estuvo unos años en la tienda hasta que encontró un trabajo como reponedor en un supermercado que lo sacaba del ámbito familiar. No duró demasiado. Luego fue camarero en un bar y después se colocó de recepcionista en un hostal. Empezó a interesarse por los crímenes allí. Decía que tenía mucho tiempo libre y que llenaba esas horas muertas leyendo crónicas de todos los periódicos. Fue en esa época cuando conoció a Emily. Empezaron a salir juntos y se casaron al cabo de un tiempo. Su matrimonio duró doce años. Ella era una mujer con estudios, segura de sí misma y con las ideas bastante claras. Tenía la cabeza muy bien amueblada, la verdad. Al principio le decía a Patrick que debía salir del cuchitril donde trabajaba y buscar otra cosa, que se merecía algo mejor. Pero él estaba contento con su trabajo, sobre todo porque podía dedicar mucho tiempo a su nueva afición. Emily resoplaba cada vez que Patrick mencionaba las historias de crímenes que leía en el hostal. El interés de nuestro hijo por aquello no dejó de crecer hasta que un día decidió empezar la carrera de Periodismo. Su ilusión era poder investigar por su cuenta algún día. Pero Emily solía decirle que eso era algo fantasioso, que nunca le iba a dar de comer.

—Se equivocaba —interviene Albert—. Ninguno de nosotros teníamos idea de lo que estaba por venir.

—Diría que ni el mismo Patrick lo sabía —sonríe tristemente Marga —. La cosa es que él no le hizo caso e ingresó en la universidad. Cuatro años más tarde, con el título de Periodismo bajo el brazo, se puso a buscar trabajo, pero al principio solo consiguió contratos mal pagados y de poca duración. Nadie le había dicho que el mundo del periodismo iba a ser tan complicado. Emily estaba desesperada. Desde su punto de vista, Patrick había perdido el tiempo y la economía de los dos se sustentaba por los ingresos de ella. Pasaron

unos años difíciles, es verdad. Emily siempre había querido tener un hijo y cambió de opinión cuando sucedió todo eso. Al final se hartó.

—No lo digas así… —se queja Albert.

—Es lo que ocurrió —defiende ella—. Emily estaba harta de insistir, de querer que Patrick avanzara, que diera un paso seguro en la vida, y de que él no la escuchara. Una vez vino a casa para hablar con nosotros sin que mi hijo lo supiera. Ya no sabía qué hacer con él y nos dijo que iba a pedirle a su padre, que era dueño de una empresa de embalaje bastante importante, que le ofreciera un puesto a Patrick en el negocio. Podría empezar desde abajo e ir ascendiendo con los años. Era una buena oportunidad.

—¿Lo hizo? —pregunta Alison—. ¿El padre de Emily accedió?

—Sí, pero Patrick rechazó la oferta —responde Albert—. Él estaba decidido con el periodismo y quería seguir intentándolo, costara lo que costase.

—Yo entiendo la postura de Emily —puntualiza Marga—. Ella deseaba tener a su lado a un hombre con estabilidad financiera y no con la cabeza llena de pájaros. Le pidió el divorcio y se separaron.

—Y, como si fuera cosa del destino, Patrick entró a trabajar como reportero en la FOX al cabo de unos meses. Pero la suerte no dejó de acompañarlo. El presentador de los informativos cogió la baja y los directivos del programa vieron en Patrick el sustituto perfecto. ¡Mi hijo presentador de los informativos de la FOX! Estoy seguro de que Emily se estaría tirando de los pelos en su casa. Un año y medio después, Patrick recibió la oferta que tanto había anhelado: su propio programa de *true crime*. Ni siquiera se lo pensó. Dejó los informativos y se puso a trabajar en *Víctimas y verdugos*, lo que lo llevó a firmar un contrato de publicación de su primer libro con Booker's House, que se convirtió en todo un éxito de ventas —dice Albert con cierto retintín, como alegrándose por su hijo, pero más por demostrarle a su antigua nuera que estaba equivocada.

—¿Emily cambió de opinión después de aquello?

—Sí que lo hizo —dice Marga—. Se sorprendió por lo que había conseguido Patrick y quiso volver con él.

—Era una interesada —gruñe Albert—. Ahora que mi hijo había triunfado, ¿quería volver con él? O estás en las malas, o no estés en

las buenas.

—Ella… se dio cuenta de lo que valía mi chico —explica Marga con la voz temblorosa—. Vio que él había tenido sus propias aspiraciones y que no tenían por qué ser las mismas que las suyas. Recapacitó y le pidió perdón.

—Pero Patrick fue listo —asiente Albert, orgulloso—. No cayó en sus engaños y no quiso regresar con ella. No lo había valorado, y eso no se puede perdonar. Esa mujer no le convenía a mi hijo.

Marga no replica, aunque se nota que a ella le gustaba Emily. Alison se pregunta qué habría pasado si Patrick hubiese aceptado ese trabajo en la empresa de embalaje.

—Después de Emily, ¿su hijo estuvo con alguien más?

—No —responde Marga.

—Que sepamos —matiza Albert.

—¿Cómo era Patrick?

—Generoso —dice el padre—, pero muy ambicioso, como ha podido observar.

—Era un buen hijo —comenta Marga con los ojos vidriosos.

Albert no puede contener el llanto y se tapa los ojos con las manos. Llora en silencio.

—Lo siento —dice.

Marga le pone una mano sobre el brazo para consolarlo.

—Podemos tomarnos un descanso, si lo necesitan.

—No, no. —El hombre se seca los ojos—. Estoy bien. Sigamos.

Alison no sabe muy bien por qué, pero baja la voz cuando formula la pregunta:

—¿Saben de qué podría arrepentirse Patrick?

Los dos se miran con tristeza.

—No lo sabemos —dice Marga—. Y nos duele que sea así, créame.

—La verdad es que, desde que se mudó a Manhattan, Patrick no se dejó ver demasiado por aquí —se lamenta Albert—. Un par de veces al mes, poco más. En ocasiones llamaba por teléfono para ver cómo estábamos, para charlar de esto y aquello, ya sabe.

—¿No les dijo nada extraño la última vez que hablaron con él?

—Qué va. Lo de siempre. Que estaba bien, que la gira de su segundo libro había ido genial y que estaba a gusto en su nueva

casa.

—¿La había comprado recientemente?

—Estaba alquilado —explica Marga—, se mudó en julio. Aún no entiendo por qué se fue a esa casa.

—Tendría sus motivos.

—Patrick creció en Brooklyn —protesta ella—. Yo pensaba que le gustaban sus raíces, estar cerca de sus padres, como siempre.

—Solo se había cambiado de distrito —objeta Albert—, no había salido de la ciudad.

—Pero tú mismo lo has dicho: desde que se mudó, sus visitas se habían vuelto menos frecuentes.

—Es normal. No se lo tengas en cuenta, por favor.

Marga hace un ademán.

—No, no lo haré. No quiero hacerlo.

El hombre asiente sutilmente, agradecido.

—¿Saben qué hizo Patrick el domingo? ¿Tenía alguna cita especial?

—Ni idea.

—¿Algún plan frecuente, tal vez?

Albert parece acordarse de algo.

—Ahora que lo dice, le gustaba ir los domingos al cine de la calle Doce. Según él, allí tienen las mejores palomitas de Manhattan.

Alison toma nota mental para ir y revisar las grabaciones de seguridad. Con suerte, podrá reconstruir las horas previas a la muerte del periodista.

—¿Pueden darme el número de teléfono de Patrick?

—Sí. Espere un momento.

Marga saca un móvil del bolsillo de su pantalón y busca costosamente el contacto de su hijo. Cuando lo encuentra, lo lee en voz alta y Alison toma nota en el suyo.

—Bueno, no les molesto más —dice levantándose de la silla. Ellos hacen lo mismo—. Gracias por su tiempo. Intentaré descubrir qué ha pasado. Si recuerdan cualquier cosa que les parezca importante, no duden en llamar a la policía.

Mientras les estrecha la mano y la acompañan a la puerta, Alison se pregunta si alguna vez lograrán superar el golpe que su propio

hijo les ha dado.

4
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 10.00 h

El sargento James Russell se prepara para dar una rueda de prensa a las puertas del One Police Plaza, la sede del Departamento de Policía de Nueva York, situado en Park Row Street, en el distrito de Manhattan. Se trata de un edificio de trece plantas con forma de cubo y con la fachada de ladrillo cara vista que se asienta sobre una base horizontal de varias alturas. Russell aparece ante las cámaras con camisa azul marino, la insignia de sargento en forma de punta de flecha en ambas mangas, gorro de plato y expresión de cansancio. El sol resplandece y él lo mira con resignación. Le da en la cara y lo obliga a entrecerrar los ojos. Le duele la cabeza y hará todo lo posible por terminar la comparecencia cuanto antes.

En la sala común, lejos de las cámaras, una decena de policías permanece frente al televisor con rostro serio. Entre ellos se encuentra Alison, que se ha librado de la rueda de prensa por ser su primer día como detective. Sin embargo, Russell ha sido muy claro con ella: «Tendrá que dar la cara la próxima vez, porque habrá otra, de eso que no le quepa la menor duda». Karen Jenkins, detective de la Brigada de Delitos Informáticos, se coloca junto a ella.

—¿Has hablado con él? —susurra mientras señala con un gesto a Paul, que está a unos metros esperando las palabras del sargento con los brazos cruzados.

—Creo que no quiere ni verme.

Karen aprieta los labios y Alison ve cómo se le forman dos hoyuelos en las mejillas.

—Se le pasará. Dale tiempo.

—No soporto esta situación. Me siento mal, pero ¿qué hago?

—Tú no tienes la culpa de que te hayan promocionado a ti y no a él como detective. La vida es así. Si no le ha llegado la oportunidad ahora, será más tarde. Aunque le duela, debería alegrarse por ti y no comportarse como un crío.

Alison no tiene respuesta a eso. Mira a Paul y se le encoge el estómago. Antes iban juntos a patrullar por la ciudad y congeniaban de una forma muy especial. Él hacía bromas con cualquier cosa, siempre lograba que se riera. Una vez por semana se acercaban a un Starbucks y pedían vasos grandes de Caramel Macchiato. «Tendremos que hacer un par de persecuciones antes de terminar nuestro turno si queremos quemar todas estas calorías», dijo él la última vez. Luego vino la reunión con Russell en su despacho y la oportunidad de que uno de los dos consiguiera el ascenso a detective. Ya habían cumplido con los dieciocho meses de trabajos de investigación o, mejor dicho, de colaboraciones menores. Pero, según les había dicho Russell, solo había cabida para uno. Eso los distanció. Ambos querían ese puesto y la competitividad afloró silenciosa en ellos con sus peligrosas espinas. Las batidas en el coche patrulla se volvieron menos divertidas y quedaron atrás sus cafés hipercalóricos. El pasado viernes tuvieron otra reunión con Russell y este les comunicó la elección del comisionado. Tras el resultado, ninguno dijo nada. Paul se levantó de la silla y se fue del despacho.

«Buenos días a todos —empieza Russell ante los micrófonos. Su voz suena enlatada por la televisión—. Se ha convocado esta rueda de prensa a raíz del impacto que ha causado la muerte del periodista Patrick Howard la pasada madrugada. Desde el Departamento de Policía de Nueva York, damos nuestro más sincero pésame a la familia y expresamos nuestro…».

—¿Sabes si Patrick Howard tenía pareja? —pregunta Alison.

—Ni idea —responde Karen—. En la prensa no se ha hablado de ello y él no solía exponerse de esa manera.

«Como muchos de ustedes sabrán, el suicidio del señor Howard fue retransmitido en directo durante la emisión del programa *El show de Rachel Brooks*, y ya circulan vídeos del suceso en internet.

Queremos recordar que la difusión de este tipo de contenido es ilegal y pondremos las medidas necesarias para cortarla de raíz. Así pues, se va a rastrear cada uno de los perfiles que compartan el vídeo, ya sea en las redes sociales o en cualquier otra página web, y se aplicarán multas de quinientos a cinco mil dólares, más la posibilidad de pena de un año de cárcel».

Se crea un murmullo entre los periodistas.

«En cuanto al suceso en sí —sigue Russell, haciendo caso omiso al rumor—, se trata de una investigación en curso y no hay comentarios por el momento».

«¿Qué van a ocultar después de que Patrick Howard se haya suicidado delante de todo el país?», pregunta un periodista al que la cámara no enfoca.

«Pidan el turno de palabra, por favor. De uno en uno».

—Patrick no tenía licencia de armas —comenta Alison sin despegar la mirada del televisor—. Y la pistola que usó no tiene número de serie. ¿Cómo crees que podría conseguirse de forma rápida y sin intermediarios?

Karen suelta un bufido.

—Lo más probable es que la consiguiera en la Dark Web.

Alison asiente: ella también lo había pensado. Karen se refiere a una pequeña parte de la internet oculta cuyo acceso solo es posible con buscadores web especiales. Apenas abarca un 0,1 por ciento de la red y tiene direcciones de IP enmascaradas. Puedes encontrar de todo en la Dark Web, literalmente.

El sargento Russell señala a un hombre con el pelo cano y gafas de pasta que sostiene un teléfono móvil a la altura de la boca.

«¿A qué se refería Patrick Howard con lo que dijo antes de morir?».

Alison ha visto el vídeo y recuerda perfectamente las palabras del periodista: «Solo quiero decir que me arrepiento de todo». Luego pronunció un «lo siento» antes de volarse la cabeza de un disparo. ¿De qué estaría hablando?

«Esa es una pregunta para la que aún no tenemos respuesta. Les aseguro que pondremos todo de nuestra parte por descubrir la verdad detrás de este sinsentido».

Una chica morena, de pómulos altos y con un micrófono, levanta la mano en primera fila. Russell la mira y asiente.

«Buenos días, sargento Russell. Camila Hernández, para la FOX. ¿Nos podría decir quién va a llevar la investigación de la muerte de Patrick Howard?».

Alison y Karen cruzan miradas.

«Al frente del caso está la detective Alison Hess».

Paul descruza los brazos y se va de la sala. No quiere escuchar nada más. Alison se encoge, dolida, pero también enfadada. La actitud de Paul le parece injusta.

«¿Creen que esto podría tener un efecto llamada?», sigue la reportera.

«¿Perdone?».

«Sí, me refiero a si creen que el suicidio mediático del señor Howard podría abrir la puerta a posibles imitadores».

«Señora Hernández, no hace falta que le recuerde que esto no es un juego. Estamos hablando de un tema muy serio y no voy a consentir que ninguna persona se refiera al suicidio como si de un movimiento social se tratara. Nadie más se suicidará en pantalla en los próximos días».

«Con el debido respeto, señor, no puede afirmar eso. Como comprenderá, el suicidio de Patrick Howard nos ha sorprendido a muchos de los aquí presentes y nos preguntamos qué puede haber detrás de su muerte, porque no nos lo explicamos. Si le hablo de efecto llamada es porque considero que estamos en una situación peligrosa dado el momento actual de la tecnología en la sociedad. Hoy en día hay jóvenes y no tan jóvenes que se dejan llevar por macabros juegos de rol en línea que acaban con sus vidas. ¿Y si el señor Howard estaba metido en algo así? Como le digo, para nosotros este suicidio es inexplicable. Me gustaría equivocarme, pero es imposible tener la certeza de que no volverá a pasar».

«Ya sé que es imposible —dice Russell—. Créame, soy policía y me paso los días bregando con la parte más oscura del ser humano: homicidios, violaciones, robos, fraudes. La vida es una injusticia constante y algunos, como Patrick Howard, deciden no seguir soportando su agonía».

«Pero esa no es la respuesta que…».

«Por supuesto que no es la mejor respuesta a los problemas. Lo que intento explicarle es que la muerte del señor Howard es un suicidio más, una tragedia, y nadie va a seguir su camino solo porque él lo haya hecho. Es de sentido común. No insista con sus preguntas reiteradas para que diga otra cosa, porque me da la impresión de que quiere asustar a sus telespectadores con un titular sacado de contexto. Y siento decirle que no se lo voy a dar. La rueda de prensa ha terminado. Buenos días».

Los periodistas protestan con las manos en alto, pidiendo protagonismo para sus redacciones, pero Russell se ha dado la vuelta y ha entrado en el One Police Plaza.

—Creo que esto no nos va a venir bien —comenta Karen.

—¿A qué te refieres?

La informática levanta el mando de la televisión y cambia de cadena. Elisabeth Wolf, actual presentadora de los informativos de la FOX, aparece en pantalla colocando sus papeles en la mesa mientras niega sutilmente con la cabeza. De pronto, la imagen se divide y Camila Hernández se suma a la emisión.

«Menuda tensión se ha creado en esa rueda de prensa, Camila», dice la presentadora.

«Así es, Elisabeth. No entiendo muy bien por qué el sargento Russell me ha hablado de esta manera; creo que yo no le he faltado al respeto en ningún momento. Por mi parte, sé que voy a tener que enfrentarme a situaciones como la de hoy más veces. Son gajes del oficio y yo los asumo con profesionalidad. Pero me gustaría recordar tanto a la policía como a los espectadores que nuestra profesión es informar, no asustar a nadie, como él ha asegurado. En cualquier caso, creo que el sargento no le ha dado la importancia que merece a la muerte de Patrick. Puede que nosotras lo veamos de otro modo por ser antiguas compañeras suyas. Pero ¿es necesario estar relacionado con la víctima para tener un poco de empatía? En fin, la tesis de la rueda de prensa ha quedado clara —asegura la reportera —: según el sargento Russell, esto solo ha sido un suicidio más».

—Ahí lo tienes —dice Karen.

—Eso no le va a gustar ni un pelo —augura Alison, torciendo el gesto.

—Detective Hess.

Paul ha vuelto a la sala común por alguna razón. Alison se pone rígida en décimas de segundo.

—Un hombre ha llamado con información sobre el caso. Dice ser el dueño de La Bohème, un restaurante italiano de Madison Avenue.

Alison abre los ojos de par en par.

—¿La Bohème? De ahí era la pizza que vimos anoche en casa de Howard.

Paul no se inmuta. No muestra ni una pizca de emoción en su rostro.

—Ha dicho que el repartidor que se la llevó no volvió. Han intentado ponerse en contacto con él, pero no contesta a sus llamadas. Tampoco ha ido a su casa.

Alison se esfuerza por digerir sus palabras.

—¿Ha desaparecido?

—Eso parece.

5
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 11.05 h

Alison aparca el Ford Mondeo sin marcar en Madison Avenue, justo enfrente de La Bohème. El sol baña su fachada de piedra beis. A ambos lados de la puerta, grandes cristales dejan ver manteles de seda y pequeñas cúpulas que custodian una rosa en su interior. Hay clientes tomando café fuera, sentados en mesas redondas de madera bajo una pérgola negra. Antes de bajar del vehículo, Alison intenta calmar la ansiedad mordiéndose las uñas como una adicta a la nicotina.

Cruza la calle y entra en el restaurante. Una ópera de Puccini suena por los altavoces del techo. Con las rosas, la música y la temperatura, bastante agradable, se crea un ambiente ideal para disfrutar de una velada tranquila. Alison atisba las miradas de los empleados detrás de la barra según se acerca.

—Buenos días. Soy la detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios. —Les enseña la placa—. Hemos recibido una llamada de este restaurante.

—Sí. Un momento, por favor —dice uno de los chicos, con pantalones negros y camisa blanca, antes de meterse en la cocina.

Alison le escucha hablar con alguien a media voz. Su compañero se ha quedado en la barra, fingiendo que trabaja en la pantalla de la caja registradora para no hacer que la situación sea más incómoda de lo que ya es. Por fin, el otro chico sale de la cocina con un hombre de unos cincuenta años largos, con delantal blanco y las mangas del jersey de cuello alto arremangadas.

—*Buongiorno*, detective. Mi nombre es Marcello Russo. —Le tiende la mano—. Soy el dueño de La Bohème. He sido yo quien les ha llamado. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

—No, gracias, he dejado el café. Me gustaría ir al grano. Me han dicho que tiene información importante acerca de la muerte de Patrick Howard. Cuénteme lo que sabe, si es tan amable.

—Por supuesto. Verá, el señor Howard era cliente habitual del restaurante. Solo cenó una vez aquí, pero desde julio pedía comida a domicilio a diario.

—Y esa vez que comió en el restaurante, ¿vino solo?

—No, lo hizo con una mujer. Supuse que era su pareja.

Alison ha buscado en internet antes de acudir al restaurante: ni rastro de una pareja conocida, y tampoco recuerda haber visto indicios de una presencia femenina en la casa de la calle Treinta y dos. Solo estaba él y, aparte de Marcello Russo, nadie se ha puesto en contacto con la policía.

—¿No recordará su nombre? —Prueba suerte, por si fue ella quien hizo la reserva.

—¿El de la mujer? No, lo siento. Pero le puedo decir que iba de punta en blanco, con americana y pulseras de oro muy finas. Muy elegante, *bellissima*.

—Volviendo a Patrick Howard, ¿dice que les pedía comida a diario?

—Así es. Todas las noches llamaba para encargar la cena. Según nos dijo, escribía al final del día y no quería perder ese tiempo tan valioso cocinando, de modo que nosotros lo hacíamos por él.

—¿Todos los días durante más de dos meses? —se sorprende Alison.

—Correcto.

—¿Qué pidió anoche? —pregunta con fingida curiosidad.

—Una pizza *prosciutto*.

—¿Nada más?

—No, solo la pizza.

Alison asiente.

—Bien. ¿Cómo se llama el repartidor?

—Dennis Peterson —dice Russo con cierta incomodidad—. En realidad, es el subchef del restaurante. Nunca he tenido queja de él,

¿sabe? Es un buen hombre, muy trabajador. Una verdadera lástima.

—¿A qué se refiere?

El otro se queda callado, pensativo.

—¿Sospecha que Dennis tiene algo que ver con la muerte del señor Howard?

El hombre se pasa una mano por la cara antes de responder.

—No lo sé, no tengo ni idea de lo que ha pasado. Pero es curioso que Dennis fuese a entregar la pizza, que el periodista se suicidara y que él no volviese anoche al restaurante, ni conteste a las llamadas, ni haya devuelto hoy la moto del negocio, ¿no cree?

«Sí que es curioso», piensa Alison.

—Vamos por partes, señor Russo. ¿Es Dennis el repartidor habitual?

—Los chicos se van turnando, cada día sale uno. No obstante, era Dennis quien le llevaba siempre la comida. En el puesto de subchef no tiene la obligación de realizar ningún reparto, pero con Patrick Howard hacía una excepción.

—¿Por qué? ¿Tenía algún tipo de relación con él?

Russo resopla.

—No lo sé.

—Dennis es un gran admirador del señor Howard —interviene el chico de la caja registradora—. Se puso muy contento el día que vino a cenar a La Bohème. La primera noche que le llevó la comida a casa cogió sus dos libros y volvió con los ejemplares firmados.

—Ah, sí, lo recuerdo —comenta Russo.

—Dice que no le ha devuelto la moto del negocio. ¿Cómo es?

—Una Vespa de color beis. Ya es vieja, pero tiene un valor sentimental para mí. Me gustaría recuperarla, este asunto me tiene un poco preocupado.

Alison recuerda haber aparcado detrás de una Vespa así anoche, delante de la casa de Patrick Howard. Debe de ser la que condujo Dennis hasta allí.

—Creo que sé dónde está su Vespa, señor Russo. Haré que se la traigan lo antes posible.

—Qué alegría me da —dice poniéndose una mano en el pecho y mostrando media sonrisa, lo que desconcierta a Alison por un

momento. Con el tema de la Vespa, Marcello Russo parece haber olvidado la desaparición del subchef—. Se lo agradezco mucho.

—¿A qué hora fue Dennis a llevarle la pizza al señor Howard?

Él carraspea, volviendo a su semblante de preocupación.

—Sobre las diez de la noche, siempre era igual.

—Y esa fue la última vez que vieron a Dennis, ¿verdad?

—Así es. Cuando pasaron unos treinta minutos lo llamé, pero no contestó. Tenía el móvil apagado.

—¿Me puede facilitar el número de teléfono de Dennis?

—Claro.

Marcello Russo coge la libreta de pedidos y un bolígrafo, ojea su móvil un instante y escribe sobre el papel.

—Apunte también el número de matrícula de la Vespa, por favor.

El señor Russo obedece y le tiende la nota.

—Gracias. ¿Ha hablado con alguien de su entorno?

—Sí. He llamado a Linda, su mujer. Me ha dicho que Dennis no volvió a casa, pero que sabe el porqué de su ausencia. La he notado nerviosa y no he querido preguntar.

—De acuerdo. ¿Tiene la dirección de los Peterson?

—Sí, espere un segundo.

Russo entra en la cocina de nuevo y vuelve con lo que parece ser una nómina del subchef. Apunta la dirección en la libreta y se la entrega a Alison.

—¿Dennis dijo algo extraño en los últimos días? ¿Tuvo algún comportamiento inusual?

Los dos empleados y el dueño se miran dudosos.

—Estaba deseando que llegara la noche de ayer —se decide Russo.

—¿Por qué?

—No nos lo quiso contar. Dijo que era un secreto.

6
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 11.25 h

Nada más salir del restaurante, Alison llama al sargento Russell para ponerlo al día: le habla de La Bohème, del subchef, de la Vespa…

—El rastro del subchef se pierde allí —remata su resumen.

—¿Cree que ese hombre está relacionado con el suicidio de Howard?

—Es pronto para asegurar nada, pero hay una coincidencia y no puedo pasarla por alto.

—¿Tiene la matrícula de la Vespa?

Lee en voz alta el número que ha escrito Marcello Russo.

—De acuerdo. Veremos si coincide con la de la calle Treinta dos, y avisaré a los de Criminalística para que la analicen antes de devolverla. Buen trabajo, Hess.

—Gracias, señor.

Según lo que ha descubierto en La Bohème, Dennis Peterson era un gran admirador de Patrick Howard y todas las noches le llevaba la cena a casa. Sus compañeros afirman que Dennis estaba esperando con ansia la noche de ayer, pero que no quería hablar del tema, que era un secreto. ¿Sabría lo que iba a hacer Patrick?

Se esfuerza por concentrarse. Se masajea la frente e imagina una escaleta de los hechos.

Dennis fue a las 22.00 a llevarle la cena a Patrick Howard. A las 22.30 aún no había vuelto al restaurante y Marcello Russo lo llamó, pero el subchef ya no respondió a sus llamadas. No se supo nada más de él. *El show de Rachel Brooks* empezó a las 23.30 y

conectaron con Patrick Howard a los pocos minutos, sobre las 23.35. Tras un breve saludo, Patrick dijo eso de «solo quiero decir que me arrepiento de todo». Entonces vino esa segunda y última frase del periodista: «Lo siento». ¿Por qué montar ese espectáculo para que su mensaje no quedara claro? Tal vez sus palabras tenían un destinatario muy concreto, alguien que sí sabe todo lo que hay detrás de su suicidio.

Se pone el cinturón de seguridad y arranca el coche.

Se dirige hacia el norte por Madison Avenue, pasa por delante de edificios altos y un sinfín de tiendas, pero también de obras. Porque Nueva York es conocida como la ciudad que nunca duerme, la ciudad de los rascacielos, de los sueños. Pero Nueva York no se construye sola, y la ciudad más icónica del mundo también tiene camiones volquete, grúas y mucho ruido.

Alison gira a la derecha y luego a la izquierda para incorporarse a la Tercera Avenida. Poco después, entra en una zona menos glamurosa. Deja atrás un aparcamiento de caravanas y se detiene enfrente de un taller de coches con una cortina de plástico en la entrada. El domicilio de los Peterson se encuentra en la calle Ciento veintiuno Este, un edificio de cinco plantas con escalera de incendios.

Llama al timbre y, sin que nadie conteste al otro lado, la puerta se abre con un zumbido. En el segundo piso, una mujer vestida con vaqueros y chaqueta deportiva negra la mira extrañada desde su puerta. Sus ojeras dicen que no ha pasado buena noche. Pero, a pesar de su aspecto despreocupado, huele sorprendentemente bien.

—¿Señora Peterson? Soy Alison Hess, del Grupo de Homicidios. Detective —aclara al reparar en que no lo ha dicho—. ¿Puedo pasar?

—¿Ha venido por mi marido? Espere, ¿ha dicho Homicidios? ¿Está muerto? ¿Lo han encontrado o…?

—Tranquilícese, señora Peterson. He venido por Dennis, sí, pero no sabemos nada de él. Quiero hablar con usted. ¿Puedo pasar?

La mujer la lleva a un salón, parque de juegos de un niño que debe de estar en el colegio: juguetes por el suelo, dibujos y pinturas por todos lados, restos de comida por el sofá y la mesa.

—Siento el desorden.

—No se preocupe.

—¿Quiere un café?

—No. Pero un vaso de agua estaría bien.

Linda Peterson va a la cocina y Alison se queda mirando las fotos de los muebles, donde aparece el culpable del caos que la rodea: un niño risueño de no más de nueve años con el rostro lleno de pecas. En una de las fotografías, Alison ve por fin la cara de Dennis Peterson junto a su familia: moreno, de unos cuarenta y tantos años, con barba de varios días y patas de gallo alrededor de los ojos. Se le ve feliz.

Linda vuelve al salón, le tiende el vaso de agua a Alison y, tras una pequeña limpieza superficial, toman asiento en el sofá.

—¿Cuándo vio a su marido por última vez, señora Peterson?

—A las cuatro y media de la tarde de ayer, cuando se fue a trabajar. Salió hacia allí con la Vespa del restaurante porque yo necesitaba el coche: tenía que llevar a mi hijo al psicólogo, un amigo de la familia que nos recibe los fines de semana. Dennis le pidió la moto a su jefe la noche anterior.

—Entiendo. —Alison no quiere entrar en detalles; no viene al caso y tampoco pretende incomodarla. Mira las fotos y sonríe—. Es muy guapo. ¿Cómo se llama?

—Cody.

—¿Sabe que su padre ha desaparecido?

—Aún no. Cuando Dennis vuelve del trabajo por la noche, él ya está dormido. Durante el desayuno sí que ha preguntado por él. Pero le he contado que anoche vino muy tarde y estaba cansado, que se ha quedado en la cama durmiendo un poquito más. Cody ha dicho que menuda suerte tienen algunos.

Alison sonríe.

—Parece un niño de lo más adorable.

—Sí que lo es.

—¿Ha intentado ponerse en contacto con su marido? —vuelve al tema central.

—Claro, lo he llamado un sinfín de veces, pero tiene el móvil apagado. Casi no he pegado ojo, estaba preocupada. Lo estoy —rectifica.

—¿Sabe dónde puede haber ido?

—Eso me pregunto yo. No tenemos mucho más de lo que ha visto ya. Nos dejamos la vida para salir adelante. Yo trabajo por las tardes en una perfumería y Dennis dobla turnos en el restaurante siempre que puede. Intentamos cuadrar nuestros horarios para estar con Cody y no tener que recurrir a sus abuelos, pero a veces es imposible.

—¿Sabe por qué haría algo así?

Ella se encoge de hombros, tímida.

—Ayer discutimos. El viernes pasado, Cody tuvo problemas en el colegio con otros niños y la directora me llamó para hablar de lo ocurrido. No es la primera vez que se meten con él y, bueno, cuando se lo conté ayer a Dennis, se enfadó. Quiso pagarla con todo el mundo: conmigo, con los padres de esos niños, con la maestra de Cody y con la directora del centro. Me dijo que la solución no era llevar a nuestro hijo a un psicólogo, sino cambiarlo de colegio. Propuso ir a uno privado, pero con lo que ganamos no podemos permitírnoslo y las notas de Cody no son tan buenas como para que le den una beca. Dennis quiere mucho al niño y se frustra por no poder ayudarlo en estas ocasiones.

—¿Por qué esperó al domingo para contárselo?

—No lo sé. Supongo que no surgió la ocasión. Dennis se pasa el día trabajando y yo tampoco quería darle un disgusto en el poco rato que tenemos juntos.

—Entiendo. Continúe.

—El caso es que Dennis se puso hecho una furia y empezó a gritar. No estuvo bien, él no es así, pero yo entendía cómo se sentía y preferí callarme y aguantar el chaparrón. Por la noche aguardé su llegada impacientemente. Esperaba que estuviese de mejor humor y que pudiésemos hablar las cosas, pero el tiempo pasaba y Dennis no aparecía. Lo llamé y nada. Di por hecho que seguiría enfadado, ni siquiera habían pasado doce horas… Al final, me imaginé que estaría emborrachándose en algún pub sin querer saber nada de mí y me dormí. Esta mañana me he asustado al ver que aún no había vuelto y, después de llevar a Cody al colegio, me ha llamado Marcello y me ha dicho que Dennis no regresó ayer de un reparto.

—Verá, señora Peterson, la verdad es que necesito hacerle unas preguntas sobre eso.

—Usted dirá.

Alison da un sorbo de agua para ganar tiempo mientras ordena sus ideas.

—¿Se ha enterado de lo que ocurrió anoche en *El show de Rachel Brooks*?

Linda se pone rígida.

—Sí, y le puedo asegurar que Dennis no tiene nada que ver. Ese hombre se suicidó.

—Mi misión aquí no es señalar a nadie, señora Peterson. Solo quiero aclarar los puntos ciegos de la investigación de la muerte de Patrick Howard y, casualmente, el nombre de su marido ha aparecido sobre la mesa. Por eso he venido a verla.

—¿Ha sido Marcello? —pregunta conteniendo los nervios.

—¿Perdone?

—Lo ha acusado él, ¿verdad?

—Nadie ha acusado a Dennis de nada —intenta tranquilizarla—. Mire, su marido desapareció en un lugar y un momento muy concreto en el que una persona se quitó la vida por alguna razón en unas condiciones extremadamente inusuales.

Linda se tapa la cara con las manos.

—No estoy insinuando que Dennis tenga nada que ver con esa muerte, por supuesto, pero sí que es importante encontrarlo por si puede darnos algunas respuestas.

—Pues encuéntrelo —dice volviendo la mirada hacia la detective—. Dennis no ha hecho nada, es inocente.

Alison asiente con torpeza.

—Lo intentaré.

—¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si alguien le ha hecho daño? ¿Lo ha sopesado, al menos?

Las palabras de Patrick Howard vuelven a su mente de inmediato: «Lo siento». La Vespa estaba aparcada delante de la casa. Dennis llegó a las diez de la noche y no volvió a coger la moto.

—No quiero que Cody se entere de esto. —Linda niega con la cabeza. Una lágrima le cae por la mejilla, pero se la seca con el

dorso de la mano como si quisiera mostrar fortaleza—. Necesita a su padre.

—Encontraré a su marido. Se lo prometo, señora Peterson. Ahora querría que me enseñara el resto de las habitaciones del piso. ¿Podría ser?

Linda no se lo piensa.

—Lo que sea para que no sospeche de Dennis.

Alison deja el vaso de agua sobre la mesa del salón y Linda la lleva a los dormitorios. Uno de ellos tiene las paredes pintadas de amarillo, la cama deshecha y juguetes por el suelo. En una estantería hay una foto de Cody y todas sus bonitas pecas abrazando a sus padres con una sonrisa de oreja a oreja. Pasan a la habitación de matrimonio. La cama está deshecha también, pero solo por un lado. Alison entra y siente el vacío. Ese olor a pérdida, a soledad y a tristeza. Se centra en una pequeña montaña de libros que reposa sobre uno de los muebles. No habrá más de diez. Se acerca y ve los dos de Patrick Howard en la posición más alta. Coge el ejemplar de *El mensajero de Sacramento* y lo abre por la primera página. Hay una dedicatoria, con una letra redonda y preciosa, que reza: «Para Dennis, el mejor subchef del mundo». Lo devuelve a la pila de libros y coge la segunda entrega, *El espejo del culpable*. En esta ocasión, la dedicatoria es diferente: «Para Cody, un niño muy especial».

7
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 16.00 h

Alison ha venido a Payson Avenue para hacer su visita rutinaria. No hay día que no se pase por casa de sus padres, y hoy, por muy especial que sea la jornada, no iba a ser diferente. Estas visitas son importantes para ella y no puede dejar de hacerlas.

Antes de venir ha llamado al número que le ha facilitado Marcello Russo, el dueño de La Bohème. Esperaba oír la voz de Dennis Peterson al otro lado de la línea, pero no ha habido suerte: tiene el móvil apagado.

Llama al timbre y le abre Mary, la mujer que se encarga de que todo esté en su sitio ahí. La acompaña a la cocina, donde su padre lee el periódico como solía hacer antaño. Se llama John, pero prefiere que lo llamen señor Hess. Según él, le da más caché. Tiene una taza de café a su lado. Muy caliente, supone Alison, como a él le gusta. Una vez le quiso robar un sorbo y estuvo dos días sin sentir la lengua. «El karma, hija, que nos pone a todos en nuestro sitio», se rio él. Se ha cortado afeitándose esta mañana. Tiene un papelito diminuto pegado a la mejilla.

—Hola, papá.

—¡Alison, cariño! —exclama dejando el periódico sobre la mesa—. ¿Cómo estás?

Alison le da un beso y se sienta a su lado.

—Bien. Estoy de servicio en mi primer caso como detective.

—¡Eso es estupendo! ¿Le puedes contar algo a tu padre o es confidencial?

Alison suelta un bufido.

—¿Te suena un periodista llamado Patrick Howard?

—Patrick Howard… —repite pensativo—. ¡Ah, sí! Es ese que se hizo famoso de la noche a la mañana, ¿no? El que habla de crímenes en la FOX. ¿Qué pasa con él?

—Se ha suicidado.

—Qué me dices… —murmura, estupefacto.

—Fue anoche. Contactó con un programa de televisión y retransmitió su muerte en directo.

—Por Dios, Alison. Y ¿qué puedes hacer tú en un caso de suicidio?

—No lo sé. Pero si el sargento Russell me ha asignado el caso es porque cree que detrás de esa muerte hay gato encerrado.

—¿Te refieres a un asesino?

Alison niega con la cabeza.

—No, eso no es posible —dice decepcionada—. Se vio claramente en el vídeo que era Patrick quien apretaba el gatillo.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que estás buscando?

—A alguien que sepa por qué lo hizo. —«O, más bien, que sepa si detrás de su suicidio había algún tipo de delito», piensa Alison—. Y creo saber quién puede tener las respuestas que busco.

John se acerca la taza de café a la boca y, en cuanto le da un sorbo, lo escupe sin reparos.

—Demonios, se me ha enfriado. A veces me pierdo leyendo el periódico, ¿sabes? Hay sucesos de lo más interesantes. ¡Mary! ¿Me puedes preparar otro?

Un suspiro entra por la puerta de la cocina.

—Por supuesto, señor. Pero haga el favor de no volver a escupirlo, que luego lo tengo que limpiar yo.

—Perdona, Mary, se me ha escapado. ¿Por dónde íbamos? —le pregunta a Alison.

—Por mis avances en el caso de Patrick Howard.

—Ah, sí. Bueno, y ¿quién es ese testigo?

—No sé si se le puede llamar testigo. Es el subchef de un restaurante italiano. Al parecer, le llevó la cena a Patrick y ya no volvió al trabajo, tampoco a su casa. Ha desaparecido.

John enarca las cejas.

—¿Piensas que ese subchef sabe por qué el hombre se suicidó?

—No lo sé, papá, pero todo apunta a que es la última persona que lo vio con vida. Hablar con él nos resolvería algunas dudas. Por otro lado, Patrick Howard dijo que se arrepentía antes de morir, aunque no especificó de qué.

—¿Crees que mató al subchef y escondió el cadáver en alguna parte?

Alison duda.

—Lo desconozco —dice al fin—. El sargento Russell ha apostado por mí al ofrecerme el ascenso y debo dar la talla, pero no sé si estoy buscando a una persona viva o muerta. Soy patética.

—No digas eso. Elegirte como detective no es ninguna apuesta, cariño, es un acierto —dice orgulloso.

Alison sonríe. Su comentario debería halagarla, pero siente todo lo contrario: una presión por dar lo que se espera de ella, lo que todos esperan y que ella no está segura de poder ofrecer. A pesar de eso, dice:

—Gracias, papá.

—Pero escúchame. —John cambia el semblante—. Si ves que es peligroso, pide que alguien te sustituya. Que se juegue el pellejo otro.

—No puedo hacer eso, y menos en mi primer caso.

—La policía de Nueva York dispone de muchos detectives. Sabes que sufro por ti, Alison, por tu trabajo. Me da miedo que te ocurra algo.

—No te preocupes, no estoy sola en esto. Tengo a todo el cuerpo de policía detrás. No me pasará nada.

—Eso espero.

Mary deja otra taza de café humeante sobre la mesa y John lo prueba con deleite.

—¡Ahora sí! Gracias, Mary, no te merezco.

—No hay de qué, señor —dice ella antes de salir de la cocina para seguir con sus quehaceres.

—Hija, ¿cómo os va a Aaron y a ti? Hace tiempo que no lo veo. ¿Todo bien?

Alison desvía la mirada, incómoda.

—Aaron y yo ya no estamos juntos, papá.

Él se queda mirándola, sorprendido, con la boca entreabierta.

—Sucedió algo que no supimos gestionar y lo dejamos. Hace ya un tiempo de eso.

—¿Por qué no me lo habías contado? —pregunta con tristeza.

—Yo… —intenta explicarse—. Lo siento.

John la estudia con la mirada, como si quisiera descifrar el misterio de su rostro.

—Tú aún le quieres, ¿verdad?

A Alison se le humedecen los ojos y levanta la vista al techo para parpadear rápido y que se le sequen. No quiere llorar. Y mucho menos delante de su padre.

—No, papá, no le quiero.

—¿Por qué mientes a tu padre?

«¿Por qué me conoces tanto?».

Alison recuerda los tiempos en los que fue feliz con Aaron. Su risa, sus besos, su olor. Su manera de hablar con ella y con sus padres, siempre tan respetuoso, tan agradable. Su apoyo incondicional y su sentido del humor tan necesario. Habían hecho planes de futuro juntos, como casarse, comprar un piso en una zona tranquila, tener dos hijos y un perro, y vivir sin otra ambición que estar el uno junto al otro. Su relación ya contaba cinco años y Alison tenía la impresión de que Aaron le pediría matrimonio en cualquier momento. Deseaba que esa petición llegase. Aaron era el hombre de su vida, era sencillamente perfecto. Estaba tan enamorada… Pero todo cambió después de lo que pasó. Su mundo se desmoronó por completo. Alison ya no podía quererle igual. Así no. Era imposible.

—Me tengo que ir —dice para no responder—. Me ha gustado verte, papá.

—¿Ya te vas, hija? Qué pronto.

Alison se levanta de la silla.

—He de seguir con la investigación. Pero mañana vendré a verte, lo prometo.

Le da un beso.

—Ten cuidado, Alison.

—Lo tendré. Mary —se despide al pasar por el salón, donde ella limpia el polvo con un plumero—, nos vemos mañana. Gracias por

todo.

Mary asiente sonriente como toda respuesta.

—¡Alison! —oye que la llama su padre.

Ella vuelve sobre sus pasos y se asoma por el vano de la puerta de la cocina.

—¿Qué?

John abre de nuevo el periódico.

—¿Has hablado con tu madre?

—No. He estado liada con el trabajo, ya sabes.

—Llámala. Se alegrará de oírte. Aunque ahora seas una detective muy importante, no me creo que no tengas cinco minutos para hablar con tu madre.

—Oye, ¿y esta reprimenda tan gratuita?

—Tu madre es abogada, la mejor, diría yo. Pero te recuerdo que yo también lo fui. Si te inventas excusas, te voy a calar enseguida, que lo sepas. Dale una alegría, anda. Debe de estar pasándolas canutas. Hace frío en Boston y ya sabes lo friolera que es.

—Estamos en septiembre —protesta Alison—, no hace tanto frío.

—Tu madre se pasa las noches tapada hasta el cuello en pleno agosto, no te digo más.

Alison ríe. El señor Hess tiene toda la razón del mundo.

—No te preocupes, cuando tenga un ratito la llamaré.

John la mira con media sonrisa.

—Gracias por venir, cariño.

Escritura terapéutica de Alison Hess

No sé cómo empezar. Yo era bastante reacia a escribir parte de mi vida en estas páginas. Siento que me expongo demasiado. Pero el doctor Ross dijo que me iría muy bien como desahogo, para aclarar mis ideas y aprender a llevarlo de la mejor manera posible. Se lo conté a la doctora Becker y ella estuvo de acuerdo. Y si un psicólogo y una neuróloga coinciden, más vale hacer caso. Así que aquí estamos, escribiendo palabras a lápiz sin ir a ningún lado.

De todos modos, no quiero que este sea el típico diario en el que escribir cada día, sin un final marcado. No. Lo que voy a hacer es más sencillo: escribiré sobre lo que pasó, sobre mi relación con Aaron, Paul, Karen y mis padres. Puede que sea una tontería, pero concibo mi vida como un jarrón de barro. Un jarrón hecho a mano, con su belleza y sus imperfecciones. Ahora está roto. Con este texto solo pretendo juntar las piezas algún día.

Y vuelvo al dilema inicial: ¿por dónde empiezo? Supongo que por el principio, claro.

Entré en el cuerpo de policía de Nueva York en 2010. Después de tanto esfuerzo en la academia, lo había conseguido. Mis padres se alegraron mucho cuando les di la noticia. Al principio todo fue ilusionante: el uniforme, la placa, los coches patrulla, el One Police Plaza. El arma me causaba más bien respeto. Es algo que deseas no tener que usar nunca y, hoy por hoy, puedo decir que aún no lo he hecho. Los primeros días fueron tranquilos. Nos enseñaron el edificio, nos dieron mucha documentación e hicimos alguna que otra patrulla rutinaria. Y lo más importante: nos prepararon una fiesta de bienvenida a los recién ingresados en la sala común; aún me acuerdo del pastel de carne que cocinó Karen, que ya llevaba un año

en el cuerpo. Allí pude hablar con los que iban a ser mis compañeros y con los altos cargos de la policía. Para mi sorpresa, todos fueron de lo más agradables, incluido el sargento James Russell. Me habló de la importancia del primer año. Según dijo, nuestros primeros pasos en el One Police Plaza eran cruciales para que los peces gordos del Departamento, como él mismo, valoraran el tipo de policía que se estaba formando en la academia y vieran qué clase de persona estaba debajo de nuestro uniforme. Mi mirada de interés le hizo sonreír y acabó diciéndome: «Es solo para tenerlo en cuenta en el futuro». No quiso dar más detalles.

Durante la fiesta, un chico se me acercó y tomó el último trozo de pastel de carne de la mesa, justo el que yo estaba a punto de coger, y le dio un bocado.

—¡Eh! —exclamé, molesta.

Sabía quién era. Era de mi promoción, de los recién llegados. Habíamos coincidido en la academia, pero nunca habíamos cruzado una palabra antes. Me tendió la mano:

—Me llamo Paul Price. Perdóname, pero es que todo el mundo me ha dicho lo bueno que estaba esto y no podía irme sin probarlo.

Acepté su saludo.

—Alison Hess. Eso ha sido un poco egoísta por tu parte, que lo sepas.

—Egoísta habrías sido tú al comértelo y no dejar que lo pruebe, que he visto cómo le metías mano durante toda la fiesta.

Me ruboricé.

—Además de egoísta, impertinente.

Paul rio.

—Es una broma. Oye, los chicos han propuesto salir a tomarnos unas cervezas esta noche para conocernos mejor. ¿Te apuntas?

—¿Te refieres a los nuevos?

—Vaya, qué mal suena eso. Parece que lleves diez años aquí. Pero sí, esos.

—No sé, estoy un poco cansada.

—Además de egoísta, aburrida —bromeó.

—¿Tienes que estar todos los días por aquí? Lo digo por pedirme el traslado a otro sitio.

—¡Pero bueno! Parece que la oficial Hess tiene sentido del humor. Nos llevaremos bien, ya verás. ¿Qué me dices? ¿Un par de birras esta noche?

—Solo una —negocié.

—Claro —dijo alargando la «a»—, solo una.

Fuimos a The Grafton, un pub irlandés situado en la Primera Avenida. Hacía un poco de calor allí dentro, pero nada que una cerveza fresquita no pudiera solucionar. Una vez con nuestra Guinness en la mano, nos presentamos entre nosotros como era debido. Cuando llegó mi turno, no me extendí mucho. A veces soy un poco reservada, pero creo que es mejor así.

—Soy de Nueva York y me crie aquí, en Manhattan. Siempre he querido ser policía, pero mis padres han intentado que escogiera otra profesión menos peligrosa. —Me encogí de hombros—. No lo han conseguido.

Todos aplaudieron, divertidos.

—Bien hecho.

—¿A qué se dedican tus padres?

—Mi madre es abogada. Mi padre también lo era, pero se acaba de jubilar.

—Niña de buena cuna —oí que alguien murmuraba, pero no hice el menor caso.

—Y dinos, Alison. ¿Tienes novio?

De pronto todos se rieron por el descaro del chico que lo había preguntado.

—Creo que eso no es asunto tuyo, David —dijo Paul.

—Es verdad —aceptó él, levantando las manos en señal de disculpa—. Hagamos como si no hubiera pasado nada. Somos policías, ¿no? Tendremos que acostumbrarnos a hacer la vista gorda a partir de ahora.

Otra marea de carcajadas hizo que el ambiente se distendiera. La velada avanzó con buen ritmo, me lo estaba pasando genial con mis nuevos compañeros y las varillas del reloj que había colgado de una pared daban vueltas sin parar. Pasada la medianoche, decidí

marcharme. El día siguiente era laboral y no me apetecía ir al One Police Plaza cansada y con resaca.

—Venga, Alison. Una más —insistió Paul.

—Mañana trabajamos.

—Lo sé —sonrió.

Lo pensé. Me estaba divirtiendo, y una no entra en el cuerpo de policía todos los días. Era una noche especial. Podía quedarme media hora más e irme.

Asentí.

—Está bien.

—Perfecto. ¿Puedes pedirme otra a mí también? Tengo que ir al baño.

—Claro.

Me acerqué a la barra y esperé a que el camarero me hiciera caso. El pub estaba abarrotado de gente y el pobre no daba abasto. De pronto sentí una mano en mi cintura y me volví. Era David. Por su cara, deduje que había bebido bastante. Me puso la boca en la oreja, como si la música estuviese muy alta, y dijo:

—Espero que no te haya molestado lo de antes.

—Qué va, no te preocupes. —Hice como si no me sintiera incómoda.

—¿Qué quieres beber?

—Iba a pedirme una pinta para mí y otra para Paul.

Resopló.

—Paul… «Creo que eso no es asunto tuyo, David» —lo imitó cambiando la voz—. Menudo imbécil. Y él qué coño sabrá si es asunto mío o no.

Vi que el camarero desviaba la mirada hacia nosotros mientras servía una copa a unos metros. Debió de escuchar a David.

—Entonces ¿qué? ¿Me lo vas a aclarar o no?

—¿El qué?

¿Dónde se había metido Paul?

—Si tienes novio, ¿qué va a ser? —dijo escupiéndome en la oreja.

—Sí, tengo novio —mentí.

David me miró con incredulidad y dio un sorbo a su cerveza.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde está?

Me estaba impacientando. Paul no salía del baño y el camarero tampoco nos atendía. No me apetecía tener esa conversación con David y estuve a punto de largarme de allí sin despedirme, pero algo me decía que no era buena idea.

—Me espera en casa.

—En casa, ¿eh?

—Sí.

—Me temo que no sabe lo que tiene —murmuró tocándome el pelo.

—¿Qué te pongo? —dijo alguien al otro lado de la barra.

«Por fin», pensé. El camarero nos miraba con una expresión extraña.

—Ya era hora, tío —gruñó David—. Hace una hora que te estamos esperando.

Por lo visto, David iba a hacer comentarios de todo. El alcohol hablaba por él y estaba insoportable. El camarero no le respondió, me miró a mí.

—Una Guinness, por favor.

—Marchando.

—¿Cómo que una? —me preguntó David—. Me habías dicho que…

—Yo me iré enseguida.

—¿Ahora? No te puedes ir, mujer. Lo estamos pasando en grande.

—No me encuentro bien.

—Te acompaño a casa, entonces.

—No. Tranquilo, sé volver sola.

—Lo siento, pero insisto. —Mostró media sonrisa—. Soy un caballero.

—Estaré bien.

—Te acompaño, no se hable más.

—Oye —dijo el camarero, que había vuelto con la pinta de Paul—, la chica te ha dicho que no. Déjala ya, ¿quieres?

El semblante de David cambió por completo.

—No estoy hablando contigo —dijo con desdén.

—Puedo aferrarme al derecho de admisión y decirte que te vayas si veo que estás molestando a los clientes, así que tú mismo.

David puso su vaso en la barra y se rio.

—Pero ¿tú sabes con quién estás hablando?

—David —dije al ver que la cosa se le estaba yendo de las manos —, déjalo. Vamos con los chicos, venga.

—Has bebido demasiado, amigo. —El camarero apoyó las manos en la barra—. Te aconsejo que vuelvas a casa antes de que llame a la policía.

David tiró el vaso al suelo de un manotazo y el cristal se hizo añicos. Se lanzó contra el camarero y le dio un puñetazo en la cara que le hizo retroceder y chocar contra las botellas de la pared. Los estallidos del cristal al caer hicieron que todos volvieran la mirada hacia allí.

—¡Yo soy la policía, ignorante de…!

No le permití acabar la frase. Con un par de movimientos bruscos y rápidos, eché a David al suelo, boca abajo, y lo reduje con una llave.

—¡Suéltame! —gritó él, humillado y con la ropa mojada del líquido que acababa de tirar.

—Te has pasado de la raya, David.

Nuestros colegas se acercaron, pero no intervinieron al ver que tenía la situación controlada.

—¡He dicho que me sueltes!

—Solo si te vas a casa y no causas más problemas.

—Que sí, joder —dijo bajando el tono.

Lo solté y nos incorporamos.

Una camarera asistía a su compañero detrás de la barra, a quien no paraba de sangrarle la nariz. Al reparar en que todo el mundo lo estaba mirando, David negó con la cabeza y salió del local a grandes zancadas.

Fue entonces cuando Paul apareció de la nada, confuso.

—Había una cola larguísima en los baños. ¿Qué me he perdido?

La noche se acabó en ese mismo instante. Yo le pedí perdón al camarero y le di las gracias por defenderme.

—No hay de qué —dijo mientras se aguantaba un trozo de papel en los orificios de la nariz—. Ese tipo era un cretino. Si es policía como dice, se van a enterar sus superiores de lo que tienen en el One Police Plaza.

Paul me acompañó a casa. Nos había dado la una de la madrugada y yo solo pensaba en las horas de sueño perdidas. Después de lo que había pasado, me notaba nerviosa y no sabía si descansaría en condiciones. Para mi sorpresa, esa noche dormí como un lirón.

Al día siguiente, supimos que David había tenido una reunión de la que había salido con el rabo entre las piernas. A mí no me volvió a dirigir la palabra, incluso me apartaba la mirada, pero yo creo que era más por pudor que por otra cosa. Tampoco era la clase de persona que quería tener en mi vida, así que celebré su indiferencia.

Por otro lado, estuve una semana entera dándole vueltas a una idea. Estaba indecisa. Los días pasaban y yo seguía sin saber qué hacer.

—¿Me quieres contar de una vez qué te pasa o espero una semana más, Alison? —me dijo Paul durante una patrulla.

Habíamos hecho muy buenas migas. Había encontrado en él a alguien en quien confiar plenamente, y diría que era recíproco. Con Paul, las aburridas horas de guardia eran largos paseos en coche con charlas interesantes. Yo ya conocía a Karen antes de entrar en la policía —éramos amigas desde el instituto, aunque no íbamos al mismo curso—, pero ella estaba en la Brigada de Delitos Informáticos y no nos veíamos tanto, solo en el One Police Plaza. De modo que Paul se convirtió en mi mano derecha dentro del cuerpo. Era un lugar seguro, y yo no podía estar más agradecida.

—No sé si contártelo —dije—. Me da vergüenza.

—A mí me puedes decir cualquier cosa, ya lo sabes.

Tenía razón. Dudé un momento y se lo conté.

Esa noche me armé de un valor desconocido y volví a The Grafton. Me acerqué a la barra y sentí una ligera decepción al no encontrar detrás al chico de la vez anterior.

—Hola, cielo. ¿Qué te pongo? —me dijo la camarera.

—En realidad…, quería ver cómo estaba tu compañero. Creo que el jueves pasado le partieron la nariz por mi culpa.

—Está bien, no te preocupes. Pero no trabaja aquí.

—Ah, ¿no?

—Es mi hermano —explicó ella—. Esa noche me falló una camarera y le pedí que viniera a echarme una mano. Visto lo visto, creo que no fue buena idea.

—Lo siento mucho —dije con mal cuerpo—. Entonces ¿no vendrá por aquí?

Ella me miró, como tratando de adivinar lo que pasaba por mi cabeza, y sonrió. Lo supo enseguida.

—Te voy a dar su número, ¿vale? Así le preguntas tú misma.

Asentí, nerviosa.

—Gracias.

La chica cogió una libreta pequeña de anillas y escribió algo. Arrancó la hoja.

—Ahí lo tienes.

Cogí la nota y la leí. Debajo del número había un nombre escrito: Aaron.

8
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 18.40 h

El sol empieza a esconderse a lo lejos y el cielo está teñido de un naranja precioso. La ciudad de Nueva York, con sus rascacielos, sus luces y sus sombras, abre paso a Alison con la majestuosidad abrumadora de Broadway. Tiene la radio del coche encendida, y «Hello» de Adele marca la mejor banda sonora del viaje. Son estas cosas, los pequeños detalles, las que determinan nuestra felicidad. Se trata de esos minutos, a veces incluso segundos, en que nos paramos a contemplar nuestro alrededor, a admirar la belleza del mundo, y nos dejamos llevar sin miedo a perdernos.

El cartel gigante de *El show de Rachel Brooks*, en el que aparece la estrella del programa, sonriente y retocada, se erige sobre las puertas del teatro en el que graban. Alison aparca el coche y se acerca, algo inquieta. Interrogar a Rachel Brooks no es cualquier cosa.

Se dispone a entrar directamente por la puerta principal, pero una voz filtrada la detiene.

—Disculpe.

Alison se vuelve y ve a un hombre, vestido con uniforme azul marino, dentro de un cubículo acristalado de un claustrofóbico metro cuadrado.

—¿A dónde va, señorita? —pregunta a través de un minialtavoz, conectado a un micrófono de mesa.

Ella se acerca, saca su placa y se presenta.

—Vengo a hablar con Rachel Brooks.

El vigilante hace una mueca y mira su reloj.

—¿Tiene una cita?

—No.

—Entonces, lo siento, pero no puedo dejarla pasar.

—¿Lo dice en serio?

—Debería haber avisado antes, lo siento —repite.

—¿Cómo se llama?

—Scott Murphy.

—Verá, señor Murphy, estoy investigando la muerte de un hombre que, como usted sabrá, anoche se quitó la vida en directo en *El show de Rachel Brooks*, de modo que tanto la señorita Brooks como su gente están bajo los focos, y no precisamente los del programa. Como le he dicho, soy policía, detective del Grupo de Homicidios, y no me voy a ir de aquí sin haber hablado con ella. Haga esa llamada si tan importante es. Créame, no vale la pena complicar las cosas.

El vigilante se lo piensa unos segundos y descuelga un teléfono fijo que tiene dentro de la garita.

—Deme un momento, por favor —dice antes de desactivar el micrófono.

Alison espera con los latidos de su corazón bombeando en la yugular. No está acostumbrada a hablar de esa forma, con esa actitud, con esa autoridad. Murphy murmura cabizbajo con el auricular del teléfono pegado a la oreja y le lanza un par de miradas antes de colgar. Sale de la taquilla y dice:

—Acompáñeme.

Entran por las puertas principales del teatro y Murphy habla con un agente de seguridad, alto y musculoso, que mira a Alison por encima del hombro.

—Vaya con él —le dice el taquillero—. La llevará con Rachel Brooks.

Alison sigue a su nuevo guía y se siente como una niña perdida en un parque de atracciones. Técnicos vestidos con ropa negra van de un lado a otro comunicándose por pinganillos. Hay televisores colgados de las paredes en los que se sigue lo que ocurre en el plató con la voz muy baja. Cruzan dos puertas y entran en una especie de sala de reuniones, con cuatro mesas juntas en el centro de la

habitación y una decena de sillas alrededor. Un reloj digital preside el lugar. Es el tercero que ve Alison desde que ha entrado en el teatro.

—Tome asiento. La señorita Brooks la atenderá enseguida.

El agente de seguridad cierra la puerta tras él y Alison se queda sola. Mira las sillas y decide dónde sentarse para realizar el interrogatorio. Coge aire y lo expulsa lentamente. Nunca habría pensado que hablaría con alguien tan conocido, y mucho menos que lo interrogaría por un caso.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abre y se le corta la respiración al ver a la mismísima Rachel Brooks entrando en la pequeña sala. Se levanta y señala la silla enfrentada a la suya, al otro lado de la mesa de reuniones improvisada.

—Buenas tardes, señorita Brooks. Soy la detective Alison Hess. Siéntese, por favor.

Ella accede. Tiene el pelo rubio precioso. Los retoques de la foto del cartel son evidentes, pero sigue siendo una mujer muy guapa sin ellos.

—¿Le importa que fume? —pregunta al tiempo que saca un paquete de cigarrillos.

Alison lo piensa. En realidad, sí que le importa: no soporta el humo del tabaco. Pero hace un ademán y Rachel se enciende uno.

—Ha venido en un mal momento —le reprocha la presentadora.

—Nunca es buen momento para hablar con la policía sobre la muerte de alguien. Entiendo que no es plato de buen gusto. No obstante, mi labor es…

—Haga lo que tenga que hacer, pero rápido. Todo mi equipo ha detenido su trabajo aquí por esto.

De pronto, Alison se siente culpable. Carraspea y empieza el interrogatorio.

—Me gustaría que me contara con sus palabras lo que ocurrió ayer, señorita Brooks.

Rachel da una larga calada y expulsa el humo hacia arriba.

—Nadie sabía lo que iba a pasar. Fue un desastre. El programa se emite de lunes a viernes, pero lo de ayer era un aniversario especial, por los cinco años en antena. Vino DiCaprio y lo tuvimos que

despachar sin hacerle la entrevista. Patrick Howard me jodió el programa más importante de la temporada.

—Pero gracias a él hoy *El show de Rachel Brooks* está en boca de todos.

—Ese ha sido un comentario de muy mal gusto.

Alison no se anda con rodeos:

—¿Por qué hicieron esa videollamada?

—Patrick llamó con la intención de darnos una exclusiva en directo. Normalmente no le habría cedido ese espacio, nos gusta darle protagonismo al invitado de turno y no desviamos la atención mientras estamos en el aire. Pero Sandy insistió en que podría venirnos bien algo así, de modo que…

—¿Algo como lo de ayer?

—¡Dios, no! No tergiverse mis palabras. Me está haciendo perder el tiempo.

—¿Sandy es su asistente?

—Sí, puede hablar con ella si lo desea. Debe de estar por aquí cerca.

—Lo haré. ¿De qué conocía usted a Patrick Howard?

—De lo mismo que cualquiera, supongo. Lo veía en los informativos cuando era presentador y de algún programa de *Víctimas y verdugos*. También me leí sus libros, pero nunca había tenido contacto de ningún tipo con él.

—Entonces ¿no sabía qué iba a pasar cuando entró en antena?

—¡Claro que no!

—¿Hoy van a hacer el programa como si nada?

Rachel Brooks da otra calada al cigarrillo, impaciente.

—No. Hablaré sobre lo ocurrido. Diré que fue una tragedia, que nadie esperaba que ocurriese algo así y que lamentamos la pérdida del señor Howard.

—Y luego dará paso a la música y a los chistes —dice Alison, incrédula.

—Pues sí, eso haremos. Porque, si tuviésemos que parar el programa cada vez que alguien fallece, nos moriríamos nosotros de hambre. La vida no se detiene nunca, detective. Pase lo que pase, el show debe continuar.

—Pero un hombre murió ayer en su plató.

—Se equivoca —la interrumpe—. Nadie murió en el plató.

Alison empieza a hacer movimientos repetitivos con el pie debajo de la mesa.

—¿Conoce a Dennis Peterson?

—¿A quién?

—A Dennis Peterson.

—Y ¿quién se supone que es ese?

—¿No lo conoce, entonces?

—No.

Alison clava la mirada en el extremo brillante del cigarrillo. El humo es el recuerdo del fuego; las cenizas, palpables, su huella. ¿Con qué se quedará Rachel Brooks después de esto?

—¿Qué supone para usted la muerte de Patrick Howard?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Responda, por favor.

—¿Cuántas veces le tengo que repetir que yo no lo conocía?

—Ahora no le he preguntado eso.

—Detective Hess, míreme a los ojos.

Alison hace lo que le pide. Los iris azules de la presentadora se le clavan en el alma. Su expresión no es la que suele mostrar ante las cámaras. Es la de alguien poderoso y manipulador. Despega sus labios rojos, coge aire y dice:

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de Patrick.

9
Alison Hess
Lunes, 26 de septiembre de 2016, 19.30 h

La asistente de Rachel Brooks entra en la sala de reuniones con un pinganillo metido en la oreja y un iPad en las manos. A diferencia de su jefa, Sandy tiene el pelo recogido en una coleta y no lleva ni una pizca de maquillaje en el rostro. Es una chica más joven, con una belleza natural, sin filtros ni falsas apariencias. No muestra signos de superioridad. Al contrario, se la ve angustiada por lo que la presencia de Alison significa.

—¿Te puedo tutear, Sandy?

Ella asiente una sola vez con la cabeza mientras toma asiento. La incomodidad de la muchacha relaja a Alison. Por una vez no es ella la que se siente señalada, por una vez no tiene que demostrar nada a nadie, y eso la calma.

—Bien, cuéntame qué pasó ayer.

La asistente suspira.

—Todo empezó hace unos días, cuando recibimos un correo electrónico de Patrick Howard.

—Pensaba que había llamado por teléfono —trata de verificar Alison.

—Sí, bueno. En realidad, fue su editorial quien nos escribió el pasado lunes. Él llamó por teléfono anoche.

—Y ¿qué decía el mensaje de la editorial?

—Que Patrick Howard había terminado su tercer libro y que le gustaría presentarlo en el programa como invitado.

—Rachel no ha mencionado nada de eso.

—Ella no sabía nada.

—¿Cómo no va a saberlo la propia Rachel Brooks?

—Verá, la gente de Comunicación puede dar citas provisionales, pero no puede cerrar nada sin la supervisión de Rachel, y ella aún no conocía la previsión del mes de noviembre, cuando supuestamente Patrick Howard vendría. Ayer, tras la llamada del señor Howard, vimos la oportunidad de darle una sorpresa a Rachel.

—Sandy, ¿sabes lo que estás diciendo?

—Deje que me explique, por favor. Rachel es una gran fan de Patrick Howard.

—No me ha dado esa impresión.

Sandy tuerce el gesto.

—Aunque no se lo parezca, Rachel es la primera que tiembla como una gelatina junto a muchas de las estrellas que pasan por el programa. Pero es una gran profesional y se prepara cada entrevista hasta rozar la perfección. Si *El show de Rachel Brooks* tiene tanta audiencia es, sin duda, por su dedicación y por el cariño con el que trabaja con los invitados y el público.

—Vale, Rachel era admiradora de Patrick Howard —resume Alison en voz alta—. Y, como sorpresa, ¿queríais mostrarle en directo cómo se suicidaba?

—¡Oh, no, por Dios! Nadie del equipo sabía lo que iba a hacer. La cosa es que habíamos concretado ya una fecha provisional con su editorial para entrevistarlo, pero, como le he mencionado, aún no se lo habíamos dicho a Rachel. Y ayer, sin más, recibimos su llamada. Nos dijo que tenía algo muy importante que anunciar y que quería decirlo en directo, por videollamada. Le preguntamos si podía hablar brevemente de su próximo paso por el programa, para atraer más audiencia, y él accedió. No solemos coger ese tipo de llamadas en directo, pero ahí entraba yo para convencer a Rachel de que era buena idea hacerlo. Me voy a arrepentir el resto de mi vida, se lo aseguro.

—¿A qué hora llamó Patrick Howard?

—Poco antes del programa. Sobre las 23.15. Fue todo bastante improvisado.

«Una hora y cuarto después del reparto de Dennis», piensa Alison.

—¿Tenéis la llamada grabada?

—No.

—Lástima. Y, por casualidad, ¿conoces a un tal Dennis Peterson?

—No, lo siento. ¿Es sospechoso de algo?

—No estoy autorizada a responder esa pregunta, Sandy.

—Claro, lo comprendo.

El silencio se cuela en la habitación.

—¿A ti te gustaba Patrick Howard?

Sandy se ruboriza.

—¿Perdone?

—Su trabajo, quiero decir. El programa, sus libros…

—Ah, pues… la verdad es que no. Nunca he visto *Víctimas y verdugos*; no me va ese rollo. Y tampoco había leído nada suyo hasta hace poco. La gente lo ponía por las nubes y me picaba la curiosidad, así que compré un ejemplar de *El mensajero de Sacramento*, su primer libro. Para mí no tenía nada de especial. A lo mejor las altas expectativas jugaron en contra y me decepcioné un poco. Pensé que si el señor Howard vendía tanto era por el morbo, porque escribía sobre crímenes que sucedieron de verdad. Después de eso, no compré el segundo.

—Y dime, Sandy, ¿sabes a qué se refería Patrick Howard con lo que dijo antes de morir?

—No lo sé. Se me ocurre lo del correo electrónico. Puede que no quisiera venir al programa, o que no había escrito ese nuevo libro, pero vete tú a saber.

Alison considera esa posibilidad, aunque no termina de convencerla. Sandy ha dicho que recibieron un correo de la editorial para concertar el paso del periodista por el programa hace unos días. ¿Por qué iban a mentir?

—¿Puedo ver ese correo?

Una vez que llega a casa, Alison va al salón y se sienta en el sofá. Está cansada. Su primer día como detective principal ha sido largo e intenso. Despliega la hoja doblada que le ha dado Sandy en el teatro y lee por enésima vez el correo impreso:

DE: comunicacion@bookershouse.com
PARA: info@elshowderachelbrooks.com
FECHA: 19 de septiembre de 2016, 11.59 h
ASUNTO: Patrick Howard

Al Departamento de Comunicación de *El show de Rachel Brooks*:

Les escribimos desde la editorial Booker's House para comunicarles que Patrick Howard acaba de terminar su tercer libro y nos ha expresado su deseo de presentarlo en su programa. Si fuese posible llegar a un acuerdo con ustedes, nos gustaría hacer dicha presentación, como entrevista anticipatoria al lanzamiento, a principios de noviembre. Les aseguramos que este libro va a ser todo un fenómeno editorial.

Atentamente,

Departamento de Comunicación de Booker's House

Las horas siguientes transcurren con una lentitud que la impacienta. Cena una ensalada con pechuga de pollo desmenuzada. Se pone el pijama y empieza a leer como todas las noches, pero no puede concentrarse y deja la novela. Anda por el piso descalza, mira por la ventana, revisa los chats de su teléfono y a las 23.30 enciende la televisión.

El show de Rachel Brooks empieza con la música de su banda, pero sin el baile de la presentadora. Los aplausos son tímidos, y las aclamaciones, casi inexistentes, como si el público se sintiera incómodo mostrando una efusividad impuesta. Con los últimos acordes, Rachel Brooks se posiciona frente a la cámara para realizar su monólogo:

«Buenas noches y bienvenidos a *El show de Rachel Brooks* —dice no tan entusiasmada como de costumbre—. Hoy tenemos un programa difícil tras lo que vivimos la noche de ayer. Todos fuimos testigos de una tragedia que, por desgracia, va a quedar grabada en nuestra memoria para siempre. Desde el programa, sentimos profundamente la pérdida de Patrick Howard, quien se labró una corta pero exitosa carrera en el mundo del periodismo. Debo pedirles perdón por no haber sabido reconducir el programa de anoche. Todo sucedió muy rápido y yo… —Se le rompe la voz y calla, emocionada. El público la ayuda con un aplauso de apoyo—. Nunca en mi vida hubiese imaginado que presenciaría algo así, y mucho

menos en mi propio *late night show*. Ahora veo las imágenes y pienso que, si hubiera cortado la llamada a tiempo, podría haberlo salvado. A lo mejor Patrick no lo habría hecho si no hubiese estado en antena. Pero una no se prepara para eso, y yo no sabía lo que iba a pasar. —Suspira—. Patrick, si me oyes desde algún lado, lo siento».

La presentadora no aguanta más y rompe a llorar desconsolada. Otro aplauso le ofrece los segundos que necesita para recomponerse.

«El corazón se me ha acabado de romper hace un rato, cuando me han comunicado que Patrick había terminado de escribir su tercer libro e iba a hacer su presentación aquí, en *El show de Rachel Brooks*. Íbamos a tenerlo en ese sofá, hablándonos de su nuevo reportaje y encandilándonos como solo él sabía hacer. Pero eso ya nunca ocurrirá. —Baja la mirada, recoloca los pies y dirige los ojos hacia el público—. Hoy ha venido la policía a hablar con nosotros».

Alison se pone rígida al instante.

«Nos han hecho preguntas sobre lo ocurrido, como es normal. Al principio he pensado que nos estaban acusando de algo, pero no, todo lo contrario. Han venido para ver si los podíamos ayudar en la investigación. Al parecer, la muerte de Patrick Howard no fue un suicidio, sino un asesinato».

—¿Qué? —exclama Alison mientras un murmullo se extiende entre el público—. No, no. No digas nada. ¡No lo digas!

Apresurada, saca el móvil y busca el número de teléfono del programa en internet.

«Hay un hombre que está detrás de la muerte de Patrick Howard, y supongo que estarán de acuerdo conmigo en que ese indeseable debe pagar por lo que hizo».

Se oyen gritos de afirmación desde el público.

Suenan los tonos de llamada y Alison se levanta del sofá, inquieta.

—Vamos, vamos.

«No mostró su cara en el vídeo, ni siquiera dijo nada. Pero estaba allí, se lo puedo asegurar. Las fuerzas de seguridad ya saben quién es. Hemos de reconocer su valía y hacer todo lo que esté en nuestras manos para darle justicia al señor Howard».

—Hola, está usted contactando con *El show de Rachel Brooks* —dice una voz pregrabada al otro lado de la línea telefónica—. Por favor, explique brevemente el motivo de su llamada.

—¡Que alguien la calle! ¡Soy policía! Que no diga…

«El asesino de Patrick Howard se llama Dennis Peterson. Si alguien lo conoce, ya sabe lo que tiene que hacer».

10
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 6.50 h

Como todas las mañanas, Alison corre por el puerto del río Hudson con el sol tiñendo de rosa y naranja el cielo. Las gaviotas sobrevuelan el agua y la brisa fresca le abre los pulmones. Controla la respiración de forma regular, inspirando y espirando al ritmo del metrónomo de sus zancadas. Se cruza con paseantes y corredores que recorren el puerto con una rutina casi marcial. Su mente empieza a hacer de las suyas recordándole el episodio de anoche, en el que Rachel Brooks dijo en televisión que Patrick Howard murió a manos de Dennis Peterson, pero se esfuerza por sacudirse ese pensamiento.

Corre unos cinco kilómetros y vuelve a casa con el corazón bombeando con fuerza. Se mete en la ducha y deja que el agua caliente caiga sobre su cuerpo durante un buen rato. Más relajada, sale envuelta en una toalla y se mira en el espejo. Tiene dos lunares en la mejilla izquierda, igual que su madre. Los ojos, marrones como su padre. El pelo castaño le cae por un hombro, mojado y más oscuro de lo normal. Lleva bien los treinta. Al menos, eso piensa ella. No ha tenido esa famosa crisis de necesidad por formar una familia antes de que sea tarde ni por todo lo que la sociedad demanda para seguir unos cánones preestablecidos. Su vida iba en esa dirección con Aaron, pero ahora, sin él, no siente la presión de conseguirlo. Y eso es algo que se agradece enormemente.

Ya vestida, desayuna y se dirige al One Police Plaza. Deja el coche en el aparcamiento y se encuentra con Karen en la sala común, delante de la máquina de café.

—Esto me viene demasiado grande, Karen.

—Venga, no digas tonterías. Te viene perfecto, lo que pasa es que es nuevo para ti. Te irás acostumbrando, ya verás.

—No sé yo. Creo que he metido la pata.

—¿A qué te refieres?

—¿Viste *El show de Rachel Brooks* anoche?

—No, ¿por qué?

—¡Hess! —grita el sargento Russell desde el pasillo—. A mi despacho, ya.

Alison cruza una mirada con Karen. Su amiga le aprieta suavemente el hombro antes de salir de la sala común. Por el camino se cruza con Paul, que ha oído la orden de Russell. Su expresión es un enigma: Alison no sabe si está enfadado, decepcionado o esperanzado por lo que esto podría suponer para él.

Las puertas del ascensor se cierran con Russell dentro. No la ha esperado. «Mejor», piensa. Le da al botón y, al cabo de unos segundos, se abre otra cabina. Sube al quinto piso, va al despacho del sargento y cierra la puerta tras de sí.

—¿Es que se ha vuelto loca, Hess? —vocifera Russell, sentado en su sillón de piel—. ¿Cómo se le ocurre decirle a la maldita Rachel Brooks que Dennis Peterson es el asesino de Howard?

—En ningún momento dije eso, señor. Yo…

—¡No me tome el pelo, detective! Su primer día en el puesto y la que ha armado. ¿Tiene idea de lo que ha hecho?

—Lo siento, sargento. Yo solo les pregunté si lo conocían, nada más.

—Debería haber pensado dos veces con quién estaba hablando. Esa gente mueve masas y ya ha habido represalias.

—¿Represalias?

—Sí, Hess. Represalias. Tres Dennis Peterson diferentes han denunciado agresiones y ataques a sus viviendas. Y no se lo va a creer: ninguno de ellos era de Nueva York.

—Oh, Dios…

—Va a haber más, que no le quepa la menor duda. La gente sospechará de sus conocidos y se les echará encima. ¿Es consciente de la gravedad de la situación?

Alison piensa que la va a destituir. Le dará el cargo y el caso a Paul, y quedará como una inepta. Puede que incluso le abran un expediente. En el peor de los escenarios, tendrá que buscarse otro trabajo. Una pequeña parte de ella lo desea.

—Asumo la responsabilidad de todo, señor.

—Soy yo quien dio la cara ayer en la rueda de prensa, no usted. Ahora me arrepiento de haberla dejado al margen.

—Y ¿no podemos hacer algo? Hacer un comunicado, decir que no hay acusación contra Dennis Peterson, que solo se trata de un desaparecido que quizá tenga respuestas. Que por ahora nada desmiente la hipótesis del suicidio y no hay sospechas de asesinato.

—No pienso hacerlo.

—¿Por qué?

Russell se queda pensativo.

—No estoy orgulloso de su actuación, Hess, que le quede claro. Ha sido de todo menos profesional. Pero que el país entero esté buscando al mismo hombre que nosotros nos facilita un poco las cosas, ¿no cree?

Alison se sorprende. No sabe qué contestar.

—Dígame una cosa —sigue Russell—, ¿existe alguna posibilidad de que ese hombre orquestase un simulacro de suicidio y que fuese culpable de la muerte del periodista?

Alison tuerce el gesto. Todo cuanto ha descubierto conduce a pensar que Dennis Peterson estuvo allí. Pero ¿es suficiente? La oportunidad no es sinónimo de culpa. Ella misma vio el vídeo. Y siempre que lo recuerda llega a la misma conclusión: Patrick Howard apretó el gatillo y, cuando lo hizo, no parecía coaccionado. La idea de que Peterson sea la víctima y Howard su verdugo la convence cada vez más. Pero ¿dónde está el subchef?

—No podemos descartarlo…, pero no lo creo, señor —responde.

Russell asiente lentamente.

—Mire, haremos lo siguiente: mañana a primera hora convocaré otra rueda de prensa y usted aparecerá conmigo ante los medios. Entonces diremos que Dennis Peterson solo es un sujeto de interés en la investigación por las peculiaridades de esta muerte; dejaremos claro que no es un sospechoso. Con un poco de suerte, alguien dará

con él antes. Vamos a aprovecharnos de la influencia de Rachel Brooks, aunque solo sea por veinticuatro horas.

—De acuerdo. Gracias, sargento.

—Esto no es una palmadita en la espalda, Hess, no se equivoque. Lo que ha hecho es muy grave y confío en que no vuelva a ocurrir.

Alguien llama a la puerta. Antes de que Russell dé permiso para entrar, la alta figura de Clement Barlow, jefe de la Unidad de Criminalística, se cuela en el despacho.

—Mira por dónde —dice al ver a Alison—. Me viene de perlas que esté usted aquí, detective. —Deja sobre el escritorio una caja con las pruebas del caso y saca el ordenador portátil, protegido por una bolsa de plástico transparente—. Lo requisamos en la casa de Patrick Howard y acabamos de completar el análisis, aunque Hess tratase de impedirlo.

Russell mira a Alison con el ceño fruncido.

—¿Trató de impedirlo?

Ella intenta excusarse:

—Solo les dije que no podían llevarse el ordenador de allí sin más. Era algo de valor y…

—¡Y tanto que tiene valor! —exclama Barlow, que parece divertirse con esto.

—Clement, explíquese —dice Russell—. ¿Qué es lo que contiene este ordenador?

Barlow le dedica una mirada a Alison y sonríe.

—¿Quiere probar usted, detective?

Alison nota cómo el rubor le enciende las mejillas.

—Bueno, ayer me confirmaron que Patrick Howard había terminado su tercer libro. Así que debe de estar el manuscrito ahí.

—¡Ja! —grita Barlow—. Ojalá fuese eso.

—Me está poniendo de los nervios, Clement. Déjese de misterios y responda la pregunta.

—Mejor que lo vea con sus propios ojos.

Barlow saca el portátil de la bolsa y lo enciende. Luego entra en una carpeta que hay en el escritorio del ordenador llamada «DP» y aparecen cuatro vídeos numerados del 1 al 4 junto con un archivo de texto. Da doble clic sobre el primero y la pantalla se vuelve

negra. Al cabo de unos segundos, la luz amarillenta de un foco no muy potente espanta la oscuridad y se ve un cuerpo de pie sobre un suelo de cemento irregular, posiblemente un sótano. La imagen llega hasta su cuello, no se le ve la cara, pero queda claro por sus dimensiones que se trata de un niño de entre seis y diez años. Lleva unos pantalones de pana y una camiseta naranja con detalles azules. Enseguida se oye una respiración profunda detrás de la cámara y el niño se desprende de la camiseta, desvelando su delgado torso desnudo. Seguidamente, la cámara baja su objetivo y el niño se agacha para retirarse los zapatos sin que puedan verle la cara.

Alison siente un acceso de náusea.

Con los pies descalzos, el niño se incorpora y se desabrocha los pantalones para bajárselos y tirarlos a un lado, fuera de cámara.

El corazón le trepa por la garganta.

Sin un amago de indecisión, el niño se dispone a quitarse la ropa interior, pero Alison gira la cabeza para no seguir mirando. Cree que va a vomitar. Patrick Howard tenía pornografía infantil en su ordenador personal.

11
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 9.05 h

—Esto lo cambia todo —exhala Russell, pálido al ver el contenido del ordenador.

Han revisado los cuatro vídeos. En ellos aparecen dos niños y dos niñas diferentes a los que no se les ve la cara en ningún momento. Todos han sido grabados en el mismo lugar, una suerte de sótano oscuro, o algún tipo de almacén abandonado, no muy limpio y con el suelo de cemento irregular. El archivo de texto de la carpeta «DP» contiene datos cifrados sobre los cuatro vídeos. Letras y números aparentemente escritos al azar, pero nadie en el despacho de Russell piensa que el azar tenga algo que ver.

En la caja de pruebas está el móvil que encontraron en la escena del suicidio. Según Barlow, no tiene tarjeta. «Tal vez sea un segundo teléfono que el periodista usaba para sus asuntos… personales». Por ahora, no hay rastro de otro móvil.

Pero eso no es todo. Clement Barlow también les ha enseñado una fotografía impresa que sigue la misma línea. Les ha explicado que pertenece a la cámara que hallaron en el estudio del señor Howard —una Sony antigua que no usa carrete ni cintas tradicionales, sino discos extraíbles—, y que esa no es una fotografía al uso, sino un fotograma de archivo de vídeo analógico que se guarda como archivo fotográfico. Les ha prometido darles la cámara lo antes posible. A diferencia de los vídeos, la imagen no tiene mucha calidad. En ella se ve a una chica rubia que no debe de tener más de dieciséis o diecisiete años. Está desnuda, de rodillas sobre una cama, y mira al objetivo con miedo. Hay una mancha negra en

la esquina superior derecha de la imagen, pero no cubre el rostro de la chica. Es el único archivo en el que se muestra una cara.

—¿Qué demonios es esto? —susurra Russell, absorto—. ¿Patrick Howard era un pedófilo?

—Todo apunta a que sí, pero no podemos descartar otras hipótesis —sostiene Alison—. Puede que esos archivos sean parte de la documentación para su tercer libro.

—¡No hay tercer libro! ¿Es que no lo ve?

—A lo mejor…

—¿Sabe algo que no me está contando, Hess?

—No, señor. Nunca crucé una palabra con Patrick Howard.

—Me pregunto cuántos más estarían al tanto, cuántos hay metidos en el ajo —dice Barlow.

—¿Estamos dando por hecho que el fallecido tenía relación con una red de pornografía infantil? —pregunta Alison, incrédula.

—La ilegalidad de este contenido es absurdamente obvia, detective Hess. Howard debe de haber pagado un dineral por esos vídeos. Eso si no los grabó él mismo. Y, si se ha fijado, todos están grabados en un mismo sitio: en efecto, hay algo muy turbio detrás de la muerte del periodista.

Alison se queda callada y recuerda las últimas palabras de Patrick: «Solo quiero decir que me arrepiento de todo. Lo siento».

—Esto debe revisarlo Delitos Informáticos —comenta Russell.

—Conozco a la detective Karen Jenkins, señor. Nos puede ayudar a descifrar los códigos del documento y…

—Hess —la interrumpe el sargento—, ¿por qué no quería que se llevaran el ordenador de la casa?

—Todos conocíamos la identidad de la víctima y pensé que su ordenador contendría archivos de los que alguien podía aprovecharse económicamente. Sospeché que alguna persona de Criminalística podía filtrar documentos de valor, sí, pero también quería proteger el derecho a la intimidad del fallecido y, al menos, que no se lo llevasen sin mi conocimiento como detective principal. Supongo que no actué bien, lo siento.

Russell niega con la cabeza.

—No me gustan estas acusaciones entre compañeros. Que sea la última vez, y hablo por los dos. —Su mirada va de Alison a Barlow—. ¿Sabe, Hess? Price mostraba más cualidades que usted para el puesto de detective. Sobre el papel, él se lo merecía más. Pero usted tenía más ambición, más hambre, más perseverancia. Y eso es algo que un detective necesita para resolver un caso. Siga con la investigación. Hable con quien tenga que hablar y descubra qué hay detrás de toda esta mierda.

12
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 10.00 h

Como bien dijeron los Howard, la casa en la que murió Patrick no era de su propiedad, estaba alquilado. Karen le ha dado a Alison el nombre de la casera y su dirección. Nada más salir del One Police Plaza, la detective ha subido al coche y se ha dirigido directamente a su domicilio, situado en la calle Diez. La mujer con la que va a hablar se llama Olivia Miller, y ya está al tanto de lo sucedido.

—Sí, la casa donde vivía Patrick Howard es mía —confirma—. Se la alquilé hace unos meses. Qué tragedia. No me puedo creer que haya muerto. ¡Y en mi casa!

—¿Se conocían ustedes de antes?

—En absoluto. Yo había puesto un cartel con mi número de teléfono y me llamó para preguntar si aún estaba disponible. Se me quitó el hipo cuando me dijo quién era, la verdad. Soy una gran admiradora del señor Howard, tengo todos sus libros. Bueno, los dos.

—¿Se vio con él?

—Claro, para firmar el contrato del alquiler. Quedamos en la casa y tomamos un café tranquilamente.

—¿De qué hablaron?

—De todo un poco. Era un hombre muy educado. Me quedé impresionada, no esperaba que fuese una persona tan cercana. Me contó curiosidades sobre el oficio de periodista, un par de anécdotas relacionadas con alguna fan loca y otros asuntos más triviales. Estuvimos muy a gusto… Le confieso que flirteamos un poco. —Deja

escapar una risita—. Yo llegué a preguntarle si había alguien que le quitara el sueño, ya sabe.

—Y ¿qué le respondió?

—Pues me echó un jarro de agua fría, no crea. ¡Por lo visto estaba enamorado! Aunque me dijo que no podía ser, que era algo imposible.

—¿Por qué? —pregunta Alison, intrigada por la historia de la señora Miller.

—¡Ay! Eso quería saber yo, pero no me lo quiso decir. El señor Howard creaba suspense hasta en las conversaciones. Sin duda, era digno de su éxito.

—¿Hasta cuándo tenía pensado quedarse en la casa?

—Ni él mismo lo sabía. Yo le dije que necesitaba saberlo, para tener en cuenta a otros huéspedes o no, y me pagó el alquiler del apartamento hasta enero. ¡Seis meses de golpe! No quiero ni imaginar cuánto dinero tendría.

—¿Le habló de su próximo libro?

—¿Qué podría decirme?

—¿Le comentó si estaba escribiendo o investigando algún caso nuevo? —cambia la pregunta.

—No —responde Olivia, decepcionada.

—¿Le dio la impresión de que se sentía amenazado por algún motivo? ¿Que estaba huyendo o escondiéndose de alguien? ¿Tal vez arrepentido o triste por algo?

—Para nada. Lo vi muy calmado, pasamos un buen rato, ya se lo he dicho.

—¿Fue a visitarlo alguna vez después de aquel día?

—Oh, no. Me dijo que buscaba tranquilidad y no iba a ser yo quien se la quitara. Tampoco quería entorpecer su trabajo.

—Entonces ¿no lo volvió a ver?

—Me temo que no.

—¿Qué hizo el domingo por la noche, señora Miller? ¿Dónde estuvo?

—¿Me está preguntando si tengo algo que ver con la muerte del periodista? Qué poco me conoce, detective. Esa noche fui al cine.

—¿Fue usted sola? ¿Con su marido…?

—No, no tengo marido. Pero tampoco fui sola —dice con la cabeza alta.

—Lo siento, no pretendía ofenderla.

—Tranquila, no lo ha hecho.

—Una última pregunta: aparte de Patrick Howard y usted, ¿hay alguien más que tenga llave de esa casa?

—No, nadie. No por mi parte, al menos.

Alison asiente.

—Gracias por su tiempo, señora Miller. Ha sido muy amable.

Cuando sale del edificio, ve una librería abierta al otro lado de la calle y se acuerda de su padre. Se acerca al escaparate. *El mensajero de Sacramento* y *El espejo del culpable* están colocados estratégicamente en el centro de la exposición. Por un momento se plantea adquirirlos, pero algo la frena: la imagen de un niño desnudándose ante un foco de luz, otra de una chica asustada sin ropa. Alison se estremece. No puede comprar esos libros.

Su móvil suena y un rayo de esperanza le ilumina los ojos al ver el nombre del forense en la pantalla.

—Buenos días, Billy —dice al descolgar.

—Buenos días, detective Hess —responde el forense—. Tengo los resultados de las pruebas que te mencioné.

—Cuéntame.

—Aparte del disparo en la sien, Patrick Howard presentaba un labio partido y varios hematomas en el abdomen. Parece que tuvo una pelea bastante violenta. Por lo demás, hay restos de pólvora en la mano derecha y la trayectoria del proyectil es normal, teniendo en cuenta que fue él mismo quien apretó el gatillo. Estoy a la espera de los resultados del análisis toxicológico, pero dudo que te sirvan de algo.

La información que el forense le facilita le hace pensar en Dennis de nuevo. Tal vez tuvieron una acalorada discusión por algún motivo. Puede que la pornografía infantil tenga algo que ver. Le golpea como un puñetazo el recuerdo de esas letras en la carpeta de los archivos:

«DP», ¿Dennis Peterson? Quizá sí deberían empezar a tratar al desaparecido como un sospechoso.

—De acuerdo, Billy. Gracias por llamar.

—No hay de qué —dice antes de colgar.

Alison entra en la librería, pequeña y vacía ahora mismo. Un lugar acogedor. Un hombre de mediana edad levanta la vista de un libro y le sonríe desde detrás del mostrador. Es pelirrojo y tiene una perilla pasada de moda.

—Buenos días.

Ella le devuelve el saludo y se pone a mirar los lomos de los libros que hay por todos los estantes. Recorre con la mirada las diferentes secciones, pero no sabe por cuál decantarse.

—¿La puedo ayudar? —se ofrece el librero.

—Sí, gracias. Estoy buscando una novela para mi padre.

—¿Qué tipo de libros le gustan?

—No suele leer más que el periódico. Por eso estoy tan indecisa, no sé qué puede hacer que le coja el gusto a la lectura.

El librero lo rumia un segundo.

—Si lee el periódico, estará al tanto de todos los sucesos policiales.

—Vaya que sí. Ahora que lo pienso, esa es su sección favorita.

Y también recuerda cómo se interesó por lo que pudiera contarle sobre su primer caso como detective.

—Entonces la novela de intriga le encantará. Un buen misterio que lo atrape hasta la última página.

Alison asiente varias veces, convencida.

—¿Por qué no prueba con Patrick Howard? No es que sean novelas al uso, pero se vende mucho y gusta aún más. Por cierto, qué horror. ¿Se ha enterado?

—Sí, algo he oído —titubea—. Pero no sé si le gustará a mi padre.

—Bien, no hay problema. Busquemos otra cosa entonces. Vamos a ver qué podemos encontrar —dice acercándose a las estanterías—. Hay tantas buenas opciones que es difícil escoger. —Ríe—. ¡Ah! Ya lo tengo.

Saca un librito no muy grueso y se lo tiende.

—Este le gustará, ya verá —dice el librero.

—Perfecto. Me lo quedo.

13
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 12.15 h

Le basta una llamada al Departamento de Tráfico para conseguir la matrícula del coche de Patrick Howard; tenía un Audi A4 negro, lo compró en el concesionario de Brooklyn en junio del año anterior. Después de pasarse por las inmediaciones de la calle Treinta y dos ha llamado a los talleres más cercanos a la casa del periodista, pero no hay rastro del coche. Tampoco en los aparcamientos de pago de la zona. Teniendo en cuenta que Dennis Peterson dejó la Vespa delante del domicilio y que el Audi no aparece, ¿es posible que el subchef huyera con él?

La editorial Booker's House se encuentra en la Segunda Avenida, junto a una tienda de *bagels* con un llamativo toldo naranja. El edificio se alza ante ella con la fachada de color gris y unas puertas de cristal opaco. Al otro lado de la avenida hay un Starbucks que le recuerda a Paul. No le dedica más de unos segundos, lo suficiente para añorar un tiempo mejor, menos frío. Sonríe tristemente y entra en el edificio.

Un chico levanta los ojos del ordenador.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy la detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios —dice, y la cara del chico cambia por completo—. Estoy aquí por la reciente muerte de uno de sus autores: Patrick Howard.

—Una desgracia —afirma él, melancólico—. El señor Howard era muy querido en la editorial. Aún no me creo lo que ha pasado. Es terrible.

—Lo es —coincide Alison—. Me gustaría hablar con las personas que estuvieron en contacto con él recientemente, si es posible.

—Nuestros autores trabajan prácticamente con toda la plantilla cuando van a publicar un nuevo libro, pero no era el caso del señor Howard. Así que…

—¿No había escrito el tercero?

—Me temo que no.

Ahora mismo, Alison está perdida. Si Patrick no había escrito nada, ¿por qué la gente de Comunicación de Booker's House les dijo a los de *El show de Rachel Brooks* que ya había un tercer libro y que querían presentarlo en el programa? ¿Serán falsos los correos electrónicos?

—En ese caso —dice—, ¿con quién debería hablar?

—Sin duda, con Irina, su editora.

En una pared destaca un calendario colgado con anotaciones en todos los días del mes: nuevas publicaciones, presentaciones, ferias literarias, firmas. En el otro lado de la habitación, una pizarra blanca con tareas urgentes escritas con rotulador. Sobre el escritorio se ve un ordenador y un marco de fotos vacío. Irina Cooper es una persona elegante, no hay más que verla: americana, collar de perlas pequeñas y unas finas pulseras de oro en sus muñecas. Su expresión es la de una mujer abatida. Marcello Russo dijo que Patrick fue a cenar una vez al restaurante con una mujer que parecía su pareja, pero puede que solo se tratara de su editora. Su anillo no deja lugar a dudas: está casada.

—La muerte de Patrick ha supuesto un golpe tremendo para todos —le está diciendo en ese instante.

—¿Estuvo en contacto con él durante el último mes?

—Lo estuve desde su primer libro. Lo acompañaba a todas sus presentaciones y firmas y hablaba con él a menudo.

«Bien», piensa Alison. Por fin da con alguien que puede traer luz al caso.

—¿Esperaba que hiciera algo así?

—Nunca lo hubiera pensado. Patrick amaba la vida. Lo que hizo no es propio de él, no me cabe en la cabeza que decidiese suicidarse de pronto. No tiene sentido.

—Entonces ¿cree que algo o alguien lo llevó a hacerlo?

—Sí, eso es justo lo que creo.

—Y ¿sabe de qué o quién podría tratarse?

—Ojalá lo supiera, detective —dice con la voz quebrada.

La foto de Dennis Peterson con su familia vuelve a la mente de Alison como un flash. Dennis tuvo la oportunidad de hacerlo, de amenazarlo o chantajearlo con los vídeos de la carpeta «DP». Él conocía a Patrick, ya había hablado antes con él, sabía dónde vivía e iba a su casa a diario. Era admirador suyo y, según sus compañeros de trabajo, estaba esperando con ansia la noche del domingo.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Nadie declarado públicamente —responde la editora—, pero la envidia puede ser muy destructiva. Estoy segura de que muchos no veían bien el éxito que había conseguido Patrick en tan poco tiempo, y que lo odiarían por no ser ellos quienes estaban en lo más alto. Pero esto no es nada nuevo, pasa en todos los ámbitos de la vida. La ambición humana está a la orden del día, y quienes ven cómo otros consiguen su sueño sienten que se lo están arrebatando a ellos de las manos.

—¿Insinúa que tras la muerte de Patrick Howard podría haber un periodista frustrado?

—¿Qué? No —Apoya los codos sobre el escritorio y se masajea la frente—. Estoy confusa, perdóneme.

—No se preocupe, es normal dada la situación. Aparte de sus colegas de profesión, ¿quién podría tener algo en contra del señor Howard?

—Los libros de Patrick no gustaban a todo el mundo, pero esto también es algo natural. Por muy bueno que seas, es imposible conseguir tal cosa. No hay autor que tenga un cien por cien de lectores satisfechos.

—Entiendo. ¿Mencionó alguna vez que se sintiera amenazado por alguien?

—No. Su muerte ha sido una sorpresa para todos, se lo aseguro.

Alison duda antes de formular la pregunta que tiene en mente, pero piensa que Rachel Brooks ya hizo pública la identidad del subchef, así que no tiene nada que perder.

—¿Le suena el nombre de Dennis Peterson?

Irina arruga la frente.

—No. Bueno, me parece haberlo oído en algún sitio, pero ahora no caigo.

—¿Patrick no le habló de él en ningún momento?

—No. ¿Debería haberlo hecho?

«No lo sé», piensa Alison.

—Verá, señora Cooper, Dennis Peterson trabajaba en un restaurante italiano llamado La Bohème. No sé si le suena…

—Sí, lo conozco.

—¿Puede que fuera alguna vez con el señor Howard?

—Sí. Ahora que lo dice, me acuerdo de un hombre que vino a saludar a Patrick. Pero ¿qué tiene que ver con esto?

—Dennis le llevaba todos los días la cena y, justo la noche de su muerte, no regresó del reparto. La moto del negocio estaba delante de la casa. Él ha desaparecido.

La editora la mira sin entender.

—¿Qué intenta decirme?

—Le voy a ser muy sincera —dice Alison—. Patrick dijo que hizo algo de lo que se arrepentía. Con esa afirmación y con la desaparición de Dennis Peterson, estoy barajando dos hipótesis de lo que ha podido ocurrir. La primera: Dennis obligó a Patrick a suicidarse por alguna razón que no puedo concretar y se ha dado a la fuga.

—¿Y la segunda? —pregunta Irina con tono arisco; ya ha previsto lo que Alison va a decir.

—Patrick mató a Dennis Peterson y se arrepintió después.

—Ni lo sueñe. Patrick era incapaz de hacerle daño a nadie.

Alison se muerde la lengua para no mencionar los vídeos de pornografía infantil. A diferencia de lo de Dennis, eso no se ha filtrado y no debe decir nada al respecto.

—Es mi deber considerar cualquier posible línea de investigación. Dígame, ¿sabe por qué se mudó a Manhattan hace unos meses?

—Sí. Estaba investigando un caso para su tercer libro. El suceso se desarrollaba en Manhattan y esa casa le permitía estar cerca de los protagonistas de la historia.

Alison empieza a dar golpecitos con el dedo en el escritorio.

Primero, Marcello Russo dijo que Patrick Howard pedía comida a domicilio porque escribía por las noches. Luego, en *El show de Rachel Brooks* le enseñaron correos de la editorial anunciando que querían presentar el tercer libro del periodista. Sin embargo, en su ordenador no hay ningún borrador de ese supuesto reportaje. El chico de abajo le ha dicho que tampoco hay libro. Ahora la editora le indica que sí.

—¿Usted ha leído ese nuevo libro?

—No. Patrick aún no me lo había enviado. ¿Por qué lo pregunta?

—Hay diferentes opiniones sobre su existencia.

—La gente puede decir lo que quiera, pero yo soy… Yo era la editora de Patrick y sé muy bien lo que digo: puedo asegurarle que había otro best seller en camino.

—Tiene razón. Discúlpeme. Entonces sí que había otro libro.

—Sí. Se pasó meses documentándose sobre un caso antiguo, y sé que había terminado el manuscrito, pero no llegó a entregarlo.

—¿De qué caso me habla? —pregunta Alison, curiosa.

—Del caso Larson.

Alison frunce el ceño.

—Lo siento, pero no me suena.

—Ocurrió en 1993, hace veintitrés años.

—¿Qué tenía de especial para escribir sobre él?

—En octubre del 93 asesinaron a Hannah Larson, de diecisiete años, junto al Little Red Lighthouse, el faro rojo del río Hudson. El caso se cerró sin un culpable por falta de pruebas, pero hubo tres sospechosos de los que se habló mucho: un sacerdote, un policía y uno de los candidatos a la alcaldía de Nueva York.

Alison se calla un exabrupto. El nuevo libro de Patrick Howard tenía todos los ingredientes para convertirse en otro best seller, como afirma la editora.

—Siento decirle que hemos examinado el ordenador de Patrick y no se ha encontrado nada de lo que menciona.

—No puede ser —dice Irina—. Busquen bien, el manuscrito tiene que estar ahí.

Por un momento, Alison piensa en la sonrisa de Clement Barlow, jefe de la Unidad de Criminalística, y le asaltan las dudas. ¿Y si lo de la red de pornografía infantil ha sido una cortina de humo? ¿Y si había un texto que alguien de su equipo ha robado? Puede que todo sea mucho más sencillo que eso y que Patrick Howard se deshiciera de lo que había escrito. Aunque, sea como sea, un hombre ha muerto y otro ha desaparecido; ese supuesto libro no es importante ahora mismo.

—Descuide, Delitos Informáticos lo revisará. Si ese manuscrito existe, darán con él. Una última duda: en *El show de Rachel Brooks* me facilitaron un correo electrónico enviado por la editorial en el que se proponía el paso de Patrick por el programa para una entrevista anticipatoria. ¿Está al tanto de esto?

—Sí, creo que se cerró provisionalmente para principios de noviembre.

—¿Quién se encarga de enviar esos correos?

—La gente de Comunicación.

Alison asiente, decidida.

—Lléveme con ellos.

14
Patrick Howard
Seis meses antes del suicidio

La noche había caído en Nueva Orleans y Patrick Howard seguía firmando libros en una librería de Bourbon Street, una calle histórica ubicada en el barrio francés de la ciudad. La firma había empezado a las cuatro de la tarde con la intención de acabar dos horas después, pero se había formado una cola kilométrica y, pasadas las siete, aún quedaban personas a las puertas del edificio. La cantidad de nuevos lectores que surgían casi un año después de la publicación de *El espejo del culpable* era increíble. El ambiente estaba caldeado dentro de la tienda, tanto que Patrick se había quitado la americana y firmaba en camiseta negra de manga corta. Irina Cooper, su editora, charlaba con los dueños de la librería con un vaso de café en la mano. Se había prometido a sí misma que sería el último, pues, por el contrario, sabía que pasaría media noche en vela. Era ya el quinto. En las pausas que su conversación le ofrecía, volvía la mirada hacia Patrick y a las decenas de personas de la cola.

—Hola, ¿cómo estás? —le preguntó él a una chica que dejaba un libro sobre la mesa—. Me tendrás que disculpar por mi atuendo. Hace mucho calor y no aguanto con la americana. ¿Cómo te llamas?

—Sandra —respondió ella, risueña—. ¿Por qué no pide que bajen la temperatura?

Patrick abrió el libro y empezó a escribir con su bolígrafo.

—El aire acondicionado se ha estropeado justo antes de venir. Ya es mala suerte, ¿no crees?

—Y que lo diga.

Debajo de la dedicatoria, dibujó su firma, cerró el libro y se lo devolvió.

—Espero que te guste, Sandra.

Media hora más tarde, Patrick firmó el último ejemplar y suspiró, exhausto. Miró a su editora, que se encontraba de pie a un lado de la tienda, y se rieron en silencio.

Fueron a un restaurante donde tenían una mesa reservada a nombre de ella. La tarde había sido agotadora pero muy bonita. El contacto con los lectores, ver la ilusión en sus ojos, era lo más preciado de su trabajo, y que esa firma fuera la última de la gira de *El espejo del culpable* la hacía aún más especial.

—Estoy preocupado, Irina —dijo Patrick en cuanto el camarero se alejó con sus notas.

—¿Qué sucede? —le preguntó ella apoyando los codos en la mesa.

Patrick se encogió de hombros.

—No lo sé. No sé qué me pasa.

—No te entiendo. ¿Te encuentras mal?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

Él le dio un sorbo a la copa de vino blanco.

—Los dos libros han ido realmente bien —dijo al fin.

—Y ¿eso te preocupa?

—No. No sé.

—Deberías estar orgulloso, Patrick. ¡Lo que has conseguido es asombroso!

—Ese es el problema —se sinceró él—. ¿Qué voy a publicar ahora, después de dos best sellers?

—¿No tienes ideas nuevas?

—Sí, tengo un par de casos en mente, pero no son tan buenos. Puede que para *Víctimas y verdugos* estén bien, pero con los libros es distinto. Cuando di con el crimen de *El mensajero de Sacramento* supe que con el programa no sería suficiente. Lo mismo me pasó con *El espejo del culpable*. Necesito tener un flechazo con un caso para querer escribir un libro sobre él, ¿entiendes? Y no tengo esa sensación ahora mismo.

—No te presiones. En cuanto te pongas a indagar, todo fluirá. ¿Por qué no le das una oportunidad a uno de esos casos? Puede que te sorprendan.

—No vale la pena. Mi tercer libro tiene que estar a la altura de los anteriores. Si no, las malas críticas me demolerán. Ya veo los titulares: «Patrick Howard no es tan bueno como creíamos». Nunca he hecho caso a las críticas, pero…

—Eso son tonterías, Patrick, no tienes por qué pensar esas cosas. Date tiempo. En cuanto des con el caso idóneo, ese nuevo libro saldrá solo, ya verás.

—Yo no estoy tan seguro.

—Creo que estás siendo injusto contigo mismo. No todos los libros que escribas van a ser un éxito de ventas. O sí, quién sabe —rectificó al ver su cara de angustia—. Hazme caso, no pienses en eso ahora. Has tenido una tarde muy gratificante con tus lectores y estás agotado. No te esfuerces por seguir trabajando a estas horas. Debes tomarte un respiro.

Patrick asintió.

—Tienes razón.

Irina sonrió y cogió su copa de vino.

—Disfruta de la cena. No es momento para preocupaciones —añadió antes de dar un pequeño sorbo.

Él la miró y sonrió.

—Estás muy guapa.

Irina casi se atragantó. Dejó la copa sobre la mesa y carraspeó, incómoda. El camarero sirvió los entrantes.

—Que aproveche.

Ninguno de los dos respondió.

—Patrick… —dijo ella cuando volvieron a estar solos.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

—Te has ruborizado —observó él.

Irina bajó la mirada, avergonzada.

—No puedes hacer esto. No está bien.

—Ya somos adultos —protestó él.

—Por eso mismo.

—¿Cuál es el problema?

—Hay dos problemas. Uno: soy tu editora.

—¿Desde cuándo el trabajo es un problema?

—Y dos —siguió Irina sin hacerle caso—: estoy casada.

Patrick esperó a que el dolor causado por esa última frase se apaciguara.

—Me sorprende que no hayas dicho la respuesta fácil.

Ella se tomó un momento para que Patrick la desvelase, pero él no tenía intención de hacerlo y eso la irritó.

—A ver, ¿cuál es la respuesta fácil?

—Que no sientes nada por mí.

Irina desvió la mirada. Tenía ganas de echarle la copa de vino en la cara. Contó hasta tres mentalmente y volvió a mirar al periodista. Sus encantadores ojos grises esperaban otra respuesta por su parte.

—No siento nada por ti.

Patrick la escrutó unos instantes y se rio.

—Desde luego, mentir no es lo tuyo.

—Tú no me conoces, Patrick.

Él se tomó sus palabras como una provocación.

—Sé que te levantas todos los días a las seis de la mañana. Tu horario laboral te permite descansar más, pero lo haces solo para desayunar con Francis antes de que se vaya. No os volvéis a ver hasta entrada la noche. Te gusta el café. Miento: te encanta el café, y llevas la cuenta para no tomarte más de cinco al día porque hace poco dijeron en la televisión que no era muy sano. Estudiaste un grado de Literatura en la Universidad de Fresno y te sientes una privilegiada por dedicarte al mundo editorial. No tienes hijos, pero te gustaría. De hecho, aún mantienes la esperanza de que algún día Francis y tú tengáis una sorpresa. Pero al mismo tiempo te da miedo que sea demasiado tarde para no sufrir complicaciones, para que tu cuerpo te diga que ya estás mayor y que no puede ser. Tienes intolerancia a la lactosa. Cuidas tu alimentación de forma rigurosa y haces deporte tres veces por semana. Eres una lectora empedernida y lees a escritores europeos antes de acostarte. Cuando mientes, desvías la mirada a la derecha. Es curioso, siempre es hacia el

mismo lado. Y ahora lo has hecho. Lo que significa que has mentido cuando has dicho que no sentías nada por mí.

Irina no supo qué contestar. Se enfadó. No soportaba que Patrick le hablara así, que alardease de esa manera. Su comportamiento había cambiado en los últimos meses. Durante el primer año, con la publicación de *El mensajero de Sacramento*, su relación había sido cercana, pero meramente profesional. Irina se alegró por los logros del periodista tanto como si fueran suyos. Al fin y al cabo, ella también estaba detrás de las páginas del libro; el mejor escritor no sería nada sin un buen editor. Pero todo cambió con el lanzamiento de *El espejo del culpable*. Tras el rotundo éxito del primer libro, el segundo pedía más presentaciones, más firmas y, por tanto, una gira más larga. Ella lo acompañaba a los eventos promocionales y pasaban mucho tiempo juntos. Habían viajado por todos los estados, habían comido en los restaurantes más selectos y pasaban las noches en hoteles hermosos. Eso sí, en habitaciones separadas. En uno de esos viajes, en noviembre, mientras se tomaban un zumo de frutas en un bar de Seattle, él le había dicho que estaba confuso. Y, solo con esas dos palabras, Irina supo perfectamente a qué se refería. Ella también lo estaba.

—¿Podemos cenar tranquilos, Patrick? Te lo pido por favor. Estoy cansada.

Él suspiró. Bajó la mirada y aceptó.

Cenaron en silencio. La comida estaba muy buena, pero no hicieron referencia a ello en toda la noche. Cuando llegaron los postres, fue Patrick quien habló.

—Perdóname. No quería incomodarte.

Ella se encogió de hombros.

—No importa. Déjalo.

Patrick asintió, triste.

—Esta ha sido la última firma de la gira. Mañana volveremos a Nueva York y podrás olvidarte de mí.

—No digas eso.

—¿Por qué?

Irina vaciló.

—Porque no quiero olvidarme de ti.

La copa de Patrick se detuvo cerca de su boca.

—Eso no me ayuda.

—Lo sé.

El silencio volvió a cobrar protagonismo en la velada. Patrick había pedido pudin de limón; Irina, manzana asada. Ahora fue ella quien rompió el mutismo.

—Podrías investigar un caso por resolver.

Patrick la miró confundido.

—Para tu nuevo libro, quiero decir.

—Pensaba que mi jornada de trabajo había acabado por hoy.

—Un periodista nunca descansa —bromeó ella.

Patrick supo que era una forma de decirle que prefería hablar del libro antes que discutir sobre sentimientos imposibles.

—¿Tú crees que a la gente le gustará ese cambio de perspectiva?

—A la gente le va a gustar cualquier cosa que escribas, Patrick, aunque no deberías pensar en lo que pueda opinar nadie. Investiga y escribe para ti, como si tu texto no fuese a salir de tu despacho. Escribe una historia que te enamore y te sorprenda a partes iguales. El resto no depende de ti.

—No sé si sería capaz. Con los dos libros anteriores rellené los vacíos de la investigación con diálogos ficticios, pero en ambos casos la resolución era clara. De ahí a que el final de la historia no se haya escrito nunca en un informe policial…

—No te subestimes, yo sé muy bien de lo que eres capaz. No me extrañaría que dieras la sorpresa y resolvieras el caso.

—Te recuerdo que mi trabajo es recopilar información y testimonios de un suceso, no jugar a detectives, Irina.

—Oh, vamos, Patrick. Con tu talento y la influencia que tienes, puede que consigas mucho más que la policía de antaño.

Patrick levantó una ceja.

—Me parece que ya tienes un caso en mente. ¿Me equivoco?

Irina rio.

—Es posible.

—Venga, no te hagas la interesante ahora. ¿En qué has pensado?

Ella desvió la mirada, divertida, pero en esta ocasión fue hacia la izquierda.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
La verdad

Todo cuanto sabemos sobre la verdad es pura alegoría. Nos apoyamos en una creencia a todas luces vaga y evanescente. Y es que los ojos siempre mienten, ven imágenes que nuestro cerebro interpreta como historias completas, y no son más que un capítulo corto con final abierto. Pero ¿qué es la verdad entonces? La verdad es un libro inabarcable, imposible de leer entero, cuyos lectores recorren sus páginas al libre albedrío y llegan al último párrafo con desenlaces totalmente distintos.

Algo así ocurrió en Nueva York en 1993. La noticia de la muerte de Hannah Larson, de diecisiete años, recorrió las calles de la ciudad con dolor y tristeza. Fue la noche del 12 de octubre. Hannah se encontraba en el parque Fort Washington, cerca del río Hudson, del puente y de su famoso faro rojo, cuando alguien le clavó una pluma estilográfica en el cuello y le causó la muerte casi inmediata. La policía fue muy clara cuando habló sobre lo ocurrido: había sido un asesinato, no un accidente. Encabezó la investigación el detective Cameron Garrett, del Grupo de Homicidios del Departamento de Policía de Nueva York. Garrett estudió el caso en profundidad y sus pesquisas lo condujeron a varios sospechosos, pero los nombres más escuchados, los que más consternación provocaron, fueron el de uno de los candidatos a la alcaldía, Peter Banks, y el del reverendo Luis Weaver, de la iglesia de la Hermandad Cristiana.

Antes de que una posible acusación de asesinato se hiciera pública, Peter Banks retiró su candidatura y Luis Weaver dimitió de su puesto en la iglesia para esconderse un tiempo en la sombra, al menos hasta que todo se arreglase. Una vez anunciados estos nombres, la gente empezó a tomar partido. La opinión de Nueva

York se dividió y se formaron grupos de protesta que realizaban manifestaciones delante de las casas de Banks y de Weaver.

El otoño seguía su curso y el caso Larson no se esclarecía. Las manifestaciones fueron menguando, arrastrada la curiosidad hacia nuevos impactos informativos. Demasiada gente, demasiados estímulos. Eso cambió cuando apareció otro sospechoso sobre la mesa: el propio detective Garrett. El nombre de Hannah Larson volvió a la primera línea y los habitantes de Nueva York se preguntaron por qué la policía no había dado ya con el culpable. Con el nuevo rumor, una multitud vociferante se plantó delante del One Police Plaza pidiendo explicaciones. Como Peter Banks y Luis Weaver, Cameron Garrett también dimitió de su cargo como policía y el caso acabó cerrándose por falta de pruebas concluyentes.

Hannah se mantuvo en la memoria de todos, y ramos de rosas blancas se posarían frecuentemente sobre su lápida durante largos años buscando mantener vivo su recuerdo.

La verdad quedó escondida entre las páginas de un libro inédito, un libro que se cerró sin leerse como es debido, y quien puso un final precipitado a la historia de Hannah Larson siguió en libertad. Pero, veintitrés años después, un periodista quiso empezar ese libro de nuevo, y su intención era no parar de leer hasta el final.

15
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 17.30 h

La reunión con Irina Cooper la ha dejado descolocada. Según la editora, Patrick Howard había escrito su tercer libro, pero no llegó a entregárselo. Alison ha hablado con una mujer de Comunicación de Booker's House que le ha confirmado que el lunes 19 envió ese correo electrónico a *El show de Rachel Brooks* para gestionar la entrevista anticipatoria en el programa. Sin embargo, no hay manuscrito y nada salvo la palabra de la editora avala la existencia de un libro.

Mary le abre la puerta y la acompaña al salón. John Hess ve la televisión sentado en el sofá. Elisabeth Wolf, de los informativos de la FOX, anuncia las últimas noticias con voz neutra.

—Señor, tiene visita.

John se vuelve torpemente.

—¡Hija! ¿Estás bien? Pero ven, ven. Siéntate.

—Todo bien —dice acomodándose a su lado—. Bueno, más o menos.

—¿Qué significa eso?

—Que Rachel Brooks es una bocazas.

—¿La presentadora?

—Exacto. Fui a interrogarla de modo confidencial y ella ha puesto la investigación patas arriba.

—Lo sé. Lo acaban de decir por las noticias.

—No me digas que le han dado eco.

—Dennis Peterson, ¿verdad?

Alison se tapa la cara con las manos, horrorizada.

—Sí.

—Míralo por el lado positivo: esa mujer te va a hacer la mitad del trabajo.

—Han acosado a tres personas inocentes por esto. Y el sargento Russell cree que pueden ser más.

—Pero ¿y si detienen a ese hombre? Si al interrogarlo descubrís que está detrás de la muerte del periodista, tendréis al asesino entre rejas y caso cerrado.

—No es tan sencillo, papá. Por cierto, te he comprado una cosa.

Le da el libro. John lo mira con curiosidad.

—*Asesinato en el Orient Express* —lee el título en voz alta. Luego mira la solapa.

—Sé que te interesan mucho los sucesos policiales y he pensado que te gustaría.

—¿Cómo no me van a interesar si mi hija trabaja en el Departamento de Policía de Nueva York?

Ella sonríe y le aprieta dulcemente la mano.

—Gracias, Alison. Hoy mismo lo empiezo.

Un nombre en boca de Elisabeth Wolf les hace desviar la mirada hacia la televisión:

«… Dennis Peterson. Como ya les hemos comentado, Rachel Brooks hizo público anoche el nombre del principal sospechoso de la muerte de Patrick Howard. Según esta teoría, la policía no descarta la hipótesis del asesinato, aun cuando millones de espectadores pudieron ver en directo cómo él mismo apretaba el gatillo. La prensa no ha tardado en dar con su familia».

La fachada del edificio de los Peterson aparece en pantalla. Linda Peterson baja del coche con su hijo Cody y un enjambre de periodistas los asalta con cámaras, micrófonos y preguntas sobre Dennis. Ella intenta avanzar abriéndose paso entre los reporteros, pero le es imposible.

«¡Dejadnos en paz! ¡Apartad las cámaras de mi hijo!», se oye que exige la mujer.

«Aún se desconoce el paradero del supuesto asesino de Patrick Howard», sigue Elisabeth Wolf en segundo plano.

—Tengo que hacer algo —exhala Alison.

—Hija, ¿tienes algún hilo del que tirar?

—Sí. Demasiados, diría yo.

—¿Quieres un consejo? Tira del primero. Córtalo de raíz.

—¿Te refieres a Dennis?

—Sea o no un asesino, su mujer y su hijo no se merecen lo que están pasando. Encuentra a ese hombre y hazlo hablar.

Alison piensa en ello. Su padre tiene razón: hay que dar con Dennis cuanto antes.

—Gracias, papá.

—Gracias a ti por el libro. ¿Has llamado a tu madre?

Alison resopla.

—No.

—Alison…

—Lo haré. No he tenido tiempo.

—Espero que gane ese caso —comenta él, pensativo—. Se toma muy a pecho su profesión y luego se lo trae todo a casa. O, bueno, me da igual que no gane, pero que vuelva pronto.

Cuando Alison sale de la casa, marca el número de su amiga Karen.

—Necesito que examines el ordenador de Patrick Howard. Hemos encontrado archivos sospechosos que pueden estar relacionados con su muerte. Además, su editora dice que estaba escribiendo un libro. Los de Criminalística han asegurado que ahí no hay nada, pero el texto debe de estar en alguna parte. Búscalo, por favor.

—¿Dónde está?

—Lo tiene el sargento Russell.

—Entonces tendrás que pedírselo tú. Yo no soy nadie para coger por mi cuenta pruebas de un caso abierto.

—Lo he intentado esta mañana. —Suspira—. Volveré a probar. Él mismo ha dicho que esto era cosa de tu departamento.

—Bueno, ¿qué? ¿Tu día ha mejorado? —se interesa Karen, cambiando de tema.

—La verdad es que no podía ir a peor.

—Eres una dramática.

—Me gustaría que estuvieras en mi lugar para ver cómo te lo tomas tú.

—Yo estoy muy bien en mi oficina, tranquila, con mis ordenadores.

—A veces te envidio, solo a veces.

—Yo a ti no. —Ríe—. Ya sabes dónde estoy. Cuando tengas el ordenador de Patrick Howard, me haces una visita.

Alison va a la calle Doce y se acerca al Cinema Village. Según los Howard, Patrick lo frecuentaba cada domingo y quiere comprobar si fue el día de su muerte. En el rótulo de afuera están escritos los títulos que se proyectan en las tres salas del cine: *El bebé de Bridget Jones*, *Mr. Church* y *La modista*. Hay gente haciendo cola por detrás de un cordón negro y decide esperar a que se disuelva.

Al cabo de unos minutos, cuando ya no se ve a nadie en la acera, Alison se presenta ante la taquillera y esta la deja entrar en la garita. Tiene una pequeña estufa eléctrica delante de los pies y hace un calor infernal dentro del cubículo.

—Quiero ver las grabaciones de la entrada del pasado domingo. Necesito verificar que alguien vino a la sesión de la tarde.

La mujer, de pelo negro mate, no pone pegas: busca la grabación y el archivo de vídeo aparece en blanco y negro en la pantalla de su ordenador. Adelanta el minutero con un clic, luego lo atrasa varias veces hasta encontrar el momento exacto de la venta de entradas. En el vídeo, la cola de gente que se forma delante de la taquilla es más larga que la de hace unos minutos. Al menos, eso parece desde el ángulo de la cámara de seguridad, situada en una esquina de la entrada principal, enfocando la taquilla y parte de la acera. La calidad de la grabación no es muy buena y solo se distinguen las caras cuando las personas pasan por las puertas de la entrada, más cerca de la cámara. Alison observa cada rostro en busca del de Patrick Howard, pero es otro, que no esperaba, el que la desconcentra por completo: Aaron. ¿Qué hacía Aaron ahí? Fue a ver una película, claro. A decir verdad, es muy propio de él, se dice a sí misma. A Aaron le encanta el cine, siempre ha sido su pasión. Se pregunta qué película vio. Ella apostaría por *Mr. Church*, que está teniendo muy buenas críticas y es la típica película que él disfrutaría.

Sí, está segura de que vio esa. Sonríe. Luego siente un vacío de tristeza en el estómago. Lo echa de menos.

—¿Ha visto a la persona que busca? —le pregunta la taquillera.

Alison regresa a la realidad y parpadea varias veces.

—Perdone. ¿Puede retrocederlo un poco? No estoy segura.

La mujer lo hace sin rechistar y Alison vuelve a ver a Aaron comprando su entrada. Sin embargo, no entra en el Cinema Village, sino que se queda de pie junto a la puerta, esperando a alguien. Alison revisa la grabación con detalle, pero sin perder de vista a Aaron. Entonces ve a una mujer que sonríe cuando Aaron le tiende su entrada. Un dolor le sacude el pecho a Alison. Le cuesta entender lo que está viendo. Esa mujer es Olivia Miller, la casera de Patrick Howard. «No, no tengo marido. Pero tampoco fui sola». Se le hace un nudo en la garganta. Olivia Miller le saca diez años a Aaron. ¿Qué hace con ella? Ahora sí, los dos se pierden por la puerta principal del edificio.

Patrick Howard no fue ese día al cine. No ha aparecido en las grabaciones de la sesión de la tarde y es imposible que aparezca en las de la sesión nocturna, dado que salió en directo en *El show de Rachel Brooks*. El vídeo continúa y la taquillera habla, pero Alison no la escucha.

No llamé a Aaron esa misma noche. Tampoco lo hice al día siguiente. Ni al otro.

—No me digas que aún no lo has llamado —me reprochó Paul dos días después con un Caramel Macchiato en la mano, aparcados enfrente de un Starbucks.

Yo respondí dando un sorbo al mío.

—¿Cómo puedes ser tan miedica?

—¡No soy una miedica! Solo que… no sé cómo hacer estas cosas.

—¿No sabes hablar con una persona? —soltó Paul con tono irónico —. Vaya, Alison, te hacía más social.

—No es eso. Tengo inseguridades, ¿vale? No sé qué decirle, y tampoco lo conozco, no sé cómo se lo va a tomar. A lo mejor lo pillo en mal momento y se mosquea.

—Yo solo oigo excusas.

—Sabes que tengo razón.

—¿Por qué te comes tanto la cabeza? Tú misma lo has dicho: no os conocéis. No tienes nada que perder. Llámalo ahora.

—¿Qué? Ni pensarlo.

—¿Por qué? ¿Es porque estoy yo delante? Venga, Alison, ¿cuántos años tenemos? —Alzó las manos, indignado.

Sentí que mis pulsaciones aumentaban su ritmo. Por una parte, no quería hacerlo: me daba pánico llamar a un chico, y mucho más delante de Paul. Por otra, quería dar ese paso y quitármelo de encima, aunque me rechazara. Saqué el móvil con cierto pudor y entré en la agenda de contactos. El de Aaron aparecía el primero. No hice nada.

—Y ¿qué le digo? —pregunté inquieta.

Fue Paul quien lo hizo. La palabra «llamando» apareció en la pantalla.

—Improvisa.

—¿Qué coño haces? —grité, alarmada.

—¿Perdón? —se escuchó por el pequeño altavoz del teléfono.

Aaron había cogido la llamada enseguida. El segundero había empezado su cuenta.

Me lo acerqué a la oreja y titubeé.

—¿Eres Aaron?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Alison Hess, policía de… —Me detuve.

—Vaya, ¿qué sucede, agente?

—No, perdona. Olvida lo de policía. O sea, sí, lo soy. Pero no llamo por eso.

—¿Eres la chica del pub? —preguntó, atando cabos. Su hermana debió de contarle que fui a The Grafton por él.

—Sí —me limité a decir, con miedo a su respuesta.

—Ya pensaba que no llamarías.

Esa tarde quedé con Aaron para tomar algo en un bar con sofás de piel desgastada. El camarero llevaba una camiseta blanca sucia que le venía pequeña y mostraba parte de su barriga peluda por debajo. Había poca gente en el local, y no me extrañó. Olía raro. No era el mejor sitio para una primera cita. Él me preguntó si quería ir a otro bar, pero le dije que no hacía falta. Pedimos dos zumos y empezamos a hablar sin parar.

Aaron me contó que era contable en una empresa y que a veces ayudaba a su hermana en el pub.

—Espero que no la denuncies por tener a un trabajador sin contrato.

—No soy policía ahora mismo —lo tranquilicé—. Pero no te aseguro nada si lo recuerdo mañana.

Después fuimos a dar un paseo por el puerto del río Hudson y Aaron me dijo que le encantaría correr por allí algún día: me contó que salía a correr todas las mañanas y que, si tenía tiempo, hacía

una parada en el East River, que separaba Brooklyn y Manhattan, para contemplar el agua y los primeros rayos de sol rebotando en su superficie.

—El agua me da paz —confesó.

Yo me quedé mirándolo mientras él se perdía en su mundo. Aaron tenía el cabello negro, corto pero no demasiado. Era alto, pero tampoco mucho. La tez pálida confirmaba su trabajo en la oficina, y una bonita figura, su dedicación al ejercicio físico. De pronto me vi preguntándome cuáles serían sus aficiones, sus escritores favoritos, si le gustaba cocinar. Sobre todo, esto último, porque a mí se me daba de pena.

—¿Nos vamos? —me sacó de mis pensamientos.

Seguimos paseando un buen rato sin rumbo fijo y el silencio, o más bien el murmullo de Nueva York, llenó los vacíos de nuestra conversación. Fue entonces cuando me habló de su afición por el cine. Dijo que era su profesión frustrada, que le habría encantado dedicarse a contar historias en la gran pantalla.

—Nunca es tarde, ¿no? —lo animé.

Él me sonrió.

—Yo ya tengo mi vida de contable resuelta. Sé que no tiene nada que ver con la de cineasta, pero me vale. Solo quiero estar tranquilo y ser feliz.

Una hora después, Aaron me acompañó a casa y nos despedimos en el portal de mi edificio, en la calle Cuarenta y cinco Oeste.

—Me alegro de que te decidieras a llamarme.

En realidad, no lo había decidido. Había sido Paul quien había pulsado el botón de llamada, pero no iba a contárselo. No de momento.

—Me lo he pasado muy bien —dije.

—Yo también.

Él volvió a sonreír. Tenía una sonrisa bonita. Me puso una mano en el hombro y sentí un leve cosquilleo por todo el cuerpo. No dije nada, solo esperé, porque me hacía una idea de lo que venía ahora. Nos miramos a los ojos unos segundos intensos. Él apretó un poco mi hombro y noté la fuerza de su mano sobre mi abrigo. Me derretí. Bajé la mirada hacia sus labios carnosos e incliné la cabeza para…

—Nos llamamos, ¿vale?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Nos llamamos —repitió.

—Sí, claro. —Me separé un poco—. Nos llamamos.

Y se fue.

—¿En serio? —me preguntó Paul cuando se lo conté, a primera hora de la mañana.

Yo me encogí de hombros.

—Y ¿piensas llamarlo?

—No lo sé. Creo que no le gusté demasiado —dije decepcionada.

—A ver, no saquemos conclusiones precipitadas —intentó confortarme—. Puede que haya tenido una mala experiencia en el amor y ahora esté completamente traumatizado. Si no es eso, no lo entiendo.

—O no le gusto y punto —insistí.

Fuimos al colegio Maryel para vigilar la entrada escolar un poco antes de las ocho y media de la mañana. Había obras que cerraban dos de los tres carriles de la calle y la hora punta se volvía peligrosa dado que la entrada del colegio no tenía más espacio que el de una acera estrecha. La mayoría de los padres iban a pie, pero algunos, que siempre tenían prisa porque llegaban tarde al trabajo, cogían el coche y estacionaban delante de las obras con la excusa de que solo era un segundo. Allí, dirigiendo el tráfico y procurando que no hubiese ningún incidente a las puertas del centro, Paul volvió a sacar el tema:

—Yo lo llamaría y resolvería todas mis dudas.

—No quiero ser una pesada, Paul. Ni que se sienta incómodo con la situación. A lo mejor solo pretende que pase el tiempo para que lo que sea que haya pasado se disuelva. Parece buena persona. No querría darme calabazas y se despidió sin más para no volver a llamarme.

Paul resopló.

—No sé qué es peor, la verdad.

Hice como si no me importara.

Los días transcurrieron con calma, rutinarios y sin novedad alguna. Cuando entraba en los contactos de mi móvil para hacer una llamada, veía su nombre el primero de la lista y tenía una sensación extraña. Dadas las circunstancias, pensé que lo mejor para mí sería borrar su número, dejar de sufrir, porque mentiría si dijera que la espera vacía me gustaba, y pasar página dignamente. Tras muchas dudas, lo hice. Borré su contacto de mi agenda y seguí con mi vida, con el trabajo que tanto me ilusionaba. Intenté no pensar en ello.

No pude.

Un día cualquiera, mi móvil empezó a sonar. Era él.

Quedamos en un bar, uno más decente que el de nuestra primera cita, y luego fuimos al cine, su gran pasión. Aaron me confesó que había estado tentado a llamarme antes, pero que no quería agobiarme.

—Me apetece ir despacio contigo —dijo.

Vimos *Shutter Island*, de Martin Scorsese. Aaron se pasó toda la película callado y sin perder detalle. Alguna que otra vez lo pillé con la boca abierta. Estaba de lo más gracioso. La película no era de las que yo solía ver, pero he de reconocer que me pareció bastante buena.

Al salir, le hice una propuesta de la que me arrepentí en el acto:

—¿Quieres cenar en mi casa?

Él se lo pensó un momento.

—Mejor vamos a un restaurante que conozco. Te va a encantar, ya verás.

Y me encantó. El restaurante estaba situado en la Novena Avenida. Se llamaba Salinas y, nada más entrar, pensé en mi pobre sueldo de policía. Era un lugar elegante. Aaron pidió una mesa para dos y una chica con camisa blanca nos acompañó hasta un rinconcito apartado. La comida era española y, además de tener una pinta exquisita, estaba deliciosa. Aaron estuvo muy agradable durante la velada, y me di cuenta de que me gustaba todo de él. «Algún defecto tendrá», pensé.

Cuando salimos del restaurante, me acompañó a casa de nuevo. De camino recordé nuestra última despedida y me preguntaba si iba

a ser igual esta vez. Él me había dicho que quería ir despacio, pero ¿cómo de despacio? Llegamos a mi portal y nos detuvimos debajo de una acacia negra, de corteza resquebrajada y ramas que parecían rozar el cielo. Sus hojas bailaban suavemente sobre nosotros. Aaron y yo nos miramos en silencio, como esperando a que el otro dijera algo, pero ninguno de los dos se pronunció. Nos besamos.

Comenzamos una relación. Los primeros meses fueron apasionados. Nuestra atracción era evidente y me obsesioné con su olor. Cuando despertaba con su fragancia en mis sábanas, un leve temblor me recorría de arriba abajo. Nunca me había sentido tan atraída por alguien. Le presenté a mis padres con cierto miedo, por si sus personalidades no encajaban por cualquier motivo, pero todo salió a pedir de boca.

—¿Dónde vives, Aaron? —le preguntó mi madre el día que se conocieron.

—En Brooklyn. Trabajo allí.

—¿Creciste en Brooklyn?

—Sí, señora.

—Oh, por el amor de Dios, Aaron. Llámame Julia.

Mis padres le contaron que ambos habían trabajado en el mismo bufete de abogados y que, si alguna vez necesitaba consejo legal, ellos lo podrían ayudar.

—Yo ya estoy jubilado —dijo mi padre—, pero te adelanto que Julia es la mejor abogada del bufete.

—No es cierto. —Se sonrojó mi madre.

—Todos quieren a Julia Hess, créeme. —Le guiñó un ojo.

Mi padre no se equivocaba. En el bufete recibían llamadas de todos los estados para contratar los servicios de mi madre. El país entero la conoció tras ganar el caso Richard Vinson, acusado de triple asesinato en 2008. Fue muy mediático y mi madre tuvo que comparecer ante los medios en diversas ocasiones. Recuerdo su esfuerzo titánico para preparar la defensa. Las noches de insomnio. Los libros de derecho penal esparcidos por la casa. Sus gafas de lectura. Sus interminables llamadas telefónicas. Ella veía ese caso

como una oportunidad de oro para consagrarse en la profesión, y no se equivocaba. El 5 de junio de 2008, Richard Vinson quedó en libertad contra todo pronóstico. Mi madre lo había conseguido. Esa noche salimos a celebrarlo. Fuimos a cenar a un restaurante carísimo al que mi padre llevaba mucho tiempo queriendo ir; esa era la ocasión perfecta para hacerlo. Yo miraba emocionada a mi madre. Estaba orgullosa de ella. Pero unos días más tarde pensé en aquello desde otra perspectiva. La policía había seguido durante meses la investigación del triple asesinato y las pruebas habían conducido a Vinson. Todo parecía estar claro: tenían al culpable de esas muertes. Sin embargo, el acusado supo encontrar una buena abogada que lo salvó de la condena. ¿Y si la policía no se había equivocado? ¿Y si mi madre había ayudado a un criminal? «Es parte de mi trabajo, cariño», me dijo ella tras conocer mis dudas.

Organizamos una comida cada dos domingos en casa de mis padres. Aaron no escondía su admiración por ellos, y a su vez ellos estaban encantados con él.

—Parece un buen chico —me había dicho mi padre a escondidas.

Al cabo de un año, Aaron se mudó a mi piso de Manhattan. Pagábamos a medias el alquiler y él cogía el metro todos los días para ir a la oficina. Durante las patrullas, yo le contaba a Paul los avances de mi relación y él escuchaba asombrado, como si estuviese leyendo una novela romántica.

—Aún no me has dado las gracias por haber pulsado el botón de llamada aquel día —se reía.

Todo iba genial. Aaron era perfecto y yo estaba locamente enamorada de él. Nada podía salir mal, o eso pensaba.

16
Alison Hess
Martes, 27 de septiembre de 2016, 19.00 h

—Sargento, necesitamos más recursos para encontrar a Dennis Peterson. No podemos esperar a que una turba dé con él.

Russell hace gesto de desagrado.

—Esto no está yendo como yo esperaba —confiesa antes de revisar el reloj de la pared de su despacho—. Pensaba que a estas horas ya lo habríamos localizado.

—La prensa se ha apostado delante del domicilio de Linda Peterson.

—Estoy al tanto; Linda se ha personado aquí tras el incidente de los periodistas. Ha denunciado la desaparición de su marido y la mala gestión de la información por parte del Departamento de Policía de Nueva York. Ha dicho que esto está afectando a su hijo, y no es para menos.

Alison se queda callada. No sabe qué decir.

—Tranquila, Hess, esa segunda denuncia no va a ir a ningún lado. En cuanto a lo otro, ya he puesto al Grupo de Personas Desaparecidas en movimiento. No tardaremos en dar con Peterson.

Alison asiente.

—¡Ah! —exclama Russell—. Lo olvidaba. Los de Criminalística han analizado la Vespa del restaurante italiano. Han encontrado diferentes huellas dactilares y les han pedido a Russo y a sus trabajadores que vayan a dar muestras de las suyas. Uno de los técnicos ha ido a casa de los Peterson y también ha recogido muestras allí. Según los resultados que nos han enviado, en la Vespa no hay huellas ajenas a los trabajadores de La Bohème y ya se ha

devuelto a su dueño. Dígame, Hess, ¿en qué punto se encuentra la investigación?

—Hay muchas piezas sobre la mesa, señor, pero no sé muy bien cómo encajarlas.

—Cuénteme.

—Patrick Howard apretó el gatillo, claro está. La cuestión es si su suicidio ocultaba algún crimen. Sus últimas palabras conducen a pensar que hizo algo malo, y la pornografía infantil en su ordenador podría darnos esa respuesta rápidamente. Pero tenemos la desaparición de Dennis Peterson, quien sabemos con total seguridad que fue a casa de Patrick para llevarle la pizza. La moto del restaurante estaba aparcada delante de la vivienda, el rastro de Dennis se pierde allí. Puede que su desaparición no tenga nada que ver con la muerte del periodista, pero parece demasiada coincidencia.

—¿Qué cree que significa? —se interesa Russell.

—Por ahora estoy trabajando con la hipótesis de que Patrick Howard mató a Dennis, ocultó su cuerpo y luego se quitó la vida.

—En ese caso estaríamos buscando un cadáver —murmura—. ¿Por qué querría matarlo? ¿Se conocían de algo aparte del restaurante?

—No, que nosotros sepamos, pero la carpeta «DP» en el ordenador de Howard sugiere lo contrario. De todos modos, solo son dos letras. Podría significar cualquier cosa. —Alison hace una mueca —. Los compañeros de Dennis aseguran que el subchef era un gran admirador del señor Howard y que, por algún motivo que no quiso desvelar, estaba deseando que llegara esa noche.

Russell se rasca la barbilla, pensativo.

—Curioso. ¿Alguna idea de qué esperaba?

—Ahí voy. Hay otra posibilidad en todo este asunto, sargento: que Dennis quisiera la muerte de Patrick Howard.

—En ese caso, ¿su admiración por el periodista era fingida?

—Podría ser. O a lo mejor Patrick hizo algo que perjudicaba de alguna manera a Dennis. Lo decepcionó, puede que lo traicionara o que estuviera relacionado con el asunto de la pornografía infantil. Dennis estaría furioso y lo obligó a pedir perdón y a suicidarse. Pero

para conseguir tal cosa tendría que amenazarlo con algo peor que la propia muerte. Su relación puede que fuera más próxima de lo que su entorno sabía. Con esta hipótesis, Dennis estaría vivo.

—¿Linda no lo sabría? —pregunta Russell, escéptico.

Alison se muerde el labio. De repente da con algo.

—Cody, su hijo —piensa en voz alta.

—¿Cómo?

—Dennis Peterson tiene un hijo de nueve años. Linda me dijo que el niño estaba pasando por un mal momento, que iba al psicólogo. Dennis tenía los libros de Patrick firmados, y uno mencionaba a Cody en la dedicatoria. ¿Y si…?

Russell entiende lo que Alison quiere decir.

—Si está en lo cierto, Hess, estaríamos ante la conexión que buscamos. Sería un buen móvil para que Dennis quisiera a Howard muerto.

—Había más vídeos en el ordenador. Otros niños. A lo mejor Dennis lo sabía, o lo vio esa misma noche. Eso explicaría el hecho de que Patrick pidiera perdón públicamente, que contactara con *El show de Rachel Brooks*, el programa con más audiencia del momento, y que hiciera la justicia que Dennis le imponía.

—Vuelvo a la pregunta que le he hecho esta mañana: ¿Patrick Howard era un pedófilo?

—Puede ser, señor. No sé hasta qué punto estaba implicado en esos vídeos, pero queda bastante claro que formaba parte de algo muy turbio.

—¿Qué piensa hacer al respecto?

Alison duda.

—Hablaré con Linda Peterson. Ella mejor que nadie me puede esclarecer este asunto.

—No se fíe de ella, Hess.

Alison frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Si Howard abusó de su hijo, posiblemente ella lo sabía, y también sabría lo que iba a hacer Dennis esa noche. Puede que sepa dónde está, que lo esté encubriendo. Ella también querría muerto al periodista, ¿no cree?

—Es posible —dice Alison con la mirada perdida—. Tengo que hacerla hablar.

—Pero con cautela. Nos acaba de denunciar, no queremos que le dé por ponerse delante de las cámaras y quedemos en mal lugar. Será mejor que lo deje por hoy y vaya mañana, cuando esté más calmada.

—Está bien. Hay otra cosa, sargento.

—¿De qué se trata?

—He hablado con Irina Cooper, la editora de Patrick Howard, y me ha dicho que Patrick sí que estaba escribiendo un libro.

—Otra vez con eso, Hess —gruñe Russell, negando con la cabeza —. Criminalística ya ha examinado el ordenador y ahí no hay nada. La editora se equivoca.

—¿Y si no lo ha hecho? ¿Y si había un texto y Dennis lo robó?

Russell la mira valorativo. Es evidente que no había pensado en eso.

—Imagínese que lo de la pornografía infantil fuera más allá y que escribiera sobre ello. Imagine que usted es Dennis Peterson, que Patrick Howard ha abusado sexualmente de su hijo de nueve años y que vaya a lucrarse con ello. ¿Cómo se sentiría?

—Si eso fuera así, le aseguro que hubiera sido yo quien habría apretado el gatillo.

—Tenemos que cerciorarnos de que no hay nada en el ordenador. He hablado con una detective de la Brigada de Delitos Informáticos y está dispuesta a examinarlo. También podrá investigar el origen de esos vídeos ilegales. Necesitamos su ayuda.

—No hace falta que me convenza, Hess. Hay cosas que escapan de nuestro campo. Haga lo que tenga que hacer.

La Brigada de Delitos Informáticos se encuentra en la novena planta del One Police Plaza. Una sala enorme con veinte mesas y sus respectivos ordenadores la recibe casi desierta bajo la potente iluminación de las luces blancas del techo. Hay solo cuatro personas que levantan la mirada de las pantallas para escrutarla con curiosidad.

—¿Buscas a Karen? —le pregunta una mujer que parece hasta las narices de estar entre esas cuatro paredes.

—Sí.

—Se ha ido —explica—. Su turno ha acabado.

Alison asiente. Debía de haberlo imaginado.

—De acuerdo. Gracias.

Con el ordenador debajo del brazo, se mete en el ascensor y le da al botón con el número cinco. Las puertas se cierran y los gráficos verdes de la pantallita empiezan a cambiar lentamente. Una vez a solas, observa el ordenador, protegido por el plástico transparente. Alison también ha cogido la fotografía extraída de la cámara de Patrick Howard, y la desconocida de expresión asustada la mira desde el interior de la bolsa. El sargento Russell se lo ha dejado para que se lo diera a Karen. En teoría, ahora mismo lo tendría ella.

Un sonido se cuela por el ascensor y las puertas de la quinta planta se abren automáticamente.

Alison se queda en el sitio, sin moverse. No hay nadie por las inmediaciones. En un parpadeo, toma una decisión. Sin salir del ascensor, le da al botón de la planta baja y las puertas se cierran de nuevo. El descenso se le hace eterno. Cuando llega abajo, avanza hacia el vestíbulo y saluda a los chicos de seguridad con el corazón trepándole por la garganta. Ellos ven lo que tiene bajo el brazo, pero no dicen nada. Saben que es detective en el Grupo de Homicidios y, si tuviera que ocultar algo, no lo llevaría a simple vista. Cruza las puertas principales y sale al exterior.

Va al aparcamiento, se mete en el coche y deja el ordenador sobre el asiento de copiloto. Minutos después, aparca en la calle Cuarenta y cinco Oeste y sube a su apartamento. Se dirige a la habitación de invitados y enciende el flexo de luz amarillenta que hay sobre la mesa. Saca el ordenador de la bolsa. La silla de madera cruje bajo su peso al sentarse. Suspira y pulsa el botón de encendido.

17
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 9.00 h

Anoche se acostó tarde. Se hizo un sándwich vegetal para cenar y se lo comió mientras revisaba el ordenador de Patrick Howard. Reparó en que tenía menos de un 40 por ciento de batería y usó su cargador para conectarlo a la corriente eléctrica. Por un segundo temió que no encajara, pero no hubo problema. Se obligó a ver los vídeos sin perder detalle. Quería descubrir algún fallo, algo que delatara quién estaba detrás de la cámara o que diera una pista sobre dónde se habían realizado las grabaciones. Nada. El único rostro que se percibía, a duras penas por la mala calidad del archivo, era el de la chica de la fotografía.

Con su móvil, le hizo una foto a la impresión. Luego puso el primer vídeo repetidamente, el del niño de los pantalones de pana. ¿Podía ser Cody, el hijo de Dennis y Linda Peterson? Era posible, pero no estaba segura. Tuvo que reprimir el asco y la frustración para no apartar la mirada como había hecho en el despacho del sargento Russell por la mañana. En el vídeo, el niño se quitaba la ropa solo; sabía lo que tenía que hacer y no rechistaba en ningún momento. A Alison le hubiera gustado que el niño hablase para poder contrastar su voz con la de Cody, pero no lo hizo. Probablemente, el abusador les diría que si abrían la boca tendrían que volver a empezar de nuevo, y, hasta que no terminasen, no volverían con sus familias. Una vez que el niño estaba desnudo, un hombre, tal vez el de detrás de la cámara, aparecía por el borde derecho de la pantalla, dejándose ver hasta la cintura, y empezaba la pesadilla. El vídeo era silencioso y perturbador. Lo mismo ocurría

en los otros tres vídeos. Dos niños y dos niñas. Puede que la distinción de la fotografía, con escenario y guion diferente, se debiera a la edad de esa chica, que era mayor que los demás. En cualquier caso, qué más daba. Se trataba de pornografía infantil.

Buscó fotos de Patrick Howard, Dennis Peterson, Rachel Brooks e Irina Cooper en internet, hizo capturas de pantalla y las imprimió en tamaño A5. Fue a su habitación, donde tenía un tablero de corcho con fotos en las que aparecía ella con sus padres, con sus amigas y con Aaron, y las retiró todas. Descolgó el tablero y lo llevó a la habitación de invitados. Allí había un cuadro horroroso colgado de una pared que nunca se había molestado en quitar de en medio. Lo hizo. Puso en su lugar el tablero, recortó las imágenes que acababa de imprimir y las clavó con chinchetas al corcho. Hizo lo mismo con la copia de la fotografía extraída de la cámara del periodista. Colocó las caras de Patrick Howard y Dennis Peterson en lo más alto. Abajo, entre ellos, las de Rachel Brooks e Irina Cooper. Después se quedó mirando el tablero, pero sin ver nada.

No pudo evitar pensar en las fotos que había retirado del corcho en su habitación, en concreto, las fotos en las que aparecía Aaron. Se estremeció de dolor y apartó ese pensamiento de su cabeza. Volvió a sentarse frente al ordenador de Patrick Howard y examinó todo su disco duro. Había fotografías personales, archivos de cuentas, alguna que otra entrevista transcrita y la pornografía infantil. Escribió en el cuadro de búsqueda palabras clave que pudieran estar en el título de ese manuscrito inexistente: «libro», «manuscrito», «Booker's House», «Hannah Larson», «asesinato», «pornografía infantil». El buscador no encontró archivos relacionados. Probó con «Dennis Peterson», luego «Cody». Nada. Cuando vio la hora que era, maldijo entre dientes, apagó el ordenador y se fue a la cama.

Ha venido al One Police Plaza con una mochila sobre los hombros. Cualquiera pensará que es para llevar ropa; la mayoría se cambia en los vestuarios del edificio. De hecho, la ha guardado en su taquilla.

Pero es, más que nada, para esconder el ordenador de Patrick Howard de los ojos del sargento Russell.

Va a la sala común, en el primer piso, y saca un vaso de chocolate caliente de la máquina de café. Poco a poco, varios oficiales, detectives y algún que otro alto cargo de la policía se aglomeran delante del televisor. Alison localiza a Paul entre los presentes, pero, como es costumbre últimamente, el oficial se aleja de ella como si fuera una apestada. Se le cierra el estómago y tira el vaso de chocolate a la papelera.

Quince minutos después, se encuentra con Russell en la planta baja. Él se ajusta la corbata al cuello mientras mira a través de las puertas principales del edificio. La plaza se ha llenado de periodistas.

—Vamos a decir lo justo y necesario, ¿entendido?

Alison asiente por toda respuesta.

La tormenta de flashes empieza cuando cruzan las pesadas puertas. Decenas de manos se levantan y el nombre del sargento es el más pronunciado entre los asistentes. Todos quieren llamar su atención para conseguir información de primera mano sobre el caso que tanto revuelo ha montado. No obstante, Russell hace caso omiso a las peticiones y se aproxima a su micrófono. Alison se coloca a su lado.

—Buenos días a todos —dice—. Seré breve. Han pasado ya dos días del mediático suicidio de Patrick Howard y, dadas las circunstancias, creemos conveniente hacerles una actualización de los hechos. Pero, sobre todo, queremos atajar ciertos comportamientos inadmisibles.

En cuanto ven la oportunidad, los periodistas lanzan sus preguntas al aire:

—¿Ella es la detective que encabeza la investigación?

—¿Qué significa la acusación de asesinato sobre Dennis Peterson?

Russell hace un gesto de desagrado y levanta la mano para que sean respetuosos.

—Como les dije, la detective Hess es la investigadora principal del caso. Será ella quien les hable de nuestros avances.

Se hace a un lado y Alison, que no se esperaba esa intervención tan precipitada, carraspea antes de acercarse al micrófono. De

pronto se ve ante la prensa, las grabadoras y las cámaras, al acecho para documentar todo lo que vaya a hacer o decir. Este es un buen momento para su ritual contra los nervios, pero no quiere que nadie la note insegura, así que finge ser valiente y habla como si le fuera la vida en ello. Al fin y al cabo, de eso va la valentía.

—El Departamento de Policía de Nueva York desmiente categóricamente las acusaciones de asesinato contra Dennis Peterson y condena la irresponsabilidad de los medios que han dado veracidad a una acusación tan grave y no contrastada. Su actitud injustificable ha supuesto el acoso y agresión a siete personas inocentes. Esto no lo podemos consentir. Les pido que tengan prudencia y dejen trabajar a la policía.

En cierto modo, esto le hace gracia. Ayer, después de echarle la bronca por haberse ido de la lengua, Russell le dijo que aprovecharían la influencia de Rachel Brooks para encontrar a Dennis. Ahora, veinticuatro horas más tarde, al ver que no ha conseguido lo que pretendía, la hace ofenderse delante de la prensa por lo que la presentadora dijo en televisión.

—Hoy por hoy —continúa—, Dennis Peterson sigue en paradero desconocido. Creemos que él puede arrojar luz sobre algunas preguntas sin respuesta que aún planean sobre la muerte de Patrick Howard. Por tanto, queremos hacer un llamamiento para recabar información sobre sus movimientos. Se facilitará una fotografía a los medios para su difusión: si alguien lo ha visto en los últimos días, que se ponga en contacto con la policía lo antes posible; esperamos no tardar en dar con él.

Decenas de manos nerviosas se alzan entre los periodistas.

—Hoy no habrá preguntas —dice Russell acercándose al micrófono —. Les mantendremos informados. Buenos días.

Nada más entrar de nuevo en el One Police Plaza, a solas, Russell muestra una sonrisa de orgullo.

—Ha estado muy convincente, Hess.

—Gracias, señor.

—Por cierto, los de Criminalística han traído la cámara que encontraron en casa del periodista. He pedido que se la lleven a su despacho.

La palabra «despacho» le sacude todo el cuerpo. Aún no ha pisado ese lugar.

—De acuerdo. Iré a verla en cuanto pueda.

—¿Dio con la detective de Delitos Informáticos ayer?

—Justo iba a hablar ahora con ella, señor —dice Alison para no mentir.

—Pues venga a verme después. Quiero saber si ha encontrado algo.

Tras recoger su mochila de los vestuarios, Alison vuelve a la sala común. Varios grupos de policías se han quedado a comentar lo que han visto por televisión y bajan la voz cuando ella cruza el umbral. Saca otro vaso de chocolate caliente sin mediar palabra con nadie. Cuando se dirige hacia los ascensores, tropieza con alguien que casi le tira el chocolate por encima. Suelta un grito ahogado y se da cuenta de que se trata de Paul. Para su sorpresa, el oficial no se disculpa y se dispone a salir de la sala sin pronunciar palabra.

—¡Oye!

Paul se vuelve hacia ella y, como si no fuera con él, dice:

—¿Qué?

Su indiferencia la enerva. Le gustaría darle una respuesta calmada, inteligente, comprensiva, que lo deje en evidencia. No obstante, lo único que le sale es:

—¡Mira por dónde vas!

Paul se toma unos segundos para contestar. Le mantiene la mirada, fría, aburrida.

—Vale —se limita a decir antes de desaparecer por la puerta.

Alison aprieta el puño que tiene libre y nota cómo se pone roja como un tomate. Percibe las miradas de los policías y se muere de vergüenza. Sale de la sala común y llama al ascensor. Sube al noveno piso y entra en el lugar de trabajo de la Brigada de Delitos Informáticos. Ahora sí, encuentra a Karen en su sitio.

—No tienes buena cara, Alison.

No le hace caso. Deja el vaso de plástico sobre la mesa, se quita la mochila y saca el ordenador de Patrick Howard para entregárselo.

—Haz magia, por favor.

—¿Quieres que saque un conejo de la chistera? —bromea la informática.

—No estoy de humor, Karen. Lo siento.

—Ya veo. Bueno, si en algún momento quieres hablar de lo que sea que te pase, cuenta conmigo.

—Te lo agradezco.

—Recuérdame qué quieres que haga con esto. —Señala el ordenador.

—Ahí dentro hay una carpeta llamada «DP», se trata de pornografía infantil. También existe una fotografía que Criminalística ha digitalizado e impreso. —Coge su móvil—. Estaba en el disco de una cámara que encontramos en casa de Patrick. Te la acabo de enviar.

Karen levanta las cejas, sorprendida.

—¿Patrick Howard tenía pornografía infantil en su ordenador?

—Sí —se lamenta Alison.

—Muy bien, veré qué puedo decirte.

—Y quiero que busques el texto de su tercer libro.

—Si está en el ordenador, no será difícil encontrarlo. Pero ¿qué tiene que ver con el caso?

—No lo sé. Es extraño que en la editorial afirmen que Patrick estaba escribiendo ese libro y que no haya rastro de él por ninguna parte.

—¿Sabes sobre qué trataba? —se interesa Karen.

—Sobre un viejo caso sin resolver de 1993. Su editora dice que llevaba meses escribiendo. —Entonces tiene una idea—. Espera. ¿Y si Dennis Peterson estuviese involucrado en el caso que estaba investigando Patrick? Podría ser el culpable. Tal vez Patrick lo mató en un forcejeo y luego se arrepintió. ¿Tiene sentido lo que te estoy diciendo?

Karen se queda perpleja.

—No sé, supongo.

Alison sigue pensando en voz alta.

—Eso explicaría por qué borró el manuscrito. Si Patrick mató a Dennis Peterson, esa historia lo delataría. Luego se dio cuenta de la gravedad de sus actos, se arrepintió de haber matado a un hombre

y decidió que no podía vivir con eso. Es perfecto, Karen. Tenemos que encontrar ese texto. Tienes que hacerlo —rectifica.

Alison llama a la puerta y la voz del sargento Russell la invita a entrar.

—Hess, dígame que hay algo.

—Querría hablar con usted sobre el tercer libro de Patrick Howard, señor.

—¿La detective de Delitos Informáticos lo ha encontrado?

—Aún no. Pero Patrick Howard escribió acerca de un caso de asesinato en el que no se halló al culpable.

—¿Y?

—Puede que Dennis Peterson apareciera en su historia.

La expresión del sargento Russell cambia. Ahora la mira con cierto interés.

—Hess, ¿realmente cree que Dennis Peterson era un personaje de su nuevo libro?

—Lo creo, señor —se lanza—. Si no, ¿por qué ha desaparecido? Su rastro se pierde delante de la casa de Patrick Howard, donde el periodista se suicidó después de borrar el manuscrito de su ordenador. Como hipótesis, se sostiene.

Russell se masajea la frente, pensativo.

—¿Qué quiere hacer?

—Me gustaría indagar sobre ese caso, empezando por leer el informe policial. Si Dennis Peterson aparecía en el libro de Howard, solo tengo que seguir los pasos del periodista para averiguarlo, investigar como hizo él y descubrir lo que él halló.

—Y ¿qué tienen que ver los vídeos con todo esto?

—Serán parte de la documentación. A lo mejor tienen algo que ver con aquel caso.

—¿De qué caso me habla?

—Del asesinato de Hannah Larson, en 1993.

El sargento Russell cierra los ojos lentamente y suspira, como si la respuesta lo decepcionara. Se levanta y camina hacia la puerta sin mirar a Alison.

—Venga conmigo, le daré ese informe.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
Información oficial

La información oficial sobre el caso Larson quedó reflejada en un informe a todas luces escueto y pobre. Todo empezó la noche del 12 de octubre de 1993, cuando Rose Larson, la madre de Hannah, llamó a la policía. La transcripción de la conversación telefónica es la siguiente:

POLICÍA: Departamento de Policía de Nueva York. ¿En qué puedo ayudarle?
ROSE LARSON: Mi hija ha desaparecido. Son las once de la noche y aún no ha vuelto a casa. He salido a buscarla, pero no la he visto. Creo que le ha pasado algo.
POLICÍA: Cálmese, señora. ¿Cómo se llama?
ROSE LARSON: Mi hija se llama Hannah Larson. Yo me llamo Rose.
POLICÍA: Bien, Rose. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?
ROSE LARSON: Esta mañana. Mi jornada laboral empieza por la tarde, antes de que ella vuelva del instituto.
POLICÍA: ¿No había nadie más en casa?
ROSE LARSON: No. Mi marido está de viaje de negocios, hace una semana que está fuera. ¿Me puede ayudar?
POLICÍA: ¿Cuántos años tiene Hannah, señora Larson?
ROSE LARSON: Diecisiete. ¿Por qué?
POLICÍA: Verá, su hija lleva desaparecida apenas unas horas y ya es casi adulta. ¿No es posible que esté con alguna amiga…, con algún amigo, quizá?
ROSE LARSON: Mi hija no es así. Ella es responsable, muy prudente con la hora de volver a casa. No suele dar problemas. Esto se

sale de lo normal.

POLICÍA: Aguarde unas horas. Seguro que su hija regresa antes de…

ROSE LARSON: ¡Usted no lo entiende! Hannah es tan inocente, tiene que haberle pasado algo. ¿No puede enviar a nadie? Se lo suplico. Estoy asustada. No quiero que le ocurra nada a mi hija.

POLICÍA: Está bien, señora Larson. No se preocupe, enviaremos a alguien. Dígame su dirección.

Veinte minutos después, un Ford Crown Victoria azul con el logo del Departamento de Policía de Nueva York aparcó en la calle Ciento ocho Oeste, delante de una casa de tres plantas muy estrecha con la fachada de color rojizo. Rose Larson esperaba fuera, impaciente.

—Buenas noches, señora —dijo el policía al apearse.

Rose se sorprendió por su juventud, lo que no le dio mucha confianza. El chico no tendría más de veinticinco años.

—Me han informado de la desaparición de su hija. ¿Tiene novedades?

—No. No ha vuelto aún.

—¿Dónde podría haber ido?

—¡Lo desconozco! Tenía clase de piano, pero su profesora me ha dicho que Hannah se ha ido al terminar la clase. No sé nada más aparte de eso.

—¿Tiene teléfono en casa?

—Sí.

—¿Ha llamado ya a sus amistades? Puede que esté con ellas.

—He contactado con su mejor amiga y no sabe dónde está. Esto es muy extraño, no es propio de Hannah.

—¿Su hija tiene vehículo propio?

—No. Bueno, tiene su bici.

—¿Sabe si la ha cogido?

Rose no contestó. La puerta principal de la casa se encontraba en lo alto de una pequeña escalera de piedra. Junto a ella, a pie de calle, había una puerta de madera que el policía dedujo que llevaría

al sótano. Rose se dirigió directamente allí, abrió y desapareció un minuto para comprobarlo. En efecto, la bici de Hannah no estaba.

—De acuerdo —dijo el policía—. Venga conmigo, daremos una vuelta con el coche, a ver si la encontramos.

Recorrieron gran parte de la zona noroeste de Manhattan despacio, con la esperanza de ver a Hannah por algún lado. Las luces del Ford Crown Victoria alumbraban el camino bajo una luna menguante. En el asiento de copiloto, Rose Larson daba vueltas a las cuentas de madera de un rosario. Rezaba en silencio mientras miraba en todas direcciones. Le temblaban las manos. Temía que alguien hubiese secuestrado a Hannah para aprovecharse de ella, o algo peor. ¿Quién podría hacerles algo así? ¿Qué habían hecho ellos para merecerlo?

Rose era una cristiana devota. Todos los días iba a ayudar en la iglesia y creía en la bondad de la gente. Solía decir que nadie era malvado por naturaleza, sino que simplemente aún no había encontrado a Dios, pero que ese momento le llegaba a todo el mundo, estaba segura. Hannah ya lo había hecho. Ella siempre había sido reacia a asistir a la iglesia, a lo mejor porque Rose era demasiado insistente a veces, pero en los últimos meses la había sorprendido. Por fin su hija había visto la gracia de Dios. Hannah era una buena chica, iba a ser una gran mujer. Era lista y guapa. Aseguraba que, cuando fuera mayor, dirigiría su propia empresa. Sus notas eran excelentes y, como sus profesores les decían a sus padres, tenía un brillante futuro por delante.

En Riverside Drive, justo frente al puente para peatones que cruzaba la 9A y daba al parque Fort Washington, Rose gritó:

—¡Pare! ¡Es su mochila!

El policía detuvo el coche y Rose bajó apresurada. Como bien había visto, la mochila de Hannah estaba enganchada en un trozo de tela metálica rota, dentro del puente. En su interior, Rose encontró los libros de piano de su hija.

—¡Hannah! —gritó la mujer, alarmada, y empezó a correr por el puente—. ¡Hannah!

El policía maldijo por lo bajo, pues no podía pasar con el coche por allí. Lo dejó mal estacionado y siguió a la mujer a pie. Llegaron

al otro lado y buscaron a Hannah por Hudson River Greenway. Anduvieron un buen rato por aquella senda rodeada de vegetación. Había farolas que iluminaban el camino con una luz cálida y la humedad era cada vez más evidente. Sobre los árboles se veía el puente George Washington iluminado. Rose llamaba a Hannah a gritos y, de vez en cuando, también lo hacía el policía, que iba por detrás de ella. Llegaron a un lugar del parque en el que la estructura gigantesca del puente de hierro gris se erigía a orillas del río Hudson.

—¡Su bici! —vociferó Rose al verla entre los árboles—. ¡Es su bici! ¡Hannah! ¡¿Dónde estás?!

Nadie respondió.

Allí no había farolas, todo estaba suficientemente iluminado por la luz del puente. Rose corrió de un lado a otro con desesperación. ¿Hannah se estaría escondiendo de ella? ¿Por qué había ido allí? Nunca le había mencionado ese lugar. Se acercaron al faro rojo, situado junto al río, y vislumbraron algo. El faro llevaba allí desde 1889. Se colocó para reducir los accidentes navales en el río Hudson, pero poco después, en 1931, se construyó el puente George Washington para unir Manhattan y Nueva Jersey y su iluminación dejó sin utilidad al emblemático faro rojo, cuya luz se le arrebató por completo en 1947.

Hannah estaba allí.

Rose chilló y perdió las fuerzas al ver a su hija. Se arrodilló junto a ella y empezó a llorar con tristeza.

—¡No! ¡No, por Dios! ¡Hannah! ¡Hannah, por favor!

Hannah estaba muerta, tumbada boca arriba sobre la hierba. Alguien le había clavado una pluma estilográfica en el cuello y había fallecido desangrada. El arma del crimen estaba a su lado, rodeada de hierbajos, tierra y sangre. Hannah llevaba un vestido amarillo de manga larga. Era la primera vez que se lo ponía.

El policía se asustó al ver el cadáver. No esperaba que la búsqueda acabase de ese modo. Le pidió a la mujer que no la tocara, pero Rose ya había llorado sobre Hannah, la había acariciado, la había besado en la frente y le había tocado el pelo. Dio el aviso y, al cabo de unos treinta minutos eternos, llegaron más unidades y el médico

forense. Cameron Garrett, detective del Grupo de Homicidios, le puso una mano en el hombro y dijo:

—¿Cómo te llamas, chico?

El joven policía estaba pálido. Miró a Rose Larson antes de responder. Otros agentes la habían apartado del cuerpo de su hija e intentaban consolarla. Volvió la mirada hacia el detective y titubeó:

—James Russell, señor.

Cameron Garrett cogió aire y lo expulsó por la nariz.

—Siento que hayas visto esto en tu primer día, James.

Russell no dijo nada. Solo bajó la mirada.

18
Patrick Howard
Tres meses antes del suicidio

Patrick Howard se había pasado semanas recopilando información sobre el caso Larson. Se había sumergido en la página web de *The New York Times*, cuyo archivo, de dominio público, se remontaba hasta los años ochenta, y analizó cada artículo relacionado con dicho caso. Luego contrastó la información con los artículos del *New York Post*, el *New York Daily News* o la revista *The New Yorker*. Como ya sabía, hubo tres principales sospechosos: el reverendo Luis Weaver, el candidato a la alcaldía Peter Banks y el detective Cameron Garrett. No obstante, el nombre que más apareció en la prensa de octubre y noviembre de 1993 fue el del político.

Las elecciones siempre dan mucho que hablar, pero, si una sospecha de homicidio recae sobre uno de los candidatos, la noticia se vuelve tan jugosa que casi eclipsa al ganador de las urnas. Cuanto más indagaba sobre ello, más le obsesionaba. Le dio mil veces las gracias a Irina Cooper por haberle hablado de Hannah Larson en aquel restaurante de Nueva Orleans y le repetía entusiasmado que su nuevo libro sería mejor que los anteriores. Llegó el momento en que sintió que podía dar ya el siguiente paso y se lo expresó a su editora:

—Voy a mudarme a Manhattan para empezar a escribir. Ya está decidido. He encontrado una casa que es perfecta. Mañana tengo una reunión con la casera. Quiero ver dónde murió Hannah Larson, conocer a sus padres e ir a la iglesia que frecuentaba. Quiero hablar con la gente de allí, tengo que entrar en la historia. Y voy a hacerlo ahora mismo.

—¿No deseas esperar a mudarte? Ya sabes que no hay prisa con el libro, Patrick.

—Lo sé, pero ¿qué hago en casa, encerrado dentro de estas cuatro paredes? No puedo quedarme más aquí, necesito empezar la documentación que escapa del papel.

Irina sonrió al otro lado del teléfono. Ese nuevo proyecto había hecho que Patrick experimentara una curiosidad obsesiva. Era gracioso: el escritor no sabía cómo acababa su propio libro.

—Está bien —dijo Irina—. ¿A dónde quieres ir primero?

—Quiero visitar a Hannah. Me voy al cementerio. Creo que es el mejor punto de partida.

Irina no tardó ni un segundo en decir sus siguientes palabras:

—Te acompaño.

Patrick se dirigió a Manhattan por el puente de Brooklyn. Recogió a Irina en la editorial y fueron al cementerio de la iglesia de la Trinidad. Recorrieron cada centímetro del recinto hasta que dieron con la tumba. Había una inscripción en ella:

HANNAH LARSON
2 de enero de 1976-12 de octubre de 1993
Siempre en el recuerdo

A Patrick le sorprendió descubrir que, veintitrés años más tarde, alguien había dejado un ramo de rosas blancas sobre la lápida. Aún estaban frescas. Le pareció algo hermoso y se dijo que escribiría sobre ello cuando empezara el libro.

Luego fueron al lugar donde todo ocurrió: el parque Fort Washington. Caminaron varios minutos por la vía verde y llegaron al río, a los pies del puente gris y el faro rojo. Permanecieron en silencio un buen rato, de pie delante del pequeño faro. Irina cerró los ojos e inspiró profundamente. Los pulmones se le llenaron de una densa y cálida brisa. Cuando espiró despacio, abrió los ojos y vio a Patrick mirándola con media sonrisa en la boca. Ella también amagó una sonrisa, pero el intento se quedó en nada al recordar por qué estaban allí. Hannah Larson había perdido la vida en el mismo

sitio en el que ella pretendía ser feliz. Se sintió culpable y empezó a andar por el parque para apartar esos pensamientos de su cabeza. Patrick la siguió.

—Este lugar es digno de un libro, Irina. Y la historia que guarda, aún más. No sé cómo agradecértelo.

—No seas tonto. Seguro que escuchaste las noticias en su día, pero estarías en otras cosas. No me tienes que agradecer nada.

—Deja que te invite a cenar esta noche.

La imagen de su marido le vino a la mente.

—No puedo, tengo que volver a casa.

—Yo también. —Patrick se encogió de hombros como si fuera una obviedad.

—No es lo mismo —protestó ella.

—Lo sé, tranquila.

El silencio los dejó pensar unos minutos mientras recorrían el parque. Al cabo de un rato, abandonaron el recinto y siguieron el paseo por la ciudad. Dejaron el coche cerca de la editorial, en la Segunda Avenida. Anduvieron hacia el centro de Manhattan y hablaron sobre temas ajenos al mundo de los libros. Entre ellos, Irina le contó a Patrick que había empezado a practicar yoga. Patrick se rio, a lo que ella respondió pegándole un manotazo amistoso en el brazo.

—Es mucho más duro de lo que piensas.

La gente caminaba apresurada por la calle. Todos iban al ritmo de una ciudad que nunca bajaba las revoluciones. En cambio, ellos dos navegaban en contra de la marea, despacio. Llegaron a Madison Avenue y torcieron a la derecha. Empezaban a estar cansados. Entre la visita al cementerio, el parque Fort Washington y ese paseo, habían recorrido varios kilómetros y sus pies pedían un descanso. Patrick miró su reloj de pulsera.

—Se ha hecho algo tarde. No quiero ser obstinado, pero podríamos cenar por aquí. Así nos tomamos un respiro por la caminata y te puedo agradecer como es debido la idea del libro. ¿Qué me dices?

Irina dudó.

—No sé, Patrick…

—Venga, Irina. ¡Solo es una cena! ¿Cuántas veces hemos cenado juntos? Ni que fuera algo nuevo.

—Pero ahora no estoy de viaje contigo por un evento. Además, mi casa está a tan solo unas manzanas.

—¿Tengo que suplicarte que cenes conmigo? ¿A eso hemos llegado? —se puso a la defensiva.

—Estoy casada, Patrick —quiso zanjar el tema ella.

—¿Y? No te estoy proponiendo que nos acostemos.

Ella se ruborizó y apartó la mirada para que Patrick no se diera cuenta.

—Solo digo que nos sentemos a una mesa y cenemos como dos adultos. ¿Qué tiene de malo?

—Nada.

—¿Entonces?

Irina lo pensó.

—Está bien. Dame un segundo, voy a llamar a Francis.

Hizo la llamada y se apartó empezando con un «hola, cariño». Estuvo hablando por teléfono unos minutos en los que Patrick imaginó que Francis no estaría de acuerdo con que Irina cenara fuera estando tan cerca de casa. Cuando ella volvió a su lado, tenía mala cara. No obstante, dijo:

—Llévame a un lugar bonito.

Unos cien metros más adelante encontraron La Bohème, un restaurante italiano con muy buena pinta. Su fachada era de color beis y vieron una Vespa del mismo tono aparcada justo delante. Entraron y pidieron una mesa. Se oía música de ópera muy bajita por los altavoces del techo. Había farolillos de luces anaranjadas junto con rosas rojas sobre los manteles de seda. Patrick pensó que era el restaurante perfecto. Irina se arrepintió en el acto de haber pedido algo así. Habría sido mejor cenar en un sitio de comida rápida. Aquello era demasiado romántico.

—¿Te gusta? —preguntó Patrick.

—Me encanta —respondió ella.

Una vez sentados, un hombre vestido con delantal se acercó a la mesa. Era más o menos de la edad de Patrick, moreno y con patas

de gallo. Su expresión era la de un niño con la ilusión a punto de desbocarse.

—¡Patrick Howard! —exclamó—. Menudo honor. —Le estrechó la mano, asombrado—. Soy un gran admirador suyo. He visto todos los programas de *Víctimas y verdugos*. Y también he leído sus libros. ¡Son fascinantes!

—Vaya, muchas gracias.

—Me llamo Dennis Peterson, soy el subchef del restaurante.

Irina sonrió, algo azorada.

—Es un placer, Dennis.

—¿Sabe qué, señor Howard? —El subchef se inclinó hacia él—. Yo nunca he sido un gran lector, que digamos, pero me recomendaron sus libros y, desde que empecé, no podía parar de leer. ¡Es usted un genio!

Patrick rio.

—Solo soy un hombre al que le gusta su trabajo. Pero gracias por sus palabras, es usted muy amable.

—Yo estaré en la cocina. Si le apetece algo especial, lo que sea, no dude en pedirlo.

La situación fue un tanto incómoda para Irina, que parecía invisible para el subchef.

—Está bien saberlo, se lo agradezco —dijo Patrick.

—No hay de qué, señor Howard. Como le he dicho, para mí es todo un honor.

19
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 10.30 h

Alison no puede creer lo que acaba de leer en el informe policial del caso Larson. Fue el sargento Russell quien encontró el cadáver de Hannah aquella noche, en el faro rojo del parque Fort Washington. Tuvo que ser duro lidiar con algo así en su primer día como policía. Uno se hace una idea de lo que va a ver cuando entra en el cuerpo, o más bien cuando ingresa en la academia, pero hasta que lo ve con sus propios ojos no decide replantearse su vida o reafirmar sus deseos de ser policía. En el caso de James Russell, está claro lo que hizo: veintitrés años después, es sargento de la policía de Nueva York. A veces pone de los nervios a Alison, y ella tampoco sabe cómo se las gasta fuera del One Police Plaza, pero lo admira. Y, ahora, después de haber leído cómo fueron sus inicios, siente una admiración mayor.

En la caja del caso hay un objeto, una prueba, dentro de una bolsa de plástico con cierre zip: una pluma estilográfica con el plumín manchado de sangre seca. El arma del crimen. Sin embargo, la pluma no es lo que más le llama la atención. Alison ha abierto la carpeta del informe y no puede dejar de mirar una fotografía, unida a los folios por un clip. Se trata de una foto de diez por quince en la que aparece la protagonista de la tragedia de 1993: Hannah Larson. Sus rizos dorados la hipnotizan. Su piel fina, sus ojos grandes, esa sonrisa inocente.

Ella ya ha visto a esa chica antes.

Alison se pregunta a dónde llevará esto. Las piezas van encajando poco a poco y siente que está haciéndolo bien. Apoya las dos manos

sobre la mesa del archivo y respira hondo. Está en el camino correcto. Es una buena detective. No, es pronto para decir eso. Pero ella pensaba que no conseguiría nada, y esto le da algo de tregua. Cierra los ojos y asiente varias veces para sí.

«No temas, tu luz bastará para iluminar el camino».

Su móvil suena y se incorpora de un salto.

—¿Has encontrado algo? —pregunta nada más descolgar.

—Será mejor que vengas —dice Karen.

—Voy para allá.

Alison devuelve la caja a su sitio. Mete el informe en la carpeta y se la lleva consigo tras rellenar unos documentos repletos de nombres y fechas. Se dirige a la novena planta.

Karen empieza a hablar nada más verla entrar por la puerta de la oficina.

—Alguien usó este ordenador anoche.

A Alison el corazón se le para.

—¿Qué?

—Lo que oyes. He entrado en el visor de eventos, un programa que te muestra el registro de los movimientos efectuados en el ordenador, y he visto que estuvo encendido hasta las tantas de la madrugada. ¿Crees que ha podido ser el sargento Russell?

—No.

—¿No decías que era él quien tenía el ordenador? ¿Y si era…?

—Fui yo —confiesa Alison.

—¿Cómo? ¿Te quedaste aquí hasta tarde?

—No. En realidad, me lo llevé a casa. Quería ver los vídeos.

—¿Por qué te lo llevaste a casa? ¿No se supone que ahora tienes un despacho propio? Además, ¿qué hay de la cadena de custodia? Te podrían haber pillado.

Alison niega con la cabeza.

—Ayer no te encontré aquí, te habías ido, y ya lo tenía en mis manos… No volverá a ocurrir, lo prometo. En cuanto a mi despacho, no lo he usado aún. No puedo.

—¿Por qué dices eso?

Baja la mirada.

—No me lo merezco.

—No digas tonterías, por favor. Deja de infravalorarte, Alison. Eres muy capaz, y te mereces ese despacho como la que más.

—Es demasiado —protesta.

—No lo es —dice Karen—. Además, ¿qué vas a hacer? ¿Llevarte literalmente el trabajo a casa? Eso no es sano. Es mejor separar las cosas, créeme.

—Supongo que tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón. Bueno, ¿has descubierto algo? —pregunta mirando la carpeta que sostiene Alison entre las manos.

Ella deja la carpeta sobre la mesa, la abre y quita la foto del informe para enseñársela a la informática.

—La chica desnuda del fotograma que extrajimos de la cámara es Hannah Larson, la víctima del caso que Patrick estaba investigando para su próximo libro.

—Y ¿qué te dice eso?

—Hannah tenía diecisiete años cuando murió, era menor de edad. Tal vez los vídeos de pornografía infantil y esa fotografía estén relacionados con su asesinato.

Karen piensa antes de hablar.

—En la imagen, ella parece temerosa ante la cámara. No fue consentido.

—Exacto.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con el suicidio de Patrick Howard?

Alison piensa con rapidez.

—A lo mejor todo empezó con Hannah —dice.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si Patrick estaba involucrado en el asesinato? O en la pornografía infantil. O en ambas cosas. Él dijo que se arrepentía de todo. ¿Y si ese libro iba a ser una especie de redención para él? Su publicación supondría una confesión en toda regla, pero finalmente cambió de idea y se suicidó.

—¿Tú crees que alguien querría escribir un libro sobre sus propios crímenes?

—Los psicópatas son narcisistas por naturaleza.

—La editorial no hubiera publicado ese libro, Alison.

—No lo sabemos.

Karen se muerde la lengua.

—Creo que debes organizarte las ideas. Es mucha información y es normal tener dudas.

Sus palabras la hieren. Alison empieza a devolver el informe a la carpeta sin decir nada.

—No te enfades —suplica Karen—. Eso de llevarte el trabajo a casa no es buena idea. Si te obsesionas, verás cosas donde no las hay.

Una vez que ha cerrado la carpeta, sale de la oficina sin pronunciar palabra.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
La pérdida

La Unidad de Criminalística empaquetó el arma del crimen en una bolsa de polietileno con cierre zip para recoger posibles pruebas de ADN. Se trataba de una pluma estilográfica Montblanc de resina negra con un plumín de oro de dieciocho quilates bañado en rodio, una serpiente dorada con dos rubíes engastados por ojos enroscada en el capuchón y una firma grabada en letras blancas: «Agatha Christie». Hannah tenía un pequeño rasguño en la rodilla derecha. Dicho rasguño, supuso el detective Cameron Garrett, podía habérselo causado una caída de la bici en el puente, previa al asesinato, donde habían encontrado la mochila de Hannah enganchada a la tela metálica. Pero eso no era todo. Su mano izquierda presentaba tres abrasiones circulares que parecían de cigarrillo, lo que le hizo pensar en una especie de juego macabro del asesino.

El policía llevó a Rose Larson a casa. Allí se puso en contacto con Steven, su marido, que se encontraba en Filadelfia por trabajo, y le habló de lo ocurrido. El padre rompió a llorar por teléfono y dijo que llegaría a Nueva York en una hora y media.

Una vez reunidos a las dos de la madrugada, Garrett les hizo unas preguntas:

—¿Hannah solía ir al parque Fort Washington?

—No —dijo Rose—, y mucho menos sola. No sé qué hacía allí.

—¿Saben si había quedado con alguien?

—¡Ya les he dicho que no! —vociferó Rose, reprimiendo el llanto.

—Y usted, señor Larson. ¿Tampoco lo sabía?

Steven negó con la cabeza.

—Yo he estado fuera estos días, no me he enterado de nada.

—¿No llamaba a casa para ver cómo estaba su familia?

La pregunta le molestó.

—Por supuesto. Cada día.

—Y dígame, señor Larson, ¿qué hacía en Filadelfia?

—¿Acaso piensa que tengo algo que ver con la muerte de mi hija?

—Claro que no, señor —dijo Garrett—. Pero me parece curioso que, estando a solo una hora y media de casa, no volviera para dormir en su propia cama.

—No he estado todos los días en Filadelfia. Soy asesor de negocios y estoy trabajando para una pequeña empresa de panadería que quiere expandir su mercado. Ya tienen tres puestos en Nueva York y su intención es abrir más tiendas en otras ciudades. Aún no son muy conocidos, pero el empresario que está detrás de todo es un hombre inteligente y, con mi asesoría, puede llegar muy lejos. Tiene dinero para invertir en su sueño, y ya sabe lo que dicen: el dinero llama al dinero.

—¿Dónde ha estado, entonces?

—Cleveland, Detroit, Columbus, Pittsburgh, Richmond y Filadelfia.

Cameron Garrett hizo como si la respuesta le valiese y les habló de la pluma estilográfica que habían encontrado junto al cuerpo de Hannah.

—No me suena de nada —contestó Steven.

—¿Hannah se veía con alguien?

—¡Otra vez con eso! —se indignó Rose—. ¡No! ¡Hannah no tenía novio!

—Había libros de piano en su mochila —comentó Garrett—. ¿Es posible que tuviera clase hoy?

Rose no pudo evitar mirar un segundo el piano de cola de Hannah. Su niña ya no volvería a tocar esas teclas. Steven le explicó al detective Garrett que Hannah iba a clases particulares de piano todos los martes; por tanto, esa misma tarde había tenido clase. Le dio el nombre de su profesora y su dirección, y Garrett tomó nota.

—Está bien —dijo el policía antes de irse—. Haré todo lo que esté en mis manos para encontrar al asesino de Hannah, pero tengan paciencia, estas cosas suelen ir lentas.

El 14 de octubre, los diarios neoyorquinos cubrieron la noticia del asesinato de Hannah con titulares muy dispares: «Otra chica asesinada», «Homicidio de una menor en el faro rojo», «Asesinato de una chica de 17 años», «Muerte en el Hudson». El reportero Mark Garza, de la CNN, narró la noticia de la siguiente manera:

«El pasado martes, Hannah Larson, de diecisiete años, murió asesinada en el parque Fort Washington. Según nos ha revelado la policía, fue apuñalada con un objeto punzante en el cuello. Los padres habían dejado a la menor sola en casa y se habían ido a trabajar despreocupados. El detective Cameron Garrett, del Grupo de Homicidios, será el encargado de investigar esta terrible muerte y dar caza al culpable».

Garrett volvió a visitar a los Larson. En esa ocasión, el policía se encogió al verlos. Tenían un aspecto demacrado. Estaban delgados y pálidos. Ambos mostraban unas ojeras muy marcadas y Steven Larson había dejado de afeitarse. Parecían haber perdido la alegría y, con ella, las ganas de vivir. Garrett había hablado con la profesora de piano de Hannah, pero no consiguió gran cosa. Solo saber que Hannah no había estudiado suficiente esa semana y que tuvo una mala clase, algo inusual en ella. Aparte de eso, nada más: llegó puntual, se fue puntual. La profesora había trabajado toda la tarde y no pudo dar más información.

En casa de los Larson, Garrett intentó hacer preguntas con delicadeza, pero le resultó una tarea ardua, sobre todo porque rompían a llorar con facilidad o sufrían pequeños ataques de ira a causa de la frustración y la impotencia. Adivinó que él también tenía parte de culpa; su presencia les recordaba la peor noche de sus vidas. Sin embargo, no tuvo reparos en exponerles los avances del caso. A pesar de no haber encontrado nada a simple vista, el médico forense le había extraído una muestra de sangre a Hannah para analizarla. Los resultados fueron reveladores: los valores de la hormona gonadotropina coriónica humana estaban elevados.

—Hannah estaba embarazada.

La conversación tuvo que detenerse.

Cuando pudieron retomar la costosa fluidez, Rose contó que ayudaba en la iglesia de la Hermandad Cristiana y que, hacía un par de meses, Hannah también había empezado a acudir regularmente por voluntad propia. Aquello le pareció interesante al policía. Según Rose, Hannah se había opuesto a ir hasta pocos meses antes. Y, de pronto, le había surgido la necesidad imperiosa de frecuentar la iglesia casi a diario. La madre aseguraba que era cosa de Dios y de la madurez de Hannah, pero Cameron Garrett era ateo y no creía en las apariciones divinas. Él pensaba que si Hannah había cambiado su percepción sobre la iglesia de repente era por algún motivo externo a la religión.

20
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 11.30 h

El silencio reina en el cementerio de la iglesia de la Trinidad. Alison no llega a entrar; se queda fuera, delante de la verja negra. Desde ahí puede observarlo todo con claridad.

Un grupo de personas forma un semicírculo alrededor de una fosa, a tan solo unos metros de ella. Puede distinguir rostros conocidos entre los asistentes: Albert y Marga Howard miran hacia abajo, lloran desolados la pérdida de su hijo sin escuchar las palabras del sacerdote, que lee la Biblia en voz alta. A la derecha, Irina Cooper también llora, pero de forma silenciosa. Tiene la mirada perdida a media altura y los labios apretados en una fina línea. Alison reconoce a más gente de la editorial, aunque no recuerda sus nombres. A la izquierda, Rachel Brooks niega con la cabeza una y otra vez. Sus habituales vestidos brillantes han sido relevados por ropa sobria: lleva gafas de sol puestas, por lo que no se puede ver si hay lágrimas en sus ojos. Alison se sorprende al encontrar a la reportera Camila Hernández entre los allegados. Aunque, bien pensado, ella y Patrick habían trabajado para la misma cadena de televisión durante años. Presa de la nostalgia, Camila hace amagos de sonreír mirando el agujero del suelo. Hay más personalidades de la televisión, escritores y periodistas que se han acercado a dar el último adiós a Patrick. No se ven cámaras en el cementerio, ni tampoco micrófonos. Solo respeto hacia él y su familia.

Cuando el sacerdote pronuncia las últimas palabras y tapan la fosa con tierra, la gente da el pésame a los Howard. Alison no pierde detalle desde la distancia. Observa cada rostro, cada mínimo gesto.

Los últimos en despedirse de Albert y Marga son dos desconocidos para Alison. Se trata de un hombre y una mujer. Él les estrecha la mano de forma cordial; ella, en cambio, los abraza durante un largo minuto. Los tres se funden en un temblor desacompasado. Al separarse y emprender el camino de vuelta, la desconocida la ve al otro lado de la verja. Se mantienen la mirada, carente de expresión, hasta que Alison desvía la suya y se aleja del cementerio.

21
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 12.10 h

Alison ha vuelto a casa. El entierro de Patrick Howard le ha dejado mal cuerpo. Ha llevado la carpeta del informe del caso Larson a la habitación de invitados y se ha preparado una infusión en el microondas. Una columna de humo baila sobre la taza caliente. Se sienta a la mesa de la cocina y remueve con lentitud la media cucharada de azúcar que le ha echado.

Karen no la toma en serio, cree que no está haciendo bien su trabajo. Y Alison no la culpa. Es normal pensar algo así. A lo mejor tiene razón en que no debería traerse el trabajo a casa. Supone que los buenos policías, cuando terminan su jornada, se van a su hogar y disfrutan de sus parejas, de sus hijos, o quedan con sus amigos para tomar algo, tienen aficiones… Ahora que lo piensa, no ha salido a correr. ¿Cómo se le ha podido pasar? Siempre lo ha considerado una rutina sagrada, algo que debe hacer sí o sí cada mañana para rendir bien, para regular su ansiedad y controlar sus idas y venidas. ¿Estaba demasiado centrada en la investigación? Hoy se ha levantado de la cama pensando en lo que había visto por la noche en el ordenador de Patrick Howard: imágenes horribles que le han quitado el apetito. No ha desayunado, solo ha tomado un vaso de agua antes de ir al trabajo y tomar allí un chocolate caliente, el que casi le tira Paul. Otro que tal baila. ¿Por qué es así? ¡Ella no tiene la culpa de que el comisionado la eligiera para el puesto de detective!

Coge aire y lo expulsa en un suspiro. El ritual no parece funcionar. Da un sorbo a la infusión. El líquido caliente baja lentamente por su cuerpo.

Y luego está Aaron.

Alison no sabe cómo gestionar lo que vio ayer en las cámaras de seguridad del Cinema Village. No entiende qué significa, pero tampoco quiere saber que Aaron está quedando con otra persona, que se está acostando con otra mujer, sea quien sea. No tiene la necesidad de saberlo. Le duele. Es mejor alejarse y pensar en otras cosas. De pronto cae en la cuenta de por qué no ha salido a correr esta mañana. Además de que los vídeos de pornografía infantil ocupaban gran parte de sus pensamientos, correr le recuerda a Aaron. Fue él quien le dijo en su primera cita que le gustaba correr y ver el agua brillar con la luz del alba. Cuando estaban juntos, después de que se mudara a su piso de Manhattan, hacían la misma ruta por el puerto todas las mañanas. Luego volvían a casa y hacían el amor en la ducha.

Alison aprieta la taza y nota el calor en su mano.

Ahora, Aaron lo hará con Olivia Miller. En la ducha, en la cama, en la mesa de la cocina. El recuerdo de la risa de la mujer le golpea el vientre. La odia. La odia con todas sus fuerzas.

Se acaba la infusión de un trago y, según deja la taza vacía en la encimera, mira de reojo la hoja que hay pegada a la nevera con un imán. Pasa por su lado con incomodidad y va a la habitación de invitados. Se sienta a la mesa y enciende su portátil personal. Piensa en todos los caminos que puede tomar, pero parecen demasiados. Hay muchos frentes abiertos. Tiene que organizarlo todo, es importante. Cuando eres una persona generalmente inquieta e impulsiva, necesitas simplificar las cosas, hacerlo visual, organizar las ideas y ver por dónde quieres tirar. Saca una pequeña libreta y un bolígrafo del cajón del escritorio y se pone a escribir.

Patrick estuvo casado hace años y, según ha descubierto Alison, estaba enamorado de alguien con quien le era imposible estar. Escribe el nombre de «Emily» en la libreta. Tendría que haberles preguntado a los padres de Patrick su apellido de soltera. Dennis Peterson está en el punto de mira ahora mismo. De hecho, se ha puesto en marcha un operativo de búsqueda. Alison lo tiene situado en lo más alto del corcho de la pared, pero hay alguien que también debería estar ahí, según su opinión. Escribe «Linda Peterson». Luego

está el caso Larson, sobre el que Patrick había escrito ese libro inédito e imposible de rastrear. Se pasó meses indagando y, curiosamente, tenía una imagen explícita de Hannah en una cámara. Alison escribe «Hannah Larson» y los nombres de los tres principales sospechosos de 1993: «Luis Weaver», «Peter Banks» y «Cameron Garrett».

Su móvil suena y da un respingo. Al ver quién llama, se plantea no cogerlo. Deja que suene unos segundos con la esperanza de que desista, pero no lo hace.

—Dime —suelta al descolgar.

—Solo te llamo para asegurarme de que no te has enfadado por lo de esta mañana. No era mi intención ofenderte.

—No estoy enfadada, Karen. Tu comentario era del todo acertado, pero me has pillado en un mal momento, nada más. Siento haber reaccionado así.

—Me alegra oír eso. ¿Qué te parece si vamos a comer juntas?

La pregunta la pilla por sorpresa.

—¿Ahora?

—O dentro de un rato —propone Karen.

—No sé —dice Alison como toda respuesta.

—En realidad, no tienes elección: ya he reservado mesa.

—¿Qué?

—Te mando la ubicación por el móvil. Es a la una.

—No tienes vergüenza.

Karen ríe.

—Lo sé —dice antes de colgar.

Alison intenta enfadarse, pero una suerte de sonrisa quiere dejarse ver entre las comisuras de sus labios. Mira el reloj: las 12.25. Aún tiene tiempo para acabar lo que está haciendo.

Busca en internet fotos de las personas cuyos nombres ha escrito en la libreta. Por suerte, las redes sociales dan mucha más información de la que la gente es consciente. Patrick Howard tiene una foto de hace cinco años en Facebook en la que aparece con una mujer.

Alison levanta las cejas, sorprendida.

Se trata de la mujer desconocida del entierro, la que ha abrazado a los padres de Patrick. Al poner el ratón sobre ella, aparece la etiqueta: «Emily Simmons». Alison entra en su perfil y, bajo el nombre, lee su ocupación actual: directora de Operaciones en Star Packaged.

Introduce el nombre de la entidad en Google y, como esperaba, se encuentra con la página web de una empresa de embalaje, la del padre de Emily, supone. Apunta la dirección en la libreta e imprime la foto de Emily en tamaño A5. Hace lo mismo con el perfil de Dennis Peterson e imprime una foto en la que aparece Linda. Abre la carpeta del caso Larson y saca las fotos de la víctima y los sospechosos para hacer fotocopias. Luego, como asunto personal, busca a Olivia Miller, la casera, en las redes sociales, pero no la encuentra.

Alison aprieta los dientes y se obliga a quitársela de la cabeza.

Recorta las impresiones que ha hecho, las clava al corcho con chinchetas, escribe bajo ellas los nombres a rotulador y revisa el tablero con los brazos en jarra. Aún hay muchas preguntas sin respuesta, pero, ahora que puede verlo gráficamente, le es más sencillo delimitar cada vía de investigación.

En primer lugar, la relación entre Patrick Howard y Dennis Peterson, eso que estaba esperando el subchef esa noche, su desaparición y los vídeos de pornografía infantil. En segundo lugar, el libro inédito sobre el caso de 1993 y el fotograma sexual de Hannah Larson. Hay un punto en común entre estas dos vías: las grabaciones del ordenador. Después, en tercer, cuarto y quinto puesto, encontramos *El show de Rachel Brooks*, Irina Cooper y Emily Simmons. Ahora puede seguir con las cosas más claras. Haberlo organizado así hace que la ansiedad se disipe un poco y la envuelva una extraña sensación de paz.

Mira el reloj: la una en punto. Llega tarde a la comida con Karen. Antes de irse, piensa cuál será su siguiente paso. Sus ojos recorren el corcho de izquierda a derecha y de arriba abajo. Lo tiene: irá a hablar con Linda Peterson. El sargento Russell le dijo que fuera hoy, que ayer estaba demasiado irascible. Lo hará después de comer.

Pero entonces recuerda que Linda le comentó que trabajaba por las tardes en una perfumería. Después del numerito de la prensa de ayer, no va a querer hablar con ella en el trabajo. Se sentirá demasiado acorralada, expuesta ante sus compañeras si la policía se presenta allí. No. Si quiere que hable, la tiene que pillar en casa, antes de que se vaya.

Alison saca el móvil y le envía un mensaje a Karen: «No puedo ir, nos vemos en la oficina».

22
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 13.20 h

No hay periodistas ahora mismo delante del edificio de los Peterson. Alison llama al timbre y la puerta se abre con un zumbido. Linda, con bastante peor cara que hace dos días, la fulmina con la mirada en cuanto la ve salir del ascensor.

—Nos ha hundido en la miseria, detective Hess, que lo sepa.

—En ningún momento ha sido esa mi intención —confiesa—. ¿Puedo pasar?

—Estoy cansada. No me apetece hablar con usted.

—Acabaremos enseguida, se lo prometo.

—No haga promesas. No en mi casa.

Se hace a un lado y Alison entra en la vivienda. De camino a la cocina, ve a Cody en el salón jugando silenciosamente con unos muñecos. El niño se queda mirándola sin una pizca de emoción en el rostro. Ella sonríe.

—Hola, Cody. ¿Cómo estás?

El niño no responde, sigue manteniéndole la mirada.

Linda la apremia y entran por fin en la cocina. Sin preguntarle siquiera, llena un vaso de agua del grifo y se lo tiende.

—Gracias —dice Alison.

—Dese prisa, por favor. Tengo que prepararle la comida a Cody y llevarlo con mis padres antes de irme a trabajar.

La detective va al grano:

—¿Ha visto a su marido, señora Peterson?

—No. Hace ya tres días que no lo veo.

—¿Ha mantenido contacto de algún tipo con él?

—No.

—¿Sabe si ha vuelto a casa cuando usted se encontraba en el trabajo?

—No lo sé. No he visto nada fuera de sitio.

—¿Sabe dónde puede estar?

—¿Ha venido a repetir las mismas preguntas del otro día? Porque, si es así, ya puede irse.

Alison se muerde la lengua.

—Mi marido ha desaparecido y ustedes se empeñan en decir que es un criminal —replica Linda—. Le dije que no quería que mi hijo supiera nada de esto y ahora todo el país habla de Dennis como el asesino de Patrick Howard. De verdad, es una pesadilla. Me han llamado del colegio, ¿sabe? Los niños han vuelto a meterse con Cody —susurra, enfadada—. He tenido que ir a por él. Se ha enterado de todo, como es normal.

—Lo siento —se limita a decir Alison.

—La prensa nos acorraló ayer en el portal de mi casa. ¡Eso fue el colmo! Que sepa que los he denunciado. Ya está bien de tragar y apartar la mirada solo porque sean la policía. Que la gente se entere de que son unos impresentables.

—Tengo que contarle algo, señora Peterson.

Al instante el miedo sustituye a la furia en el gesto de Linda.

—¿Lo han encontrado? ¿Está muerto?

—No, aún no hemos dado con él. Pero quiero hablar con usted sobre algo de lo que podría estar enterada.

—¿Sobre qué?

Alison piensa cómo formular la pregunta.

—¿Se acuerda de Hannah Larson?

Linda Peterson frunce el ceño al oír ese nombre. Parece saber de quién se trata.

—¿Es esa chica que mataron hace muchos años?

—Sí, en 1993 —le hace memoria.

—Me acuerdo. —Linda asiente—. Las elecciones fueron un caos por eso.

—Así es. Uno de los candidatos a la alcaldía de Nueva York fue señalado como sospechoso.

—Pero al final no fue él, ¿no? Creo que no cogieron al culpable.

Alison se encoge de hombros.

—El caso se cerró por falta de pruebas —explica.

—¿Por qué me habla de esto ahora? ¿Qué tiene que ver con Dennis?

—Solo quería preguntarle si conocía usted personalmente a esa chica.

—¿A Hannah Larson? No, ¿por qué tendría que conocerla?

—¿Y Dennis? ¿Él la conocía?

—Espere un momento. Además de la muerte de Patrick Howard, ¿también va a acusar a mi marido de matar a Hannah Larson? —levanta la voz.

—Por supuesto que no, señora Peterson.

—Entonces, explíqueme a qué vienen estas preguntas, detective Hess, porque le aseguro que no las entiendo.

—Patrick Howard estaba escribiendo un libro sobre ese caso, se pasó varios meses investigando. Tenemos la seguridad de que el manuscrito existe, pero no lo encontramos en su ordenador y, con la desaparición de Dennis…

—Así que ahora, además de asesino, Dennis también es un ladrón. —Se cruza de brazos.

—Como le he dicho tantas veces, señora Peterson, no estoy acusando a su marido de nada aún. Pero me gustaría que me ayudase a encajar las piezas del puzle.

—Mire —dice Linda, enfadada—, Dennis nunca me ha hablado de Hannah Larson. Hace mucho tiempo de eso, nosotros ni siquiera nos conocíamos. Si Patrick Howard había escrito un libro sobre ese caso, muy bien por él, pero no meta a Dennis en esto. Me habla de puzles, pues Dennis es una pieza que no encaja en el suyo. Y, por mucho que la fuerce, no conseguirá nada. Se está dando cabezazos contra la pared, detective. Deje de mirar hacia mi marido. Seguro que tiene cosas más importantes que hacer que empeñarse en convertir un suicidio en algo distinto.

Alison bebe un poco de agua para digerir sus palabras.

—En La Bohème me dijeron que Dennis quería que llegara la noche del domingo por alguna razón. ¿Tiene idea de por qué?

Linda piensa en ello. Niega en un primer momento, pero de pronto da con la respuesta. Agarra una silla de la mesa y la arrastra hacia atrás para sentarse.

—Dígame, señora Peterson —dice Alison, despacio—. ¿Qué se suponía que pasaba esa noche?

Linda la mira con expresión rara.

—Dennis dijo… Estaba ilusionado, sí.

—¿Por qué? —insiste la detective.

—Me dijo que Patrick Howard le había prometido desvelarle en qué crimen estaba trabajando. Le juro que no me acordaba de esto. No le di importancia cuando me lo contó…

A Alison se le ponen los pelos de punta. Las piezas encajan perfectamente pese a que Linda Peterson afirme lo contrario: Patrick le dijo a Dennis que su nuevo libro trataba sobre el asesinato de Hannah Larson, y Dennis, que no quería que ese libro saliera a la luz, se deshizo del manuscrito y obligó a Patrick Howard a suicidarse. Puede que Patrick se lo contara porque sospechaba de él, para ver su reacción y delatarlo a la policía. De ese modo, él mismo interferiría en el caso y en la historia de su libro consiguiendo un final perfecto. Sin embargo, las cosas no sucedieron como él esperaba y acabó con un disparo en la cabeza.

—Pero que Dennis supiese eso no significa que haya hecho nada malo —la intenta convencer Linda—. Dennis es una buena persona, se lo aseguro.

Alison no contesta. Se queda pensando en lo que ha dicho Linda. El nombre de Dennis Peterson no aparece en el informe policial del caso Larson. Patrick había terminado el libro. Eso quiere decir que tal vez había descubierto quién estaba detrás de todo. Pero ¿cómo lo hizo? La investigación policial de 1993 duró dos meses y no se llegó a ninguna conclusión. Patrick debió de encontrar algo que no supieron ver entonces. Tiene que haber algo que pasaron por alto. Pero ¿el qué?

—Señora Peterson —dice—, he de preguntarle algo delicado.

Linda se muerde la mejilla por dentro, nerviosa.

—Adelante.

Alison duda un segundo. No quiere meter la pata ahora.

—¿Por qué va Cody al psicólogo?

—Ya se lo dije. Sus compañeros de clase se meten con él.

—¿Por qué?

—Porque los niños son crueles. No saben dónde están los límites y siempre se meten con el más débil. Siempre ha sido así.

—¿No hay un motivo más concreto?

—Dígamelo usted, porque parece que tiene claro qué es exactamente lo que le pasa a mi hijo. ¿No es así?

Alison carraspea. ¿Debería decir lo que piensa? Bien visto, la investigación es lo primordial en estos casos. Habla en voz baja:

—¿Cody ha sufrido abusos sexuales de algún tipo, señora Peterson?

La pregunta atiza a Linda y mira a Alison con desprecio.

—Váyase de mi casa. Ahora.

23
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 14.00 h

Su estómago ruge como un león adormilado, hambriento, pero demasiado vago como para levantarse del suelo. Karen no ha respondido al mensaje en el que le decía que no podía ir a comer con ella. Alison espera que no se haya enfadado. Le ha dado plantón, sí, pero era por el bien de la investigación. Ya se lo explicará, seguro que lo entiende.

No es que haya avanzado mucho con la visita a la señora Peterson, aunque sí que ha conseguido algo. Ya sabe por qué Dennis ansiaba que llegara la noche del domingo: el periodista le iba a desvelar de qué crimen trataba su próximo libro. Después de esto, Patrick se suicida y Dennis desaparece. Aunque Linda se esfuerce por demostrarle a Alison lo contrario, ella cree que está más cerca de descubrir la verdad.

Baja del coche y se aproxima al portal de la casa de sus padres.

Cuando se dispone a llamar al timbre, oye gritos en el interior. Alison frunce el ceño y le da al botón, pero nadie acude a abrirle y los gritos no cesan. Saca su llave y abre. Siempre la lleva encima, pero no la usa si no es estrictamente necesario. Quedaron en que llamaría cada vez que fuera a la casa, para avisar de su visita y no causar confusiones. Una vez dentro, escucha a su padre vociferar en la cocina:

—¡Delincuente! ¡Malnacida! Me quieres matar para quedarte con mi casa, ¿es eso?

—Por el amor de Dios, señor Hess, ¿cómo puede pensar eso de mí? —le pregunta Mary.

A Alison le nace un pequeño dolor en el pecho.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta cuando se asoma por el quicio de la puerta.

—¡Hija! —exclama John al verla—. Mary me está obligando a tomarme una pastilla. ¡Y yo no quiero tomarme nada! Dile que no tengo que hacerlo. ¡Dile que se vaya y que no vuelva más!

Mary le pide ayuda con la mirada.

—Papá…, tienes que tomarte la medicación. —Intenta mantener la calma, tanto por su bien como por el de su padre—. Y no puedo decirle a Mary que se vaya. Ella vive aquí, contigo.

—Pero ¿qué dices, hija? —se alarma él, que ve que tiene a las dos en su contra—. ¿Tú te estás oyendo?

Alison se acerca unos pasos, pero sin invadir su espacio. Sabe lo importante que es.

—Fue la doctora Becker quien te recetó el donepezilo hace años. ¿Te acuerdas de ella?

John se queda mudo unos segundos. Ese silencio aterra a Alison.

—Mary me quiere hacer daño —sigue al cabo en sus trece—. No ha parado de gritarme en todo el día. Estoy harto de ella. ¿Por qué no la echamos de aquí? ¿Por qué tenemos que aguantarla? ¡No te soporto! —le grita, y Mary baja la mirada.

—Papá, déjame… —dice Alison, acercándose un poco más.

Pero, al percibir sus intenciones, John levanta los brazos y retrocede un paso, tenso.

—El libro que me regalaste es muy complicado —dice entre sollozos—. Está mal escrito.

Alison relaja los hombros. Así que es eso. Tenía que haberlo pensado. La doctora Becker ya se lo dijo: la lectura y la escritura se volverían problemáticas llegado cierto punto. Habrá intentado leer un poco y no lo ha conseguido. Por supuesto, leer un libro, con su trama y sus numerosos personajes, no es lo mismo que leer los artículos del periódico. Debe de ser muy frustrante. Se arrepiente de haberlo comprado.

—Es verdad, papá. Lo siento. Se lo diré a quien me lo recomendó.

—Harás muy bien —dice él, aún alterado.

Alison asiente, dándole unos segundos a la conversación.

—Venía a comer con vosotros —cambia el tono de voz a uno más agradable—. Tengo un ratito que me gustaría compartir con los míos. ¿Habéis comido ya?

John parece relajarse poco a poco.

—No —responde.

—¿Te parece bien? —le pregunta Alison. Su opinión es importantísima en estas ocasiones.

John duda. Luego mira a Mary, como pensando «pero si yo estaba enfadado con ella».

—Sí —dice al fin—, pero Mary se tiene que ir.

—Hagamos un trato, ¿vale? —propone Alison—. Yo me quedo si ella también lo hace.

John arruga la frente. La idea le desagrada, pero es incapaz de rechazar a su hija.

—Está bien —gruñe mirando con los ojos entornados a Mary—. Tú, haz la comida.

Mary asiente sutilmente y se pone manos a la obra.

—Papá —murmura Alison—, no la trates así. Ella es muy buena contigo.

—Menos mal que has venido, hija. Pretendía que me tomara una pastilla que…

—De eso quería hablarte —lo interrumpe—. Si quieres que coma con vosotros, también tendrás que tomarte esa pastilla.

—¿Qué? —exclama.

—Es por tu bien, te lo juro. ¿Tú crees que te daría algo que fuera perjudicial para ti?

—No.

—Pues eso.

John duda, pero acaba por tomarse el donepezilo.

—Gracias, papá.

Él contesta con un gruñido.

—¿Por qué no llamas a Aaron y que coma con nosotros?

«No. Otra vez no».

Hace ya unos meses que John pregunta constantemente por Aaron. Alison le pone una excusa diferente cada vez: que Aaron tiene mucho trabajo, que se encuentra fuera de Nueva York, que

está cuidando de algún familiar. Pocas veces le ha dicho la verdad: que Aaron y ella lo dejaron en junio del año pasado. Pero nunca le ha contado el porqué. De todos modos, la doctora Becker les explicó que no deben insistirle en que ya se lo han dicho antes. John tiene una realidad muy diferente a la suya, y Alison no puede convencerlo de algo que escapa de sus posibilidades, de algo que no recuerda y, por tanto, que no ha pasado para él. Es complicado adaptarse a algo así, pero no hay otra salida si quiere que sea feliz. Y eso es lo único que Alison desea en este mundo. A veces John tiene prontos como el de hoy, o apatía repentina sin explicación aparente, pero ahora lo achaca a ese libro que ella misma le regaló, y se siente culpable por haberlo alterado. Mary ya sabe que estas cosas son normales. A fin de cuentas, es una profesional y entiende muy bien la enfermedad. No se lo tendrá en cuenta.

—Aaron ya ha comido, papá.

—Ah, vale. Pues que venga a tomarse un café después —propone.

Alison aprieta los labios.

—Le enviaré un mensaje, a ver si puede —zanja el tema—. ¿Nos sentamos?

Escritura terapéutica de Alison Hess

Todo empezó en 2009. Yo acababa de ingresar en la academia de policía de Nueva York y mis padres seguían trabajando en el mismo bufete como abogados penalistas. Mi madre se había hecho famosa tras ganar en 2008 el caso Richard Vinson, el presunto asesino en serie, y su trabajo fue de lo más demandado desde aquello. Mi padre, en cambio, vivía tranquilo sin estar en el punto de mira cada vez que se enfrentaba a un caso. Solo hubo uno que se le complicó demasiado. Se trataba de un caso de allanamiento con violencia en una vivienda habitada. Su cliente tenía todas las de perder, pero mi padre le aseguró que había dado con la clave para absolverlo de la pena. El acusado se alegró mucho de oírlo. Ese asalto solo había sido un desliz, o eso decía él. A pocos días del juicio, por razones injustificables, mi padre empezó a dudar sobre sus posibilidades de ganar.

—¿Qué? —exclamó el cliente en su despacho del bufete—. Señor Hess, me dijo que lo tenía todo controlado —se preocupó.

Mi padre se rascó la coronilla.

—Déjeme darle otra vuelta. A lo mejor se me ha pasado algo.

El día anterior al juicio, se vieron de nuevo para prepararlo todo.

—Dígame que está seguro de esto.

—Completamente —lo tranquilizó mi padre—. Solo fue un lapsus, ya sabe. Somos humanos, a veces nos podemos equivocar.

—¡Pero esto es muy importante! Están en juego mi vida y la de mi familia, ¿entiende?

—Confíe en mí, ¿de acuerdo? Mañana ganaremos ese juicio, no se preocupe.

Llegó el día. El juzgado se encontraba casi vacío. El juez leyó los cargos y, tras unas preguntas que el acusado respondió tal como mi padre le había instruido, le concedió el turno de palabra a la afectada, que era la expareja del demandado. Mientras ella hablaba, el acusado negaba nerviosamente con la cabeza, enfadado. Pero, cuando desvió la vista hacia su abogado, entendió por su mirada que debía relajarse, pues no estaba dando la imagen que querían. Después de la mujer, fue el turno de mi padre. De pronto, empezó a revolver sus papeles como si hubiese perdido algo de valor. Se puso nervioso. Todos los presentes lo estaban esperando, pero él no salía de detrás de su mesa.

—Letrado —dijo el juez, que vestía una toga negra encima de una camisa blanca y corbata gris oscuro—, ¿está usted listo?

Frustrado, mi padre tiró la toalla. Dejó los papeles sobre la mesa y avanzó unos pasos hacia delante.

—Señoría —empezó a hablar—, mi cliente es inocente de todos los cargos.

Y se detuvo. Se le había olvidado lo que tenía que decir. El día anterior le había explicado a su cliente que lo que les haría ganar el juicio era una pequeña trampa, como lo había denominado mi padre, un vacío legal que le permitiría librarse de la cárcel. Pero ¿de qué se trataba? Antes de salir a comparecer había revisado sus documentos y, según creía él, la clave estaba escondida en ellos, pero no aparecía lo bastante claro. Puede que sí lo estuviese, pero él no pudo relacionar los conceptos en ese instante. ¿Por qué no se había escrito notas concisas sobre los pasos que debía seguir delante del tribunal? Nunca había necesitado hacer tal cosa, y se sentía lo suficientemente preparado como para solventar cualquier contratiempo. Él sabía que no era tan bueno como su esposa, pero confiaba en sus dotes como abogado, y ahora no daba crédito a lo que estaba pasando.

—¿No tiene nada más que añadir? —se sorprendió el juez.

Mi padre hizo un gran esfuerzo por recordar, pero no lo consiguió. Miró a su cliente, que le devolvía una mirada de terror, y bajó la cabeza, avergonzado.

El hombre lo atacó tras escuchar la sentencia. Lo cogió por la pechera y lo amenazó.

—¡Esto le va a costar muy caro, Hess! ¡Es usted un estafador!

—Perdóneme —balbuceó mi padre—, no sé qué me ha pasado.

—¿Que le perdone? —gritó con las lágrimas mojándole las mejillas —. ¡Me voy a pasar quince años en la cárcel por su culpa! ¡Dígame! ¿Cómo se puede perdonar esto?

Dos agentes de seguridad acudieron enseguida. Cogieron al hombre por los hombros y lo separaron de mi padre. A medida que se alejaba entre empujones, exclamó:

—¡Si no está en condiciones de ejercer su trabajo, no lo haga, joder!

Mi padre se preocupó mucho. Ya había experimentado lagunas en los meses anteriores, pero nada fuera de lo que se podía considerar normal. No obstante, esto había sido grave, muy grave, y quiso ir al médico para que le hicieran un chequeo. Mi madre y yo lo acompañamos.

—Esto es cosa de la edad —dijo el médico, que nos miraba por detrás de unas finas gafas de metal.

—Pero tengo cincuenta y cinco años —protestó mi padre—. No soy tan mayor.

El médico suspiró, como si ya hubiese escuchado aquello muchas veces.

—El estrés incide directamente sobre la memoria, y más a determinadas edades. Se tiene que hacer a la idea de que ya no es un chaval, señor Hess. A partir de cierta edad, estas cosas son habituales y lamento decirle que irán a más.

—Entonces ¿no tengo nada malo?

—Está usted perfectamente.

Cuando volvimos a casa, hablamos sentados a la mesa de la cocina.

—¿Tú estás conforme con lo que te ha dicho el médico? —le preguntó mi madre.

—No lo sé. Supongo.

—Ese tipo no tiene ni idea —opiné yo—. Ni siquiera le ha hecho pruebas.

—A lo mejor deberíamos pedir otra opinión.

—¿A quién? —preguntó mi padre, decaído.

—A un neurólogo. Alison, ¿puedes buscar alguno?

—La hermana de Karen es neuróloga. ¿Por qué no hablamos con ella?

Le pedí el número a Karen y llamamos a la clínica privada.

—Tenemos una baja de última hora —dijo una voz femenina al otro lado del teléfono—. ¿Pueden venir esta tarde a las cinco?

Y así lo hicimos. Nos presentamos en la clínica de la doctora Vivian Becker en la calle Cuarenta. Estaba en el primer piso de un edificio blanco de arquitectura neogótica. El aire acondicionado, como en la mayoría de los locales de Nueva York durante gran parte del año, estaba puesto a toda potencia y hacía un frío glacial allí dentro. Nos recibió una chica que nos dijo que aguardásemos en la sala de espera, un cubículo con paredes de cristal opaco, sillones de piel y una pila de revistas encima de una mesa baja cuadrada. Al cabo de unos minutos, vimos salir a una pareja de ancianos y la chica volvió a por nosotros.

—Ya pueden pasar.

Nos acompañó a otra habitación cuya puerta tenía pegado un rótulo dorado en el que se leía el apellido de la neuróloga. Llamó dos veces y abrió. La doctora Becker se levantó de la silla para estrecharnos la mano, sonriente. Era mayor que Karen. Tenía el pelo más oscuro, pero su sonrisa mostraba los mismos hoyuelos que los de su hermana, lo que me proporcionó una agradable sensación de familiaridad.

—Es un placer conocerles por fin. Karen me ha hablado mucho de ti, Alison. Tomen asiento, por favor.

Obedecimos y nos miramos entre nosotros, algo inquietos.

—Bueno, cuéntenme por qué están aquí.

Se lo contamos todo, empezando por los descuidos de mi padre, como cuando iba a la cocina a por algo y, una vez allí, se le olvidaba qué había ido a buscar. O las veces en que hacía cálculos mentales y no le cuadraban las cuentas. Luego él mismo explicó con detalle lo

que sucedió en su último caso, en el que se quedó en blanco, dejando a su cliente en una situación muy comprometedora.

La neuróloga fue respetuosa y nos escuchó sin articular palabra. Luego dijo:

—¿Cuántos años tiene, John?

—Cincuenta y cinco.

—De acuerdo. Le comento, para poder darle un diagnóstico, debo hacerle primero unas pruebas específicas.

Mi madre chasqueó los dedos.

—¿Ves? —le dije en un susurro.

—Claro —aceptó mi padre—, lo que sea.

Con un clic, Vivian imprimió el presupuesto de dichas pruebas y nos lo explicó punto por punto. Mi padre dudó al ver el precio. Mi madre, en cambio, no le dejó decidir:

—Adelante.

La doctora le realizó una exploración neuropsicológica. Le formuló un sinfín de preguntas, le hizo describir imágenes, montar un puzle y participar en actividades relativamente sencillas. Después le invitó a pasar a otra sala para hacerle una resonancia.

Al cabo de una semana volvimos. Estábamos preocupados, los tres.

—Les explico —dijo la doctora Becker—. Los resultados me conducen a pensar en un diagnóstico, pero no es del todo claro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó mi padre, confuso.

—Que, para estar completamente seguros, tendría que hacerle una última prueba.

—¿Lo dice en serio? —se indignó mi padre, que empezaba a pensar que aquella mujer quería exprimirnos el bolsillo.

—Se trataría de una punción lumbar, y los resultados no los tendríamos hasta dentro de un mes.

—Déjelo —dijo él—. Venga, vámonos.

Se levantó.

—John, espera —le pidió mi madre—. Esto es importante.

—Vamos a ir de un lado a otro y no nos van a esclarecer nada —protestó él—. Es una pérdida de tiempo y de dinero.

—No digas eso, cariño. Tengamos paciencia.

—Yo soy todo lo paciente que tú quieras, Julia, pero esto nos va a costar…

—John, ya sabes que eso no es problema —dijo mi madre con tono dulce.

Mi padre se ruborizó. No le gustaba que mi madre presumiera del estado de sus cuentas delante de la gente.

—Papá —lo animé yo—, piénsalo bien. Hemos venido aquí, te han hecho unas cuantas pruebas. ¡Solo falta una! No nos vamos a ir justo ahora, ¿no?

Mi padre dudó, gruñó como solía hacer él y se sentó de nuevo.

—¿Ha dicho «punción lumbar»?

Un mes más tarde, volvimos a presentarnos en la clínica. Esta vez, la expresión de Vivian era un galimatías. Cuando se dispuso a explicarnos los resultados de las pruebas, dijo algo que nos descolocó a los tres:

—Señor Hess, le tengo que preguntar si quiere usted saber el diagnóstico.

Mi padre levantó las cejas.

—¿Yo? Pues claro. ¿Cómo iba a…?

—Solo es protocolo. Si usted me da su consentimiento, procedo a explicárselo todo.

Él asintió, aturdido.

—Adelante.

La neuróloga se dio unos segundos antes de hablar.

—Verán, la exploración neuropsicológica fue bastante bien, todo dentro de lo normal, para que me entiendan. Sin embargo, en la resonancia observé una ligera atrofia de los hipocampos en el cerebro. Esto me hizo pensar en un posible caso de enfermedad de Alzheimer.

Mi madre nos cogió la mano a mí y a mi padre por debajo de la mesa y apretó fuerte.

—Y la punción lumbar confirmó mi diagnóstico, pues con este examen se detectan las proteínas del alzhéimer en el líquido cefalorraquídeo. Por tanto…

—¿Tengo alzhéimer? —exhaló mi padre, interrumpiendo a la neuróloga.

Se hizo el silencio.

24
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 15.00 h

Han comido tranquilos, sin otra salida de tono. Mary ha hecho macarrones con queso, el plato favorito de John. Luego han tomado *brownies* y también café, descafeinado para Alison, mientras veían la tele. Después de su momento de estrés, John casi no ha abierto la boca. Su energía ha ido menguando con el paso de los minutos. Eso sí, ha expresado varias veces lo buenos que estaban los macarrones.

—Chicas —dice tras terminarse el café—, con vuestro permiso, voy a echar una cabezadita.

Alison y Mary cruzan una mirada. Sonríen.

—Descansa, papá.

John se pierde por la puerta de la cocina y sube las escaleras para llegar a su habitación. Cuando Alison oye que cierra la puerta, dice:

—¿Por qué no me has llamado, Mary? Habría venido enseguida.

Ella hace un ademán, quitándole importancia.

—Tú estabas trabajando. No iba a molestarte por esto.

—Solo le faltaba agredirte físicamente —protesta.

—Alison, tu padre nunca haría algo así. Aunque el alzhéimer lo acompañe, sé que no lo haría.

—De todos modos, no me ha gustado lo que he visto, Mary.

—Es algo que va a pasar más veces. A lo mejor no he sabido actuar como debería, pero no siempre es fácil.

—No deberías enfrentarte tú sola a estas situaciones.

—Bueno —se encoge de hombros, dándolo por hecho—, soy su cuidadora.

—Y yo su hija.

—Y ya tuviste que lidiar con esto un tiempo.

Alison se queda callada.

—Era mi deber como hija —sostiene.

—Y aún sigues siéndolo, pero no tienes por qué volcarte tanto.

—No lo comprendes. Es mi padre. No puedo apartar la mirada.

—No te estoy pidiendo que te desentiendas. Tanto tu compañía como tu cariño son importantísimos para John, de eso no tengo la menor duda. Solo digo que tu vida no debería enfocarse solo en eso, porque así tú no llegas a vivir. La gente hiperresponsable como tú nunca mira por sí misma, no se cuida ni se da caprichos. Se siente mal si lo hace, suele decir que no tiene derecho a esas cosas, que esta es la vida que le ha tocado y que no hay otra opción. Créeme, he visto a más de una persona así. Y es algo que no te recomiendo.

—Lo sé. Hablé de estas cosas con mi psicólogo y con la doctora Becker. Si te digo la verdad, tú estás aquí por ellos. Si hubiese sido por mí, yo misma me habría encargado de atenderlo.

—No te mientas —dice Mary—. Si yo estoy aquí es porque tú lo decidiste.

—Ellos me convencieron —matiza Alison.

—Porque tú les pediste ayuda —afila ella aún más—. De otra forma, habrías dejado el trabajo, lo habrías dejado todo.

Alison se queda callada. Mary se equivoca. No es que lo habría dejado todo, es que lo hizo.

Escritura terapéutica de Alison Hess

La doctora Becker nos explicó cómo se desarrollaba la enfermedad y nos dijo que la habíamos detectado en una fase muy temprana, lo cual significaba que aún teníamos mucho camino por delante.

—Es conveniente no pensar en esto como un final, sino como un cambio.

Con cincuenta y cinco años, mi padre fue diagnosticado de alzhéimer precoz. Al principio, la noticia tambaleó nuestras vidas. Pero, poco a poco, fuimos adaptándonos a esta nueva condición. En el bufete, mi padre dejó de participar de forma tan activa en los casos y pasó a quedarse en las oficinas, realizando trabajo burocrático. Fue una forma de no perder su identidad, como él temía, de sentir que aún servía y que podía seguir siendo el abogado que siempre había sido. De vez en cuando, alguien revisaba el papeleo sin que él se diese cuenta. Pero mi padre, consciente de su condición, aún dudaba más de todo. Tenía miedo de haberse olvidado de algo y repetía cada operación al menos tres veces. Aquello le quitaba tiempo, claro, y en algunas ocasiones se demoraba demasiado en entregar determinados documentos. Al principio no se lo tuvieron en cuenta e hicieron todo lo posible por arreglar los contratiempos, pero su pavor por el olvido se acrecentaba más y más, y su situación en el bufete se volvió un tanto complicada. Al año siguiente, en 2010, tuvimos que plantearnos el futuro más próximo y, tras hablarlo mucho, fue él quien lo decidió:

—Lo mejor será que me prejubile.

Con cincuenta y seis años, dejó de trabajar. Yo entré en la policía de Nueva York y conocí a Aaron, del que me enamoré perdidamente.

Fue después de su primera visita a casa cuando le conté que mi padre tenía alzhéimer. No sé por qué no lo hice antes. Puede que quisiera ver si él se daba cuenta, pero no fue así. O tal vez lo hiciera porque tenía miedo de la reacción de Aaron, de que no quisiera encontrarse metido en el entorno de esa enfermedad, que lo viera como una responsabilidad muy grande y que me dejara. También me equivoqué en eso.

Aaron se mudó a mi piso de Manhattan y vivimos la mejor historia de amor jamás contada. Estábamos enamorados, y todo el mundo lo sabía. Salíamos a correr cada mañana por el puerto. Nos llamábamos al trabajo y sonreíamos hablando por el auricular. Al volver a casa, nos acostumbramos a preparar la cena juntos. Yo no sabía cocinar, pero él se empeñó en que aprendiera y así lo hice. Un domingo lo sorprendí con una tarta de limón que estaba exquisita. Había buscado la receta en internet y la había preparado en secreto. Cuando Aaron la probó, se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

Él dio otra cucharada.

—Está increíble.

Yo alcé los dos brazos en señal de victoria.

Pero no todo iba bien. Una parte de mí temblaba. Estaba preocupada por mi padre. Temía que me olvidase, que no recordara que tenía una hija. La doctora Becker nos había dicho que lo primero en verse afectado era la memoria episódica, es decir, la más reciente. Pero yo no podía dejarlo de lado, tenía que visitarlo todos y cada uno de los días del año. Por no mencionar el miedo a contraer la enfermedad, que me llevó a realizar ejercicios de memoria para examinarme constantemente.

—Te vas a volver loca si sigues así —me dijo Aaron una vez.

Le sonreí.

—Yo ya estoy loca por ti —susurré antes de darle un beso.

Vimos cómo mi padre cambiaba con el tiempo. Los cambios eran casi imperceptibles para Aaron, pero no lo eran para mi madre y para mí. El proceso es duro, nadie va a decir lo contrario. Como ambas trabajábamos, hicimos todo lo posible para que siempre estuviera una de las dos con él. En el bufete sabían que la mayoría

de los clientes acudían a ellos por Julia Hess, por lo que le dejaron llevarse el trabajo a casa y coger menos casos. Con esto le subieron los honorarios y la hicieron más exclusiva. Cuando se acercaba un juicio, era yo quien se quedaba con mi padre. Y, si mi jornada no me lo permitía, él se iba a los juzgados con mi madre y se sentaba en los bancos de la audiencia a escuchar el juicio.

Así lo hicimos durante los primeros cinco años. En 2015, las pérdidas de memoria de mi padre ya eran más evidentes, incluso para Aaron. Mi madre cada vez aceptaba menos casos para estar más tiempo con él y yo seguía visitándolos a diario. Las comidas familiares de los domingos se alargaban por iniciativa de mi padre y nadie rechistaba a sus peticiones de compañía.

Entonces llegó el día en que mi madre me habló del caso de Boston.

—Es un caso de homicidio. Serán solo unos días.

—Pero ¿qué hay de papá? Yo no puedo estar aquí durante mi jornada —me alarmé.

—Contrataremos a una cuidadora, por eso no te preocupes.

Hice una mueca.

—¿Tanto te van a pagar como para hacer esto ahora?

Mi madre me cogió por los hombros y asintió.

—Me ofrecen lo que gano en un año. Con eso y lo que tenemos, podría prejubilarme yo también y vivir tranquila con tu padre. Es una oportunidad única, Alison.

Lo pensé. Valía la pena.

—Está bien —dije.

Poco tiempo después, llegó Mary a nuestras vidas. Fue la doctora Becker quien nos la recomendó. Mary ya estaba familiarizada con la enfermedad y eso nos ahorró muchas explicaciones. Para asegurarnos de que todo iba bien, se instaló en casa de mis padres dos semanas antes de que mi madre viajara a Boston. Así, mi padre se iba acostumbrando a ella, y viceversa. Se tenían que llevar bien. Si no, no iba a funcionar. Los primeros días, mi padre se sentía un poco invadido por Mary, todas lo notábamos, pero él no hizo referencia a ello en ningún momento. A lo largo de la segunda

semana fue relajándose con su presencia y la normalizó en su vida con bastante facilidad.

—Cariño —le dijo mi madre el día de su viaje—, me tengo que ir. Te llamaré cuando llegue a Boston.

—¿Has cogido tu crema labial? —le preguntó él—. Ya sabes que se te agrietan los labios con facilidad.

—Sí, no te preocupes, lo tengo todo.

Le dio un largo beso.

—Cuídate mucho —le dijo él.

—Solo si lo haces tú también —le contestó ella.

—Ya te echo de menos.

—Serán pocos días, ya verás. Cuando menos te lo esperes, me tienes por aquí dando saltos de alegría.

—¿Por qué? —rio mi padre.

—Porque podremos estar juntos para siempre, por fin.

—¿Sin más casos?

—Sin más casos —repitió ella.

Mi padre sonrió.

—Id despacio con el coche, y no olvides llamarme. Te quiero.

—Te quiero mucho, John.

Antes de irnos, mi madre le repitió a Mary todo lo que debía hacer si pasaba algo fuera de lo común, a lo que ella respondió con un «claro, señora Hess, la avisaré de cualquier cosa. Buen viaje».

De Nueva York a Boston hay trescientos cincuenta kilómetros, unas cuatro horas en coche. Sin embargo, mi madre prefirió que la acompañase al aeropuerto para coger un avión y que así yo pudiese llevarme el coche de vuelta por si Mary lo necesitaba. Se puso ella al volante y encendió la radio. Estaba contenta, iba a enfrentarse al último caso de su carrera como abogada penalista y la idea la entusiasmaba, pero al mismo tiempo también se sentía triste por dejar la profesión. Sonaba «The Gambler», de Kenny Rogers. Cómo no. A mi madre le encantaba Kenny Rogers y su música country.

Cogimos la carretera Harlem River en dirección sur, y cruzamos Randalls Island por el puente Robert F. Kennedy. Después recorrimos la Grand Central Parkaway hasta llegar al aeropuerto, situado en el distrito de Queens. Mi madre detuvo el coche delante de las puertas

principales sin parar el motor. Kenny Rogers seguía sonando, ahora con «Coward of the County».

—Mamá, aquí no puedes aparcar. Está reservado para los taxis.

—Tranquila, es solo un segundo. Cojo la maleta del maletero y te vas enseguida.

Yo me quité el cinturón y abracé a mi madre.

—Mucha suerte con ese caso.

—Gracias, cariño. Llamadme si es necesario, ¿vale? A la hora que sea.

—¿Cuándo es el juicio?

—A la hora que sea, ¿entendido? —insistió ella.

Sonreí.

—De acuerdo.

Tres golpes en la ventanilla del conductor nos hicieron desviar la vista. Una mujer de mediana edad con el pelo encrespado nos miraba desde el otro lado del cristal.

—Te he dicho que no podías aparcar aquí —le reproché a mi madre.

Ella hizo caso omiso y bajó la ventanilla para disculparse.

—Perdone, ya nos vamos.

La mujer no respondió. Sacó temblorosamente una pistola del abrigo y disparó contra mi madre. Un estallido. Otro. La sangre empezó a manar de su vientre. Yo grité con todas mis fuerzas y me pareció oír más gritos fuera del coche, pero no me volví hacia ellos. No me podía mover, estaba paralizada. Seguidamente, la mujer se metió el cañón de la pistola en la boca y apretó el gatillo. Escuché cómo su cuerpo caía sin vida sobre la acera. Yo gemía, berreaba. Estaba salpicada de sangre.

—Mamá —murmuré sin moverme, aterrada.

Ella se volvió hacia mí quejándose de dolor.

—Esto no lo he visto venir —dijo con una mano sobre las heridas de bala. Fuera, la gente buscaba un lugar seguro con verdadero terror—. Cuida de tu padre por mí, ¿vale?

—No, espera. Mamá, por favor. —Empecé a llorar—. No te mueras. No me dejes, por favor. Por favor, mamá, no.

Entonces mi madre dijo algo que se me quedaría grabado para siempre:

—No temas, tu luz bastará para iluminar el camino.

Le cogí la mano y se la besé con la vista borrosa. De pronto sentí que pesaba un poco más. Mi madre ya no ejercía fuerza. La miré y vi que sus ojos se habían cerrado.

—¡No! ¡No, mamá, por favor!

Un hombre con uniforme me vociferaba desde el exterior del coche, pero yo no podía escucharlo. Lloré y grité todo lo que mi cuerpo me dejó, junto al cadáver de mi madre y al de una desconocida, con la música country de Kenny Rogers sonando en la radio.

Hice las declaraciones oficiales en una sala de interrogatorios del One Police Plaza. Fue allí donde me dijeron quién era esa mujer: una madre que acababa de perder a su hijo, asesinado a plena luz del día. El homicida resultó ser Richard Vinson, el presunto asesino en serie que catapultó a mi madre a la fama por el caso de 2008. Mi madre consiguió que no lo inculparan de aquellas tres muertes, y ahora, siete años después, había ido a por su cuarta víctima. Porque, en efecto, Richard Vinson era un asesino. La mujer, que sabía quién había permitido que ese criminal anduviera en libertad, nos había seguido con el coche y se había tomado la justicia por su mano matando a mi madre en ese aeropuerto.

Me dijeron que tenía un permiso de treinta días en el trabajo. Treinta. Me parecían muchos y pocos al mismo tiempo. Aaron acudió enseguida. Me abrazó y lloré sobre su pecho un buen rato. Luego le dije:

—Se acabó.

Él frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo seguir así.

Me encogí de hombros, reprimiendo el llanto.

—Lo siento.

Aaron y yo lo dejamos tras la muerte de mi madre. Yo no podía darle lo que él pedía en esos momentos y preferí cortar por lo sano para que él rehiciera su vida con otra persona con la que pudiera ser feliz. La mía sin mi madre había cambiado demasiado en cuestión de minutos, ya no era capaz de entender las prioridades y tener pareja llegó a parecerme un capricho.

La noticia del asesinato conmocionó a mi padre de tal manera que tuvieron que venir un par de enfermeros a casa para tranquilizarlo. Le inyectaron calmantes durante unos días. Asistió al entierro de mi madre, pero solo estaba de cuerpo presente. Creo que no se enteró de nada, y una parte de mí me dice que fue mejor así. Después del entierro, hablé con Mary, que también estaba muy afectada, y le dije que se fuera a su casa por un tiempo.

—No te puedo dejar sola en esto, Alison.

—Eso es justo lo que necesito, Mary. De verdad. Estaré bien.

—¿Estás segura?

Lo pensé. ¿Lo estaba? Un pozo de tristeza me ahondaba el pecho. Solo quería estar sola, con mi padre. Nada más.

—Sí, lo estoy.

Una semana después, cuando le quitaron los calmantes a mi padre, lo sorprendí en el salón, cogiendo el teléfono y llamando a mi madre. Esperó con el auricular pegado a la oreja unos segundos que me encogieron el corazón. Nadie respondió.

25
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 18.45 h

La empresa de embalaje Star Packaged, de la que Emily, la exmujer de Patrick, es directora de Operaciones, se encuentra en William Street, en el Distrito Financiero. Una estrella dorada dentro de una caja abierta forma el logo, que reluce en el rótulo sobre las puertas automáticas, bajo las primeras horas de la noche. Y aún no son ni las siete de la tarde; qué ganas tiene Alison de que llegue la primavera. No le gusta el otoño. Es una época difusa de transición entre el verano y el invierno, que, por cierto, tampoco le gusta. Le encantaba cuando Aaron y ella estaban juntos. Se volvieron unos fanáticos de la Navidad, de las lucecitas, del chocolate caliente, de las mantas y los maratones de Harry Potter. Ahora, simplemente, es más práctica. Le gusta que el día sea largo para aprovecharlo, como si solo se pudieran aprovechar las horas de sol.

Alison entra en el edificio y pregunta por Emily Simmons en la recepción.

—¿De parte de quién? —Detrás del mostrador, el recepcionista coge el auricular del teléfono.

—Detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios.

—Un segundo, por favor.

Tras hacer una llamada, le indica el camino hasta el despacho de la directora de Operaciones. Alison coge el ascensor y sube al segundo piso. Se pregunta qué le podrá decir Emily de la muerte de Patrick. Estuvieron casados durante doce años, pero hace cuatro que se separaron y Alison tiene sus dudas sobre la utilidad de esta visita. Llega a un pasillo con las paredes pintadas de naranja chillón y el

logo de la empresa estampado en color negro. Gira a la izquierda y alcanza la tercera puerta de la derecha. Llama antes de entrar.

—Adelante —oye al otro lado.

Alison entra en el despacho y saluda a Emily con un apretón de manos. Ya no lleva la ropa negra de esta mañana, sino una falda marrón y una camisa blanca. El flequillo le cae por un lado. Parece una mujer segura de sí misma.

—Usted… —la reconoce enseguida—. Nos estaba espiando en el entierro de Patrick. He estado a punto de decirle de todo, ¿sabe? Pero me he contenido; no era ni el momento ni el lugar. Ahora lo comprendo: es policía. Tome asiento, por favor.

Alison accede y Emily hace lo mismo en su lado de la mesa. Levanta las manos.

—Si le digo la verdad, no entiendo muy bien qué hace aquí. Patrick y yo nos separamos hace años.

—Lo sé. Pero me interesa saber qué me puede decir de él. Intento averiguar por qué hizo eso.

—Dígalo, no lo edulcore. Diga que se ha suicidado, con todas las letras. No pasa nada por mencionarlo como es debido.

Alison la mira a los ojos. Parece dolida por lo sucedido.

—¿Cómo describiría a Patrick?

Emily niega con la cabeza.

—Sinceramente, me da la sensación de que no lo conocía.

—Me parece que doce años son suficientes para conocer a una persona —difiere Alison.

—Puede. Pero con Patrick todo era distinto. Todo era… más complicado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Normalmente, cuando conoces a alguien vas descubriendo sus gustos, sus fortalezas, sus debilidades, a veces sus secretos. Pues con Patrick todo era un misterio. Conocí su verdadera pasión, eso sí. Todos la conocimos. Su fijación por las investigaciones truculentas era algo demencial. Pero, si me pregunta cómo era su personalidad, le diría que era reservado y apasionado al mismo tiempo. Era débil en muchos aspectos, aunque demasiado fuerte en otros.

—¿Alguna vez la agredió?

—No, nunca me puso una mano encima. Nadie diría que era una persona violenta.

Alison entorna los ojos.

—¿Pero? —tantea.

—No hay peros, detective. Patrick era dócil como un cachorro. A veces parecía un niño.

A Alison le sorprende la forma en que Emily se refiere a él. Puede que le tenga rencor por no volver con ella en su momento, o por haber conseguido algo que ella nunca pudo ver.

—¿Le parecía inmaduro? —le pregunta.

—Sí, en cierto modo. Patrick era obsesivo. Cuando le daba por algo, ya no podías hablar de otra cosa con él. Solo existía Patrick Howard y su nueva obsesión.

—¿Se refiere a los crímenes y al periodismo?

—Sí.

—Y, aparte de que era misterioso y obsesivo, ¿qué más puede decirme de él?

Emily se encoge de hombros.

—¿Qué quiere que le diga? Supongo que usted querrá saber cómo era el hombre que se suicidó hace unos días, no el que estaba casado conmigo hace años.

—Me interesa hasta el Patrick Howard de hace veintitrés años, fíjese.

Emily levanta las cejas, sorprendida.

—¿Qué me he perdido?

La detective se inclina sobre la mesa.

—Verá, Emily, parece que la muerte de Patrick es mucho más que un suicidio. Hay algo turbio en todo esto.

—¿A qué se refiere?

—Quizá pueda deducirlo usted misma.

—Dígamelo —le ordena—. Tengo derecho a saberlo. Patrick fue mi marido.

Alison vacila. ¿Y si Emily no sospecha absolutamente nada?

—Patrick estaba en posesión de pornografía infantil.

—¡¿Qué?! —exclama.

—Baje la voz.

—Perdón.

—Esto es confidencial —la advierte—. Nada de lo que hablemos va a salir de este despacho, ¿de acuerdo?

Emily asiente.

—Ahora necesito que haga memoria y me diga si alguna vez vio en Patrick una inclinación deshonesta como la que le he contado.

—No. Como le he dicho, Patrick era muy reservado. No hubiera imaginado que…

—¿Nunca le propuso algo en el ámbito sexual que usted considerara inapropiado?

La mujer hace un esfuerzo por recordar.

—No. No lo sé —rectifica.

—¿Alguna vez se grabaron teniendo relaciones?

Emily se ruboriza.

—No pretenderá que le cuente cómo follábamos Patrick y yo —se indigna.

—Es importante, Emily. ¿Le dijo de grabarla en alguna ocasión?

—Yo qué sé. Puede.

—¿Lo hizo?

Duda. No quiere hablar de estas cosas con la policía.

—Solo una vez —confiesa.

—¿Usted aceptó? ¿Se grabaron?

—Sí.

—¿Cuánto hace de eso? ¿Podría decírmelo?

—Me estoy agobiando un poco.

Alison deja de insistir y espera a que se tranquilice. Emily coge unos papeles de la mesa y los usa de abanico.

—No sé cuándo fue —admite—. Hace ya demasiado tiempo como para acordarme. Nos grabamos con su teléfono, pero lo borramos nada más verlo. Era vergonzoso.

—¿Está segura de que Patrick lo borró?

Emily deja de abanicarse con los folios y la mira con horror.

—No me diga que hay un vídeo sexual mío por la red.

—No, no se preocupe por eso —dice Alison, aunque no puede asegurar nada.

Emily respira, aliviada.

—¿Contactó de alguna manera con él recientemente?

—No. Cuando nos separamos, pasé página y me casé con mi actual marido. No supe más de él de lo que contaban en las revistas.

Alison sabe que Emily intentó volver con Patrick cuando este logró sus primeros éxitos profesionales, pero no lo menciona.

—Y ¿sabe si él había pasado página también?

Emily la mira sin comprender.

—Si había rehecho su vida con otra mujer, quiero decir.

—Ni me importaba antes, ni va a importarme ahora.

Alison asiente, algo incómoda.

—Hay algo más. ¿Patrick le habló alguna vez de Hannah Larson?

Emily se pone rígida en su silla.

—¿Hannah Larson? —se extraña—. ¿Qué tiene que ver ella con el suicidio de…? —Parece caer en la cuenta de las intenciones de la detective—. ¿No creerá que fue Patrick quien la mató?

Alison niega con la cabeza.

—Aún no lo sé, pero lo averiguaré. ¿Le habló de ella, entonces?

—Claro que no, nunca la mencionó. No la conocíamos —dice confusa—. Me ha dejado descolocada. ¿Por eso ha dicho lo del Patrick de hace veintitrés años? Joder… ¿Cree que Patrick era un asesino?

—Ojalá tuviera la respuesta a esa pregunta.

Emily se lleva las manos a la cabeza.

—¿He estado casada con un asesino? —cambia su pregunta retórica.

—Gracias por su tiempo, Emily. Si recuerda algo, lo que sea, llame a la policía. Estaré encantada de escucharla.

26
Alison Hess
Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 19.50 h

Alison llega a casa agotada. Deja el abrigo sobre una de las sillas del salón y se tumba en el sofá. Cierra los ojos por unos segundos y hace repaso de su fatídico día: la rueda de prensa con el sargento Russell, su tropiezo con Paul, el informe del caso Larson, el entierro de Patrick Howard, la conversación con Linda Peterson, la crisis de su padre y su paso por Star Packaged para hablar con Emily Simmons. Ah, y Karen. ¿Cómo se ha podido olvidar de ella? Saca el móvil y ve que tiene un mensaje suyo en la bandeja de entrada:

> Patrick Howard borró un documento de texto hace diez días y luego vació la papelera del ordenador. No puedo recuperar el archivo, pero, por su tamaño, podría tratarse de ese libro inédito del que hablas. Los vídeos de pornografía infantil los consiguió por medio de un USB. Los pasó al portátil de ese modo una semana antes de suicidarse. He encontrado más grabaciones con el mismo fondo en la Dark Web, lo que significa que no es un caso aislado: se trata de algo más grande.

Entonces sí que podría estar el manuscrito en el ordenador. Nadie lo robó; lo eliminó él mismo. Y esa última frase… le da escalofríos.

Alison tiene tres teorías del arrepentimiento de Patrick Howard. La primera es poco probable, pero imposible de descartar: Patrick mató a Hannah Larson, quiso escribir un libro en su memoria y vio que era mala idea, se arrepintió y se suicidó. La segunda, mucho más plausible ahora mismo, es que mató a Dennis Peterson por alguna

razón. Y la tercera, que bebe de las anteriores, está relacionada con la red de pornografía infantil.

A Alison le parece increíble que Emily Simmons admita que no llegó a conocer del todo al que fue su marido durante doce años. Todos escondemos secretos, pero ¿bajo cuántas llaves pueden permanecer encerrados?

Ha llegado el momento de seguir los pasos del periodista. Indagar sobre ese caso cerrado, sobre lo que ocurrió en 1993. Hablar con los sospechosos del asesinato de Hannah Larson. Ver hasta dónde llegó Patrick y descubrir lo que él descubrió.

Se levanta del sofá y va a la habitación de invitados. Enciende el flexo, abre la carpeta del caso Larson y lo revisa una vez más.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El primer sospechoso

La iglesia de la Hermandad Cristiana se erguía a tan solo unas manzanas de la casa de los Larson, en la calle Ciento quince Oeste. Un gran olmo chino proyectaba sus sombras sobre la entrada del edificio, cuya puerta de madera estaba custodiada por dos ángeles de piedra ennegrecida por el sol y la lluvia. El detective Cameron Garrett hizo una mueca al leer el texto grabado en el primer escalón de mármol blanco: «Amarás a Dios sobre todas las cosas». Cada uno de los diez escalones tenía su leyenda: uno por cada mandamiento cristiano. Los subió y entró en la iglesia. Allí dentro, un órgano presidía el altar bajo la mirada de piedra de Jesús crucificado y de los doce apóstoles, representados por estatuas distribuidas por la pequeña iglesia y en mejor estado de conservación que las de fuera. No era momento de misa, así que pudo hablar con el reverendo Luis Weaver sin necesidad de esperas. El sacerdote tenía unos treinta años y lo recibió vestido con una sotana verde. Cuando Cameron Garrett le mencionó a Hannah, Weaver lo llevó al despacho parroquial.

—Cuánto lamento la pérdida de esa muchacha —dijo el cura, santiguándose—. Era una buena feligresa.

—De eso quería hablarle, padre. —El detective Garrett tomó asiento en una vieja silla de madera—. Tengo entendido que no hacía mucho que venía por aquí.

—Sí, es verdad.

—¿Sabe por qué comenzó a venir?

—Todas las personas que vienen a la iglesia tienen un mismo motivo, detective.

—Sé lo que quiere decir. Pero algo me dice que Hannah Larson venía por otro motivo más fuerte.

—¿Qué puede haber más fuerte que el amor de Dios? —preguntó Weaver.

—Perdóneme, no quería ofenderle.

—Es normal estar confuso. Pero creo entender su pregunta. A lo mejor quiso dejar su antigua iglesia por alguna razón.

—No, no —negó Garrett—. Su madre acude aquí desde hace tiempo. Es Rose Larson, seguro que la conoce.

—Por supuesto. Rose es una de las mejores personas que conozco, y una cristiana devota. Pero se sorprendería si supiera la cantidad de adolescentes que no se llevan del todo bien con sus padres y acuden a diferentes iglesias.

El detective Garrett lo dudó, pero no dijo nada. Esa no era una opción.

—Hannah venía a menudo, ¿verdad?

—Así es —afirmó Weaver.

—¿Y qué hacía?

—Escuchar la misa. A veces solo venía a rezar. Otras, a confesarse.

El policía vio una luz de esperanza en las palabras del sacerdote.

—¿Le confesó algo inusual? ¿Algo que pudiera estar relacionado con su muerte? ¿Le dijo que había tenido alguna disputa con alguien?

Luis Weaver se mantuvo imperturbable.

—El secreto de confesión es sagrado, detective. La gente necesita intimidad para confesar sus pecados ante Dios. Yo solo soy el transmisor de esa gracia divina.

—Pero usted escucha cada uno de esos pecados. Dígame, ¿Hannah le reveló algo que podría cambiar el rumbo de la investigación?

—Siento decirle que no puedo responderle a eso.

—Y yo siento decirle a usted que Hannah Larson ha muerto asesinada —dijo Garrett, irritado—. En los escalones de fuera hay uno que reza «No matarás». Me parece que es una norma inquebrantable, tanto en su religión como en mi trabajo. Mire por

dónde, queremos lo mismo: que el culpable pague por sus pecados. ¿Hacemos un trato? Usted me dice lo que le contaba Hannah y yo me encargo de que su asesino pase el resto de su vida en la cárcel. Luego, cuando muera, que Dios lo envíe al infierno y que pase la eternidad entre fuego y cenizas. ¿Aún es así?

Luis Weaver apretó la mandíbula ante el sarcasmo del policía.

—Hannah no me contó nada.

—¿Cómo que no? ¡Me acaba de decir que venía a confesarse!

—Y así era, pero hay otras vías.

—¿Cuáles? —Garrett empezaba a impacientarse.

—Tenemos una sala reservada para los jóvenes.

Cameron Garrett se puso tenso.

—Explíquese.

—Acompáñeme. Se lo enseñaré.

Los dos salieron del despacho parroquial. Volvieron a la nave central y pasaron por delante del altar para cruzar un arco de piedra situado a la derecha. El reverendo Weaver buscó debajo de su sotana y sacó una llave que usó para abrir una puerta. Llegaron a una habitación en la que solo había una mesa maciza de cerezo, una silla y un armario de estilo Biedermeier en la pared enfrentada a la puerta. Luis Weaver se guardó la llave que acababa de usar y sacó otra que tenía colgada por debajo del alzacuellos. La metió en la cerradura del armario y la giró.

El detective Garrett no sabía qué estaban haciendo allí. Por un momento pensó que el sacerdote quería desviar la conversación y no contarle nada sobre las confesiones de Hannah Larson, pero se quedó más confuso aún cuando el reverendo abrió el armario y dejó a la vista su interior.

—¿Ve esto, detective Garrett? —dijo Luis Weaver, haciéndose a un lado—. Son diarios de confesión. No es algo ortodoxo obrar de esta manera, pero, desde mi punto de vista, es honrado, y el fin es el mismo que con el método tradicional.

—¿Los jóvenes vienen aquí a escribir sus pecados? —se asombró Garrett.

El reverendo asintió.

—Sus pecados, sus inquietudes, cualquier cosa que necesiten expresar. Solo lo hacen los más reservados, y Hannah Larson era una de ellos. De esta forma no hay penitencia alguna, pero es mi forma de ayudarlos, de darles una vía de salvación. Cuando uno de esos jóvenes viene pidiendo confesión escrita, los dejo solos en esta habitación hasta que terminen de sacar todo lo que llevan dentro. Luego vuelvo para bendecir el diario y guardarlo de nuevo bajo llave.

—Y ¿no los lee después, cuando los chicos se van?

—Jamás he tenido la tentación de violar su privacidad.

El policía inspiró hondo.

—¿Ahí está el diario de Hannah?

—Sí.

Garrett tardó en decidirse.

—Muéstremelo.

Luis Weaver hizo lo que le ordenó. Buscó el diario con las iniciales «H. L.» escritas en la primera página y se lo tendió al policía. Era un libro de piel negra con costuras blancas. Garrett acarició la cubierta y pensó que iba a violar la intimidad de una adolescente, como había dicho el sacerdote. Se sintió sucio, pero lo abrió de todos modos y empezó a leer. La palabra «Él» aparecía casi en cada página. Al principio, Garrett supuso que se refería a Dios, pero enseguida vio que se equivocaba. Se le revolvió el estómago. Estaba leyendo el diario de una chica enamorada de alguien cuyo nombre nunca escribió. Garrett fue pasando páginas hasta llegar a la última escrita:

12 de octubre de 1993

Por fin ha llegado el día. Le voy a decir lo que siento. Le voy a decir que le quiero. Después de lo que ha pasado entre nosotros, estoy segura de que Él también me quiere. Vamos a tener una relación, vamos a ser novios, aunque diga que no puede ser. Lo convenceré, sé que puedo hacerlo. Lo haremos público, y a quien no le parezca bien, que mire para otro lado. Definitivamente, venir a la iglesia ha sido lo mejor que he hecho nunca. Siento vergüenza al escribir esto, aunque nadie lo lea jamás. Qué más da. Por primera vez en mi vida, estoy enamorada.

El detective Garrett cerró el diario y miró al reverendo Weaver con asco. Él le devolvió la mirada sin saber qué pasaba.

—¿Se va a quitar la sotana para venir al One Police Plaza, padre? ¿O prefiere dejársela puesta?

27
Alison Hess
Jueves, 29 de septiembre de 2016, 11.00

Aparca en la Ciento quince Oeste y localiza los ángeles de piedra a unos cincuenta metros. Según ha leído en varios artículos, el reverendo Luis Weaver volvió a la iglesia de la Hermandad Cristiana años después de haber sido señalado como presunto asesino de Hannah Larson. Estuvo un tiempo sin oficiar. Debió de ser imposible, dada la situación. Pero finalmente regresó al lugar donde todo empezó.

Alison quiere preguntarle acerca de ese diario de confesión que la policía le confiscó, pues se menciona en el informe, pero el diario no estaba en el archivo.

La iglesia la recibe fría y lúgubre: los rayos de sol apenas logran atravesar las preciosas vidrieras. Hay velas encendidas por toda la iglesia que bailan en la penumbra. Unas treinta personas escuchan la misa sentadas en los viejos bancos de madera. Ella se detiene detrás del último y espera a que la ceremonia termine.

El sacerdote, con casulla verde y barba de varios días, habla detrás de un micrófono en el altar y su voz se proyecta por los altavoces distribuidos por la sala:

—… porque sí, hermanos y hermanas, la maldad nos acecha allá donde vamos. Y es nuestro deber levantar la mano y negarle el paso a toda costa. Desconocemos la misión que Dios nos ha encomendado, pero, una vez que nos llega, no debemos cuestionarla. Solo hemos de seguir el camino que se abre ante nosotros y no caer en la tentación del mal. Pedro ya nos advirtió: «Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león

rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar; al cual resistid firmes en la fe, sabiendo que los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo. Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después de que hayáis padecido un poco de tiempo, Él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A Él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén».

—Amén —repiten los feligreses.

—Podéis ir en paz.

La gente se levanta de los bancos y sale ordenadamente de la iglesia. Algunos se rezagan hablando con el sacerdote, pero no tardan en abandonar el lugar. Un par de personas se han quedado para rezar en silencio. Luis Weaver repara en la presencia de Alison cuando ella avanza por el pasillo central.

—¿Es usted el reverendo Weaver? —le pregunta al llegar delante del altar.

—Así es, hija. ¿Quiere confesarse?

—No. Pero quiero que hablemos a solas igualmente —dice sacando la placa.

El sacerdote se encoge y asiente una única vez. Da media vuelta y la lleva al despacho parroquial como hizo veintitrés años antes con el detective Cameron Garrett.

—He venido a hablar con usted sobre Hannah Larson —dice Alison en cuanto cierran la puerta.

Él se deja caer en su silla y se pasa la mano por el pelo.

—Esto no puede estar pasando —se lamenta—. Otra vez no, por favor.

—Tranquilícese. Solo vengo a hacerle unas preguntas.

—Igual que aquel policía en 1993. ¡Me sacó de mi iglesia esposado! Y todo lo que vino después. —Se santigua—. No se lo deseo a nadie.

—Supongo que fue duro —empatiza con él.

—¿Duro? —Niega con la cabeza—. Pasé por el infierno sin merecerlo. Los feligreses a los que tanto cariño había cogido aquí, en la iglesia, vinieron a tirar piedras y huevos a mi casa. ¿Se lo puede creer? Fue horrible. No podía ir a ningún sitio. Me convertí en

un apestado. Mi cara salió en las noticias y me era imposible tener una vida normal. —Suspira—. Me fui de la ciudad. Me mudé a Woodstock, un pequeño pueblo de Vermont, donde pasé quince años entre abedules, hayas y arces. ¿Ha estado alguna vez allí?

—No, señor.

—Pues se lo recomiendo. Se trata de un lugar maravilloso. El otoño tiñe sus árboles de rojos, amarillos y naranjas. Es un espectáculo digno de ver.

—Lo tendré en cuenta. Entonces —reconduce la conversación—, después de rehacer su vida en Woodstock, ¿volvió a Nueva York?

Luis Weaver muestra media sonrisa.

—Podría haberme quedado allí. Muchos querrían vivir con aquella tranquilidad, difícil de encontrar en otro lugar. Pero coincidirá conmigo en que Nueva York tiene algo especial. Si has nacido aquí, es complicado dejarlo todo atrás. Creía firmemente que mi sitio estaba en esta ciudad, así que, quince años después, regresé. Y, mire usted por dónde, al cabo de poco tiempo salió esta vacante de nuevo y se la pedí al obispo. Era una señal, estoy seguro. Los caminos del Señor son inescrutables.

—Entiendo. —Alison hace una pausa—. ¿Sabe por qué estoy aquí? ¿Por qué quiero preguntarle de nuevo por Hannah Larson?

—El motivo de su visita es más que obvio, detective. Hace veintitrés años me acusaron de un asesinato que no cometí. Yo pensaba que todo aquello había quedado enterrado bajo el olvido, pero hace un par de meses un hombre se presentó en mi iglesia y quiso sacar a flote las miserias de mi pasado. Aseguraba que creía en mi inocencia y hablaba sobre un libro que estaba por escribir. Quería saberlo todo sobre la pobre Hannah y no estaba dispuesto a aceptar un «no» por respuesta. Ese hombre era Patrick Howard. Yo le desaconsejé meterse en esas aguas, pero él no quiso escucharme. Y ahora… —Baja la mirada y niega sutilmente con la cabeza—. Patrick Howard no pudo soportar el dolor y se dejó llevar por los demonios del suicidio. Espero que Nuestro Señor lo perdone.

—Entonces, el señor Howard habló con usted sobre Hannah Larson.

—Sí, lo hizo. Yo me negué en redondo, pero él insistió repetidamente. Se presentó en la iglesia día tras día hasta que perdí la paciencia y cedí para que me dejara en paz. Ahora, después de lo que ha pasado, me arrepiento de haberlo hecho. Como he dicho antes en la misa, no hay que caer en las tentaciones del mal. Yo, sin embargo, lo hice. Uno siempre es mejor aconsejando que aplicándose sus propios consejos.

28
Patrick Howard
Dos meses antes del suicidio

—Padre, por favor —dijo Patrick—. Le juro que no tengo nada en contra de usted. Solo quiero saber la verdad, montar las piezas del puzle y encontrar lo que alguien supo esconder en 1993.

—No lo entiende, ¿verdad? —preguntó Luis Weaver—. Yo siempre he sido muy consciente de mi inocencia, pero la gente se me echó encima por las mentiras que la policía dijo de mí. Ahora que siento que me he reconciliado con ellos, que me han perdonado de algún modo…

—Esto no le salpicará, se lo juro.

El sacerdote lo miró con temor.

—No jure en vano. Si aquel caso sale a la luz de nuevo, puedo ir despidiéndome de esto. —Hizo un gesto, señalando a su alrededor —. Esta iglesia lo es todo para mí, es mi misión en la tierra. ¿Usted sabe cuál es la suya?

Patrick Howard dudó antes de responder.

—Buscar la verdad. Es por lo que voy a dejarme el alma, y necesito su ayuda.

—Lo que me pide es demasiado, señor Howard. Entiéndame. Lo puedo perder todo. Y siento decirle que no estoy dispuesto a ello.

—Nadie sabrá jamás que me ha ayudado con el libro. No pondré su nombre en los agradecimientos. No tiene por qué preocuparse.

—¡Pero sí que pondrá mi nombre en el libro, porque soy parte de la historia!

—Si es inocente como afirma, su nombre quedará saneado para todo el país. Piénselo. La verdad se sabrá por fin y las personas que

aún desconfíen de usted cambiarán de opinión tras leerlo.

Luis Weaver se dejó caer en su sillón del despacho parroquial.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

Patrick Howard tomó asiento.

—Todo.

El sacerdote hizo un gesto de desaprobación.

—Especifique, haga el favor.

—¿Sabría decirme cuándo empezó Hannah a venir a la iglesia?

—No con exactitud. Como usted comprenderá, no paso lista en cada misa. Pero la primera vez que hablé con ella fue… —Piensa en ello—. Dos meses antes de su muerte. Quizá tres.

—Y ¿qué le dijo Hannah? ¿Hablaron de algo en particular?

—Ella sabía lo de las confesiones especiales y me preguntó por ello. Estaba interesada.

—¿En qué consistían? —preguntó Patrick sin demostrar una pizca de sorpresa.

—Eran confesiones escritas, sin hablar conmigo. Tengo un lugar reservado para los jóvenes que necesitan intimidad.

Patrick carraspeó.

—Con todo el respeto del mundo, padre. Creo que debería elegir mejor sus palabras.

—¿Usted también va a pensar mal de mí? —se ofendió—. ¿Para eso ha venido? ¿Para tratarme de depravado?

—Por supuesto que no, reverendo. Pero puede que la policía sospechara de usted porque malinterpretase su forma de hablar.

—¿Qué he dicho? —preguntó levantando los brazos.

—Nada, nada. Es decir… Perdone, le he interrumpido. Continúe, por favor.

Weaver se relajó y siguió con su relato:

—El caso es que la llevé a la Habitación de las Confesiones Escritas y le di su propio diario. Allí podría escribir todo lo que la atormentaba sin que nadie la escuchara. A partir de ese día, Hannah venía varias veces por semana y se encerraba en esa sala para confesarse. Nadie leyó su diario hasta el día en que vino el detective Garrett a la iglesia.

—Y… lo que leyó ¿le inculpaba a usted de algún modo para que se lo llevaran esposado al One Police Plaza?

—A diferencia del libro que usted quiere escribir, señor Howard, hasta donde yo sé mi nombre no aparecía en las páginas del diario de Hannah Larson. Sin embargo, hablaba de alguien de quien se había enamorado y, según me dijeron los policías, Hannah había tenido actos impuros con él. Estaba embarazada. Ella nunca escribió su nombre. Se refería a esa persona como «Él», y Cameron Garrett pensó que era yo quien estaba detrás de ese pronombre. ¡Algo absurdo!

—Entiendo —dijo Patrick—. La policía pensó que usted había mantenido relaciones sexuales con Hannah y que, para que ella no lo contase y se montara un escándalo, la mató.

—Exacto. Esa fue la historia que se inventó el detective Garrett para señalarme como asesino de Hannah.

—Pero usted nunca tuvo… —buscó las palabras adecuadas— deseos impuros con ella, ¿verdad?

—¿Me toma el pelo? No, no y rotundamente no.

—Claro que no —convino Patrick—. Si le hubiese hecho daño a Hannah, no tendría sentido que conservara su diario. Ese cuaderno lo delataría.

Weaver asintió.

—La policía así lo pensaba, pero querían asegurarse de que no se trataba de algo más oscuro.

—¿Oscuro? —se interesó—. ¿A qué se refiere?

El sacerdote dejó pasar los segundos. Se le veía incómodo hablando de aquello.

—El detective Garrett sopesó la idea de que ese diario fuera una especie de recuerdo sádico de Hannah y de lo que supuestamente yo le había hecho. Un trofeo que me evocara el momento en que tuve relaciones con ella o en que la maté, supuestamente, claro.

A Patrick le costó digerir sus palabras. Él había leído cientos de informes sobre patrones conductuales de los asesinos. En efecto, un comportamiento común entre la mayoría de ellos era el de llevarse consigo un objeto de la escena del crimen.

—Entre usted y yo —dijo—, me parece una sospecha muy poco sólida. ¿No hubo nada más?

—Nada más ¿de qué, señor Howard? —preguntó el sacerdote con impaciencia.

—Digo que si la policía sospechó de usted solo por conservar el diario de Hannah.

Weaver apretó los labios.

—El diario tenía tachones, partes borradas con goma y reescritas encima.

Patrick cayó en la cuenta.

—Y el detective Garrett pensó que lo había reescrito usted para desviar la atención de la policía —adivinó.

—Sí.

«Esa sospecha ya me parece más viable», pensó Patrick.

—¿Sabía a quién se refería Hannah en su diario?, ¿de quién estaba enamorada?

—Esas cosas no eran de mi incumbencia, señor Howard. Yo me dedico a ayudar a la gente, a mostrarles el camino de la fe, a recordarles cómo deben obrar bajo las supuestas injusticias de Dios. No me interesan los líos amorosos de mis feligreses si ellos no me los cuentan por una buena razón.

—¿No leyó el diario, entonces?

—No, nunca he leído una palabra de ninguno de los diarios de confesión. Para mí es algo sagrado, intocable para cualquiera que no sea su propietario.

—Pero, si lo leyese ahora, ¿podría usted saber de quién hablaba Hannah?

El sacerdote puso mala cara.

—No lo sé. De todos modos, me lo arrebataron. El diario de confesión de Hannah Larson debe de estar en el One Police Plaza, junto con el informe y las pruebas del caso.

—¿No lo devolvieron a la iglesia?

—Ojalá lo hubiesen hecho. De algún modo, siento que le fallé a Hannah. Su diario salió de aquí y fue como si la hubiese traicionado. La policía podría leer todo lo que ella había escrito en la intimidad, todo lo que ella pensaba, sentía y hacía, lo que ella dejó en el diario

para que nunca fuese leído. El objetivo del diario de confesión perdió su sentido cuando Cameron Garrett se llevó el de Hannah. Y no le mentiría si le dijese que aún tengo una espina clavada por eso. En el armario donde guardo los diarios de confesión siempre faltará uno. El vacío de Hannah se siente en esa pequeña sala, señor Howard.

Patrick le mantuvo la mirada unos segundos.

—Se lo vuelvo a preguntar: si leyese el diario de Hannah, ¿sabría usted de quién hablaba?

—Eso es algo que nunca sabremos.

—No me está entendiendo, padre —dijo Patrick—. Si le traigo el diario, ¿estaría dispuesto a leerlo?

Luis Weaver levantó las cejas, perplejo.

—¿Ha visto lo que hay en los escalones de la entrada, señor Howard? En el séptimo pone «No robarás». Es uno de los mandamientos de Dios. Robar es un pecado.

—Yo no le he dicho que vaya a robarlo —se defendió—. Solo he hecho una suposición.

—No haga cosas de las que después se vaya a arrepentir.

—Usted mismo lo ha dicho: el vacío de Hannah se siente en esa sala. La policía robó su diario y, por lo que dice, usted no estará en paz mientras ese cuaderno se encuentre fuera de esta iglesia. Solo quiero que me responda a una cosa: ¿lo leería por hacerle justicia a Hannah?

Luis Weaver se pasó una mano por la cara y se revolvió en la silla. No sabía qué decir. ¿Incitar al robo? Eso no era ético, ni tampoco estaba bien visto a ojos de Dios. Pero el periodista tenía razón. La policía robó ese diario, fue Cameron Garrett quien se lo arrebató. Y no se lo robó a él, sino a Hannah. Ese cuaderno era una parte de ella, y no tendría que estar en un lugar profano como el One Police Plaza.

—Está bien —dijo el sacerdote—. Sé que sus intenciones son buenas, señor Howard. O, al menos, eso espero. En el caso de que el diario vuelva a su hogar, estaré dispuesto a leerlo. Por Hannah.

—Prométalo —le pidió Patrick.

—Se lo prometo.

29
Alison Hess
Jueves, 29 de septiembre de 2016, 11.25 h

—¿Lo hizo? ¿Patrick le trajo el diario?

Luis Weaver asiente.

—¿Cómo es posible? —pregunta Alison—. Quiero decir, ese diario era la prueba de una investigación. Estaba en el archivo del Departamento de Policía, en el One Police Plaza.

—Según me dijo, tenía una fuente en la policía que se lo facilitó.

Alison se sorprende, pero no quiere desviarse del tema.

—Bueno —dice—, eso ahora no importa. Lo tiene, ¿no? ¿Tiene el diario de Hannah Larson?

—Sí. Está en el lugar de donde nunca debió salir.

Dejan atrás el despacho parroquial y vuelven a la sala central, donde las personas que se habían quedado a rezar ya no están y la iglesia permanece completamente vacía. Pasan a otra salita, situada a la derecha del altar, y Luis Weaver se saca una llave de la casulla para abrir una puerta cerrada. Entran en una habitación pequeña y sin ventilación, con una mesa, una silla y un armario como único mobiliario.

—Me los llevé conmigo en el año 93 y los traje de vuelta cuando me reincorporé —dice Weaver—. La mesa y el armario los cambiaron hace años.

—¿Qué es lo que se llevó, señor Weaver?

El sacerdote no contesta. Saca otra llave de debajo del alzacuellos y abre el armario. Unos veinte cuadernos con tapas de piel negra están ordenados de pie, unos junto a otros. A Alison se le pone la piel de gallina al verlos. Weaver no tiene que buscar entre ellos para

saber cuál es el de Hannah. Coge uno y lo mira con aire nostálgico. Luego se lo tiende a Alison.

—Si nadie lo ha echado en falta en la policía, deje que el diario se quede aquí. Significa mucho para mí.

Alison no sabe cómo interpretar esas palabras. No dice nada. Abre el diario y lee el primer párrafo:

7 de agosto de 1993

Hola, nuevo diario. Me llamo Hannah Larson. Por lo visto vamos a charlar un poco a partir de ahora. Bueno, en realidad, la única que voy a hablar, o escribir, voy a ser yo. No estoy acostumbrada a venir a la iglesia, pero hay algo, o alguien, que ha hecho que venga. Aún es pronto para decirte de quién se trata. No quiero que nadie lo lea. Si alguien lee esto, por favor, que escriba algo debajo de estas líneas para que yo lo sepa.

Debajo del párrafo no hay otra caligrafía. Por tanto, Hannah creyó ingenuamente que nadie leyó el texto y se vio con la confianza de seguir escribiendo. Alison pasa las páginas, amarillentas y rugosas, y percibe el olor a libro viejo. La sensación, a pesar de las circunstancias, le es agradable. Levanta la vista del cuaderno y mira a Luis Weaver.

—¿Leyó el diario después de que Patrick se lo trajera?

—Tuve que hacerlo, se lo había prometido —se justifica.

—Y ¿qué descubrió?

—¿Quiere decir si supe a quién se refería Hannah en el diario? No, no lo pude adivinar. Pero parece que era alguien que frecuentaba la iglesia.

—Y ¿no tiene una mínima idea de quién podría ser? —pregunta Alison, incrédula.

—Lo siento, pero no.

—Entonces tendré que llevarme el diario para leerlo.

—No se lo lleve —suplica el sacerdote—. Léalo si quiere. Puede quedarse aquí todo el tiempo que necesite. Pero que el cuaderno no salga de la iglesia de nuevo. Se lo pido por favor —insiste con una mano en el pecho.

—Está bien. —Alison mira la mesa—. Me quedaré aquí para leerlo.

Luis Weaver sonríe.

—Gracias. La dejaré sola. Cerraré la puerta, pero sin girar la llave. Así tiene la intimidad que quise que proporcionara este lugar desde el principio. Si necesita cualquier cosa, estaré en mi despacho.

El sacerdote se despide con un gesto y sale de la estrecha habitación. Alison deja el diario sobre la mesa y se sienta en la silla, que resulta ser muy cómoda. Por un momento, mira a su alrededor y piensa que Hannah estuvo en ese mismo lugar en 1993. Pero eso no es todo. Luis Weaver no ha querido que se lleve el diario. ¿Le habría dicho lo mismo a Patrick? Él habría podido leer el diario antes de entregárselo al sacerdote, pero ¿quién dice que no se sentó también ahí para estudiar el texto tantas veces como le fuera necesario? Algo le hace enorgullecerse. Un sentimiento de excitación al ver el caso desde tan cerca, al poder tocar con sus propias manos todo eso. Entonces cae en la cuenta del final que tuvieron Patrick y Hannah, y siente un escalofrío al pensar que está siguiendo los mismos pasos de ambos.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El regalo

Para llegar a entender lo que Hannah Larson escribió en su diario de confesión, hay que remontarse a unos años atrás del fatídico día de su muerte. Todo empezó con un regalo de cumpleaños la mañana del 2 de enero de 1988.

Hannah estaba creciendo en una buena casa, con un ambiente familiar y una economía lo bastante holgada como para vivir en el distrito de Manhattan sin llegar asfixiados a fin de mes. Además, su cuerpo comenzó a cambiar pronto y la gente solía decirles a Steven y Rose Larson que ya se veía en Hannah la preciosa mujer que iba a ser.

El día que cumplió doce años, sus padres dejaron algo en el salón a primera hora, junto a la chimenea, para que Hannah lo viera nada más levantarse. Estaba perfectamente envuelto en papel de regalo rojo, pero la forma de un manillar y las dos ruedas a la vista dejaban claro de qué se trataba. A las nueve de la mañana, Hannah bajó las escaleras quitándose las legañas de los ojos. Entonces lo vio. Ahogó un grito de sorpresa, corrió hasta su regalo y se deshizo del papel que lo envolvía con entusiasmo: era una bicicleta BH roja de adulto con cesta de rejilla en la parte delantera.

—Feliz cumpleaños, cariño.

Hannah abrazó a sus padres con fuerza.

—Venga, sube y cámbiate —le dijo Steven—. Vamos a dar una vuelta con ella.

Hannah corrió escaleras arriba y volvió al cabo de tres minutos, vestida, pero con el cabello aún revuelto. Rose le hizo una coleta con una goma de pelo y salieron para que la niña probara su bici nueva.

Ese fue el primer paseo de muchos.

Al principio, Steven Larson se empeñó en acompañar a su hija cada vez que cogiera la bici. Temía que cayera y se hiciera daño, pero Hannah era prudente y conducía con mucha destreza. Además, quería usarla cada día, y ni Steven ni Rose podían sacar tiempo de donde no lo había. De modo que, haciendo un gran esfuerzo, empezaron a dejar salir a Hannah sola con la condición de que no fuera más allá de Amsterdam Avenue, a una manzana de su casa en dirección al centro de Manhattan.

Cuando Hannah le enseñó la bici a su mejor amiga, a esta también se le pusieron los ojos vidriosos. Ella no lo dijo, pero Hannah supo al instante que se había sentido celosa. Y confirmó sus sospechas cuando, unos meses después, fue su amiga quien le enseñó la BH verde que sus padres le habían comprado por su cumpleaños.

—¿Te gusta? —le había preguntado.

—¡Es muy bonita!

Hannah se movía a todos lados con la bici. Iba a comprar el pan y demás menesteres solo con la excusa de coger su preciada BH roja. Ese regalo había sido todo un acierto. Hannah era cada vez más adulta, más responsable, y pasaba gran parte de su tiempo al aire libre.

Ya había cumplido los catorce años cuando su madre le propuso algo que a ella le hacía ilusión:

—Podrías acompañarme hoy a la iglesia. Me gustaría presentarte a mis amigas.

—Yo ya conozco a tus amigas, mamá.

—Me refiero a mis amigas de la iglesia.

Hannah soltó un bufido.

—La iglesia es aburrida —protestó—. Y solo va gente mayor.

—¿Cómo puedes decir eso? —se ofendió Rose—. Todos disfrutamos mucho con las misas del reverendo Weaver. Y, además, él es muy joven —añadió para suscitar la curiosidad de su hija—. Solo tiene veintisiete años.

—Uy, sí. ¡Jovencísimo! —exclamó Hannah.

Rose no insistió en esa ocasión. Lo hizo al año siguiente, cuando Hannah ya había cumplido los quince.

—Que no, mamá. Déjalo ya. No quiero ir a la iglesia.

—¡Pero te lo pasarás muy bien! Todas desean conocerte, les he hablado mucho de ti.

—He dicho que no.

A los dieciséis años de Hannah, la bici tenía heridas de guerra. La pintura estaba desconchada en algunos puntos del triángulo. Ella, en cambio, había crecido y su pelo ondulado parecía más dorado con el paso del tiempo. Sus notas seguían siendo excelentes, pero sus planes de futuro eran, según quienes la escuchaban, desproporcionados e incluso fantasiosos. Cuando decía que quería llevar su propia empresa, la gente solía reírse. Entonces ella se enfadaba y contraatacaba siempre con la misma cita de Marie Curie:

—«Convendría sentir menos curiosidad por las personas y más por las ideas».

La gente no solía entenderla. Sus padres, azorados por la situación, terminaban cambiando de tema. Y es que Hannah era muy inteligente. Sus profesores así lo explicaban, pero, por alguna razón, todos coincidían en que la cabeza pensante de una empresa no era lugar para una mujer. Frustrada por oír tantas veces lo mismo, habló de ello con su amiga. Habían dejado las bicis en la hierba del parque Riverside y se habían sentado con la espalda apoyada en el tronco de un árbol.

—La gente es idiota —soltó Hannah, airada.

—A veces, sí. No te voy a decir lo contrario.

—Si quiero ser la jefa de una empresa, ¿por qué no puedo serlo?

Su amiga lo pensó unos segundos.

—Pero una empresa ¿de qué?

—¿Qué más da? De lo que sea.

—¿Conoces a alguna mujer que sea jefa?

Hannah no supo qué contestar.

—Pues eso. Por algo será, ¿no?

—Porque la gente es idiota. Ya te lo he dicho.

Las dos se rieron.

—¿Y tú? ¿Qué quieres ser dentro de unos años?

La chica empezó a tocarse el pelo, liso y moreno.

—Me gustaría dedicarme a los libros.

Hannah sonrió.

—Lo sabía —dijo—. Te pasas el día con la nariz metida en uno.

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta leer.

—Menos mal que te llamo para salir de vez en cuando —siguió Hannah—. Vida solo hay una, y tú te perderías la tuya por estar en casa leyendo.

—¿Qué es perder una vida cuando puedes vivir cientos de ellas?

—Vaya, me has dejado sin palabras.

—Pues de eso hay un montón en los libros.

—Muy graciosa.

—Por cierto, tengo que contarte una cosa.

Hannah arrancó un puñado de hierba y la examinó de cerca.

—¿Cuál?

—He conocido a un chico.

Hannah giró la cabeza hacia ella, sin mover la mano llena de hierba arrancada.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó.

—Creo que me gusta.

Hannah sintió aquella respuesta como una amenaza. Sabía que no era deliberada, pero veía el peligro en las intenciones de su amiga. Un chico las separaría, y Hannah se quedaría sola, con sus ideas fantasiosas y su desconchada bici roja.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No sé. Me pongo nerviosa cuando estoy con él, pero al mismo tiempo no quiero que se vaya. Es una sensación extraña, ¿sabes? Como cuando tienes miedo a algo y aun así sacas la valentía para afrontarlo. No digo que el amor sea terrorífico, ni mucho menos, pero que es cosa de valientes, eso sin duda.

A Hannah le sorprendió que su amiga utilizara la palabra «amor». Le parecía que iba demasiado rápido, que quería tener algo con ese chico sin apenas conocerlo. No pudo evitar sentirse potencialmente relevada por un desconocido. Y eso le dolía.

—Entiendo —dijo como toda respuesta.

—Sus padres son médicos. Y no sabes lo mejor. Ya tiene carnet de conducir.

Hannah tiró al suelo el puñado de hierba que había arrancado y se levantó para coger su bici.

—Qué bien.

—¿Qué te pasa, Hannah? Te noto rara.

—Nada, solo me alegro de que mi mejor amiga se eche novio.

—¡No es mi novio! —Se levantó para ponerse a su altura—. Te he dicho que me gusta, no que haya nada entre nosotros. Aunque, si me preguntas si quiero que seamos algo más, pues… Sí, no te quiero mentir.

Ahí estaba. Hannah tenía razón. La bomba ya había sido lanzada.

—Muy bien —dijo subiéndose a la bici—. Seguro que os va genial, Irina. Ojalá se enamore de ti y os caséis algún día.

30
Patrick Howard
Dos meses antes del suicidio

—Irina, dime que no eres tú la que aparece en el diario de confesión de Hannah Larson.

Después de un largo silencio, se escuchó un suspiro al otro lado del teléfono.

—Sí. Supongo que soy yo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —exclamó Patrick desde la pequeña sala privada de la iglesia de la Hermandad Cristiana—. Joder, Irina. Si estoy escribiendo sobre Hannah, si estoy investigando su muerte, es porque tú me hablaste de ella. ¿A qué estabas esperando para contármelo? ¿Por qué no me lo dijiste en aquel restaurante de Nueva Orleans, después de mencionarme este caso?

—Y ¿qué pretendías que te dijera, Patrick? —titubeó ella—. ¿Que quería que le hicieras justicia a mi amiga de la infancia? No habrías aceptado. Sé que no lo habrías hecho por ser algo personal.

—¡Por supuesto que no lo habría hecho! ¿Cómo pretendes que escriba sobre esto? Me niego rotundamente.

—Patrick, por favor. No lo dejes ahora —le suplicó.

—Puedo dejarlo cuando yo quiera.

—Tienes un contrato que te obliga a escribir el libro.

—Escribiré cualquier cosa. Investigaré otro caso. Esto ha sido un error desde el principio, Irina.

—¿Tú crees? —sollozó ella—. ¿De verdad piensas que resolver un caso de homicidio es un error? ¿En qué cabeza cabe eso? Este libro será un antes y un después en tu carrera como periodista, Patrick.

Esto traspasará las fronteras del país. Te harás famoso en todo el mundo.

—¡No me importa la fama!

—Si consigues descubrir lo que hay detrás de esto y terminas el libro, vengarás a Hannah. ¡Serás un héroe! ¿Es que no lo ves?

—Remover la mierda del pasado no me convertirá en héroe. No lo ha hecho hasta ahora y tampoco lo hará después de esto.

—Lo serás para mí.

Patrick se quedó callado.

—¿Recuerdas las rosas blancas de la lápida de Hannah? —le preguntó Irina.

—Sí.

—Fui yo quien las puso allí. Las cambio todas las semanas. Voy a visitarla siempre que puedo.

Patrick la escuchó con el corazón en un puño. Ya no sabía qué hacer. ¿Estaba dispuesto a mencionar a Irina en el libro? Si decidía seguir con ello, tendría que hacerlo. Era la mejor amiga de Hannah Larson.

—¿Estabais muy unidas? —le preguntó, con el tono de voz más bajo.

—Lo estuvimos. —Se escuchó una risa llena de lágrimas—. Pero nos distanciamos. Yo empecé a salir con Francis y, poco a poco, dejamos de vernos. Recuerdo el día en que le dije que me gustaba un chico. Ella se puso triste. Creo que supo enseguida lo que eso supondría. Era muy lista. Pocos días antes de que alguien la asesinara, mi madre me dijo que la había visto en la iglesia. Me pregunté qué haría Hannah allí, pero no lo hablé con ella. A sus ojos, y supongo que a los de todos, habíamos dejado de ser amigas.

—¿No hablaste con Hannah los meses anteriores a su muerte?

—No. Y aún me culpo, Patrick. —Irina se detuvo unos segundos para llorar—. Me culpo por haberme alejado de mi amiga. Por no haberle preguntado cómo estaba. A lo mejor, si hubiésemos seguido juntas, podría haber hecho algo por ella.

—No te puedes culpar por eso —dijo Patrick, compasivo.

—Lo hago cada día de mi vida. Es difícil vivir con la muerte de una amiga a las espaldas.

Patrick sabía perfectamente lo que era. En su primer año de universidad, antes de interesarse por el periodismo, conoció a un chico llamado Bruce en la facultad de Biología. No les hizo falta demasiado tiempo para hacer buenas migas. Bruce vivía en el distrito de Queens y conducía un coche que casi le doblaba la edad. Era de familia trabajadora. Sus padres se dejaban la piel para que él estudiara un grado en la Universidad de Nueva York. Cada día, después de clase, se iban a la cantina del campus y se tomaban un par de cervezas porque, según Bruce, se lo merecían después de tanta turra. La diferencia entre ellos dos era que Patrick paraba al acabar la segunda, pero Bruce no tenía fin. Después del último examen del curso, quisieron celebrarlo como siempre. Patrick se fue al terminar la segunda ronda y dejó a Bruce, tras mucha insistencia, con el que sería su último botellín. «Te lo prometo, ni uno más», le había dicho para que se fuera tranquilo. Horas después, Bruce cogió el coche para volver a Queens. Iba borracho. En un cruce, se saltó un stop a más de cien kilómetros por hora. Vio que un vehículo se le acercaba por la izquierda y dio un volantazo para esquivarlo. El coche se deslizó por el asfalto y se estampó contra la pared de una lavandería. Bruce perdió la vida en el acto.

Después de aquello, Patrick no volvió a probar una gota de alcohol en mucho tiempo. Tampoco llegó a matricularse al curso siguiente y dejó la universidad. Puede que simplemente fuera porque la biología no le gustaba tanto como él creía, o puede que aquel trágico suceso influyera en su decisión. Fuera lo que fuese, y aunque consiguió convencerse de lo contrario gracias a su terapeuta, se sintió culpable durante mucho tiempo por ese accidente. En el caso de Irina, ella se había apartado de la vida de Hannah unos meses antes de su muerte. En el de Patrick, mejor no pensarlo.

—Y eso no es todo —dijo la editora por el auricular—. Con tu nuevo libro, yo…

—¿Qué?

Hubo un silencio incómodo.

—Nada. Olvídalo.

—Venga, dímelo —insistió Patrick, intrigado—. No me puedes dejar así ahora.

—Es mejor que no lo diga.

—¿Por qué?

Irina cambió de tema:

—Hazlo por mí, Patrick, por Hannah.

Patrick inspiró hondo. Desde que conoció a Irina Cooper, la mujer que iba a ser su editora tras firmar el contrato de publicación con Booker's House en 2014, había pensado en el talento que el mundo se estaba perdiendo sin que Irina escribiera su propio libro. Una vez le preguntó si había escrito algo y ella le había hablado de textos que permanecían guardados en un cajón de su casa, cogiendo polvo. Patrick tuvo el atrevimiento de decirle que le gustaría leerlos algún día, a lo que ella respondió que nunca estaría preparada para exponerse de esa manera. Sus textos eran su intimidad más frágil, y prefería que siguieran siéndolo hasta el fin de sus días. Sin embargo, ahora le pedía que bucease en ella, que conociese esos días en los que la muerte aún no había arañado su puerta.

—Haré lo que pueda, Irina.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
Él

Con la intrusión de Francis Cooper en sus vidas, Hannah e Irina quedaban cada vez menos. Como bien había augurado Hannah, Irina le estaba dando prioridad a su noviazgo y la había dejado en un segundo plano. Se veía con Francis casi todos los días y, en el verano de 1993, cuando dicha relación se había formalizado ante sus familias y ambos presumían de haber encontrado a su media naranja, Hannah se quedó sin amiga, sin una de verdad. Aquello fue un golpe duro para ella. Se sentía traicionada por la persona en quien más confiaba.

Al ver la tristeza que los ojos de Hannah albergaban, Rose le propuso hablar con la madre de Irina, pues la veía a menudo en la iglesia. Pero Hannah le pidió por favor que no lo hiciera. Tenían diecisiete años. Estaban a punto de convertirse oficialmente en personas adultas y no quería que sus madres tuvieran que resolver sus problemas.

Las tardes de aquel caluroso verano se le hicieron muy largas en casa. Sus padres tenían que ir a trabajar y Hannah se quedaba sola durante horas. Probó de todo para matar el tiempo: se ponía la radio o la televisión, jugaba al ajedrez con las blancas y las negras. Incluso empezó a leer una novela que encontró escondida en el dormitorio de sus padres, pero la dejó enseguida porque la lectura le recordaba a Irina, la fiel amante de los libros. Y ahora también de Francis Cooper, claro.

Una tarde de julio quiso escapar de aquella jaula asfixiante que llamaba hogar. Cogió la bici y salió a dar una vuelta. Estuvo un buen rato pedaleando sin parar. Sentir el aire en la cara la relajaba, y ver a personas por la calle, cada una con sus quehaceres y preocupaciones, le hacía olvidar el malestar de su soledad. Recorrió

gran parte del parque Riverside y, al cabo de un par de horas, se dispuso a volver a casa. Sus padres estarían a punto de llegar y no quería que se asustaran por no encontrarla allí.

Pero entonces pasó algo.

Cuando deshacía el camino a casa por el interior del parque, vio desde la distancia un border collie que la miraba con las orejas erguidas y la lengua fuera. A Hannah le pareció gracioso y, en el momento en que alzaba la vista para dedicarle una sonrisa al dueño, el perro se zafó de la correa de un tirón y echó a correr hacia ella. El dueño gritó: «¡Coco! ¡Ven aquí!». Hannah intentó esquivar al perro con la bici, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo. La bici le aplastó la pierna y la polvareda hizo que le escocieran los ojos. Hannah gimió de dolor.

—Espera, que te ayudo —oyó una voz masculina y unos pasos que se acercaban.

A Hannah se le encendieron las mejillas de vergüenza. Con los ojos aún cerrados, advirtió que alguien la liberaba de su bicicleta. El ladrido del perro le hizo adivinar, aunque ya lo suponía, la identidad de su salvador. Se frotó los ojos y vio al dueño del border collie inclinado hacia ella, extendiéndole una mano para ayudarla a incorporarse. La aceptó y se sintió rara al notar el contacto con su piel. Una vez en pie, se sacudió la falda y le dio las gracias. Él la miró con curiosidad.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Pues no lo parece. —Señaló su pierna derecha. Por debajo de su falda había una herida de la que manaba un hilo de sangre.

—Mierda —dijo Hannah—. Bueno, creo que no me desangraré si llego pronto a casa.

—¿Dónde vives?

—En la Ciento ocho Oeste. No está lejos.

—Yo vivo cerca. Te acompaño, ¿quieres?

Hannah se encogió de hombros y levantó su bici.

—De acuerdo —respondió, fingiendo que la cosa la traía sin cuidado.

—¿Cómo te llamas?

—Hannah. Hannah Larson. ¿Y tú?

Él pronunció su nombre.

—¿Y este perro tan bonito? —preguntó ella según se agachaba para acariciarlo.

—Se llama Coco. Creo que le gustas.

Los dos se miraron con media sonrisa en las comisuras de la boca. Luego emprendieron lentamente el camino de vuelta. Coco los seguía con paso ligero. Hablaron de esto y aquello, de banalidades que se convertían en curiosas coincidencias entre ellos, y llegaron a la Ciento ocho en cuestión de minutos.

—Ahora ya sé dónde vives —comentó Él, contemplando la casa.

—¿Pretendes venir a robarme?

—Qué mal pensada. Soy una buena persona. ¿No se me nota?

—Ni un poco.

Él sonrió y, antes de dar media vuelta, dijo:

—Encantado de conocerte, Hannah Larson.

Al día siguiente, con un par de tiritas pegadas sobre la herida, Hannah no podía parar de pensar en Él. Su encuentro había sido fortuito. El destino había querido que sus caminos se cruzaran por alguna razón, a lo mejor solo para que Él la socorriera por su torpe caída. En cualquier caso, el chico le había gustado. Eso lo tenía claro. ¿Había visto en Él esa amistad que tanto anhelaba? A pesar de la respuesta que Hannah le había dado, sí que parecía buena persona. Tendría que haberle preguntado en qué calle vivía. No. ¿Acaso iba a presentarse en su casa? Eran unos completos desconocidos.

Las manecillas del reloj no avanzaban y hacía mucho calor dentro de casa. Volvió a mirar la hora. Las siete. Era la misma a la que había salido la tarde anterior. Sin pensarlo demasiado, cogió su bici del sótano y se fue al parque Riverside por si lo veía paseando con Coco. Llegó a la zona de perros y se detuvo para buscarlo con la mirada. Pero no había rastro de Él ni tampoco del border collie. Decepcionada, volvió a casa. Hizo lo mismo al día siguiente, y al otro. En vano.

Un par de semanas después, cuando había tirado completamente la toalla, lo vio sentado en un banco de madera del parque con vistas al río. Estaba charlando con un amigo. Hannah se acercó sigilosamente y se quedó detrás de un árbol a escuchar.

—Pero ¿tú sientes algo por ella? —le preguntó su amigo.

—Ya te he dicho que sí —dijo Él con impaciencia—. ¿No me estás escuchando?

—Pues entonces, díselo. A las mujeres les gusta que les digan esas cosas.

—No es tan fácil.

—Ya, bueno, tú inténtalo.

Él resopló, angustiado.

—Vale, lo haré.

Hannah puso la espalda contra el tronco y se mordió el labio. Sonrió. Estaba emocionada: Él pensaba abrirle su corazón. Pero ¿cuándo? Lo había notado indeciso, como con miedo. Se compadeció de él y decidió ponérselo fácil. No iba a hacerlo sufrir con algo tan delicado. En cuanto diera el paso, lo correspondería sin dudar. Porque ella también sentía algo por Él.

Pasaron un par de semanas más sin noticias suyas y Hannah ya no tenía ni idea de qué hacer. Dudaba si quedarse en casa, porque Él sabía dónde encontrarla, o salir a buscarlo con la bici. Los nervios que sentía eran cada vez más molestos. Necesitaba verlo. Quería hablar con Él, decirle que ella también había notado esa conexión tan especial entre ambos. Por un momento se acordó de Irina y entendió lo que sentía por Francis. No obstante, Hannah sabía que, aunque ella empezara a salir con alguien, nunca se habría apartado de su amiga.

Por fin, lo vio un día con Coco en el mismo sitio en el que se habían conocido. Él pareció alegrarse mucho por verla.

—La mismísima Hannah Larson —exclamó—. ¿Cómo va tu pierna?

Hannah se subió un poco la falda para mostrársela.

—Perfecta.

Un pequeño rubor apareció en las mejillas de Él. Ella se bajó la falda y también se ruborizó. ¿En qué estaba pensando? Ya no era una niña para hacer esas cosas como si nada.

—¿Tú cómo estás? —le preguntó para salir del embrollo.

Él agradeció la pregunta.

—Bien. —Señaló a Coco con la barbilla—. Hemos venido a dar una vuelta, ya sabes.

—Tenía ganas de verte —soltó Hannah de pronto.

Él levantó las cejas, pero no dijo nada. Se quedó bloqueado, y Hannah se avergonzó como nunca. La situación era de lo más desastrosa. No estaba saliendo como ella había imaginado tantas veces desde que lo escuchó hablar con su amigo.

—Perdona —dijo—. Olvida lo que acabo de decir, ¿vale?

Él volvió en sí.

—No, no. Disculpa, me has pillado un poco por sorpresa. Yo también tenía ganas de verte.

Aquel giro de guion hizo que el corazón de Hannah bombease más rápido. Reprimió una sonrisa y dijo:

—¿Te apetece que me una a vuestro paseo?

—Claro. Coco estará encantado.

El paseo duró media hora. En cambio, a ella le pareció que solo habían pasado cinco minutos.

Una pequeña chispa, o un «tenía ganas de verte», bastó para encender su fuego interior. Ella no sabía si se trataba de amor, pues nunca había estado enamorada. Pero ¿qué podía ser si no? Decidió no comentar nada en casa; sabía que sus padres se preocuparían si les dijese que estaba saliendo a pasear con un desconocido. Se pondrían nerviosos y le hablarían sobre el riesgo de que le rompieran el corazón, de los peligros de quedarse embarazada a su edad, o, peor aún, que le contasen otra vez cómo se habían conocido y por lo que tuvieron que pasar para salir juntos.

Cuando Él la acompañó a casa, ella dijo:

—¿Nos vemos mañana?

—¿Mañana? —Frunció el ceño. Parecía angustiado—. No lo sé. Es que ya he quedado.

—Puedo ir con vosotros si tú quieres.

Él se rascó la barbilla.

—No sé —repitió.

Hubo un silencio incómodo.

—Vale —dijo Hannah, confusa—. No pasa nada.

Él se despidió y se fue con Coco. Aquello desconcertó a Hannah. ¿Había dicho algo que le había molestado? Necesitaba respuestas y Él no estaba dispuesto a dárselas. Parecía tímido. Sí, lo era. A lo mejor tampoco estaba acostumbrado a esas cosas. Hannah sonreía al pensar en Él. Estaba segura de que estaban hechos el uno para el otro.

Pero Él volvió a desaparecer.

Cuando llegó agosto, el verano se había vuelto de lo más caluroso. Fue entonces cuando Rose logró lo que se había propuesto años atrás.

—Hoy van a venir todas —le dijo animada a su hija—. Venga, solo esta vez. Verás que no es tan tedioso como piensas.

Hannah soltó un bufido. No tenía nada mejor que hacer. Él no daba señales de vida y estaba aburrida. ¿Cómo podía negarse?

—Está bien.

Rose aplaudió animada y fue a besar a su hija repetidas veces en la mejilla haciendo ruiditos.

—¡Ay! ¡Mamá!

Bañada por el sol neoyorquino, la iglesia de la Hermandad Cristiana daba la bienvenida a todos los feligreses con una alfombra roja que cruzaba la nave central de extremo a extremo. Las amigas de Rose Larson no se guardaron halagos para Hannah mientras buscaban asiento. «Pero qué guapa es». «¿Habéis visto qué pelo tan bonito tiene?». «Y qué piel tan fina, parece una muñeca de porcelana». Los elogios no cesaron cuando encontraron un banco en el que cabían todas, pero Hannah dejó de escuchar en el momento en que vio a alguien unos metros más adelante. En cuanto consiguió entender lo que estaba viendo, se quedó boquiabierta, y las preguntas la envolvieron de nuevo como un torbellino.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El diario

Cuando el reverendo Luis Weaver dio por terminada la misa, Rose miró con expectación a Hannah y le preguntó qué le había parecido.

—Bien —dijo ella, absorta, sin dejar de mirar hacia delante.

—¿A que te lo has pasado bien? —insistió Rose.

—Sí.

El gentío se levantó y se dispuso a salir de la iglesia con parsimonia. Hannah, que no había apartado la mirada de su objetivo, vio cómo entraba en una sala que quedaba a la derecha del altar y se perdía por detrás de una puerta.

—Creo que me voy a quedar un poco más.

—¿Cómo? —se sorprendió Rose—. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres que nos quedemos?

—No, no. Tú vete. No te preocupes, volveré a casa en un rato, ¿vale?

Rose titubeó.

—Claro. Como quieras, cielo.

Ese día Hannah descubrió la Habitación de las Confesiones Escritas y empezó a escribir su propio diario. Asimismo, las misas del reverendo Weaver se volvieron su pasatiempo favorito.

16 de agosto de 1993

Hoy lo ha vuelto a hacer. Y cuánto lo agradezco. Qué alegría cuando lo veo. [PARTE BORRADA]. *Cada vez me siento más cerca de Él.*

20 de agosto de 1993

Si supiera la ayuda que me proporciona. Gracias a esto, he podido cruzar unas palabras con Él. Estoy entusiasmada. Es como

si estuviese haciendo algo prohibido, algo de lo que nadie debe enterarse. Siento un cosquilleo difícil de explicar. Me gusta.

27 de agosto de 1993

Sí, sí, sí, sí. Ha pasado. ¡Por fin! Nos hemos besado. Por Dios, ¡estoy tan contenta! Nuestra relación avanza. Poco a poco, pero avanza. Ha sido como un suspiro. Rápido, fugaz. Llevaba semanas esperando esto. Me siento llena. En qué buen momento le hice caso a mi madre y vine a la iglesia aquel día. [PARTE TACHADA].

El verano terminó con las primeras lluvias de septiembre. Hannah empezó el curso escolar y, aunque Él ocupaba gran parte de sus pensamientos, su vida volvió a la normalidad de la rutina. En cierto modo, aquello le vino bien. Tenía sus horarios, sus deberes, sus estudios musicales.

6 de septiembre de 1993

Nos hemos vuelto a ver. Esta vez el beso ha sido más largo y he sentido un impulso extraño, de necesidad. No sé muy bien cómo explicarlo, pero Él me encanta.

12 de septiembre de 1993

Nos vemos cada dos días. No paramos de besarnos. Tenemos una atracción muy fuerte y ya pienso a qué nos pueden llevar estos encuentros. Estoy nerviosa, y sé que Él también lo está. Hoy ha estado más inquieto de lo normal. No paraba de mirar a todos lados, como si tuviese miedo de [PARTE TACHADA]*. En cierto modo, lo entiendo. Yo tampoco he dicho nada en casa.*

17 de septiembre de 1993

Quiere hacerlo. Me lo ha dicho después de estar media tarde besándonos a escondidas. Quiere que hagamos el amor la próxima vez que nos veamos. Yo le he dicho que vale sin pensarlo siquiera. Estoy cagada de miedo. El corazón me va a salir por la boca. Si Irina aún fuera mi amiga, lo hablaría con ella. Pero hace

meses que no tenemos trato. No voy a decirle nada ahora, y mucho menos para contarle que tengo mil dudas por esto. ¿Qué hago? A mis padres no les he hablado de Él. Por supuesto, no puedo decirles que estoy pensando en tener sexo con alguien que ni conocen. Se escandalizarían y me prohibirían volver a verlo. ¿Y si no es de fiar? Perder la virginidad es algo muy serio. Siempre me han dicho que la primera vez es muy especial. Y, claro, tiene que ser con alguien especial. Pero Él lo es para mí. A lo mejor estoy exagerando. A lo mejor no es para tanto y estoy dándole vueltas a una tontería. Pero me tengo que desnudar delante de Él. Me voy a morir de la vergüenza. No sé qué hacer. Bueno, ¿qué puedo hacer? Ya le dije que vale. ¿Por qué no me lo pensé un segundo al menos?

Y llegó el día. Hannah se presentó temblorosa a su cita. Él le había dado su dirección y le había asegurado que tendría la casa vacía.

—No te preocupes. Nadie nos molestará —le había dicho la última vez.

Llamó al timbre y esperó con los nervios a flor de piel. Se mareaba por momentos y tuvo que apoyar una mano en la pared hasta que Él abrió la puerta.

—Pensaba que no vendrías —le dijo al verla.

—Yo también lo pensaba —se sinceró ella.

Subieron al piso de arriba y Él cerró la puerta tras de sí. Hannah se quedó de pie junto a una cama deshecha. Aquello la extrañó, pero no dijo nada al respecto. No sabía cómo actuar. Ella quería hacer el amor con Él, pero estaba atemorizada.

Se sentaron en el borde de la cama y, tras intercambiar unas cuantas palabras vacías, empezaron a besarse. Hannah lo hacía sin dejar de pensar en lo que pasaría después. Fue incómodo. Frío. No estaba yendo fluido. Por algún motivo, todo parecía más forzado esta vez. Cuando Él le quitó la blusa, Hannah se sintió indefensa, desnuda aunque llevara el sujetador, vulnerable. De pronto pensó que Él se estaba aprovechando de ella. Quiso convencerse de que no tenía malas intenciones. Ella era lista y sabía ver a las personas. Y, a pesar de sus dudas y temores, sentía una atracción imperiosa

hacia Él. Le desabrochó la camisa y le miró el torso desnudo. Él se acercó a Hannah y la hizo tumbarse sobre la cama. El sentimiento de vulnerabilidad volvió con más fuerza. Empezó a sentirse bloqueada y estuvo a punto de decir que no estaba preparada e irse, pero entonces se le ocurrió algo. Lo empujó suavemente hacia un lado para dejarlo sobre la cama y ponerse ella encima. Lo besó, y el nudo de la garganta se le destensó un poco. Minutos después seguían besándose, pero con la ropa en el suelo, y, tras una mirada cómplice y una tímida sonrisa, Hannah hizo lo que tanto deseaban. Un calor ardiente la envolvió cuando lo sintió. Le dolió, y todas las inseguridades la asaltaron de nuevo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué pensarían sus padres si la vieran? ¿Los estaba decepcionando? Intentó callar todas esas voces invasivas y le hizo el amor hasta que Él llegó al clímax. Aguardaron abrazados unos minutos en los que sus corazones redujeron el ritmo de sus latidos y Hannah se apartó a un lado. Fue entonces cuando vio que Él sacaba una cámara de entre las sábanas y la apuntaba con ella. Sonó un chasquido.

—¡Eh! ¡¿Qué haces?! —Hannah se tapó con ambas manos, pero la fotografía ya estaba hecha.

Él apartó la mirada antes de hablar, como si se sintiera avergonzado por lo que iba a decir:

—No puedes contar lo que ha pasado, Hannah. Tengo que asegurarme de que así sea. Si abres la boca, le enviaré esta foto a tus padres.

—¿Qué? —exclamó ella—. ¿A quién se lo iba a contar? ¿Piensas que me acuesto con cualquiera y que voy alardeando de ello? Qué poco me conoces.

—No lo entiendes.

—¡No! No lo entiendo. Y te agradecería que me lo explicaras.

—Será mejor que dejemos de vernos. Esto ha sido un error.

Hannah rompió en un llanto.

—¿En serio? ¿De verdad me estás diciendo esto ahora?

—Es lo más sensato.

Con un impulso de rabia, Hannah le quitó la cámara de las manos y la estampó contra la pared.

—¡¿Estás loca?!

Ella bajó de la cama y se vistió apresurada.

—¡Esa cámara vale un dineral! —se quejó Él—. ¡No tienes ni idea de lo que has hecho!

No le hizo caso. Quería irse de esa casa lo antes posible. Él fue a coger la cámara y vio la abolladura en la parte del disco que impedía abrir el mecanismo.

—La he cagado —dijo preocupado. Y empezó a vestirse también.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Hay otra persona? ¿Es eso?

Él dudó. No sabía si decirlo. O eso le pareció a Hannah.

—Te has aprovechado de mí —siguió—. Has fingido todos estos días para que me acostara contigo.

—No he fingido. Pero no podía hacer esto arriesgándome a que después lo contaras por ahí.

Hannah se contuvo. Desvió un segundo la mirada hacia la cámara, que reposaba sobre la cama, y la volvió hacia Él.

—Qué decepción —dijo.

Cogió la cámara y salió corriendo de la habitación para escapar con ella.

—¡Eh! —gritó Él—. ¿A dónde vas? ¡Devuélvemela!

La persiguió escaleras abajo. Hannah pudo alcanzar la puerta principal y salir tan deprisa como pudo. Se dirigió hacia el centro de Manhattan, donde las calles eran más concurridas y le sería fácil escabullirse entre la gente. Corrió cambiando de dirección en cada esquina. Cuando su cuerpo ya no daba más de sí, se detuvo y miró hacia atrás. No había rastro de Él. ¿Había conseguido escapar o más bien se había escondido en algún sitio? Estaba en la intersección de la Ciento veintiséis Oeste con Amsterdam Avenue. Había gente yendo de un lado a otro, coches que hacían sonar sus bocinas, camiones de reparto rumbo a comercios en los que dejar el género. No sabía qué hora era, pero necesitaba llegar a su casa lo antes posible.

Dio un rodeo para no recorrer las mismas calles por las que había ido. No paraba de mirar en todas direcciones, aferrada a la cámara durante todo el camino. Después de media hora de paseo nervioso, entró en casa. Por fin. Apoyó la espalda en la puerta y se deslizó

hacia abajo hasta sentarse en el suelo. Entonces el llanto volvió a sacudirla.

24 de septiembre de 1993

Llevaba una semana sin venir a la iglesia. He tenido miedo. Miedo de Él. He considerado seriamente contárselo a mis padres. Pero ¿qué pensarían de mí? No. No puedo hacerlo. Nadie me verá así. Va a ser un secreto. Jamás saldrá de aquí.

29 de septiembre de 1993

Empiezo a sentirme más tranquila. Estos momentos de soledad me vienen bien. Ya no pienso en lo que ocurrió. Eso ya es agua pasada. Aunque tengo que admitir que temo el día en que nos veamos y hablemos de lo sucedido. No sé si quiero que ese día llegue, pero [PARTE BORRADA]*. Nuestros caminos se van a cruzar cuando menos lo esperemos. Solo es cuestión de tiempo.*

4 de octubre de 1993

Tenía que ocurrir. Era inevitable. Lo he visto por mi calle. Juraría que Él estaba ahí adrede, como si me esperara. Me pregunto cuántos días lleva haciendo lo mismo. Me he puesto muy nerviosa al verlo. No sabía cómo iba a reaccionar, pero, para mi sorpresa, se ha disculpado antes de dejarme hablar. Me ha dicho que siente mucho lo que hizo, que fue una «idiotez». También me ha pedido que le devuelva la cámara, como era de esperar. Pero le he contado que la tiré a la basura, que estaba muy alterada aquel día y que no pensé en lo que pudiera significar esa cámara para él. Le he mentido. Él se ha molestado, lo he visto en sus ojos, pero no ha dicho nada. Solo ha asentido con la cabeza, aceptando las consecuencias de sus actos. Luego se ha vuelto a disculpar y me ha dado un beso en la mejilla antes de irse.

Hannah dibujó una cara sonriente debajo del párrafo.

6 de octubre de 1993

Estoy confusa. Me siento tonta volviendo a pensar en Él, pero mentiría si dijera que no lo hago. No se comportó bien, eso está claro. Pero se ha disculpado, y sus disculpas parecían sinceras. Seguro que Irina me diría que no lo perdone. No debería, pero…

8 de octubre de 1993

No me lo puedo quitar de la cabeza. [PARTE TACHADA]. *Mi madre pondría el grito en el cielo si supiese que su hija ha perdido la virginidad antes del matrimonio. Es curioso que esté escribiendo sobre estas cosas entre las paredes de una iglesia, pero es el único sitio en el que me siento a salvo. No tengo a nadie con quien hablarlo. Solo estas páginas y un lápiz cada vez más corto. El reverendo Weaver debería comprar otro.*

10 de octubre de 1993

Hoy ha vuelto a venir. Sé dónde van a estar el próximo martes por la noche. Lo he pensado mucho y creo que voy a dar el paso. ¿Qué mejor forma que con una sorpresa? Se acabaron las dudas. Vamos a volver a intentarlo. Vamos a hacerlo bien, sin secretos. Pasado mañana todo cambiará.

12 de octubre de 1993

Por fin ha llegado el día. Le voy a decir lo que siento. Le voy a decir que le quiero. Después de lo que ha pasado entre nosotros, estoy segura de que Él también me quiere. Vamos a tener una relación, vamos a ser novios, aunque diga que no puede ser. Lo convenceré, sé que puedo hacerlo. Lo haremos público, y a quien no le parezca bien, que mire para otro lado. Definitivamente, venir a la iglesia ha sido lo mejor que he hecho nunca. Siento vergüenza al escribir esto, aunque nadie lo lea jamás. Qué más da. Por primera vez en mi vida, estoy enamorada.

31
Alison Hess
Jueves, 29 de septiembre de 2016, 13.00 h

Sus ojos se mueven rápida y sutilmente sin ver nada más que lo que su mente proyecta. Imágenes que no ha visto en su vida y que se plasman en su cerebro como si las hubiera vivido ella misma.

Después de leer el diario de confesión de Hannah Larson, Alison tiene tantas preguntas… Irina no es un nombre muy común en Estados Unidos, lo que le hace pensar que Irina Cooper, la editora de Patrick Howard, era su mejor amiga. ¿Por qué no aparece su nombre en el informe policial? Alison supone que el detective Garrett no habló con ella. Según lo que ha leído, Irina y Hannah dejaron de ser amigas meses antes del asesinato. Y ese misterioso «Él»… ¿Sería Dennis Peterson? ¿El mismo Patrick? ¿El reverendo Weaver? Alison entiende que se sospechara de él por la regular asistencia de Hannah a su iglesia y por esa extraña práctica de confesión. Por no hablar de las partes tachadas y borradas del diario. Pero no deja de ser un acto de fe y caridad. Además, no parece que Él sea Weaver. Hay un párrafo que desmiente esa teoría:

> *Es curioso que esté escribiendo sobre estas cosas entre las paredes de una iglesia, pero es el único sitio en el que me siento a salvo. No tengo a nadie con quien hablarlo. Solo estas páginas y un lápiz cada vez más corto. El reverendo Weaver debería comprar otro.*

Hannah escribió «el reverendo Weaver» y no «Él». Eso significa que no son la misma persona. No tendría sentido que guardara el

secreto a lo largo de todo el diario y que tuviese un desliz que desvelara la identidad de esa persona y no se diera cuenta. El tratamiento también es destacable: «el reverendo Weaver» no son las palabras que usaría para referirse a alguien con quien ha mantenido relaciones íntimas.

Alison cae en la cuenta de algo: la cámara que se describe en el diario es la Sony que encontraron en casa de Patrick, la que mandaron a su despacho. Se le ha pasado por completo ir a por ella. Esa cámara es la que Él usó para fotografiar a Hannah. Y el disco que hay en su interior es el de ese día en el que Hannah perdió la virginidad.

Ojea el diario hacia atrás. Se percibe un ligero cambio en la caligrafía de Hannah. Las letras de las primeras páginas son redondeadas y cuidadas, mientras que las que aparecen en las últimas se escribieron con prisa. Si pudiese, Alison se llevaría el diario para revisarlo con esmero, pero le ha dicho al reverendo Weaver que no lo haría. ¿Dónde estará? No ha vuelto en ningún momento. Le parece curiosa esa confianza ciega. Una vocecita interior le dice que se trata de fe, y, qué demonios, puede que tenga razón.

Su móvil suena y, tras revisar la pantalla, descuelga confusa.

—¿Sargento? —pregunta nada más pegarse el teléfono a la oreja.

—Hess, hemos encontrado el coche de Howard.

—¿Dónde está?

—En el Bronx.

—¿El Bronx? ¿Qué hace el coche de Patrick Howard en el Bronx?

—Eso debe averiguarlo usted. Enviamos la información del coche desaparecido a los diferentes distritos. Acabamos de recibir el aviso. Al parecer, unos individuos querían desvalijar el Audi y alguien ha llamado a la policía. Cuando ha llegado la unidad más cercana, han reparado en que se trata del modelo que buscamos, de modo que nos han dado el parte y no lo han tocado. He enviado a los de Criminalística para allá, pero no empezarán sin usted.

—¿En qué parte del Bronx está?

—En East Tremont Avenue, en el sur del distrito.

El sur del Bronx es una de las zonas más peligrosas de Nueva York. Se trata de un lugar en el que abundan las pandillas y el tráfico de drogas. Es fácil encontrar a un camello entre sus calles. Solo tienes que divisar un par de zapatillas colgando de los cables eléctricos. Además, el Bronx ostenta una de las tasas de criminalidad más altas de todo el país. La pobreza asoma entre las grietas que trepan por las paredes de los viejos edificios, aunque no es así en todo el distrito. El Bronx es un lugar intercultural y, a pesar de ser mayoritariamente residencial, también hay sitio para el turismo, como la casa de Edgar Allan Poe, el Yankee Stadium o el Jardín Botánico. No es así la zona a la que Alison se dirige.

Una fina llovizna se ha abierto paso entre las nubes que ahora cubren el cielo. Alison ha estado tan centrada en el diario de Hannah Larson, encerrada en una habitación sin ventanas de la iglesia de la Hermandad Cristiana, que no se ha percatado de ese cambio de tiempo. Ha maldecido por lo bajo cuando se ha mojado de camino al coche, y volverá a mojarse en cuanto salga de nuevo para examinar el vehículo. De nada sirve quejarse. El limpiaparabrisas le despeja la visión bailando de derecha a izquierda a ritmo lento.

Treinta minutos más tarde, ve el furgón de Criminalística a un lado de la carretera y aparca tras él. A la izquierda, un sinfín de edificios iguales, con la fachada marrón de ladrillo cara vista. A la derecha, las vías del tren tras una tela metálica. El Audi A4 de Patrick Howard se encuentra delante del furgón. Alison se apea y un par de técnicos hacen lo mismo al verla. Se saludan con un gesto bajo la lluvia. La detective se acerca al coche negro y mira al interior a través de las ventanillas. Está prácticamente nuevo y no hay ni un objeto extraño sobre los asientos. Todo parece estar en su sitio, en perfecto estado. Lo que está fuera de lugar es el vehículo mismo. Cuando pasa por detrás del coche, percibe un ligero olor agrio. No es muy intenso, solo un sutil aroma camuflado entre la humedad que deja paso a la imaginación. No hacen falta las palabras ahora. El olor basta para que las imágenes se plasmen en el cerebro.

—Abrid el maletero.

Los técnicos de Criminalística cruzan una mirada. Uno de ellos saca un maletín del furgón y lo deja en el suelo. Lo abre y coge una especie de navaja pequeña y una ganzúa para forzar la cerradura. Hace movimientos repetitivos y pronto consigue que suene un sonido metálico. Extrae las herramientas y abre la puerta hacia arriba.

Ese ligero olor de antes se vuelve punzante. Envolvente. Virulento. Instintivamente, Alison retrocede un paso y se tapa la boca y la nariz con las manos. El origen del olor es inequívoco. Dentro del maletero hay un cadáver envuelto en una lona de plástico transparente.

32
Alison Hess
Jueves, 29 de septiembre de 2016, 14.40 h

No hace falta que quiten la lona de plástico transparente en la que está envuelto el cadáver para saber de quién se trata. Alison ha visto su cara durante días. Ha hablado con su mujer y lo ha intentado con su hijo. Lo han echado en falta en casa y en el trabajo desde hace cuatro noches. El hombre que yace muerto en el maletero del coche de Patrick Howard no es otro que Dennis Peterson.

Alison no puede creerlo. Estos días no han dejado de confundirse en su mente los papeles de víctima y de asesino. ¿Cómo ha podido ser tan estúpida? Se siente decepcionada. Con Patrick. Con ella misma. Alison no había descartado esta posibilidad en ningún momento, pero no esperaba que fuese lo que encontraría.

«Qué buen ojo tienes, Alison. Te has lucido».

Llegan más técnicos de Criminalística, Billy, el médico forense, y dos coches de policía. Los técnicos y el forense empiezan a trabajar cubiertos con chubasqueros blancos, guantes de látex y mascarillas quirúrgicas. Los agentes, entre los que se encuentra Paul haciendo como si Alison no estuviera, despliegan un cordón policial en torno a la escena del crimen. Ella, en cambio, no se ha movido del sitio. Sigue mojándose bajo la lluvia, mirando el interior del maletero y viendo cómo su primer caso, ese que parecía un simple acertijo sobre un suicidio, se ha convertido en un caso de homicidio.

«Era esto lo que pedías, ¿no, Alison?».

Estaba claro. Era lógico desde el principio. El subchef desaparece y el periodista se suicida dos horas después: lo mató, lo escondió en su maletero y se arrepintió casi en el acto. La posibilidad del suicidio

inducido y la posterior desaparición del subchef era demasiado rocambolesca. Alison se avergüenza de haberla tenido en cuenta. El lugar que escogió Patrick para dejar el Audi y el cadáver de Dennis le desconcierta, eso es verdad, pero, aunque estuviese lejos de su casa, le pudo dar tiempo a venir, abandonar el coche y volver en transporte público. Debe de haber una hora de trayecto hasta la calle Treinta y dos, aproximadamente. O a lo mejor lo recogió alguien en otro coche, quién sabe. De todos modos, la forma en la que lo hizo no le importa ahora.

¿Qué pudo hacer Dennis Peterson para que Patrick lo asesinara? Según dijo Linda, el periodista le había prometido a Dennis desvelarle el caso de su próximo libro, ese que trataba del asesinato de Hannah Larson. Alison aún no sabe si ambas cosas están relacionadas.

—Lo mataron a puñaladas —dice Billy.

Alison vuelve a la realidad y lo mira, confusa.

—¿Cómo dices?

—El cuerpo presenta varias heridas profundas en el estómago. —El forense señala la parte abdominal del cadáver donde hay sangre seca—. A simple vista, cuento cinco. Su agresor sabía que sangraría, por eso lo envolvió con el plástico. Eso también contribuyó un poco a la hora de camuflar el olor. El hecho de dejar el Audi junto a las vías del tren ayudaba a que no pasara mucha gente por su lado. Si no hubieran intentado desvalijar el coche, puede que aún no lo hubiésemos encontrado.

Alison no tiene respuesta a sus palabras. Se queda con la mirada perdida.

—¿Estás bien, detective Hess?

Mira a Billy y le muestra una sonrisa apagada.

—Llámame Alison, por favor.

Él recoloca sus pies sobre el asfalto, carraspea y rectifica:

—¿Estás bien, Alison?

Ella niega con la cabeza.

—No lo sé. Tengo la sensación de que he perdido el tiempo estos días.

—Lo has hecho bien. —Intenta consolarla poniéndole una mano sobre el hombro—. Con esto, el caso queda cerrado.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no soy quién para decir estas cosas, pero es obvio, ¿no? Buscabas el motivo del suicidio de Patrick Howard y a Dennis Peterson. Si no me equivoco, este coche pertenecía al periodista.

Suspira, cansada.

—Sí.

Billy la deja a solas con sus pensamientos y vuelve al trabajo. Alison observa de nuevo el cadáver en el maletero. Esperaba haber podido intercambiar unas palabras con Dennis, que le contara lo que pasó la noche del suicidio de Patrick Howard, que pudiera hablarle de ese libro inédito del periodista. Pero ese no era el camino que debía tomar. Alison se ha estado equivocando todo el tiempo. El plástico que envuelve a Dennis le dice que este asesinato no fue improvisado. Patrick Howard lo tenía preparado. Sabía que iba a matar a Dennis esa noche. Le había prometido algo que no iba a ofrecerle y el subchef acudió ilusionado a su casa.

Cinco cuchilladas en el estómago. A diferencia de la pistola que usó después para quitarse la vida, el arma del crimen fue silenciosa. Lo realmente ruidoso fue su aparición en *El show de Rachel Brooks*. Y pensar que para entonces Dennis Peterson llevaba una hora y media muerto y empezaba a pudrirse en el Bronx…

Alison tiene la ropa calada. Mira hacia el otro lado de la calle y, entre los técnicos vestidos de blanco, los policías, las luces estroboscópicas y las cintas de seguridad, ve a decenas de personas que se amontonan bajo los paraguas y cuchichean con el deseo de ver algo desde su posición o, al menos, enterarse de quién es el hombre que han encontrado en un maletero. Alison piensa en Linda y en su hijo y le dan ganas de llorar. Linda ha perdido a su marido y el pequeño Cody a su padre con tan solo nueve años.

Ella sabe bien lo que es que te arrebaten a una madre, aunque no se puede imaginar cómo será sobrellevar esta noticia a su edad. Duda que Cody lo entienda. No es natural. Un niño no piensa que su padre puede desaparecer de la faz de la tierra, que ya no lo volverá a ver nunca más, que no sentirá de nuevo su abrazo. Linda estará

destrozada. Ahora la imaginación le permite ver a madre e hijo, envueltos en un llanto desolador, y a ella con la mirada clavada en el suelo de su casa, sintiendo cada uno de sus dolorosos gritos como desgarros en el corazón.

De pronto, los curiosos del otro lado de la calle le producen una sensación de asco y rabia difícil de explicar. Les gritaría que se fueran a sus casas, que ahí no hay nada que ver, que sigan con sus vidas. Pero Alison está segura de que sería en vano. Ellos no saben quién es Dennis Peterson. No conocen a su esposa y a su hijo. No saben por lo que han pasado ni lo que les espera a partir de ahora. Si tuviesen un mínimo de empatía, si fueran conscientes de que ese cadáver no es un simple cuerpo, sino un padre de familia, a lo mejor dejarían el estúpido morbo a un lado y no se entrometerían en los asuntos ajenos. Pero ¿quién es ella para hablarles de moralidad? Aparta la mirada. No vale la pena.

Uno de los técnicos de Criminalística le enseña tres de las pruebas que han extraído del coche: dos teléfonos móviles y un cuchillo de cocina de unos diecisiete centímetros de acero. Los móviles de Patrick y Dennis y el arma del crimen, supone Alison. Si el cuchillo tiene las huellas dactilares de Patrick Howard, y apuesta a que las tendrá, el caso habrá tomado un giro de ciento ochenta grados. Tras este descubrimiento, Alison no puede evitar darle vueltas a una pregunta: ¿los vídeos ilegales están relacionados con esta muerte?

33
Alison Hess
Jueves, 29 de septiembre de 2016, 20.00 h

El día ha transcurrido lenta y pesarosamente. Alison lleva deseando que acabara desde que han abierto el maletero del Audi A4 de Patrick Howard. Cuando el juez ha dado permiso para levantar el cadáver, Billy se lo ha llevado para realizarle la autopsia. El coche, los teléfonos y el arma del crimen los ha confiscado Criminalística.

Alison ha vuelto a Manhattan con la vista clavada en el asfalto mojado. La lluvia no ha amainado y ha notado el frío bajo la ropa en todo momento. Como imaginaba, Linda Peterson se ha roto en un llanto desgarrador nada más verla delante de la puerta de su apartamento. Ni siquiera ha abierto la boca. Tan solo ha llamado al timbre y ha mirado a la mujer a los ojos, unos ojos cansados e hinchados. Eso ha sido suficiente para que ella lo entendiera.

La primera vez que Alison anunció la muerte de un familiar fue con Albert y Marga Howard, los padres de Patrick. Pero ahora ha sido diferente. Linda ha sufrido la desaparición de su marido, ha esperado y ha aguantado el sufrimiento y las preguntas de su hijo. Se ha mantenido alerta por si alguien tenía noticias de Dennis. Ha soportado la mala gestión de la información de Rachel Brooks y, posteriormente, de la prensa. Le ha ordenado a Cody que se fuera a su habitación y ha empezado a culpar a Alison de todo. De ser una inepta, de los problemas que Cody ha tenido en el colegio, de las falsas acusaciones a Dennis. Pero ha cambiado de opinión cuando Alison le ha contado dónde lo han encontrado y el día estimado de su muerte: Patrick lo mató hace cuatro noches, antes de que la policía, o ella misma, empezara la investigación. Nadie pudo salvarlo

porque nadie imaginó lo que podía pasar. Linda, aturdida, se ha hecho un ovillo en el sofá.

—No lo comprendo —ha susurrado entre lágrimas—. ¿Qué hizo Dennis para merecer esto? Perdóneme. Perdóneme, por favor.

Linda le ha contado que tanto Dennis como ella crecieron en el sur del Bronx, justo en el barrio donde se ha encontrado el Audi A4. Ambos eran hijos de familias trabajadoras y, en sus primeros años de pareja, se prometieron que algún día saldrían del Bronx para vivir en Manhattan. Dos décadas después, lograron mudarse al distrito más glamuroso de Nueva York. Malvivían, según ha dicho ella, pero eran felices. Esto ha hecho reflexionar a Alison. Si Dennis se crio en el Bronx, es imposible que fuera ese misterioso «Él» del diario de Hannah Larson. El desconocido vivía en Manhattan, de modo que Dennis Peterson queda descartado en ese sentido.

Caída la noche, Alison ha recibido un correo electrónico de Clement Barlow, de Criminalística: las huellas dactilares encontradas en el cuchillo del coche coinciden con las de Patrick Howard.

El sargento Russell ha convocado una rueda de prensa urgente delante del One Police Plaza. Se ha mostrado ante los periodistas con la expresión sombría pero satisfecha ante el deber cumplido. Un agente de policía, situado a su espalda, le ha sujetado un paraguas cuya tela ha tapado parcialmente las luces de los focos y ha formado sombras en su rostro. Alison ha permanecido a su lado, ausente.

«Tras los sucesos acaecidos en el día de hoy, el caso Patrick Howard queda resuelto. Como bien saben, el Departamento de Policía de Nueva York estaba detrás de la pista de Dennis Peterson, puntualmente señalado como sospechoso de la muerte del señor Howard, aunque se tratara de un suicidio. Sin embargo, esta tarde hemos hallado el cuerpo sin vida del señor Peterson dentro del coche del periodista. Después de esto podemos darle un sentido a las dos frases que pronunció Patrick Howard antes de quitarse la vida delante de millones de personas. Había matado a Dennis, se había convertido en un asesino, y había tenido un momento de lucidez en el que se dio cuenta de la gravedad de sus actos. Este no es el final que hubiésemos deseado, se lo aseguro, pero es el que nos toca afrontar. Por lo menos, ahora la familia de Dennis podrá

llorar su pérdida. Como siempre les pido en estos casos, tengan respeto hacia las víctimas y sus allegados. Buenas noches».

Nada más entrar en el One Police Plaza, Russell habla con pesadez:

—Enhorabuena, Hess. Ha cerrado su primer caso como detective. Venga mañana a primera hora a mi despacho. Ahora descanse, se lo merece.

—Pero, señor, el caso no puede cerrarse aún. Los vídeos que tenía Patrick Howard en su…

—Mañana más, Hess —la interrumpe—. Es tarde. Quiero volver a casa y olvidarme de esto por hoy, ¿puede ser?

Alison se plantea protestar, pero ella también está cansada. De modo que asiente con la cabeza y espera a que los periodistas se vayan de los alrededores del edificio, lo que lleva unos quince minutos. Cuando ve que la zona está despejada, sale al aparcamiento y, como si estuviera esperándola, aparece la reportera Camila Hernández por detrás de un coche.

—Detective, ¿tiene un minuto?

Va sola. No hay cámaras detrás de ella ni rastro de su micrófono con el logo de la cadena para la que trabaja. Alison pasa por su lado sin detenerse.

—Lo siento, pero la rueda de prensa ha terminado.

—Por favor —insiste Camila—. No se lo pido en calidad de reportera, sino como amiga de Patrick.

Esa última frase hace que Alison reconsidere la petición. Ya había sacado la llave del coche, tenía pensado subirse y escapar del aparcamiento sin responder ni una sola pregunta. Pero ahora lo piensa y se gira hacia ella.

—¿Qué es lo que quiere?

Camila se acerca. Carraspea y traga saliva.

—Quiero ayudar.

—¿Cómo? —Alison no se fía de ella. Ya vio cómo sacó de contexto una frase del sargento Russell por televisión.

—Dígamelo usted. Haré lo que sea.

—¿Dice que era amiga de Patrick?

—Sí. Nos conocimos hace unos años en los informativos, cuando él aún era el presentador. Mi primer día fue un desastre. Tenía que cubrir la noticia de una pastelería que estaba triunfando con sus galletas de chocolate. Pues bueno, todo salió mal. Me equivoqué con el nombre de la dueña tres veces y tiré al suelo unas bandejas llenas de galletas en la cocina. Fue muy vergonzoso. Estaba conectada con Patrick durante la entrevista y él me ayudó como pudo. A partir de ahí nuestra relación se estrechó y empezamos a quedar fuera del trabajo.

Alison arruga el entrecejo. No sabe cómo interpretar lo que le acaba de contar Camila y se esfuerza por recordar en todo momento que está hablando con una periodista que hará lo que sea por sacarle información de primera mano, algo que los demás medios no sepan.

—¿Qué tipo de relación tenían?

—Ya se lo he dicho: éramos amigos. Por eso quiero ayudar en lo que pueda. Cuando Patrick dejó los informativos para centrarse en su propio programa, fue Elisabeth Wolf quien lo relevó. Ella es muy buena, todos están encantados, pero yo prefería a Patrick. Aquello nos distanció. No vernos cada día en el trabajo hizo que nos olvidáramos poco a poco el uno del otro. Bueno, creo que él se olvidó de mí antes —sonríe con tristeza—. Pero lo entendí. Él tenía delante una gran oportunidad y no debía desaprovecharla. Se volcó de lleno en el programa y empezó a investigar crímenes sin parar. Pero de investigarlos a cometerlos hay un gran trecho.

—¿Cree que nos equivocamos? —le pregunta Alison—. ¿Cree que Patrick no mató a Dennis Peterson?

Camila se encoge de hombros.

—Perdí mi relación con él hace unos dos años, pero lo conocía muy bien y puedo asegurar que Patrick Howard no era un asesino.

—Entonces ¿por qué se suicidó, Camila? —suelta la gran pregunta.

Ella niega con la cabeza.

—No lo sé. Dígame qué puedo hacer para averiguarlo.

Alison suelta aire por la nariz.

—¿Cómo era Patrick?

—Atento, inteligente, buena persona.

Alison recuerda las palabras de Emily Simmons: «Con Patrick todo era un misterio».

—¿Usted diría que era misterioso?

Camila frunce el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Le pregunto si Patrick era reservado, si le dio la sensación alguna vez de que ocultaba algo, que tenía secretos que no compartía con nadie.

—Como todo el mundo, supongo.

Aunque no le falte razón, esa respuesta no le vale a Alison.

—¿Fueron amigos durante su matrimonio?

—No. Él se acababa de divorciar cuando yo entré en los informativos.

—Entonces no conoció a su exmujer.

—Me temo que no, pero me habló de ella.

—¿Recuerda qué le contó?

Camila hace una mueca.

—No se entendían. Creo que la prioridad de ambos siempre fue su trabajo y la cosa se enfrió: perdieron la pasión, cada vez pasaban menos tiempo juntos y discutían más. Según me dijo, él ya pensaba en el divorcio un año antes de firmar los papeles. Fue un proceso duro, como es normal. No me contó nada de sus tiempos felices.

—¿Le puedo preguntar si hubo algo entre ustedes dos?

—¿Se refiere a una relación sentimental? No, éramos amigos —remarca.

—¿Usted tenía pareja cuando empezaron a serlo?

—Aunque la gente diga lo contrario, un hombre y una mujer pueden ser amigos sin que haya nada más entre ellos.

Alison asiente lentamente.

—No digo que no. Pero…

—Bueno, qué más da. —Camila cambia de opinión al instante—. Una noche pasó algo, sí. Salimos de fiesta por Manhattan y nos emborrachamos. Patrick había venido en coche desde Brooklyn y no le dejé conducir en su estado. Fuimos a mi piso y… simplemente pasó. Si se lo cuento es para que vea que no tengo nada que ocultar. Mis intenciones son buenas, se lo juro.

—¿Se acostaron?

—Sí. Pero a la mañana siguiente estuvimos de acuerdo en que había sido un error. No volvió a ocurrir.

—¿Siguieron siendo amigos e hicieron como si nada hubiese pasado?

—Sí. Luego él comenzó con su programa y dejamos de vernos. Aunque ambos seguíamos trabajando para la FOX, teníamos calendarios y horarios muy diferentes.

—¿Le puedo preguntar si documentaron su encuentro?

—¿Perdone?

—¿Patrick le propuso grabarla esa noche? ¿Fotografiarla, tal vez? Créame, no se lo preguntaría si no fuera importante.

Camila no oculta su sorpresa.

—No… No propuso nada —responde confusa—. Estábamos borrachos. Yo… no lo recuerdo muy bien. Pero diría que estábamos a oscuras. No sé qué más contarle.

Alison se queda pensativa. Duda si la historia de Camila le va a servir de algo. Parece que ella no está segura de todo lo que pasó aquella noche. De todos modos, hacía dos años que no se veían; Camila no conocía al Patrick de los últimos meses. Hace un esfuerzo por formar una nueva pregunta, pero está agotada. Quiere que el día se acabe.

—Bien —dice—. Le agradezco su colaboración. Ahora me tengo que ir.

Camila da un paso adelante.

—Puedo hacer algo más si lo necesita.

—Gracias, pero no hay nada que pueda hacer. Me dice que Patrick Howard era buena persona y que no era un asesino, pero las pruebas indican lo contrario. No se puede hurgar más en esto: los hechos son los hechos.

La reportera insiste:

—Los informativos tienen una difusión a gran escala. Podemos cubrir una noticia de la manera más conveniente. Si usted me da información delicada, yo…

Alison niega con la cabeza. «Ahí lo tienes», piensa. Camila Hernández solo quería conseguir una exclusiva que le proporcionara

más audiencia. Puede que conociera a Patrick, que fuera amiga suya como afirma, pero no hay una intención genuina de ayudar en ella, sino un interés profesional.

—Lo siento, Camila, pero no le voy a dar lo que quiere.

—No me ha entendido —alza la voz, nerviosa—. Lo que le digo es que podemos colaborar con ustedes. Los periodistas no somos el enemigo, detective. Nuestra labor es informar, pero hay diferentes formas de hacerlo. No hay por qué contarlo todo por televisión. Se pueden ocultar partes de la verdad con un objetivo estratégico, incluso mentir sobre ciertos aspectos si con ello contribuimos en la investigación policial. ¿Lo entiende ahora?

Alison intenta encontrar la malicia en los ojos de la reportera, pero no lo consigue. ¿Debería hablarle de la pornografía infantil de Patrick? No serviría de nada. Le gustaría que así fuera, que Camila le esclareciese ese punto del caso. Puede que sepa algo que lo cambie todo. Pero Alison desconfía de ella. Ya metió la pata con Rachel Brooks y no quiere equivocarse de nuevo. Otro error así y Russell la apartaría del caso.

—Lo entiendo —dice al fin—. Pero no hay nada que le pueda contar.

—Está bien —acepta Camila, decepcionada. Se saca una tarjeta del bolsillo y se la tiende a Alison—. Ahí tiene mi número personal. Llámeme a cualquier hora. Si me pilla trabajando, le devolveré la llamada en cuanto pueda.

Alison asiente y se despide. Sube al coche y se dirige a Payson Avenue.

Una vez que aparca, pulsa el timbre y Mary abre a los pocos segundos. Ella lo sabe. Ha visto las noticias. Debe de haberlo hecho, porque no dice nada, solo le pone una mano en el brazo, como ha hecho Billy esta tarde, y la deja pasar. John la ve entrar en el salón y descifra al instante su mirada.

—Alison…

Ella se sienta a su lado en el sofá y se abrazan por unos minutos. No puede contener las lágrimas y llora entre los brazos de su padre.

Escritura terapéutica de Alison Hess

La primera sesión con el doctor Ross, el psicólogo que me proporcionó el Departamento tras la trágica muerte de mi madre, fue de todo menos apacible. Al menos por mi parte. Nos vimos en el One Police Plaza, en un despacho bastante amplio, con espacio para un sofá de dos plazas, un sillón de piel, un escritorio y varias sillas. Un gran ventanal iluminaba la estancia y dos plantas oxigenaban el ambiente en lo que iba a ser una hora de ataques y defensas. Yo era reacia a cualquier ayuda externa. Según mi parecer, nadie podía ayudarme, sencillamente porque era imposible traer a mi madre de vuelta. La muerte es un viaje solo de ida.

—Alison, tienes que dejarte ayudar —me dijo el doctor Ross, cuyo nombre nunca supe—. El duelo es un proceso natural. Es normal que te sientas frustrada, pero tienes que aflojar el nudo y llorar tu pérdida. Será la única manera de que estés en paz contigo misma.

—Usted no lo entiende —le reproché—. Mi madre ha muerto asesinada por hacer bien su trabajo. Mi padre sufre de alzhéimer. Hace poco que se lo diagnosticaron, pero necesita asistencia. Yo soy la única persona que le queda y no voy a dejarlo solo. No puedo llorar nada porque él no ha conseguido procesar la muerte de su mujer, así que debo seguir con una especie de mentira inocente para que mi padre sea feliz el resto de su vida.

—¡Pero, Alison, eso te va a hacer daño a ti! —se preocupó el psicólogo.

La voz se me rompió al hablar.

—Prefiero hacerme daño a mí que hacérselo a él. Es el precio que he de pagar.

El doctor Ross siguió intentándolo durante el resto de la sesión, en vano. Yo no quise volver, pero mis superiores, que habían hablado con el psicólogo después de esa primera toma de contacto, me dieron un ultimátum: seguir con la terapia era obligatorio si no quería que me considerasen incapacitada de mis funciones en la policía. Así que me vi discutiendo con el doctor Ross dos veces por semana.

—Alison, por favor —me dijo en una ocasión—. Date un poco de tregua.

Yo pensé en ello. Mi madre no querría que sufriese de esa forma. Pero sí que habría hecho lo mismo si estuviese en mi lugar. Adquirí su carácter, su perseverancia, aunque ella era más valiente que yo, y mucho más segura de sí misma. Yo nunca estaré a su altura, pero me siento orgullosa de parecerme un poco a ella. Luego pensé en el doctor Ross. Me sorprendía su actitud casi desesperada y supuse que podía manchar su historial si no conseguía restablecer mi paz mental y devolver al cuerpo de policía a su agente de baja. Y solo por eso, por mera empatía, cedí.

—Está bien. ¿Qué me recomienda que haga?

Me habló de delegar y de aprender a decir que no, de mirar por mí misma y no tanto por los demás, aunque me costara mucho trabajo al principio. Me dijo que lo mejor era que Mary regresara a casa y se hiciera cargo de mi padre. No estuve de acuerdo en un primer momento, pero pensé en el día en que tuviera que volver al trabajo y prometí considerarlo. No quería decidir nada enseguida. Necesitaba tomarme mucho tiempo para todo. Cuando intentaba decidir algo importante, me bloqueaba y no sabía ni avanzar ni retroceder, solamente me quedaba en blanco.

—Todo lo que te pasa es normal, Alison. Créeme.

Empezamos a realizar ejercicios en los que analizábamos pensamientos irracionales y las emociones que me transmitían, y me di cuenta de que la mayoría de las emociones dependían de cómo veía todo lo que pasaba en mi vida. En cierto modo, era dueña de mi estado mental. Solo tenía que aprender a gestionar esos pensamientos en mi día a día. Las sesiones con el doctor Ross se volvieron más distendidas. Ya no las veía como un campo de batalla,

sino como clases magistrales en las que yo era la aprendiz, y el psicólogo, mi maestro. Como correspondía, las primeras semanas focalizamos las sesiones en el tema de mis padres. Pero sentí un dolor en el pecho, como una astilla de madera que se me clavaba bien hondo, cuando el doctor Ross mencionó a Aaron.

—Lo hemos dejado. La relación no funcionaba —mentí.

Me dedicó una mirada curiosa.

—¿Hace mucho?

—Tres semanas.

Arqueó las cejas.

—Justo cuando todo ocurrió —murmuró.

Yo me quedé callada.

—Alison, ¿te puedo preguntar quién lo dejó?

—Fui yo.

Él asintió lentamente.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho. Lo nuestro no funcionaba.

—Pero ¿por algo en especial? —insistió.

Me encogí de hombros. Luego, sin darme cuenta, empecé a llorar.

—No podía con todo —exhalé.

Me costaba hablar de ello. A pesar de que el doctor Ross conocía mi caso a la perfección, no me salían las palabras para contar mi vida con Aaron. Era algo superior a mí.

—¿Tú quieres estar con él? —me preguntó.

Yo no paraba de llorar. ¿Por qué lo hacía?

—No puedo —conseguí decir.

El doctor Ross reflexionó unos segundos.

—A veces no somos conscientes de nuestras posibilidades. Un problema nos puede abrumar y no vemos más allá. Solo tenemos ojos para ese conflicto, sea el que sea, y dejamos de hacer otras cosas porque no podemos parar de pensar en ello. Se vuelve como un veneno, ¿entiendes? Si no cambiamos nuestra forma de pensar, hacemos que el problema se retroalimente y nos enredamos en un bucle cada vez más peligroso. Esto está relacionado con lo que hemos visto hasta ahora. Para avanzar hay que quitarse la anteojera

y verlo todo en perspectiva, relativizar nuestra vida y seguir el camino que realmente queremos seguir.

—Vale, pero ¿cómo lo hago?

El psicólogo sonrió.

—¿Te gusta escribir?

Fruncí el ceño.

—¿Escribir? ¿Cómo me va a ayudar escribir? —pregunte, escéptica.

—Te sorprenderías si supieras lo que se puede conseguir con la escritura. Lo que te propongo es un ejercicio de retrospección. Se trata de realizar un ejercicio de escritura terapéutica: quiero que escribas tu historia.

—¿Para qué?

—Para leerla después. Puede que descubras cosas que desconoces, que veas desde fuera todas tus acciones. Me gustaría que, tras haberte leído, pienses y escribas lo que le aconsejarías a esa persona que está detrás de las páginas, como si no la conocieras.

—Vale —me limité a decir—. ¿Se lo envío por correo electrónico?

—No. Nada de tecnología. Es mejor que lo escribas de tu puño y letra.

—¿Por qué? ¿No es lo mismo?

El doctor Ross negó con la cabeza.

—Cuando escribimos con papel y lápiz, centramos toda nuestra atención en lo que estamos haciendo. Hay una mayor activación de las regiones sensomotoras del cerebro y, por tanto, más sensibilidad emocional durante la escritura. Además, tiene efectos relajantes para combatir la ansiedad. Hazme caso, vale la pena el esfuerzo.

Esa misma tarde fui a la clínica de la doctora Becker y le conté lo que había pasado.

—Cuánto lo siento, Alison. —Me cogió la mano por encima de la mesa—. Si te ves superada por todo algún día, no hace falta ni que llames a la clínica. Vivo aquí arriba. Estaré encantada de ayudarte en lo que pueda.

El contacto físico me hizo sentir incómoda. Yo era la mejor amiga de su hermana y mi padre era paciente suyo, pero no teníamos tanta confianza. Estuve a punto de apartar la mano. En vez de hacerlo, le di las gracias. Al fin y al cabo, le acababa de decir que mi madre había muerto y la mujer me estaba apoyando de la forma que sabía. Yo ya había tenido que lidiar con las condolencias de familiares, amigos, compañeros y conocidos desde el día del entierro. Por una más no pasaba nada.

—Por suerte —continuó Vivian—, Mary te va a ayudar mucho con tu padre. Es de las mejores cuidadoras que conozco, te lo aseguro. Estáis en muy buenas manos.

Tras una mueca, le hablé sobre mi decisión con respecto a Mary y, como esperaba, se escandalizó.

—¡Eso es algo insostenible! Tú no puedes cuidar de tu padre las veinticuatro horas del día.

—Haré lo que pueda.

—Alison, escúchame. Tienes que aceptar que no todo puede pasar por ti.

Sus palabras me hicieron recordar al doctor Ross. Casi pude verlo, sentado en su sillón de piel, escrutándome a través de sus gafas de pasta y mordiendo el bolígrafo mientras me escuchaba.

—En realidad, estoy trabajando en ello —le confesé a la neuróloga.

Le expliqué que estaba yendo a terapia con un psicólogo de la policía y que me había propuesto un ejercicio de retrospección para poder ver las cosas con más claridad.

—Me parece una idea estupenda —afirmó—. Pedir ayuda es de valientes. Espero que cambies de opinión sobre eso que me has contado. Sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta. No estás sola en esto, ¿de acuerdo?

Inspiré hondo y solté el aire en un denso suspiro.

—Muchas gracias, de verdad.

Los treinta días de permiso se esfumaron tan pronto como habían empezado. De pronto me sentí asustada. Aunque había pensado

mucho en ello, aún no había tomado una decisión sobre Mary. Yo tenía que regresar al trabajo, pero no quería hacerlo, y tampoco deseaba dejar a mi padre solo. Justo antes de salir de casa, marqué su número en el teléfono:

—Buenos días, Alison —me dijo con voz dulce al descolgar—. ¿Empiezas hoy?

—Mary, necesito que vuelvas.

34
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 9.15 h

—¿Cómo sienta cerrar su primer caso en el Grupo de Homicidios, Hess? Es una sensación agradable, ¿verdad?

Russell la mira con expectación. Está contento por lo ocurrido. El suicidio de Patrick Howard por fin se ha resuelto. Ahora hay un caso de asesinato sobre la mesa, pero no parece importarle.

—¿Quiere una copa para celebrarlo? —dice sin dejarla responder, señalando un armario pequeño—. Tengo whisky, aunque supongo que aún es pronto.

—Estoy de servicio, señor.

El sargento suelta una carcajada.

—Es verdad, Hess. Hace bien. Bueno —levanta las palmas de las manos—, ha sido un trabajo limpio. Debe de estar satisfecha.

—Me temo que no lo estoy, sargento.

—¿No? Y eso ¿por qué?

—Con el debido respeto, me parece precipitado cerrar el caso ahora. No sabemos por qué Patrick Howard mató a Dennis ni qué implica la pornografía infantil en su ordenador. Es algo que aún me perturba y no puedo apartar los ojos sin más.

Russell se encoge de hombros y hace un ademán, quitándole importancia.

—Es normal decepcionarse cuando se conoce en profundidad a alguien. No existe la gente limpia. Todos guardamos algún oscuro secreto, y usted ha sabido averiguar cuál era el de Patrick Howard. Desde el primer momento, supo relacionar el suicidio del periodista con la desaparición de Dennis Peterson. La felicito. Tras el

descubrimiento de ayer, sabemos por qué Howard se quitó la vida y quién es el asesino de Peterson. Solo tenemos que esperar los resultados de los análisis de Criminalística y del forense para reafirmar esta hipótesis. Luego archivaremos el caso.

Los pies de Alison empiezan a tamborilear debajo de la mesa. Le sorprende que el sargento Russell esté tan decidido a cerrar el caso con varios frentes abiertos. Ella está de acuerdo en lo que a la culpabilidad de Patrick se refiere, pero no entiende cómo una persona tan conocida como él podría meterse en algo así: pornografía infantil, asesinato, suicidio. Russell se dispone a hablar de nuevo, pero Alison se le adelanta con una pregunta que lo desestabiliza:

—Él vino a hablar con usted, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Patrick Howard tenía un contacto en la policía, una fuente que le facilitó acceso a las pruebas del caso que investigaba.

—¿Qué insinúa?

—Por eso quiere cerrar el caso, ¿no? Porque puede que esto también le salpique a usted.

Russell aprieta los dientes y mira a Alison con los ojos entornados. Pero su expresión dura solo dura unos segundos. Luego reblandece sus facciones y baja la mirada.

—Howard me dijo que quería información sobre el caso del asesinato de Hannah Larson para su nuevo libro. Yo ya sabía que estaba escribiendo sobre eso cuando usted me lo dijo. El tipo era un ingenuo. Pensaba que iba a resolver el misterio veintitrés años después. Pero… —Se encoge de hombros—. Parecía tener buenas intenciones. Y yo sabía de su fama; se había convertido en toda una estrella de la televisión en cuestión de años. No sé. La idea de colaborar en uno de sus reportajes me atraía y me vi tentado a ayudarlo. Le dejé leer el informe policial, ver las fotos, las pruebas. Se trataba de un caso muy antiguo —se excusa—. No había nada que temer.

—¿Patrick Howard vino aquí, al One Police Plaza? —pregunta Alison.

—No. Quedé con él en privado. Saqué la caja del archivo y le dejé examinarla con la condición de que no se llevara nada. Le di una hora para tomar fotografías y notas. Eso es todo. Cuando se suicidó, temí que su muerte tuviera algo que ver con ese antiguo caso. Que yo, en vez de contribuir en su libro, hubiese contribuido en su…

—¿Por qué no me lo dijo desde el principio? —lo interrumpe, molesta.

—¡Se lo estoy diciendo! Porque, si fuera así, ¡yo también estaría involucrado! Ya le pasó al detective Garrett en su día y se vio obligado a dejar el cuerpo. Howard también quiso meterse y mire cómo ha acabado. Ese caso está maldito, ¿es que no lo ve? Si la prensa se entera de todo esto, estaré perdido.

Entonces Alison cae en la cuenta.

—Me ha mentido.

—¿Perdone? —dice inclinándose hacia ella.

—Sí que le dejó llevarse algo. El diario de confesión de Hannah Larson no estaba en el archivo cuando me condujo allí.

—Ah, sí. —Se pasa una mano por la cara—. Eso fue después. Me dijo que el reverendo Weaver había accedido a interpretar el diario de Hannah, pero yo me negué en redondo. Le dije que ese diario era una prueba de la investigación y que no podía dárselo a nadie externo a la policía. Él insistió, insistió mucho. Era un obstinado. Me aseguró que el diario volvería al archivo en cuanto acabara el libro y accedí. Pero ahora ha muerto y, aunque no me guste la idea, tendremos que ir a por él de nuevo.

—Patrick le prometió al reverendo Weaver que devolvería el diario a su hogar, a la iglesia. Nunca le mencionó que tendría que volver al One Police Plaza.

—Debió de engañarlo para salirse con la suya. De todos modos, eso ya no importa. El círculo se cierra con Dennis Peterson. Estas muertes no tienen nada que ver con Hannah Larson.

Alison se queda pensativa.

—Linda Peterson dijo que no había relación entre Patrick y Dennis más allá de los repartos nocturnos. Pero, si esto no está relacionado con el caso Larson, ¿por qué lo hizo? Era famoso, sin problemas

económicos, embarcado en su propio programa y su tercer libro… No tenemos un móvil claro.

—¿No le basta con la maldad? Hess, debe hacerse a la idea de que no todo el mundo es como usted. Hay gente mala, gente que arrebata vidas por placer. ¿Acaso esos vídeos que encontramos en su ordenador no le hablan ya de un psicópata?

—Los vídeos no son los únicos archivos ilegales que había en casa del periodista. Le recuerdo que la chica de la fotografía que encontró Criminalística era Hannah Larson.

Russell resopla. Comienza a perder la paciencia.

—La foto de Hannah estaba dentro de una vieja cámara, no en el ordenador. Desde mi punto de vista, no tiene nada que ver una cosa con la otra. Howard habría conseguido la cámara de alguna forma y, como queda claro después de todo, era un pervertido.

—Pensaba que, a partir de esos vídeos, querría desentrañar una red de pornografía infantil.

—¡Eso ya no importa! —vocifera, nervioso—. ¿Es que no lo entiende?

Alison lo entiende muy bien. El sargento Russell pretende cerrar el caso a toda costa, aunque deje cabos sueltos. Posiblemente no quiere ver una mancha en su historial por haber sacado material confidencial del archivo y habérselo entregado a alguien ajeno al Departamento. Eso si no hay algo más.

Decide no seguir con las protestas y asiente con un gesto casi imperceptible.

—En cuanto lleguen los informes del forense y de Criminalística, quiero que escriba el suyo y que deje estar el asunto, ¿me oye? No me toque más las narices, Hess. Y ahora desaparezca de mi vista.

Alison sale del despacho y cierra la puerta tras de sí. Ella no quiere cerrar el caso ahora. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. Debe encontrar una pista que la obligue a continuar con la investigación, algo con lo que Russell no pueda detenerla. Tiene hasta que lleguen esos informes. Si no, no habrá vuelta atrás.

35
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 10.00 h

Alison se detiene delante de la puerta. Va a ser la primera vez que entre ahí. Pone una mano sobre el pomo, cuenta hasta tres y abre despacio, como quien entra a hurtadillas en casa ajena. Es su despacho, su nombre está grabado en el rótulo de afuera, pero a la vez es como si no le perteneciese.

Enciende la luz y lo observa todo con distancia. Se trata de un cubículo de tres por dos con nada más que un armario estrecho y un escritorio. No tiene ventanas. Hay una pequeña caja de cartón sobre la mesa. Se aproxima, la abre y su corazón bombea con fuerza cuando ve dentro la cámara del desconocido del diario de confesión. Ha leído acerca de ella. De cómo Hannah la robó para que nadie pudiera ver el contenido del disco. A lo mejor la escondió y Él la encontró. La cuestión es ¿quién era Él?

Tras un momento de duda, Alison la coge y siente un escalofrío. Esa cámara la tocaron Hannah, Él, Patrick… Y dos de ellos están muertos a estas alturas. Se trata de una Sony Mavica negra con objetivo de 50 milímetros, bastante grande y pesada. Al examinarla confirma que no usa carrete ni cintas tradicionales, sino discos extraíbles.

Le da vueltas al caso una y otra vez. ¿Qué puede hacer? Necesita tiempo, pero no lo tiene. Ha de actuar ya. Piensa en lo que ha descubierto hasta ahora. Lo que falta por descubrir. El sargento Russell quiere que olvide todo lo relacionado con el libro inédito de Patrick Howard. Pero ¿y si es el centro del caso? Karen le dijo que

Patrick borró un documento de texto días antes de su muerte. Alison necesita más detalles sobre eso.

Devuelve la cámara a la caja y sale del despacho. Una vez fuera, se da cuenta de que ha estado aguantando el aire en los pulmones. Sube a la novena planta del One Police Plaza y entra en la sala de trabajo de la Brigada de Delitos Informáticos. Bajo las luces blancas del techo, Karen la mira con cara de pocos amigos.

—Si por lo menos me dieras las gracias de vez en cuando…

—Lo siento, Karen. Siento no haber ido a comer contigo, pero tenía que hablar con Linda Peterson. Era importante.

La informática hace un ademán.

—Da igual, ¿vale?

—No. Escúchame. Me he portado como una imbécil contigo. He sido mala amiga, lo reconozco. Perdóname, por favor.

Karen apoya los codos sobre el escritorio.

—Está bien.

—Y gracias por lo del ordenador de Patrick Howard.

—Es mi trabajo.

—Aunque así sea, me ayudaste. Y lo mínimo que puedo hacer es agradecértelo.

Karen asiente.

—¿Estás segura de que lo que borró era el manuscrito del libro? —pregunta Alison.

—Coincidiría en tamaño estándar con un archivo de texto de esas características, sí. ¿Por qué?

—Es que… se me había ocurrido que ese ordenador podría no ser suyo.

Karen la mira sin entender.

—¿A qué te refieres?

—A que alguien podría haberlo puesto en su casa para que creyésemos que era el suyo, pero realmente no lo fuese. ¿Me entiendes?

—Pensaba que habíais cerrado el caso. Anoche vi la rueda de prensa. Russell parecía que lo tenía todo bajo control, que la investigación había finalizado.

—Russell quiere detenerla, sí. Pero voy a intentar que no lo haga.

—¿Cómo que quiere detenerla? Espera un momento, ¿qué me he perdido?

Se lo cuenta todo.

—Joder —murmura Karen—. Sinceramente, no sé qué decir.

—Con que me digas qué te parece mi hipótesis es suficiente.

—¿Lo del ordenador? Pues no sé, Alison. A mí no me encaja. El portátil tiene mucha información personal de Patrick. Además, está el documento de texto borrado, que todo apunta a que era ese libro inédito. Lo hizo días antes de su suicidio. Porque estamos hablando de un suicidio, no de un asesinato. Me parece improbable que ese ordenador no sea el suyo. Además, he revisado su auditoría y te puedo asegurar que ha tenido un uso normal, sin nada destacable. Se ha conectado a la misma red wifi durante los últimos meses. Es decir, que no se ha movido del sitio.

Alison asiente, decepcionada.

—De acuerdo. Tiraré de otros hilos entonces. Otro día te invito a comer, ¿vale?

Karen sonríe, pero no demasiado. Sabe que las decisiones de Alison son inestables.

—Mejor una cena.

—Hecho.

Alison vuelve a su despacho y se dispone a llevarse la caja con la cámara, pero su móvil suena en el momento de abandonar el cubículo y retrocede para dejarla de nuevo sobre la mesa. El nombre del forense aparece en la pantalla.

—¿Billy? —contesta.

Él no se anda con rodeos:

—He encontrado algo. Algo importante —recalca.

Alison arruga el entrecejo. Se concentra en lo que trata de decirle el forense.

—¿En el cuerpo de Dennis Peterson? ¿El qué?

—Es mejor que lo veas con tus propios ojos.

36
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 10.30 h

La Oficina Forense está en el 520 de la Primera Avenida. Alison y Billy se encuentran en la planta baja y se dirigen sin mediar palabra a la sala donde permanece el cuerpo de Dennis Peterson. Varias mesas metálicas custodian artilugios cuya utilidad Alison desconoce. Las ventanas están cerradas de forma hermética y la temperatura es baja, casi molesta. Billy cierra la puerta tras ellos y se acerca a una de las cuatro cámaras mortuorias que hay en la pared.

—No lo he sacado —dice—. Me parecía correcto esperar a que lo vieras primero.

—¿El qué?

Él no responde. Decidido, abre la nevera y desliza la bandeja corporal hacia fuera. La imagen es impactante para Alison. El cadáver de Dennis Peterson se muestra ante ellos desnudo. Tiene cinco cortes profundos en el abdomen, pero no hay sangre seca sobre la piel: Billy ya ha hecho el examen externo y ha lavado el cuerpo para facilitar el examen interno. No hay rastro de otras incisiones.

—¿Qué es lo que tengo que ver, Billy? —insiste.

—Ponte al otro lado de la bandeja.

Ella accede, dubitativa. El forense aproxima sus manos enguantadas al rostro del cadáver y le abre la boca con cuidado.

—Mira dentro.

—¿Qué? —murmura

Pero Billy no contesta.

Alison coge aire con dificultad y lo expulsa por la nariz. Se inclina hacia el cuerpo inerte que tiene delante y se asoma a la cavidad de la boca. De pronto se percata de lo que Billy quería que viera. Debajo de la lengua hay una cápsula blanca. Sin duda, es algo que no debería estar ahí.

—¿Qué es? —quiere saber.

—A simple vista, parece un medicamento.

Alison busca otra respuesta en su mirada.

—Pero no crees que lo sea, ¿verdad?

Billy hace una mueca.

—Tengo una corazonada. Esto me recuerda a algo.

—¿A qué?

Él permanece en silencio, lo que irrita a Alison. Coge unas pinzas de la mesa metálica de su espalda y extrae la cápsula de la boca de Dennis Peterson. Ambos se acercan a la mesa y Billy deja las pinzas a un lado para examinar la cápsula bajo el microscopio.

—Billy, dime lo que piensas, por favor.

—¿Has leído *El mensajero de Sacramento*? —pregunta sin apartar la mirada del artilugio.

—¿El primer libro de Patrick Howard? No. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Trata de un caso en el que encontraron a un hombre muerto en una cuneta. En el cadáver había un mensaje de su asesino para la policía: una dirección escrita en la espalda. El detective que investigaba el caso siguió las indicaciones y llegó a una casa aparentemente deshabitada. El mensajero, como llamaron al hombre muerto, solo era una parte de algo más grande; el verdadero crimen estaba dentro de aquella casa. Más tarde descubrieron que él también había participado en la masacre y que su muerte había sido fruto de una discusión con su compañero.

Alison escucha a Billy con los ojos bien abiertos. Ve cómo aparta la mirada del microscopio y manipula la cápsula con las manos.

—¿Qué había dentro de la casa, Billy?

—Cinco cadáveres. Una familia entera. Los encontraron descuartizados en el sótano.

Billy consigue abrir la cápsula de gelatina y, para sorpresa de Alison, no cae polvo de su interior. En lugar de eso, hay un diminuto trozo de papel enrollado que él saca con dos dedos. Lo despliega y se lo enseña. Es una dirección del Bronx.

37
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 11.15 h

El cielo aún está gris. Es un recuerdo de la pesadilla de ayer y un aviso de lo que puede venir mañana. Alison tiene los nudillos blancos cuando al fin suelta el volante del coche: lo agarraba con fuerza sin darse cuenta. Un hombre que fuma sentado en una silla de plástico descolorida por el sol la mira como si hubiera entrado en un lugar privado. Tiene una barba descuidada y viste una sudadera verde oscuro, tejanos y gorra. Alison sigue su ritual e intenta calmarse. Debería haber avisado a alguien para que la acompañase, pero no sabe qué se va a encontrar y tampoco quiere movilizar agentes sin motivo.

Baja del coche y pasa por delante del fumador. Hace como si no estuviera, como si no la intimidara. Él la sigue con la mirada. Si no fuera por ese hombre, la calle estaría desierta.

Localiza el número 789 antes de llegar a la esquina: una casa de una sola planta con la fachada de color gris y la pintura desconchada. Cintas policiales vetan el acceso a la puerta principal. Una ya está despegada, lo que le hace pensar que llevan bastante tiempo allí. Hay una persiana metálica enrollable a la izquierda.

Alison mira hacia atrás y atisba la mirada del fumador a lo lejos. Maldice para sus adentros y rodea la casa en busca de otra entrada. Camina con cautela, atenta a cada rincón de maleza. De pronto oye un ruido y no puede evitar dar un respingo al notar a sus pies el correr de una rata. Se obliga a recomponerse y resopla.

Alcanza la parte trasera y ve que no hay otra puerta, pero sí dos ventanas, una de ellas rota. Por esta se observa parte de un pasillo

cubierto de suciedad. Sin pensarlo demasiado, mira a ambos lados y saca la Glock para romper las puntas del cristal con la culata. Tras enfundarla de nuevo, se agarra al marco de la ventana y se impulsa hacia dentro. Sabe que lo que está haciendo no es protocolario, pero el mensaje que dejó Patrick en el cadáver de Dennis Peterson conduce a pensar que ha ocurrido algo en esta casa, algo terrible. Con un esfuerzo, cae de pie al otro lado. El corazón le martillea el pecho. Saca de nuevo el arma y la empuña con ambas manos.

Recorre el pasillo y revisa dos habitaciones. En ellas no hay más que un colchón tirado en el suelo y botellas de agua vacías. Entra en un cuarto de baño y se contempla reflejada en el espejo. Hay una bañera con una cortina vieja y un retrete oxidado. El pasillo tuerce a la derecha y ve la cocina. La basura rebosa en un cubo negro abierto y el olor hace que Alison se tape la nariz con el brazo. A pesar de ser desagradable, no es igual que el que olió ayer en el coche de Patrick Howard. Sigue avanzando y llega al salón, que da a la parte delantera de la casa. La luz entra débilmente por las ventanas. Solo hay un sofá de dos plazas y una mesa con cuatro sillas. Decepcionada, baja el arma.

«Aquí no hay nada», piensa.

Pero, cuando se dispone a deshacer sus pasos, encuentra una puerta entreabierta en la que no había reparado. Está justo al lado de la puerta principal, lo que le hace recordar la puerta metálica enrollable. Alza la Glock y apunta hacia la oscuridad. Avanza sin hacer ruido y empuja la puerta esperando ver lo peor.

En esa parte de la estancia no hay ventanas, por lo que la iluminación depende de la luz natural del salón, insuficiente para vislumbrar nada a más de un metro del umbral. Alison toquetea la pared en busca de un interruptor. Encuentra uno, pero no funciona; la electricidad no está dada de alta. Como último recurso, saca su móvil y enciende la linterna. Es entonces cuando lo ve.

No se trata de un asesinato. No hay cuerpos descuartizados como en el libro de Patrick. Ni siquiera hay nadie en ese sitio. Pero lo reconoce. El suelo de cemento irregular es inconfundible. Se trata del lugar donde se grabaron los vídeos de pornografía infantil.

38
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 12.15 h

—¿Lo tienes?

En cuanto ha salido de la casa abandonada, Alison ha llamado a Karen y se lo ha contado todo. Le ha dicho que ha ido al lugar donde se grababan los vídeos, pero que no lo ha encontrado por su cuenta, sino que ha sido el mismo Patrick quien la ha enviado a allí a través de Dennis Peterson. Como había cintas policiales en la puerta, le ha dado la dirección y le ha pedido que la buscara en la base de datos de su departamento.

—Sí. En efecto, la dirección está relacionada con el caso de una red de pornografía infantil que se cerró hace unos nueve meses. Se detuvo a Darius y Matilda Nielsen, los dueños de la casa. La investigación la hicieron dos compañeros míos: rastrearon los movimientos del perfil que distribuía los vídeos por la Dark Web y dieron con esa pareja. En su ordenador encontraron información codificada, parecida a la del documento que hay en el portátil de Patrick, que no fueron capaces de descifrar. Los detenidos no delataron a posibles socios. Si Patrick Howard y Dennis Peterson estaban involucrados, se libraron de la policía.

—La carpeta llamada «DP», el documento cifrado, los vídeos, todo lo que ha pasado en torno a Patrick y al subchef… —enumera Alison, que va encajando las piezas—. ¿Crees que ambos tomaron el relevo de los Nielsen?

—Eso si no hay más como ellos. Ya te lo dije: existen otros vídeos en internet que se grabaron en el mismo sitio. La distribución no se detiene nunca. Es un bucle infinito. Cualquiera que posea esa

mercancía puede venderla de nuevo, al menos hasta que la policía o las organizaciones competentes marquen las imágenes. En cualquier caso, es muy difícil parar algo así.

A Alison se le revuelve el estómago.

—Y ¿qué hay de los niños? Ellos pueden ayudar en la identificación de los abusadores, ¿no?

Silencio.

—¿Karen?

Se oye un pequeño suspiro al otro lado de la línea.

—Cada año desaparecen miles de niños, Alison. Y las denuncias sobre sospechas de explotación sexual infantil se cuentan por millones. En la Brigada tenemos que revisar contenido de este tipo a diario para identificar a víctimas y agresores. El caso es que, con suerte, hay niños que consiguen salvarse del abuso, aunque sus imágenes siguen distribuyéndose por internet, y no siempre pueden aportar información relevante. Pero también hay veces que no se vuelve a saber nada de ellos o que se encuentran sus cuerpos escondidos o enterrados bajo tierra.

A Alison le hierve la sangre. Le gustaría gritar, pero no lo hace. Piensa que la muerte no era suficiente condena para Patrick Howard y Dennis Peterson. Estaba equivocada: estas muertes no tenían nada que ver con el libro que estaba escribiendo Patrick.

39
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 12.45 h

Ha vuelto al One Police Plaza y deambula sin saber qué hacer. Ahora ya tiene la conexión que buscaba, la que relaciona a Patrick con Dennis. Todo apunta a que traficaban con las grabaciones y que, por alguna razón, Patrick mató a Dennis y dejó un mensaje para delatar la culpabilidad de ambos. Tal vez esa era su intención desde el primer momento, contarlo todo a la policía, y Dennis se opuso. La situación de uno y otro era muy distinta, y a lo mejor Dennis solo podía seguir adelante con la seguridad del dinero que el negocio ilegal le proporcionaba. Aunque Patrick también lo perdería todo. Él era un periodista de éxito que presentaba su propio programa y vendía millones de ejemplares de sus libros sobre *true crime*. Cada persona tiene sus límites, y puede que Patrick hubiera sobrepasado el suyo. La culpa lo carcomía y necesitaba confesar lo que estaban haciendo.

Alison se pregunta si debería contarle sus avances al sargento Russell, pero descarta la idea al acordarse de su negativa a seguir con el hilo del caso Larson y de la cámara con el fotograma de Hannah desnuda.

Sube a su despacho y ve la caja con la Sony Mavica sobre la mesa. Es muy probable que no consiga nada. Lo que se propone hacer es seguir una investigación que se aleja del caso principal, pero está directamente relacionada con Patrick Howard y su cara oculta. Russell no tiene por qué saberlo.

Saca su móvil y busca en Google tiendas de cámaras antiguas.

La lluvia rocía el suelo con delicadeza. Alison camina por la Novena Avenida con la barbilla bajo el cuello del abrigo y una mano metida en el bolsillo. Con la otra sujeta la caja de Criminalística contra su cadera. Atisba el toldo gris que reza PHOTO GRIFFIN con letras blancas y un escaparate atestado de trípodes, focos y cámaras de todo tipo. La campanita tintinea sobre su cabeza cuando abre la puerta. Un hombre que se encontraba enfrascado en la pantalla de su ordenador se vuelve hacia ella y se levanta de la silla para saludarla. Rondará los cuarenta años, puede que alguno menos. Viste vaqueros y una camiseta negra con la palabra «Retro» estampada entre una cruz y cuatro círculos pequeños. En el pecho, una pequeña etiqueta con su nombre: Gregory Griffin.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarla?

Alison deja con cuidado la caja sobre el mostrador.

—Me gustaría que le echara un vistazo a una cámara. A ver qué me puede decir sobre ella.

—¿Qué busca exactamente?

—Perdone, no me he presentado. —Saca la placa—. Soy la detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios. —Abre la caja y le tiende la Sony Mavica—. Esta cámara está relacionada con un caso y necesito que la examine por mí.

El fotógrafo la coge y la mira con expectación.

—No sé si podría decirme si es un modelo limitado o si tiene alguna pieza que no sea de fábrica… Cualquier cosa que me haga dar con su dueño.

—¿Me toma el pelo? —suelta, incrédulo. Las pupilas se le han dilatado—. ¿Cómo la ha conseguido?

—Lo siento, señor Griffin, pero no puedo darle esa información. ¿Por qué lo dice? ¿La reconoce?

—¿Que si la reconozco? Es una Sony Mavica de 1981. Esta cámara ni siquiera se comercializó. Es un prototipo de la primera cámara fija electrónica de la historia.

Alison levanta las cejas, atenta.

—¿Quiere decir que es un objeto único?

—No sé si único, pero sí muy especial. Debe de haber muy pocas en el mundo.

La temperatura del cuerpo de Alison asciende en pocos segundos. Esto es lo que necesitaba, un hilo del que tirar.

—Y ¿quién podría tener una cámara de estas características?

—Buf, no sé. Alguien importante, supongo.

—¿Cómo de importante? —inquiere.

—Puede que alguien que trabajara para Sony en aquella época.

Alison da un pequeño golpe en el mostrador como señal de victoria.

—Perfecto. Muchísimas gracias, señor Griffin —dice según coge la cámara y la mete de nuevo en la caja de cartón. Él pone cara de decepción al ver cómo se la arrebata de las manos—. Me ha sido de mucha ayuda.

La lluvia aumenta de intensidad cuando cruza el puente de Brooklyn. Alison ha llamado a Karen y le ha preguntado por los padres de Dennis Peterson. Linda dijo que ella y Dennis aún no se habían conocido en 1993, por lo que quería buscar otras fuentes fiables. Tras una breve búsqueda en el ordenador, Karen le ha informado de que los padres de Dennis murieron hace años. Aparte de Linda y Cody, Dennis no tenía más familia. Debe buscar otros caminos, y sabe perfectamente cuáles son los siguientes pasos. A Alison no le apetece hacer esto, pero es la única manera de avanzar.

Aparca el coche en el barrio de Kensington y entra en la zapatería de los Howard. Un olor a piel y plástico se mete de pronto en sus fosas nasales. Albert y Marga la miran con los ojos llenos de dolor y ponen el cartel de CERRADO en la puerta.

—Ya lo sabemos —dice Marga—. Vimos la rueda de prensa.

Alison asiente despacio. Eso le ahorra tiempo.

—Lo siento mucho —se limita a decir.

Albert niega con la cabeza.

—Patrick nunca haría algo así. No me cabe en la cabeza. Yo… —intenta explicarse, pero no lo logra. Está abatido.

—Esto nos ha sorprendido a todos, créanme.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunta Marga.

—Mi superior quiere dar el caso por terminado. Se culpará a Patrick por el asesinato de Dennis Peterson y todo acabará.

—Pero ¿por qué iba a hacerlo? —quiere saber Albert, que se encuentra desubicado en este sinsentido—. ¿Por qué mi hijo iba a matar a ese hombre?

Alison piensa en los niños, en la carpeta «DP», en el documento cifrado, en el mensaje de la cápsula, en la casa abandonada.

—Ojalá tuviera una respuesta a su pregunta, señor Howard, pero no la tengo.

—Y ¿van a cerrar el caso sin saberlo?

—Voy a intentar arrojar algo de luz sobre esto antes de escribir el informe, pero no dispongo de mucho tiempo. Díganme, ¿dónde vivían cuando Patrick era un adolescente?

—Aquí, en Brooklyn —dice Marga—. Creo que ya se lo dijimos la última vez. Nunca hemos salido del distrito. Patrick lo hizo por primera vez en julio, cuando se alquiló esa casa del demonio.

—Entonces ¿no había vivido en Manhattan antes de su última mudanza?

—Claro que no —responde Albert.

—Y ¿alguna vez han tenido un perro? ¿Un border collie, quizá?

—Nunca hemos sido de tener mascotas en casa —admite Marga.

—Ya veo. ¿Alguno de ustedes trabajó para Sony?

—Tampoco. Hemos trabajado en esta zapatería muchos años.

Alison deja la caja sobre el mostrador y saca la Sony Mavica.

—¿La han visto alguna vez?

Los dos cruzan una mirada antes de responder al unísono.

—No.

De vuelta a Manhattan, la lluvia se ha convertido en un torrente de agua que cae sobre el asfalto creando una nebulosa que le impide ver a más de tres metros. A pesar de que el tiempo corre en su contra, no puede ir más deprisa. Pero el temporal no es el único

impedimento. Nueva York no iba a dejarle el camino despejado hasta su destino.

Detenida en medio de un mar de vehículos, tiene una idea y llama a Karen.

—Cuéntame, Alison.

—Si te mando un número de teléfono, ¿me puedes dar un registro de las últimas llamadas?

—Esa información la tiene el operador, y necesitaré una orden judicial si quiero que rompa el acuerdo de confidencialidad.

—Se trata de Patrick Howard. Puedes basar la petición en los vídeos que encontramos en su ordenador.

—Lo intentaré, pero puede que no lo tenga hoy.

—De acuerdo, ahora te lo envío. Gracias, Karen.

Alison le envía a la informática el número de Patrick Howard y reanuda la marcha.

Cuarenta y cinco minutos después, al otro lado de la ciudad, hace la siguiente parada. Mira por unos segundos la casa de color rojizo desde el interior del coche. Ser detective es muy diferente de lo que ella creía. Se pasa el día incordiando a la gente, dando malas noticias, soportando llantos e insultos. Es un trabajo rodeado de muerte.

«Fuiste tú quien quiso entrar en el Grupo de Homicidios», se dice a mí misma.

Sí, es verdad. Alison supo antes de ingresar que no sería un camino de rosas. Hay que ser fuerte y mantener el equilibrio sobre la cuerda floja para no caer al vacío. Pero ella no sabe si es lo bastante fuerte para esto. Le gustaría tener la convicción de que está haciéndolo bien. Russell se lo ha dicho esta mañana, pero la situación no acompaña. No se siente satisfecha.

«No temas, tu luz bastará para iluminar el camino».

Coge la caja y la protege de la lluvia debajo del abrigo. Prepara el paraguas y sale a la calle. Sube los escalones de piedra de la casa, situados a la derecha de una puerta que sabe que da a un sótano, y llama al timbre. Le da tiempo a sopesar la idea de irse durante la espera, pero un hombre de edad avanzada le impide hacerlo cuando abre la puerta.

—Hola —dice, algo confuso—. ¿Quién es usted?

—¿Quién es, cariño? —pregunta una voz femenina, que se materializa en cuanto aparece por el vano de la puerta.

Es una mujer mayor. Se agarra del brazo de su marido y mira a Alison con curiosidad.

«Vamos. Di algo».

—¿Estás bien, joven? —se preocupa él ante su mutismo.

Alison carraspea.

—Me llamo Alison Hess. Soy policía. Encantada de conocerles, señor y señora Larson. ¿Puedo pasar?

40
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 14.25 h

Lo primero que llama la atención a Alison nada más entrar en el salón de la casa de los Larson es el gran piano de cola marrón. Es un Steinway & Sons con la madera recién bañada en barniz. Por su aspecto, tiene ya sus años, pero está perfectamente conservado. Rose Larson repara en su mirada y sonríe, nostálgica.

—Es el piano de Hannah —comenta—. Iba a clases particulares, ¿sabe? Se le daba bien, pero estaba completamente segura de que no quería dedicarse a ello. Mi niña tenía otras aspiraciones en la vida. —Se encoge de hombros—. A mí me hubiese gustado. Siempre he sentido debilidad por la música.

Alison da un paso hacia el piano y extiende la mano para acariciar las teclas blancas y negras.

—No lo haga —la detiene Steven Larson.

Ella se frena en seco.

—Perdone, no quería…

—Nadie ha tocado ese piano desde que Hannah se fue —le explica —. Solo el hombre que viene a afinarlo. Nos encargamos de que esté siempre impecable, a punto para ser tocado. Pero la última melodía que sonó la tocó ella.

—Entiendo. —Alison se separa del instrumento—. Bueno, no sé si sabrán por qué estoy aquí.

—Sí —dice Rose—. Nos lo podemos imaginar. Supongo que es por nuestra hija. Y por Patrick Howard, claro.

—Lo saben —piensa Alison en voz alta.

Ambos asienten.

—Vino hace unos meses a casa —aclara Steven—. Nos dijo que quería escribir un libro sobre Hannah. —Se le humedecen los ojos—. Cuánto le habría gustado. Después de esto, es una pena que no salga a la luz.

—Hannah no era muy amante de los libros —dice Rose—, pero estamos seguros de que el del señor Howard sería un gran homenaje.

—Quería vengarla —añade Steven—. Dijo que iba a investigar su muerte. Nos prometió dar con su asesino. —Aprieta los puños—. Ese indeseable seguirá en libertad el resto de su vida.

—¿Quiere sentarse? —le ofrece Rose.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo, señora Larson.

—Y ¿cómo le podemos ayudar nosotros?

—Han dicho que Patrick Howard vino aquí hace unos meses. ¿Dirían que era una persona peligrosa?

—¿Peligrosa? —se sorprende Rose—. Para nada. El señor Howard era todo un caballero. Muy amable con nosotros. Nunca pensamos que podía tener malas intenciones.

—¿Saben de qué lo acusan?

—Sí —admite Steven—. Y no nos creemos ni una sola palabra.

—¿Por qué están tan seguros de que Patrick es inocente?

—¿Puede ser un asesino alguien que busca justicia?

La pregunta deja descolocada a Alison. No sabe qué responder. Supone que podría serlo en un momento de forcejeo, un mal movimiento en defensa propia. Pero ella sabe que Patrick no es inocente. La muerte de Dennis fue premeditada.

—De lo único de lo que es culpable el señor Howard es de haberse quitado la vida —opina Rose—. Se equivocó, claro está. De todos modos, somos humanos y yo estoy segura de que Dios, Nuestro Señor —aferra con una mano su colgante en forma de cruz—, nos lo perdonará todo.

—¿Les puedo hacer una pregunta?

—Adelante —concede Steven—, es usted libre de preguntar lo que sea.

—¿Conocen a alguien que trabajara para Sony en los años ochenta?

Los dos arrugan la frente.

—No. ¿Por qué?

Alison saca la caja de debajo del abrigo abierto y la abre encima de la mesa del salón. Los Larson cruzan una mirada de alerta al ver la cámara.

—¿La reconocen?

—Sí —dice Steven—. Es la cámara que Hannah había escondido en su cuarto.

—Así que la tenía su hija.

—Sí, pero nosotros no lo supimos hasta hace poco, cuando vino el señor Howard. Fue él quien la encontró.

—¿Cómo es posible? ¿No habían revisado su habitación?

—Muchas veces —afirma Rose—. Pero no la vimos ni nosotros ni la policía. Estaba bien escondida, créame.

—¿Dónde la había guardado?

Rose y Steven Larson se miran con dolor. Una mirada que, sin decir nada, lo dice todo. Luego ella sonríe y dice:

—Venga conmigo, se lo enseñaré.

La guía al piso de arriba, pero Steven se queda en el sitio, pensativo. Alison lo observa mientras sube las escaleras de madera, que crujen con sus pisadas, y siente una tristeza terrible. La mujer abre una puerta, se hace a un lado y Alison entra en la habitación de Hannah. Las contraventanas están abiertas, pero sigue lloviendo a cántaros y no se filtra mucha luz del exterior. Rose le da a un interruptor y una luz amarillenta baña el dormitorio. Las paredes están pintadas de verde claro. El parquet es viejo y se muestra abombado y ennegrecido pero limpio. Varias medallas cuelgan de una estantería: reconocimientos deportivos y escolares. Hay libros de texto y fotografías enmarcadas en las que aparece Hannah con sus padres y con otra chica morena. Alison reconoce sus rasgos al instante: es Irina Cooper, la editora. Hannah no las quitó a pesar de todo.

—¿Puede ayudarme con la cama? —le pregunta Rose—. Una ya no es lo que era.

—¿Es ahí debajo?

La mujer asiente.

Alison pone las manos por debajo del somier y lo arrastra hacia ella hasta dejarlo en el centro de la habitación. La parte del suelo de parquet que ha descubierto no le parece diferente del resto de la estancia, pero Rose no tarda en demostrarle que se equivoca. Con un gemido de dolor, se agacha y mete las uñas por un pequeño hueco imperceptible desde la posición de Alison. Cuando levanta una de las tablillas de madera, Alison lo ve. Hay un agujero lo bastante grande como para esconder la Sony Mavica.

—Steven y yo no teníamos ni idea de esto —confiesa—. Parece ser que lo hizo el propietario anterior y no nos lo comentó en el momento de la compra de la casa. Claro, es algo que no se aprecia a simple vista y, para colmo, siempre ha estado la cama sobre la tablilla suelta. Qué íbamos a saber. Puede que Hannah lo descubriera y no lo mencionara para tener un lugar seguro donde guardar cualquier cosa.

—Y ¿dice que lo encontró Patrick?

—Sí. El señor Howard vino varias veces. Le iban surgiendo dudas durante su investigación y quería que nosotros se las resolviéramos. Juraría que él ya sabía lo que hallaría el día que examinó la habitación a fondo.

«Por supuesto que lo sabía», piensa Alison. Patrick había leído el diario de confesión. Él sabía de la existencia de esa cámara. Lo que no sabría con certeza era si daría con ella. Pero, sin lugar a dudas, Patrick Howard fue a buscar la Sony Mavica.

—Y, una vez que la encontró, ¿le dieron la cámara sin más?

—Esa cámara no funciona —dice Rose—. Patrick nos aseguró que estaba rota. No había forma de repararla. Nos pidió llevársela para escribir sobre ella y se la dejamos.

—¿Les dijo que se la devolvería?

—Sí, en cuanto hubiese acabado el libro. Pero ahora… ¿ha venido a devolvérnosla?

El recuerdo de la foto de Hannah desnuda vuelve a su mente. No puede darles la cámara. Si no saben nada de esa fotografía, es mejor que siga siendo así. Se la devolverá en otro momento, sin el disco extraíble en su interior.

—Aún no, señora Larson. La cámara apareció en casa de Patrick Howard y ahora es parte del caso. Pero no se preocupe. Más pronto que tarde se la devolveremos. Le doy mi palabra.

La mujer asiente.

—Es un objeto extraño, ¿sabe? Un recuerdo de Hannah que no pertenece a ninguna imagen en nuestras memorias. Nos preguntaron mil veces si Hannah tenía pareja. Y mil veces dijimos que no. Pero ¿sabe qué? Nos equivocábamos. Hannah estaba embarazada cuando murió. La existencia de esa cámara es una prueba de que no conocía a mi hija todo lo que yo creía. ¿Y si fue culpa mía? —solloza—. ¿Y si Hannah murió porque yo no estuve todo lo pendiente que debía? Me gustaría decir que fui una buena madre, pero… —Se le rompe la voz.

—Estoy segura de que lo fue, señora Larson. No le prometo nada, porque no todo depende de mí, pero intentaré descubrir quién mató a su hija.

41
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 15.00 h

Patrick Howard vivía en Brooklyn en los años noventa. Nunca tuvo perro. La cámara no era suya. No fue él quien hizo esa fotografía. No estuvo con Hannah, y todo apunta a que ni siquiera la conocía.

Para Alison, esto es como un destello de luz en el camino, algo que le permite asumir la inocencia del periodista en este punto en concreto. Pero, aunque Patrick no tuviera nada que ver con la muerte de Hannah, no es capaz de decir lo mismo al respecto de la de Dennis Peterson. Ese crimen no puede quitárselo.

Después de anunciarle el hallazgo del cadáver de su marido, Linda Peterson no supo encontrar la lógica de su asesinato. «¿Qué hizo Dennis para merecer esto?». Estaba claro que no sabía nada sobre la conexión entre Patrick y Dennis, que Cody no era uno de los niños de las grabaciones, que no existía venganza alguna. Alison se siente una estúpida por pensar lo contrario. Cody debe de tener dificultad para relacionarse y los otros niños se meten con él. Y, tras muchas decepciones con la manera de abordar el tema por parte del colegio, hartos de oír quizá que «es cosa de niños», Dennis y Linda decidieron llevar a Cody a un psicólogo infantil. A gastarse todo el dinero que les quedaba en la felicidad de su hijo. Es un problema grave, pero no está relacionado con agresiones sexuales ni pornografía infantil.

Aunque, visto de otro modo, puede que sí se abusara de Cody y Dennis lo supiera, pero que se lo ocultara a Linda.

Aprieta las manos en el volante. Está en el mismo punto de antes. Quiere evitar que Russell cierre el caso. Pero ¿cómo lo consigue?

Con las muestras encontradas hasta ahora, la exploración que realizarán el forense y Criminalística va a ser del todo superficial, está segurísima. Querrán quitárselo de encima enseguida. Pensarán que está todo más que claro y que el trabajo ya está hecho, y pasarán algunas cosas por alto. Los informes deben de estar al caer.

Su móvil suena y Alison se hace a un lado para coger la llamada.

—¿Karen?

—He conseguido la orden judicial y el registro de llamadas.

—Bien —exclama—. ¿Patrick hizo alguna llamada el domingo antes de contactar con *El show de Rachel Brooks*?

—Una —afirma Karen—, aunque ya lo sabíamos. Llamó al restaurante La Bohème para pedir la pizza, supongo. Pero hay algo más. Recibió una llamada a las ocho de la tarde.

—¿Sabes quién lo llamó?

—Sí —constata la informática, tan eficiente como siempre—. Una tal Irina Cooper.

La editora. Posiblemente, es la persona que más se comunicó con Patrick antes de su muerte. Pero eso no es todo. Era la mejor amiga de Hannah Larson. Bien pensado, Alison tiene dos casos abiertos ahora mismo e Irina Cooper es el nexo entre ambos. Debe hablar con ella.

—Gracias, Karen. Te tengo que dejar —dice antes de colgar el teléfono.

Conduce hacia el este de Manhattan y se incorpora a la Segunda Avenida. Deja el coche en doble fila y entra apresurada en las oficinas de Booker's House. El asistente editorial la mira sorprendido. Alison está empapada.

—Necesito hablar con Irina Cooper.

—Ahora mismo está reunida.

—Pues me temo que tendrá que posponer la reunión. Es urgente.

La editora la saluda con un apretón de manos y se sienta en la silla de su escritorio.

—¿Qué sucede?

Alison no se anda con rodeos:

—Sé que usted era la mejor amiga de Hannah Larson y que dejó de serlo meses antes de su asesinato. Casualmente, el tercer libro de Patrick Howard trataba sobre lo que sucedió en 1993. Pero nunca verá la luz porque todo apunta a que Patrick se deshizo de él antes de quitarse la vida, desconozco por qué. Y, mire por dónde, usted le llamó horas antes de su suicidio. Está en el centro de esta cadena de muertes, señora Cooper. ¿Tiene algo que decir al respecto?

La editora se gira hacia la ventana y contempla las vistas a la Segunda Avenida. Los semáforos dan paso a vehículos. La gente va de un lado a otro. Hay carteles publicitarios por doquier y las tiendas y cafeterías están tan abarrotadas como siempre. Pase lo que pase, la vida no se detiene, y el tiempo corre deprisa en Nueva York. Dentro del despacho, en cambio, los segundos parecen transcurrir con más lentitud. Irina se vuelve de nuevo hacia Alison y la mira con el rostro compungido.

—Sí, es verdad —confiesa—. Hannah y yo fuimos muy amigas. También es cierto que dejamos de serlo poco antes de que la mataran. Cuando eres joven y conoces por primera vez el amor, todo lo demás ya no importa, y reconozco que descuidé nuestra amistad por estar más tiempo con Francis, mi marido. Le prometo que aún me arrepiento de ello.

Alison se mantiene callada. Quiere que se lo cuente todo, sin interrupciones.

—En cuanto a Patrick y su libro, tampoco se equivoca: fui yo quien le propuso escribir sobre Hannah. La policía no supo encontrar al culpable y desde entonces vivo con esa espina clavada. Cuando Patrick me dijo que no sabía qué crimen investigar después de sus dos best sellers, le hablé de Hannah, de su caso, de los sospechosos, y enseguida se emocionó con el reto. Era un hombre con afán de superarse con cada proyecto, y estoy segura de que iba a hacerlo con este. ¿Han encontrado el manuscrito?

—No, pero eso no importa ahora. Usted me comentó que estaba en contacto con Patrick constantemente. Sin ir más lejos, le llamó el domingo por la tarde. ¿Por qué?

—Le pregunté cuándo podría leer su nuevo libro. Él me había dicho que estaba terminándolo y, bueno, ya teníamos una fecha de

publicación y estábamos empezando a cerrar eventos de promoción. En el sector editorial siempre vamos a contrarreloj. Era importante empezar a revisar el texto cuanto antes. No disponíamos de mucho margen.

—Pero ¿un domingo a las ocho de la tarde?

Irina se encoge de hombros.

—Patrick y yo teníamos cierta confianza.

—¿Qué clase de confianza?

—No sé si le entiendo.

—¿Acaso había algo más entre ustedes? —prueba Alison.

A Irina la pregunta le sorprende.

—Necesito que sea sincera, señora Cooper. Hay mucho en juego ahora mismo. Y le agradecería que no me hiciera perder el tiempo.

—Vale, vale. Está bien. —Se prepara—. Patrick estaba…, él sentía algo por mí.

—¿Pasó algo entre Patrick y usted?

—Estoy casada, detective Hess.

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Pasó algo entre ustedes? —insiste Alison.

—No, nunca.

—¿Usted sentía también algo por él?

Irina traga saliva y baja la mirada. Alison se inclina hacia ella, apoyándose sobre el escritorio. Acercándose a la verdad.

—¿Sabe que Patrick mató a un hombre antes de suicidarse?

La editora niega enérgicamente con la cabeza.

—Eso es imposible. Patrick era incapaz de hacer algo así.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Lo estoy y punto.

—Esa respuesta no me vale para escribirla en el informe, señora Cooper. El cadáver apareció en su coche y el arma del crimen tiene sus huellas dactilares. La culpabilidad de Patrick es innegable a estas horas. Hasta el día de ayer, quería saber por qué se había suicidado; ahora que creo saberlo, intento descubrir por qué mató a un hombre, si tan buena persona era.

—Se está equivocando. Patrick no era un asesino.

Sus palabras enervan a Alison. Está harta de que todo el mundo sepa mejor que ella cómo hacer su trabajo.

—Pues dígame, ¿cómo explica todos los indicios en su contra?

—Yo… no lo sé.

—¡Vaya por dónde! —exclama, enfadada—. Pongamos las cartas sobre la mesa, señora Cooper: si no quiere ayudarme, el caso se va a cerrar antes de que anochezca.

—Pero ¿cómo quiere que la ayude? —inquiere—. ¿Qué puedo decirle yo?

—Es la persona con la que más se relacionó Patrick Howard durante sus últimos meses. Y, según he entendido, su relación no era estrictamente profesional.

—¡Solo por su parte! Patrick sentía algo por mí, sí. Pero yo estoy casada y le dejé claro que lo nuestro no podía ser.

Alison ata cabos: Irina Cooper es el amor imposible de Patrick Howard del que le habló Olivia Miller, la casera.

—¿Cómo actuó él? —pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Cuando le dijo que su amor no era correspondido, ¿se enfadó?

Irina piensa antes de hablar.

—El problema es que nunca le dije que no sentía lo mismo, y eso le hizo insistir. Yo sabía que no era lo correcto. Soy feliz con Francis, pero ¿a quién voy a engañar? Patrick me hacía sentir muchas cosas.

—Jugó con él. Le dio falsas esperanzas para masajearse el ego antes de darle una patada en el trasero.

Irina se lleva las manos a los ojos.

—No era mi intención, se lo prometo. Yo sentía algo por él, pero quiero a Francis. Lo último que deseaba era hacerle daño.

—Pero se lo hizo —objeta Alison—. Y puede que ese rechazo lo desestabilizara más de lo previsto.

—¿Insinúa que Patrick mató a un hombre y se suicidó por mi culpa?

—Yo solo pienso en voz alta.

La editora niega con la cabeza.

—Mi rechazo no lo llevó a delinquir, sino a acostarse con otra mujer.

42
Patrick Howard
Tres semanas antes del suicidio

—¡Patrick, tienes que entenderlo! Lo nuestro es imposible.

—¿Imposible? Que yo sepa, millones de parejas se divorcian hoy en día.

—Por el amor de Dios. Creo que te estás pasando.

—Te lo voy a preguntar por última vez, Irina. Y te ruego que me digas la verdad. ¿Tú sientes algo por mí o no?

Ella no pudo soportar más su insistencia y salió del coche. La noche había caído. Se encontraban delante de un pub de Brooklyn donde habían pasado las últimas dos horas. Patrick había bebido un poco más de la cuenta. Tampoco demasiado, pero lo suficiente como para que Irina se sintiera incómoda.

—¿A dónde vas? —dijo él según se apeaba.

Ella no contestó y siguió andando apresurada hacia la oscuridad. Patrick cerró la puerta del Audi y fue tras ella.

—Irina, por favor. Comportémonos como adultos, ¿no te parece?

Fue entonces cuando se volvió hacia él.

—¿Me lo dices en serio, Patrick? Te recuerdo que soy tu editora. Nuestra relación no debería pasar la raya de lo profesional. No tendríamos que estar aquí, bebiendo a escondidas como dos adolescentes. Desde que nos conocimos, tú sabías que estaba casada. Aun así…

—¡Me he enamorado! —Abrió los brazos en señal de súplica—. ¿Acaso uno decide de quién se enamora?

—No, pero podrías comportarte como un adulto, como bien has dicho, y aceptar que esto no puede ser. Yo estoy enamorada de mi

marido. Lo estoy desde hace veintitrés años y seguiré enamorada de él el resto de mi vida. Que te entre en la cabeza, Patrick: tú y yo no vamos a estar juntos. Nunca.

Aquellas palabras fueron como un disparo en el pecho, rápido y certero. Patrick bajó los brazos y se quedó mirando a Irina entre la penumbra. Quería hablar, quería protestar, pero el nudo en la garganta se lo impedía. Estuvo en shock durante un minuto mientras oía cómo Irina lloraba apoyada en una pared. La oyó, pues no la vio. Sus ojos se mantuvieron anclados en la nada y recordó las veces que ella le había insinuado que también estaba enamorada de él. Pasado el estado de trance, deshizo sus pasos y volvió al coche. Cuando abrió la puerta, la escuchó decir:

—Patrick, ¿qué haces?

Él no le hizo caso. Subió al Audi y encendió las luces y el motor.

—¿Patrick?

Se fue y la dejó sola en aquella oscura calle de Brooklyn.

Pasó una semana sin que Patrick supiera nada de Irina. Fueron unos días complicados. Él estaba terminando el libro y la escritura no fluía. Su estado de ánimo se lo impedía. Se pasaba las noches delante del teclado, esperando a que las palabras surgieran de sus dedos para dar las últimas pinceladas de la que iba a ser su obra maestra, el reportaje por el que todo el país lo recordaría. Sin embargo, solo conseguía arruinar el final de la historia, y eso era algo que no podía ocurrir.

Una mañana recibió un correo electrónico de Irina:

> Hola, Patrick:
>
> Espero que estés bien. Recuerda que este sábado estás invitado a la premier de la película *Sully*, de Clint Eastwood. Estos actos vienen bien para conocer a gente y hacer contactos. La editorial te recomienda (te pide) que vayas. La alfombra roja será a las seis de la tarde.

—Espero que estés bien —repitió Patrick en voz alta.

Esa tarde, vestido con traje gris y jersey negro de cuello alto, se subió a un taxi y se dirigió a la calle Sesenta y cinco Oeste. El Alice Tully Hall, uno de los auditorios más espectaculares de Nueva York, lo recibió con la alfombra roja y decenas de periodistas que se aglomeraban tras las cuerdas de seguridad inmortalizando cada momento con sus cámaras. Los ánimos de Patrick no congeniaban con la festividad del evento, pero intentó que no se notase. Sonrió hacia los flashes y bromeó con sus colegas.

—¿Qué nos puedes decir de tu próximo libro, Patrick? ¿Tienes alguna idea ya?

Patrick escondió media sonrisa y se acercó al micro.

—No habrá libro, Terry. Después de tanto crimen, necesito un cambio de aires. Creo que voy a dejar el periodismo y a dedicarme a la música.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba.

Patrick se encogió de hombros.

—Me va el riesgo.

Una marea de carcajadas dio por terminada la interacción y siguió avanzando por la alfombra roja. Posó en el *photocall*, cosa que no le gustaba nada, y entró por fin en el auditorio, preparado con una pantalla gigante sobre el escenario. Se sentó en su butaca y disfrutó, o fingió hacerlo, de la presentación de la película.

Dos horas más tarde, cuando los larguísimos aplausos hubieron terminado, la gente se dirigió a otra sala que contaba con altas mesas redondas repletas de bebidas y canapés. La música empezó a sonar en cuanto los primeros invitados entraron por la puerta. Patrick no podía parar de pensar en Irina, en lo que le había dicho y en lo que él había hecho después. La había abandonado, la había dejado sola por la noche. Le podría haber pasado algo. ¿Cómo habría vuelto a Manhattan? ¿Tendría que haber llamado a Francis?

Se sirvió una copa y se apartó de la multitud. Ese tipo de fiestas le horrorizaban. Le parecían un acto de falsedad en el que la gente se forzaba a entablar conversación con otras personas por simple interés. Pero no había nada que a él le interesara en esa sala. Había

asistido por compromiso, porque había dicho que iría el día que se lo propusieron, y él era un hombre de palabra.

Entre un par de tragos y pensamientos dolorosos, una voz le hizo volver al presente de la fiesta.

—Mira por dónde. El gran Patrick Howard.

Patrick se dio la vuelta y vio a Rachel Brooks con una copa de champán en la mano, un vestido dorado de lentejuelas y unos ojos grandes que centelleaban casi más que su vestido.

—Ayer mismo terminé de leer *El espejo del culpable*. —Hizo una pequeña mueca—. Me gustó más el primero, fíjese.

43
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 15.40 h

Rachel Brooks. ¿Cómo no lo había pensado antes? Cuando Alison la interrogó en el teatro desde donde emiten el programa, y más tarde durante la retransmisión, hubo algo en la forma de hablar de la presentadora que no debió de pasar por alto. Rachel se refirió a Patrick Howard por su nombre de pila, como si ya lo conociese de antes. Claro, se había acostado con él.

—¿Cómo se enteró? —le pregunta Alison a la editora—. ¿Fue Patrick quien se lo contó?

Ella asiente.

—Sí, días después. Me pidió perdón por haberlo hecho, pero yo no tenía nada que perdonar. Él era libre de hacer lo que quisiera.

—¿Cómo se lo tomó usted?

—¿La verdad? Me dolió. Pero ¿qué podía reprocharle? No es que me hubiese sido infiel…

—¿Volvió a casa sola la noche en que discutieron?

—No. Llamé a mi marido y vino a por mí en coche.

—¿Qué le dijo usted?

—La verdad.

Alison levanta las cejas, sorprendida.

—¿Le contó lo de Patrick?

—Le dije que habíamos estado juntos en un pub, que Patrick había bebido más de la cuenta y que preferí no volver con él, que me parecía peligroso.

—Esa no era la verdad —le objeta la detective.

—Tampoco era mentira. Solo me callé que Patrick decidió dejarme allí.

—¿Su marido sabe lo suyo con Patrick?

—No hay nada «mío» con Patrick.

—Ya sabe a qué me refiero.

Irina baja la mirada. Juega con un bolígrafo de su mesa.

—No lo sé.

—Explíquese.

—Creo que se lo intuía. Yo me veía mucho con él y Francis lo sabía. Claro, era uno de mis autores, pero no tengo la misma relación con los demás, y eso no le pasaba desapercibido.

—¿Le dijo algo al respecto alguna vez?

—Una noche me acusó de engañarlo. Llegó a pensar que me acostaba con Patrick a sus espaldas. Se puso paranoico. Yo se lo negué cada una de las veces que sacaba a relucir el tema. No sabía cómo podía demostrarle que entre Patrick y yo no había nada.

—Disculpe, señora Cooper, pero usted misma me ha dicho hace un rato que sentía algo por Patrick.

—Que sintiese algo por él no significa que me acostara con él. Son dos conceptos muy distintos.

Alison asiente.

—¿Su marido estaba al tanto del nuevo libro de Patrick?

Nota que Irina duda un segundo antes de contestar:

—Se enteró hace unas semanas. Estaba ordenando nuestro despacho cuando encontró el borrador del dosier de prensa que estaban preparando los de Comunicación.

—¿Usted no le había comentado nada antes?

—No.

Alison hace una mueca.

—Y ¿cómo se tomó que Patrick estuviera escribiendo un libro en el que aparecían usted y él?

Irina busca las palabras adecuadas antes de hablar.

—Bueno, a nadie le agrada que publiquen algo sobre uno mismo sin su permiso.

—¿Se enfadó?

—Como es normal, supongo. Ese libro iba a exponer nuestras vidas para contar la historia de Hannah, y eso no le gustó ni un pelo.

—¿Qué dijo? —Alison se esfuerza por sacarle las respuestas a la editora.

—Quería ir a buscar a Patrick para decirle todo lo que pensaba de él, pero se lo impedí. Tuvimos una discusión y estuvimos varios días sin hablarnos. La noche que vino a recogerme a Brooklyn me prohibió volver a quedar fuera de la editorial con él.

La mirada triste de Irina le crea sentimientos contradictorios a Alison. Por una parte, se compadece de ella por su horrible pérdida. Pero, por otra, siente cierto desprecio por haber jugado con Patrick estando casada.

—Señora Cooper, me gustaría hablar con su marido. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—¿Por qué? Francis no tiene nada que ver con esto.

—Aunque así sea, quiero hacerle unas preguntas.

—Pero… —titubea.

—¿Dónde trabaja? —insiste Alison.

—Justo hoy no ha ido a trabajar. Está enfermo, tiene una tos horrible. Espere y aviso de que me voy.

Se levanta de la silla.

—No. Usted quédese aquí.

—A mí no me importa. Y nunca me ponen pegas con que salga un rato de la oficina. No se preocupe, yo misma la llevaré con él.

—No me ha entendido —dice Alison secamente—. Quiero hacerlo sola. Será mejor que lo interrogue sin que esté usted delante.

Francis Cooper le abre la puerta con expresión de cansancio. Tiene los ojos rojos y una barba frondosa. Lleva puesto un grueso chándal negro y zapatillas de andar por casa.

—Me ha llamado mi mujer —dice al verla—. ¿Es usted la detective Hess?

—Eso es, señor Cooper. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

Alison cruza el umbral. Francis cierra la puerta tras ella y empieza a toser con fuerza. Una tos productiva y nerviosa.

—Uf, perdone. Tengo una infección respiratoria y estoy con antibióticos.

—No se preocupe.

El salón no tiene tan mal aspecto como el propio Francis. Solo hay una manta revuelta sobre el sofá y un par de pañuelos usados encima de la mesa, aparte de una cajetilla de tabaco abierta. Francis mueve la manta de sitio y le hace un gesto para que se siente en el sofá. Él aproxima una silla de la mesa y se sienta frente a ella.

—Entonces, es usted detective, ¿no?

—Sí, de Homicidios.

—De Homicidios —repite, pensativo—. En ese caso habrá visto el cuerpo de Patrick Howard.

Su curiosidad le resulta extraña, morbosa.

—Sí —dice como toda respuesta.

Él asiente con la cabeza repetidamente.

—¿Por qué lo dice? —pregunta Alison.

—¿Eh? Ah, por nada. Solo era…, ya sabe.

—No. No sé.

Duda. Luego tose durante mucho rato. A Alison le asquea el sonido de los mocos subiendo y bajando por su garganta, pero no lo exterioriza. Mantiene la compostura y espera a que acabe.

—Joder —se queja Francis—. Bueno, ¿qué quiere de mí?

—Justamente venía a hablar con usted sobre el señor Howard.

—Qué sorpresa… —murmura.

—¿Lo conocía?

—Y tanto que lo conocía. Patrick Howard era un egocéntrico, un rico mimado que vivía del cuento. Era el típico niño malcriado que quiere llamar la atención. En su caso, hasta para morir.

—Está usted hablando de una persona fallecida, señor Cooper —le recuerda. «Aunque también de un asesino», se calla.

Francis finge caer en la cuenta.

—Sí, perdóneme. La infección, los antibióticos y el cansancio me hacen tener mal humor. Normalmente no soy así, se lo prometo.

—Entonces ¿tuvo algún tipo de contacto con él? —Alison reconduce la conversación.

—Bueno, aparte de ser famoso por hablar de muertos por televisión, era uno de los autores superventas de Irina. Conozco a todos los hombres con los que ella trabaja, incluido Howard.

—¿Y a las mujeres?

—¿Disculpe?

—Dice que conoce a todos los autores de su mujer. ¿Y a las autoras?

—Eh… Sí, claro. No a todas, pero…

—¿Por qué no?

—¿A qué viene esto? Me ha dicho que quería verme por Howard.

Alison hace un gesto para quitarle importancia e insiste en la pregunta:

—Solo quiero saber por qué se interesa por conocer a los hombres con los que trabaja su esposa y no a las mujeres, nada más.

—Porque sé cómo son los hombres —dice al fin—. Sé cómo piensan, ¿entiende? Y siento la obligación de protegerla de ellos. No quiero que nadie la manipule, que le meta pájaros en la cabeza o se burle de ella.

—¿Quiere decir que una mujer no sería capaz de manipularla?

—Sabe muy bien lo que quiero decir.

—No, no lo sé, señor Cooper. Explíquese, por favor.

Francis la mira con los ojos entornados, molesto por el rumbo que está tomando el interrogatorio.

—Estará de acuerdo conmigo en que trabajar rodeada de hombres no es fácil para una mujer. Y no me venga con que hemos avanzado como sociedad, porque no me lo trago. Yo sé muy bien cómo son todos. No hay más que escuchar una conversación en cualquier bar.

«No hay más que escucharlo a usted para darse cuenta de que seguimos en el mismo agujero», piensa Alison.

Dado que Francis no quiere reconocer que es una persona celosa, ella decide volver al tema principal:

—Así pues, conoció usted al señor Howard. ¿Cuándo fue?

—Tras publicar su primer libro, hace un par de años. Estaba teniendo mucho tirón e Irina estaba ilusionada con el nuevo talento

de Booker's House. Habían quedado para tomar algo en una terraza y, casualmente, yo pasaba por allí. Irina me lo presentó.

«¿Casualmente?».

—¿Qué impresión le dio entonces? —pregunta Alison.

—Ese día ya vi en él algo que no me gustó.

—¿El qué?

La tos de Francis vuelve a surgir, pero esta vez consigue detenerla a los pocos segundos.

—Ese hombre no era trigo limpio —dice—. Y a las pruebas me remito. Dos años más tarde, asesinato y suicidio. —Sacude la cabeza —. Menos mal que Irina está bien. No sé qué habría hecho si la hubiese tocado. Oh, vaya. No le he ofrecido nada. ¿Quiere un café?

—Estoy bien, gracias. ¿A qué se refiere con lo de si la hubiese tocado?

—Está claro, ¿no? Si le hubiese puesto una mano encima, le juro que no le habría dado tiempo a quitarse la vida. Yo mismo se la habría arrebatado.

—Si le hubiese puesto una mano encima, ¿en qué sentido?

—Creo que mis palabras son cristalinas. —Francis hace un ademán —. Si le hubiese hecho daño, ya sabe.

—Ah, pensaba que se refería a otra cosa.

La expresión de él se tensa.

—¿A qué?

—A que hubiese querido algo más que una relación profesional con su mujer.

La palidez del rostro de Francis cobra color, pero mantiene la calma.

—Eso es absurdo.

—¿Nunca pensó algo así?

—Jamás. Y, si así fuera, Irina me lo habría contado. Pero ya le digo que ella no lo habría permitido. Además… —vacila—, eso ya no importa.

—¿Porque Howard ha muerto? —se lanza Alison.

Francis niega con la cabeza.

—No. Porque Irina y yo vamos a divorciarnos.

Alison levanta las cejas, sorprendida. A la editora se le ha debido de olvidar ese pequeño detalle. Ella ha dicho que era feliz con su marido, que quería a Francis. ¿Por qué ha ocultado lo de su divorcio?

—¿Le puedo preguntar por qué?

—Supongo que el amor no es eterno como afirman algunos.

Asiente, comprensiva.

—Entiendo. Y…, aparte del día en que conoció al señor Howard en aquella terraza, ¿se vieron en otra ocasión?

—No.

—¿Hablaron alguna vez por teléfono?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a hablar yo con ese hombre?

«Porque intentaba que tu mujer se divorciara de ti, y parece que al final lo consiguió».

—No lo sé, señor Cooper.

—¿Sabe? No entiendo por qué me interroga por esto. Yo no tengo nada que ver con la muerte de ese tipo.

—Es puro protocolo, se lo aseguro —miente—. ¿Sabía que el señor Howard estaba escribiendo su tercer libro?

—Sí, Irina me lo contó.

—¿Sabía sobre qué trataba?

—Sobre el asesinato de Hannah Larson —afirma.

—Y ¿qué le parecía a usted que escribiera sobre eso?

La tos regresa de nuevo, esta vez con más intensidad. Francis coge uno de los pañuelos usados de la mesa y se suena la nariz con él. Luego lo vuelve a dejar en el mismo sitio.

—A mí me da igual sobre qué escribiera. Total, ya no va a publicar el libro. No le interesaría tanto si se suicidó sin entregar el manuscrito, ¿no cree?

Alison muestra una sonrisa falsa.

—Tiene usted razón. —Se levanta del sofá y él la imita—. Hemos terminado, señor Cooper. Siento haberle molestado.

—Al contrario —dice acompañándola al recibidor—. Su compañía me ha entretenido un rato. Gracias por venir.

Francis cierra la puerta de su apartamento y Alison empieza a bajar las escaleras del edificio.

No para de pensar en lo que Francis le ha dicho. Le da la sensación de que todo el mundo le miente.

44
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 17.10 h

Alison se dirige a Broadway tan rápido como el tráfico de Manhattan se lo permite. El equipo de *El show de Rachel Brooks* ya estará preparando el programa de esta noche. No espera que su presencia en el teatro sea del agrado de la presentadora, pero no puede perder la oportunidad de hablar con ella antes de que el tiempo se agote. Le dirá que sabe la verdad, que le mintió cuando dijo que no conocía a Patrick Howard. Entonces lo soltará todo. Puede que Rachel se haya callado información relevante para que su nombre no vuelva a salir en los titulares que le dan mala publicidad. Debe de haber muchos secretos en su entorno.

El móvil suena y Alison da un respingo.

—No puedo hablar ahora —dice como si quien está al otro lado de la línea la pudiera oír.

El tono de llamada se alarga un par de calles, se detiene y vuelve a sonar. Alison suelta un improperio por no poder cogerlo y acerca el coche a la acera para poner el freno de mano y aceptar la llamada: «Billy Webster».

—Dime que no tienes el informe aún, Billy —dice al descolgar.

—Ya lo he enviado al Departamento de Policía.

Alison se pinza el puente de la nariz con la mano libre. Está perdida.

—Quería hablarte de eso —dice el forense—. Me parecía demasiado frío enviar el informe y no cruzar impresiones contigo antes de cerrar el caso. Tu primer caso —matiza—. Sé lo importante que es esto para ti y he pensado en llamarte.

—Has dicho «cerrar el caso». Eso es que no tienes nada nuevo, ¿verdad?

Alison oye una respiración profunda al otro lado.

—Los resultados del análisis toxicológico de Patrick Howard han llegado esta mañana: normales. Todo parece concluyente, Alison. Dennis Peterson murió a causa de las cinco puñaladas en el vientre. La profundidad de las heridas coincide con las dimensiones del arma blanca que encontramos en el Audi.

—Criminalística afirma haber encontrado huellas dactilares de Patrick Howard en ese cuchillo —le informa Alison con la voz apagada.

—¿Fuiste a la dirección de la cápsula?

—Sí. Me sirvió para confirmar lo que ya sabíamos.

—Pues ya está, Alison. Mi trabajo ha finalizado, y creo que el tuyo también. Lo has hecho muy bien, de verdad. Enhorabuena.

Esas palabras le chirrían. A ojos del forense, ella no ha tenido ningún papel en el caso. Puede pensar que su participación ha sido innecesaria, que, con sus avances y los de Criminalística, todo se ha resuelto de forma satisfactoria. Aunque Alison le explicara todo lo que ha hecho durante la semana para demostrar su valía, piensa que de nada serviría y cuelga la llamada. Se dispone a seguir su camino hacia el teatro, pero ve que tiene un nuevo correo electrónico en la bandeja de entrada. Pulsa sobre la notificación y el mensaje se plasma en la pantalla del teléfono: «Unidad de Criminalística de Nueva York».

—No. ¡No, no, no!

Empieza a leer y se le nubla la vista. Ellos también han enviado su informe. De hecho, se lo han reenviado por alguna razón. Alison abre el documento y lee con interés las observaciones detalladas. El informe le parece una perorata aburrida y repetitiva atestada de tecnicismos y alardes de inteligencia. Sin embargo, su atención cambia en la última página cuando lee «… fibras ajenas a las del maletero del vehículo en el que se halló el cuerpo».

—Fibras ajenas —repite en un susurro.

Eso debe de estar relacionado con el lugar en que Patrick mató a Dennis. A lo mejor lo hizo en su casa, Dennis se desplomó sobre una

alfombra y Patrick lo metió después en el maletero del coche, con la lona de plástico ya preparada. Patrick vivía en una zona tranquila. No debió de costarle encontrar un momento en que la calle estuviera vacía por la noche. Luego se deshizo de la alfombra y llevó el Audi al Bronx.

«No, eso no tiene sentido», piensa. Si Patrick se hubiese deshecho de esa supuesta alfombra, sería para eliminar pruebas. Entonces ¿por qué abandonar el cadáver dentro de su propio coche? Eso iba a delatarlo igualmente. Algo no encaja.

La mente de Alison es un remolino de ideas.

Tal vez tuviera intención de hacer algo que se quedó a medias por algún motivo. O puede que las fibras sean de otro coche. ¿Y si alguien ayudó a Patrick a cometer el crimen? Eso explicaría cómo volvió del Bronx antes de conectar con *El show de Rachel Brooks*. Esa hipótesis cada vez le parece más sólida.

Deja el móvil en el asiento de copiloto y reanuda la marcha, pero con otro destino. Rachel Brooks puede esperar.

Conduce en dirección norte y gira hacia la derecha. Cruza el puente de la calle Ciento cuarenta y cinco sobre el río Harlem y entra en el sur del Bronx. Intenta recordar el trayecto hasta el lugar donde encontraron el coche de Patrick Howard. Diez minutos después, ve las vías del tren a la derecha y los edificios marrones a la izquierda.

Frena despacio y busca algún establecimiento con la mirada. Hay una tienda de alimentación al otro lado de la calle, junto a los edificios residenciales. Alison imagina el ángulo de su cámara de seguridad, lo que puede divisar desde su posición, y no está muy segura de que le sirva. No obstante, aparca y entra en la tiendecita. La lluvia ha amainado por fin, aunque tiene los pies calados. Ansía el momento de llegar a casa y quitarse los zapatos, darse una ducha y ponerse el pijama.

El dependiente de la tienda es un hombre latino, de piel morena y caderas anchas, que cierra la máquina registradora de un golpe al verla entrar por la puerta.

—Tranquilo —dice Alison, mostrándole las palmas de las manos. Ha entrado apresurada y lo ha asustado—. Soy policía. Necesito ver

las grabaciones de seguridad de la tienda. ¿Sería posible?

—¿Para qué? —pregunta el tendero con tono defensivo.

—No tengo nada contra usted. Es por lo que pasó ayer ahí enfrente.

Él niega con la cabeza gacha.

—Yo no sé nada de eso. Márchese, por favor. No quiero problemas.

Alison saca la placa.

—No los tendrá si me deja ver las grabaciones, se lo aseguro.

El hombre cede y Alison se sorprende al ver que dispone de cuatro cámaras de seguridad en su pequeño local. Con esto y su reacción, la detective cree que habrá tenido más de un disgusto en la tienda. Le pide que ponga la grabación de la noche del domingo 25, la de la cámara que apunta a la calle. Tras varios clics, ve en la pantalla el vídeo en blanco y negro de una noche oscura. Como se temía, la cámara no alcanza el sitio exacto donde estaba aparcado el Audi, pero, con un poco de suerte, podrá verlo pasar justo antes de que Patrick lo abandonase. El tendero inicia la grabación a partir de las diez de la noche, cuando Dennis Peterson se fue de La Bohème para llevarle la pizza a Patrick Howard. Con un clic, el vídeo acelera su transcurso. Ven cómo el minutero, situado en una esquina de la pantalla, marca las horas 22.20, 22.30, 22.45 y 23.00. Son varios vehículos los que pasan por delante de la tienda, pero ninguno es el de Patrick.

—¿Dónde está? —dice Alison, incrédula. La calle es de una sola dirección. Es improbable que Patrick la recorriese en dirección contraria.

La grabación llega a las 23.30 y el Audi A4 no ha aparecido. ¿Cómo es posible? A esa hora, Patrick se hallaba en casa, a punto de conectarse con el programa, de arrepentirse por haber matado a Dennis Peterson y por haber traficado con pornografía infantil, a punto de suicidarse. ¿Por qué no ha salido en las grabaciones?

De pronto, Alison tiene una corazonada.

—Dele para que vaya más rápido.

El hombre accede sin articular palabra, intimidado por tener a la policía en su negocio. La imagen borrosa de la calle se ilumina con

los primeros rayos de sol. El coche aún no ha aparecido, pero Alison está segura de que lo hará. Las horas del día van pasando a toda velocidad por la pantalla del ordenador. Esa, al igual que la de la casa de Patrick, es una zona poco transitada. Se ven unos pocos coches, unas cuantas personas. Nada más. La noche vuelve a la grabación y la imagen se torna más oscura. Y es a las dos de la madrugada del martes 27 cuando el Audi A4 de Patrick Howard aparece en pantalla por un segundo.

No fue Patrick quien llevó el coche ahí. No se aprecia quién es el conductor, pero él no pudo hacerlo. Es imposible.

45
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 18.15 h

No hay otro coche que acompañe al Audi. Las fibras que Criminalística ha encontrado no pertenecían al de Patrick. Alison duda que sean de una alfombra. Deben de pertenecer al maletero de otro vehículo.

El caso no puede cerrarse ahora. Alguien ha matado a Dennis Peterson y ha intentado culpar a Howard de ello. Se pregunta quién ha sido el objetivo principal de ese plan, si Dennis o el mismo Patrick. El periodista iba a sacar a la luz un libro que podía poner en un aprieto al asesino de Hannah Larson y, curiosamente, justo antes de entregarlo a la editorial, se deshace del manuscrito, se suicida y se le acusa de un asesinato que no ha cometido. Alguien ha querido desviar la atención de la policía, que no se hable de Hannah Larson ni del libro. Lo de la cápsula con el mensaje en la boca de Dennis Peterson lo sacó de *El mensajero de Sacramento*, y lo del caso de pornografía infantil lo debió de seguir por la televisión. O puede que…

Mete la mano izquierda en el bolsillo trasero del pantalón y extrae una tarjeta. Con la derecha, marca en su móvil un número que no tiene guardado en la agenda. A los dos tonos de llamada, se oye a la reportera Camila Hernández al otro lado de la línea:

—¿Quién es?

—Camila, soy la detective Hess. ¿Puede hablar?

—Sí, deme un segundo.

Alison espera hasta que vuelve a oír la voz de la reportera.

—Vale, ya está. Dígame.

—He pensado lo que me dijo ayer. ¿Podemos vernos?

—Tengo que cubrir una noticia en cinco minutos. Estoy delante del Rockefeller Center. ¿Puede usted venir?

—No quiero que nadie nos vea juntas. La espero cerca de ahí, en la calle Cuarenta y ocho Este, delante del local de Five Guys. Subirá a mi coche, un Ford Mondeo negro, y hablaremos un minuto. Luego se bajará y no le mencionará nuestro encuentro a nadie, ¿estamos?

—De acuerdo.

Alison vuelve dentro de la tienda e intenta explicarle la situación al dependiente. El hombre no ha dejado de pensar que la policía tiene algo contra él y que va a salir perjudicado de algún modo. Pero ella consigue que colabore y le dé acceso a las grabaciones para enviárselas a Karen. Antes de salir del establecimiento, coge una bandeja de cruasanes y los deja sobre el mostrador. No tienen muy buena pinta, pero está hambrienta y siente que le debe una disculpa al tendero. Él hace un gesto con la mano y le dice que se los lleve, que no hace falta que pague, pero ella insiste sacando unas monedas del bolsillo de su pantalón.

—Déjelo —le pide—. Váyase, por favor.

Sale a la calle y sube al coche. Marca otro número de teléfono, pone el altavoz y coloca el móvil en el salpicadero. Los tonos de llamada empiezan a sonar. Alison saca un cruasán de la bandeja y arranca el coche para conducir mientras lo mastica.

—¿Hess? —La voz del sargento Russell se cuela en el vehículo.

—La investigación debe continuar —dice Alison sin apartar la mirada del asfalto.

—Se equivoca. Ya han llegado los informes de la Oficina Forense y de Criminalística. Venga ahora mismo aquí y escriba el suyo.

—Patrick Howard no llevó el coche al Bronx. No fue él quien mató a Dennis Peterson.

Se oye un suspiro de aburrimiento.

—Lea los informes, Hess, y luego hable.

—He hablado con el forense y he leído el informe de Criminalística, señor. Pero también he venido al Bronx y he visto las grabaciones de seguridad de una tienda de alimentación próxima al lugar donde encontramos el Audi de Patrick Howard, y el vehículo no

pasó por aquí hasta la madrugada del martes 27. A esas alturas, Patrick ya estaba muerto.

Se crea un silencio denso. Alison casi puede ver la expresión contraída del sargento Russell ante su afirmación.

—¿Quién lo hizo? —pregunta con la voz pequeña.

—No lo sé. No se aprecia en las grabaciones.

—¿No puede hacer nada?

—Sí. Le enviaré el vídeo a la detective Karen Jenkins, de Delitos Informáticos. Con un poco de suerte, podrá realzar la iluminación y destaparemos la identidad del conductor.

—Que sea rápido, Hess —dice antes de colgar.

Al cabo de unos minutos, detiene el coche en la calle Cuarenta y ocho Este, donde le ha indicado a Camila. Llama a Karen y le cuenta lo que ha descubierto. No hace falta que le pida nada, es ella quien le dice exactamente lo que quiere oír:

—Envíamelo. En cuanto lo tenga, te mando las imágenes.

La reportera llega poco después con la credencial de la FOX alrededor del cuello. Alison tiene que quitar la bandeja de cruasanes del asiento de copiloto y dejarlos atrás para que se siente a su lado.

—Me alegra que lo haya reconsiderado —dice Camila tras cerrar la puerta.

Alison va al grano:

—Necesito que me diga si cubrieron la noticia de la detención de Darius y Matilda Nielsen, hace nueve meses. Tenían una red de pornografía infantil.

Camila la mira sin comprender.

—¿Pornografía infantil? ¿Qué tiene que ver con…?

—Mejor no haga preguntas —ataja Alison—. Solo busque la información que le pido. Si la cubrieron, dígame si se hizo pública la dirección donde los Nielsen grababan los vídeos.

Ella asiente, confusa.

—Y otra cosa más. —Alison revisa que nadie las esté espiando—. Me dijo que podían manipular las noticias.

Camila se indigna.

—No. No es eso lo que le dije, detective. Le sugerí que podíamos colaborar con ustedes para contribuir en su investigación. Pero ¿sabe

qué le digo ahora? Que estoy harta de que siempre se nos acuse de lo mismo. Siento decirle que no voy a buscar lo que me ha pedido.

La reportera abre la puerta del vehículo.

—Camila, espere.

Ella se apea y, cuando está a punto de cerrar la puerta, Alison juega su mejor carta para que no se vaya:

—Hay alguien detrás de la muerte de Patrick.

Camila tarda unos segundos en reaccionar. Luego entra de nuevo en el coche y cierra.

—¿Quién?

—Es lo que quiero averiguar.

La reportera asiente varias veces, pensativa.

—Entonces no es un asesino. No mató a ese hombre, ¿verdad?

—Eso creo, pero tengo que basarme en pruebas para defender esa hipótesis.

—¿Qué más quiere que haga?

—Quiero que se hable en antena sobre Hannah Larson. La asesinaron en 1993.

—Y ¿por qué quiere que hablemos de ella?

Alison vacila, pero ha quedado atrás el momento de las medias tintas:

—Porque Patrick estaba investigando su caso para escribir un libro, pero se deshizo del manuscrito antes de entregárselo a su editora. Luego se suicida de forma mediática y se descubre un escándalo tras él. Si usted me dice que la dirección de los Nielsen no llegó a los medios y estoy en lo cierto, el asesino de Hannah Larson era miembro de la red de pornografía infantil y, por ende, el culpable de las muertes de Patrick y Dennis Peterson. Él piensa que lo tiene todo bajo control, pero, si de pronto se habla de Hannah Larson por televisión, puede que lo pongamos nervioso y dé un paso en falso.

46
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 19.10 h

Como pensaba, *El show de Rachel Brooks* ha comenzado a preparar el programa de esta noche. Debe de ser un trabajo asfixiante. Alison no ha visto a nadie tranquilo, con cara de tenerlo todo controlado. Parece que los trabajadores batallen cada día con el reloj, solucionando contratiempos antes de que sea demasiado tarde.

Ya conoce el camino hacia la sala de reuniones, pero el grandullón de la entrada la acompaña igualmente.

Poco después, Rachel Brooks entra en la sala enfadada.

—¿Se puede saber qué hace aquí otra vez? ¿Usted no sabe pedir una cita?

—Siéntese, por favor. —Alison lo dice con serenidad, con una actitud muy distinta a la que tuvo el otro día.

Rachel accede a regañadientes.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber por qué mató a Dennis Peterson.

—Por favor… —murmura desviando la mirada—. Le dije que no conocía a ese tipo.

—También me dijo eso de Patrick Howard.

—¡Y así era!

—Lo conocía, no mienta.

—Cada vez que viene aquí me hace perder un tiempo valiosísimo, detective.

—Podría decirle lo mismo. Sé que se acostó con Patrick.

—¿Qué? Yo… ¿Quién le ha dicho eso?

—Eso no importa. Usted me dijo que no lo conocía, que solo lo había visto por televisión y había leído sus libros. Sandy, su asistente, me contó que usted lo admiraba. No sé si está al tanto del cambio de etiqueta que le han otorgado al caso que nos ocupa. La palabra «homicidio» aún tiene la tinta fresca. Y, vaya por dónde, usted mintió a la policía cuando se presentó aquí extraoficialmente. Si no me cuenta todo lo que sabe, le aseguro que pasará a ser la principal sospechosa de la investigación y tendrá que venir a testificar a comisaría. Estoy segura de que la prensa se hará eco de todo esto, señorita Brooks. Y, si la cosa se complica, puede que le cancelen el programa. ¿Es eso lo que quiere?

—No.

Alison relaja los músculos. Detiene el movimiento repetitivo del pie. Inspira y espira lentamente por la nariz. El ritual hace efecto.

—Pues le sugiero que colabore.

Rachel asiente, pensativa.

—De acuerdo, le contaré lo que quiera, pero que no salga de aquí.

—Lo mismo le digo. Siete hombres fueron agredidos por lo que dijo la última vez en televisión.

—Yo solo quería ayudar.

—¿Ayudar? Consiguió todo lo contrario. Lo puso todo patas arriba.

—¡Póngase en mi lugar! Patrick contactó conmigo para mostrarme cómo se suicidaba. —Se le rompe la voz—. ¿Quién puede sobrellevar eso? ¿De verdad que nadie ha pensado en cómo me podía sentir yo? ¡Sí, me acosté con él! Y, cuando Sandy me dijo que lo íbamos a tener en videollamada, me entusiasmé. Pero aquello… El hecho de que al día siguiente se presentara usted aquí y mencionara a Dennis Peterson me dio la oportunidad de culpar a alguien. Porque, créame, no entendía nada. No sabía por qué Patrick me había hecho algo así.

—Cuéntemelo.

—¿El qué? —pregunta alzando la voz.

—Cuénteme cómo conoció a Patrick y su relación con él. Explíqueme por qué eligió su programa y no otro para hacer lo que hizo. Porque alguna explicación tendrá.

—Yo no sé por qué lo hizo, ya se lo he dicho.

—Y yo ya la he oído. Pero quiero respuestas, señorita Brooks. Y usted tiene escondidas un par de ellas bajo la manga.

Rachel Brooks echa un vistazo al reloj digital de la pared para ver si le da tiempo a contar la historia. Suspira, rendida, y empieza:

—Conocí a Patrick en la fiesta de la premier de la película *Sully*, hace unas tres semanas.

47
Patrick Howard
Dos semanas antes del suicidio

La fiesta en el Alice Tully Hall era de lo más glamurosa. Celebridades de todo tipo conversaban y elogiaban a Clint Eastwood, el director de la película, y a los actores y actrices que habían participado en ella. No cesaban los aplausos a Tom Hanks, protagonista del largometraje. Sonaba «Unforgettable», de Natalie Cole, y la música parecía llenar cada espacio vacío de la sala. En un rincón apartado, Patrick Howard y Rachel Brooks hablaban con una copa de champán en la mano.

—Me encanta esta canción —comentó Rachel—. Me recuerda a mi padre. Le encantaba el jazz, ¿sabe? Todas las tardes, cuando venía de trabajar, ponía uno de sus discos de vinilo en el salón y yo lo escuchaba de fondo desde mi habitación. Le gustaba sentarse en su sillón, junto a la chimenea, y escuchar la música con los ojos cerrados. Era un hombre muy pacífico. Nunca le oí levantar la voz, ni una sola vez.

—Vaya —dijo Patrick—. Ya no se encuentran hombres como su padre.

Rachel sonrió.

—Algo me dice que usted también es de esos, señor Howard.

—Le agradezco el cumplido, pero me temo que no soy como su padre. No digo que…

—No quiero que lo sea —lo interrumpió ella—. ¿Otra copa?

Patrick miró la suya, aún la tenía medio llena.

—En realidad, tenía pensado irme pronto —confesó.

—¿Le estoy aburriendo? —se hizo la ofendida.

—No, en absoluto. Me parece… una mujer muy interesante.

Rachel escondió otra sonrisa. Le cogió la copa a Patrick y se la bebió de un trago.

—Vamos a por esa copa, entonces.

Patrick no pudo decir que no. Como no había camareros cerca, se acercaron a una de las altas mesas redondas y rellenaron ambas copas de champán. Brindaron y bebieron. Natalie Cole cedió el micrófono a Ella Fitzgerald con «Let's Do It (Let's Fall in Love)».

—Por todos los demonios.

Patrick se volvió para ver quién hablaba y se encontró con Tom Hanks mirándolo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es usted Patrick Howard, ¿verdad?

Se ruborizó. No supo qué contestar. ¿Tom Hanks lo había reconocido?

—El mismo que viste y calza —lo ayudó Rachel.

El actor se rio a carcajadas y le estrechó la mano con fuerza.

—Le doy mi más sincera enhorabuena. Le sigo desde el primer programa de *Víctimas y verdugos*. He leído sus libros y pienso que es usted uno de los mejores periodistas que tenemos hoy en día.

Patrick no daba crédito a lo que estaba pasando.

—Muchísimas gracias, señor Hanks. Es un honor viniendo de usted. Su interpretación en la película ha sido sublime, digna de Oscar.

—Dígame, Patrick… —Cambió la expresión—. ¿Le puedo llamar Patrick?

—Faltaría más, señor.

—¿Alguna vez ha pensado en llevar los crímenes que investiga a la gran pantalla? Y no me refiero a los del programa, es evidente que sabe diferenciar una buena historia. Verá, dedicándome a esto, no puedo evitar pensar en ello cuando leo un libro, aunque no se trate de ficción. Ya sabe, deformación profesional. Y, con su forma de narrar, es muy fácil imaginárselo.

—No lo había pensado.

—¿Le gustaría?

Patrick arqueó las cejas. ¿Aquello era una especie de propuesta?

—Me encantaría, señor.

El actor asintió con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Se lo comentaré a un productor al que le podría interesar.

Patrick lo escuchaba con la boca abierta.

—No le prometo nada, hay muchos factores en juego. Puede que esté ya con algún proyecto entre manos o que simplemente no le encaje. Pero, bueno, se lo dejaré caer, a ver qué pasa.

—Gracias. Gracias, señor Hanks. No tengo palabras.

—¡No mienta! —Rio—. Además de tenerlas, sabe usarlas. Le auguro muchos éxitos. —Miró a Rachel y sonrió de nuevo—: ¡Rachel! ¿Cómo te va? ¿Te ha gustado la película?

Se abrazaron.

—Me ha encantado, Tom. Patrick tiene razón, has estado fantástico.

—Gracias. Pórtate bien conmigo el lunes, ¿eh? Que te conozco.

Rachel soltó una carcajada.

—No te voy a desvelar nada de lo que tenemos preparado. Pero te prometo que te lo pasarás genial.

—Eso seguro. *El show de Rachel Brooks* no defrauda. —Alguien lo llamó desde algún lugar—. Bueno, no os molesto más. Me reclaman —bromeó—. Disfrutad de la fiesta.

Una vez solos, Patrick y Rachel se miraron con los ojos como platos.

—Dígame que no ha sido producto de mi imaginación —le pidió Patrick.

—Ha sido real, señor Howard. Se lo puedo asegurar.

Patrick reflexionó sobre ello. Irina tenía razón cuando le había dicho que esos actos eran importantes para hacer contactos. Tom Hanks, nada menos… ¡Y esa propuesta! Aún estaba en shock. Cabía la posibilidad de que lo del productor no cuajara, pero ¿qué más daba? ¡Tom Hanks veía su programa y había leído sus libros! De pronto se sentía eufórico. La tristeza que lo había llevado a un rincón de la sala había desaparecido y ahora se encontraba en medio de la fiesta, hablando con celebridades y tomando una copa con Rachel Brooks. La miró de nuevo y su visión cambió un tanto. Era guapa, mucho más de lo que había considerado nunca. Por un momento apartó el recuerdo de Irina de su mente y quiso huir hacia delante.

—Me gusta mucho su vestido —dijo antes de dar un pequeño sorbo.

Ella sonrió ligeramente, una sonrisa muy diferente a las anteriores.

—Y a mí su traje. Usted es el único que puede venir a una premier con jersey.

—Ya me he fijado en que soy el único que no lleva camisa —dijo avergonzado—. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

—No lo haga, señor Howard. Póngase lo que le venga en gana. Le va a quedar bien igualmente.

Ahora bebió ella.

—Llámeme Patrick.

—¿Puedo llamarle como lo hace Tom Hanks? —preguntó con una mano en el pecho.

Patrick rio.

Unas cuantas copas después, se fueron de la fiesta y salieron por la puerta lateral del cine, la que les habían aconsejado si querían evitar a los periodistas. Subieron a un taxi y se dirigieron a la calle Treinta y dos. Entraron sin hacer ruido en casa de Patrick y fueron directos al dormitorio. Allí, sin siquiera encender la luz, se desvistieron el uno al otro.

48
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 19.30 h

—¿Qué pasó después?

—¿A qué se refiere? —pregunta Rachel.

—Quiero saberlo todo.

—Ya le he dicho que nos acostamos —susurra para que nadie pueda escucharla por detrás de la puerta.

—¿Se fue de su casa nada más terminar?

Rachel hace un gesto con la mano.

—No, bueno, pasé la noche con él. Me fui a la mañana siguiente.

—¿Usted sabía que estaba investigando un caso para su tercer libro?

—Me lo contó él esa noche. Me dijo que estaba a punto de terminarlo.

—¿Qué es lo que le explicó exactamente?

—Nada importante, supongo. Que estaba emocionado por lo que supondría su publicación. Me contó que era muy diferente a los que había escrito antes, y estaba seguro de que iba a dar mucho que hablar.

—Y ¿no le reveló qué caso trataba?

Rachel muestra media sonrisa.

—Intenté sonsacárselo, pero no quiso decírmelo. En realidad, era como si tuviese la cabeza en otra parte.

—¿Mientras tenían sexo?

Rachel baja la mirada, avergonzada.

—¿Son necesarias estas preguntas?

—Sí —dice Alison—. No quiero que se guarde nada. Si entorpece de nuevo la investigación, le aseguro que será usted la próxima en pasar por el calabozo.

—Está bien —acepta la presentadora—. Creo que sucedió después de hacer el amor. Fue muy bueno, pero luego se desinfló como un globo. Pensé que se arrepentía de haberlo hecho. Es una sensación desagradable, no sé si la ha experimentado alguna vez. El caso es que le hablaba y él respondía con monosílabos, como si ya no le interesara. Me sentí muy mal. Me dispuse a vestirme e irme, pero Patrick me pidió que me quedara. Así que lo hice. A la mañana siguiente, antes de que despertara, le dejé un pósit en la nevera en el que le decía que me encantaría tenerlo en el programa algún día, que considerara venir a presentar su próximo libro.

—Entonces, usted ya sabía que lo tenía previsto para noviembre —deduce Alison.

Rachel niega con la cabeza.

—No. Yo se lo propuse por escrito, no lo hablé con él. Al parecer, después de aquello su editorial se puso en contacto con el programa y concertaron una cita provisional, pero yo aún no sabía nada. Cada quince días hacemos una reunión interna para organizar el calendario del mes siguiente. Siempre hay bajas de última hora y tenemos que ir cambiando de invitados o de colaboradores. Por eso realizamos las reuniones quincenales. Él estaba citado provisionalmente para noviembre, y ese mes aún no lo hemos visto. Le juro que no sabía que quería venir.

Alison piensa en el caso. Patrick estaría confuso por sus sentimientos hacia Irina Cooper. Quiso olvidarla acostándose con Rachel Brooks, pero no consiguió más que unos minutos de placer. Luego los niveles de dopamina cayeron en picado y no pudo parar de pensar en la editora. Alison está segura de que se arrepentía de haberse dejado llevar. Patrick e Irina no estaban juntos, pero haberse acostado con otra mujer estando enamorado de ella lo haría sentirse mal, como si le hubiese sido infiel.

Por otro lado, la propuesta de Rachel acerca de su paso por el programa explica por qué Patrick decidió contactar con *El show de Rachel Brooks*. A diferencia de ella, Patrick sí que sabría lo de la

presentación de noviembre y, después de todo, supondría que no tendría problema en salir un par de minutos en directo.

—¿Volvieron a verse? —pregunta la detective.

—No —dice Rachel—. Su expresión me lo decía todo y… yo no me arrastro por nadie. Aunque he de reconocer que cuando Sandy me dijo lo de su videollamada me ilusioné. Qué ingenua —se ríe apenada.

—Se lo pregunto por última vez, señorita Brooks. ¿Conocía a Dennis Peterson?

—No.

—¿Qué hizo la noche del domingo 25?

—¿Me toma el pelo?

—Ya sé que estuvo trabajando, pero ¿qué hizo entre las diez y las once y media de la noche?

—No salí del teatro, se lo aseguro. Le puede preguntar a cualquiera del equipo.

—Y ¿qué hizo la madrugada del pasado martes después del programa?

—Me fui a casa. No irá a pensar que voy de fiesta en fiesta, ¿verdad?

—¿Puede corroborarlo?

—¿El qué?

—Que fue a casa.

Rachel piensa en ello.

—Creo que no. Pero ¿qué tiene que ver esa noche con todo esto?

Alison deja que pasen los segundos. Su pie se dispone a tamborilear debajo de la mesa, pero lo detiene a tiempo.

—Esa noche, justo a las dos de la madrugada, una hora después de que *El show de Rachel Brooks* terminara, alguien llevó el Audi de Patrick Howard al Bronx. Teniendo en cuenta que Patrick estaba muerto, no podemos contar con que él lo hiciera. Ah, se me olvidaba. Había un cadáver en el maletero del vehículo, concretamente el de Dennis Peterson. Y me preguntaba si usted, que se acostó con Patrick y pasó una noche en su casa, no pudo volver el domingo antes de venir a trabajar y coger las llaves de su

coche. Al fin y al cabo, Patrick y usted habían intimado y le habría dejado pasar sin pensárselo.

El rictus de Rachel Brooks se llena de sombras.

—Por Dios, no —murmura—. Yo nunca…

—Comprenderá que no puedo confiar en usted después de haberme mentido.

—Le juro que soy inocente. ¡Yo no he matado a nadie! —implora en un susurro—. Tiene que creerme.

—Ni la creo ni dejo de creerla. Simplemente lo averiguaré, y, si encuentro algo que la implique de alguna manera en la muerte de Patrick Howard o de Dennis Peterson, vendré a por usted. Yo también se lo juro.

Antes de salir del teatro, Alison habla con Sandy Robinson, la asistente de Rachel, y con otras cinco personas. Todos corroboran la coartada de la presentadora: el domingo 25, la noche del asesinato de Dennis y del suicidio de Patrick, no salió del teatro. En cambio, nadie puede verificar que fuera a casa después del programa la madrugada del martes 27.

Karen le ha enviado una imagen extraída de la grabación de seguridad de la tienda del Bronx en la que aparece el Audi A4 de Patrick Howard, pero con la exposición más alta. Lo que ve le produce un escalofrío. No se le ve la cara al conductor. Lleva un casco de moto que, aunque parece blanco, Alison sabe que es beis.

49
Alison Hess
Viernes, 30 de septiembre de 2016, 20.20 h

Ha venido a cenar con su padre y con Mary.

El día ha sido frenético, largo e intenso, pero ha conseguido lo que se proponía: el caso sigue abierto. Tal y como esperaba, el sargento Russell se ha puesto de los nervios y le ha echado la culpa de contradecirse delante de los medios.

—¿Es que no ve la poca seriedad que estamos mostrando de este modo?

Alison ha estado a punto de replicar que ella no le dice cuándo tiene que mostrarse ante la prensa y dar un comunicado, pero ha callado y ha dejado que el silencio respondiera por ella. Hay algo en el sargento que le inquieta. Según le contó, sacó la caja referente al caso Larson del archivo para ayudar a Patrick Howard en su nuevo libro. Y, como se refleja en el informe, fue él quien encontró a Hannah muerta delante del faro rojo aquella noche de 1993. No dijo nada cuando Barlow les enseñó la fotografía en la que aparecía Hannah desnuda. Debió de reconocerla al instante. Él ya sabía que existía un nuevo libro de Patrick Howard y que abordaba el caso Larson, y también se calló eso. La admiración hacia su superior cada vez es menor en Alison.

Sentado a la mesa de la cocina, John Hess bosteza y se rasca la coronilla.

—¿Qué tal el trabajo, cariño?

Es la segunda vez que se lo pregunta en cuestión de minutos.

—Bien, no me quejo. Aunque hoy me he empapado de arriba abajo.

—¿No has cogido tu paraguas? A ver si te vas a resfriar. ¿Qué te cuesta hacerlo?

Alison se encoge de hombros.

—No sé.

—¿No sé? ¿Qué clase de respuesta es esa?

—Vale, vale. Lo cogeré la próxima vez. ¿Tú qué has hecho hoy?

—¿Yo? Pues… he ido a dar una vuelta con Mary.

Mary le dedica una sonrisa.

—Vaya, qué bien —dice Alison—. Y ¿por dónde habéis paseado?

John frunce el ceño. Se gira hacia Mary para pedirle ayuda con la mirada.

—Hemos acudido a ver a la doctora Becker. Hoy teníamos la revisión.

—Maldita sea, Mary —exclama Alison—. ¿Por qué no me lo has recordado? Se me ha pasado por completo.

—Alison, deja de alarmarte por todo. Era una simple revisión.

—¿Qué tal ha ido?

—Genial. La doctora dice que todo va según lo previsto, que John lo está haciendo muy bien.

Alison resopla aliviada.

—No sabes cuánto me alegro.

—Tómate un respiro, ¿vale?

«¿Un respiro? Con todo lo que tengo encima no puedo permitírmelo».

Asiente como toda respuesta.

Después de la cena ha vuelto a casa. Se ha dado una ducha y se ha puesto el pijama como tanto deseaba. Revisar el tablero de corcho antes de acostarse es casi una necesidad, así que ha ido a la habitación de invitados y ha encendido el flexo. Los nombres de la investigación la observan desde lo alto: Patrick Howard, Dennis Peterson, Linda Peterson, Irina Cooper, Rachel Brooks, Emily Simmons, Hannah Larson, Luis Weaver, Peter Banks y Cameron Garrett. Coge un rotulador negro y escribe dos más: Francis Cooper y Camila Hernández.

Mientras repasa los avances del día, Alison piensa en la historia de Patrick e Irina y su amor condenado, y no puede evitar que su memoria vuele hacia Aaron y el tiempo que pasaron juntos. De pronto recuerda la imagen de Aaron junto a Olivia Miller en las grabaciones de seguridad del Cinema Village. El dolor aparece de nuevo. Decidida, sale de la habitación de invitados y entra en su dormitorio. Abre un cajón del escritorio y saca una fotografía en la que aparecen juntos en uno de sus viajes. Tras mirarla un instante, la rompe por la mitad. Ella no quiere pensarlo siquiera, pero tiene miedo. Teme que llegue el momento en que deba afrontar estos sentimientos, que vea a Aaron y le tenga que dar una explicación madura y sincera. El año pasado escribió unas páginas en las que hablaba sobre su problema. Porque tiene que reconocerlo, no ha conseguido pegar las piezas del jarrón de barro sobre el que escribió. Además, con motivo de su ascenso, Paul se ha alejado él solo. A Alison le da rabia. Le duele querer avanzar y no poder. Como bien le dijo el doctor Ross una vez, la mente humana es compleja, pero el corazón lo es aún más.

Escritura terapéutica de Alison Hess

Pasados los treinta días de permiso, Mary volvió a casa con mi padre y yo me reincorporé al trabajo. La vuelta fue complicada. Era extraño hacer como si no pasara nada, como si mi madre no hubiese muerto asesinada, como si no estuviese preocupada por mi padre o como si no lo hubiese dejado con mi pareja. Pero era lo que tenía que hacer, no había otra opción. Encontré un gran apoyo en Karen y Paul. Agradecí tenerlos como amigos en una situación así, aunque a veces sentía que era un lastre para ambos. Les conté lo de mi ruptura con Aaron por separado y, para mi sorpresa, sus reacciones fueron muy dispares.

—¿Cómo que has dejado a Aaron? —se horrorizó Paul—. Pero ¿qué ha hecho el pobre chico para que le rompas el corazón de esa forma?

Sentí sus palabras como agujas afiladas. Aaron no había hecho nada, Paul tenía razón. Pero no se trataba de lo que hubiese hecho o no, sino de lo que yo podía darle después de lo que había pasado. El amor es una balanza que debe permanecer equilibrada, y yo había quitado todo el peso de mi parte. Si no lo dejaba yo, lo habría hecho él tarde o temprano.

Karen, en cambio, me apoyó en mi decisión.

—Has hecho lo que tenías que hacer, Alison. Si quieres mi opinión, Aaron no se ha portado como debería.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendría que haberse preocupado más por ti, haber estado en los momentos difíciles. Piénsalo. ¿Acaso se volcó cuando le contaste lo de tu padre?

—Eso no era cosa suya —protesté—. Yo nunca quise involucrarlo. Además, Aaron sí que se preocupaba por mí. Él sufrió a mi lado mi temor por contraer la enfermedad de mi padre. El alzhéimer puede ser hereditario, ¿lo sabías?

—Alison, tú no vas a contraer alzhéimer.

—No lo sabemos. Puede que sí. Las estadísticas lo confirman.

—No me cambies de tema. —Negó con la cabeza—. ¿Qué me dices de su reacción cuando pasó lo de tu madre? No he visto a una persona más fría en mi vida.

—Me abrazó —recordé, confusa—. Dejó que llorara sobre su pecho. ¿Qué tiene de malo?

—No sé, un «tranquila, no pudiste hacer nada» o un «lo siento, vamos a pasar por esto juntos» habría estado bien, ¿no crees? ¡El tipo no dijo nada de nada! Cuando me lo contaste, dudé de si tenía sangre en las venas.

Bajé la mirada. No había pensado en eso.

—De todos modos —expliqué—, tampoco le dejé expresarse. Casi no le permití hablar. Cuando terminé de llorar, le dije que no podíamos seguir juntos.

—De verdad, no sé si lo tuyo es ser valiente o temeraria.

—¿Por qué dices eso?

—¿Que por qué lo digo? Porque estás hecha a prueba de bombas, amiga. Con cada problema que surge en tu vida apartas de tu lado a la gente que quiere ayudarte. Pretendes lidiar tú sola con todo lo que se te ponga por delante. Eres una mujer muy fuerte, Alison. Otra se habría hundido en la tristeza, habría buscado culpables donde no los hubiera y se habría preguntado mil veces por qué le pasan esas cosas a ella. Tú, en cambio, sigues adelante a pesar de todo. Eres una guerrera.

Yo me encogí de hombros, quitándole importancia.

—Supongo que eso lo he sacado de mi madre.

Durante las primeras semanas de mi reincorporación al cuerpo, no pude hacer otra cosa que rememorarlo todo una y otra vez. Recordaba los últimos minutos de vida de mi madre. La cara de su

asesina. Esa imagen no se me iba de la cabeza. Veía sus ojos asustados, su piel pálida, la pistola que usó para matar a mi madre y pegarse un tiro después. Se metió el cañón en la boca y disparó sin dudarlo. Recordaba el sonido sordo de su cuerpo al caer al suelo. La sangre de mi madre en su vientre, en sus manos, en las mías. Pero, sobre todo, lo que me perseguía sin cesar durante mis largas jornadas de trabajo era la canción que sonaba en la radio cuando todo sucedió: «Coward of the County», de Kenny Rogers.

Nada más terminar el trabajo, me iba directa a pasar la tarde con mi padre y con Mary. Solo regresaba a mi piso para dormir. Al cabo de unos meses me sentí más tranquila, como si finalmente me hubiese perdonado muchas cosas. La terapia con el doctor Ross me había venido bien, eso estaba claro. Pero mis avances no aparecieron de la noche a la mañana; tardé mucho tiempo en asimilar cada circunstancia de mi vida y entender que algunas de las obligaciones que yo misma me imponía no eran necesarias. Esto no significó que dejara de visitar a mi padre. Todo lo contrario. No ha habido un día que no lo haya hecho. Eso ha sido así y va a seguir siéndolo. Quiero verlo, cuidar su memoria, fortalecer su recuerdo hacia mí. Que no me olvide, aunque sé que lo que pretendo es imposible. Llegará un día en que me salude y me pregunte por mi nombre, mi trabajo, mi familia. Llegará un día en que no reconozca mi rostro. Y, sinceramente, no sé cuál será mi respuesta. Puede que a Karen le parezca una mujer muy fuerte, pero yo no pienso así.

Yo solo quiero ser una buena hija.

50
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 10.00 h

—¿Detective Hess? Soy Camila Hernández —dice al otro lado del teléfono—. He revisado todas las noticias referentes a la red Nielsen y ningún medio hizo pública la dirección donde grababan a los niños.

Se lo temía. Eso solo quiere decir una cosa: el asesino de Hannah Larson es miembro de la red de pornografía infantil. Aunque le ha dado vueltas al caso y no puede descartar que Patrick y Dennis también lo fueran.

—Gracias, Camila. ¿Qué hay de lo otro que le pedí?

—Encienda la televisión o la radio. Hablarán de ella ahora y a las siete de la tarde. Lo repetirán mañana.

Alison le vuelve a dar las gracias a la reportera, cuelga la llamada y enciende la radio del coche. Pocos minutos después, escucha la crónica leída por Elisabeth Wolf:

«Este mes de octubre se cumplirán ya veintitrés años del asesinato de Hannah Larson. Algunos no la recordarán, puesto que ha pasado mucho tiempo. Al principio el caso no tuvo mucha repercusión, pero todo cambió cuando se desveló la identidad de los nombres que la policía barajaba en su lista de sospechosos. No vamos a pronunciarlos. Consideramos que no es lícito volverlos a señalar cuando las sospechas finalmente se disolvieron. Sin embargo, cabe destacar que el caso se cerró por falta de pruebas, lo que significa que el asesino de Hannah sigue en libertad. No pretendemos alarmarles, ni mucho menos. Nuestra intención es dar todo nuestro apoyo a la familia y manifestar abiertamente que no olvidamos a Hannah Larson. La lucha no ha acabado».

Alison se sorprende por las palabras de la presentadora. No sabe si ella lo hubiera dicho de esa manera, pero tampoco le dijo expresamente a Camila cómo debían hablar de la noticia. Aun así, está satisfecha. Ella ya ha movido pieza en el tablero, ahora es el turno del asesino. Pero no va a dejarlo pensar demasiado. Va a continuar siguiendo los pasos de Patrick Howard y a hablar con los sospechosos del caso Larson. No les mencionará la red Nielsen: nadie confesará voluntariamente su pertenencia a una organización delictiva. Tampoco espera que nadie confiese el asesinato de Hannah, pero si el culpable se ha esforzado tanto para callar a Howard es porque se ha sentido vulnerable.

Después del reverendo Weaver, el detective Cameron Garrett sospechó de Peter Banks, candidato a la alcaldía de Nueva York en 1993. Aunque hubo mucha especulación en la prensa, el informe no especifica el motivo de la sospecha, lo cual le parece cuando menos interesante.

Llama al timbre de la mansión, cubierta parcialmente por enredaderas, situada en Charles Street. La puerta, alta y amplia, es de color negro, al igual que las rejas de las ventanas. La fachada de piedra está pintada de un azul oscuro que a Alison le recuerda al color de la noche. Más que una casa, parece una prisión de lujo.

La puerta se abre, pero no es Banks quien aparece en el vano, sino una empleada, que le pregunta a Alison si busca al «señor». Tras su asentimiento, la mujer, que lleva el pelo recogido y un delantal blanco sobre ropa oscura, cierra la puerta de nuevo para ir en busca del expolítico. Al cabo de un par de minutos, Peter Banks se presenta en mangas de camisa. Es un hombre de unos setenta años, alto y corpulento. Su prominente bigote se mueve por debajo de su nariz cuando intenta identificar a Alison.

—Buenos días, señor Banks. Mi nombre es Alison Hess. Soy la detective al frente del caso de Patrick Howard, y me preguntaba si podría mantener una breve conversación con usted al respecto. Según tengo entendido —miente—, el señor Howard habló con usted no hace mucho.

El bigote vuelve a moverse. Un sutil gesto de desagrado.

—¿No lo habían cerrado ya?

—Aún no, señor. ¿Puedo pasar?

—No lo sé. ¿Soy sospechoso de algo?

Alison aprieta los labios.

—No.

—Entonces váyase de mi casa —dice con voz grave y autoritaria—. Demasiado me molestaron ya en su día. Y lo mismo hizo el criminal ese viniendo hasta aquí. Doy gracias al cielo porque no nos causó ningún daño ni a mi mujer ni a mí. Ya estoy mayor para estas cosas, ¿sabe? Lo que menos me apetece ahora mismo es hablar con usted. No me malinterprete, ni con usted ni con nadie. Así que, como mi participación en el caso no es necesaria, voy a seguir cuidando de mi esposa. Buenos días.

Cierra de un portazo.

Alison se queda clavada en el sitio, aturdida por lo que acaba de pasar. Peter Banks le acaba de cerrar la puerta en las narices. A decir verdad, Banks tiene razón. Fue sospechoso de asesinato en 1993, pero no lo es de ninguna de las dos muertes de 2016, por ahora. Aunque con su discurso ha confesado que tuvo contacto con Patrick Howard antes de que se suicidara. Al igual que Irina Cooper y Luis Weaver, Peter Banks es una pieza del rompecabezas. Alison no puede darle el privilegio de salirse con la suya, debe colaborar con la policía.

Vuelve a llamar al timbre.

—¡Le he dicho que se vaya! —grita Banks desde el interior de la casa.

—No puedo hacerlo, señor Banks. —Alison levanta la voz para que la oiga—. Se equivoca al pensar que su participación en el caso no es necesaria.

La puerta se vuelve a abrir.

—¿Está usted acosándome, detective?

—Vamos a empezar otra vez, ¿vale? —dice ella en son de paz—. Necesito su ayuda, señor Banks. Supuestamente, Patrick Howard mató a una persona y quizá lo que usted y él hablaron ayude a aclarar algunas incógnitas y descartar su posible implicación en este asunto tan grave. Teniendo en cuenta lo que pasó en 1993 y que Patrick Howard estaba investigando sobre aquello, solo le pido unos

minutos de su tiempo para poder borrar su nombre de este caso al menos. ¿Entiende usted lo que quiero decir?

Peter Banks la fulmina con la mirada. Desearía decirle que se pierda de su vista, pero se traga el orgullo y se hace a un lado para dejarla pasar.

—Vete a casa, Betty —le dice a la empleada, que había reanudado sus quehaceres en la cocina.

—Pero, señor, acabo de empezar a…

—No te preocupes —la corta él—. Ya lo hago yo. Tómate la mañana libre, ¿de acuerdo? Te pagaremos las horas igualmente.

Betty asiente y se quita el delantal.

—Muchas gracias, señor —dice antes de abandonar la casa.

Una vez solos, Peter y Alison van al salón, amplio y luminoso, y se sientan en dos sillones de piel enfrentados y separados por una mesa baja de cristal.

—¿Qué quiere saber exactamente? —le pregunta él con desgana.

—¿Cuándo vino Patrick Howard a su casa?

—Hará cosa de un mes.

—¿Qué es lo que quería?

—Me dijo que estaba escribiendo un libro.

Alison se queda callada para que continúe, pero se teme que tendrá que sacarle todas las respuestas a la fuerza.

—Sí —dice—, el que trataba sobre el caso Larson.

El expolítico hace una mueca.

—Eso me dijo, sí.

—Supongo que necesitaría que le diera su versión de los hechos, ¿no es así? Querría documentarse para el libro.

—Exacto.

—Y ¿lo hizo? ¿Le dio su versión?

Peter Banks suspira, impaciente.

—Sí.

—¿Puede hacer lo mismo conmigo?

—Por supuesto que no. —Aprieta los puños—. Mire, Patrick Howard removió la mierda de mi pasado, quería volver a hundirme como hicieron en el 93, pero yo no tengo nada que ver con su

muerte. Ahora, después de lo que ha hecho, espero que su editorial no publique ese libro del demonio. Sería un disparate.

—Pero usted lo ayudó, ¿no? Me ha dicho que le dio su versión de lo que pasó.

—Cometí un error. Nunca debería haber cedido. Escribir un libro sobre las desgracias de otros… Aquello era un crimen que escapa de la ley.

—Entonces ¿se arrepintió de haber hablado con Patrick Howard?

—Sí, me arrepentí. Fui un estúpido.

—¿Temía que Patrick pudiese desvelar algo que lo pusiera en un compromiso?

—Ese hombre no tenía nada que me incriminara, ¿me oye? Pero estaba seguro de que escribiría cualquier cosa para que la gente sospechara de mí otra vez. Usted lo ha podido comprobar con sus propios ojos: Patrick Howard era un asesino. La maldad corría por sus venas.

—¡Peter! —se escucha desde alguna parte de la casa. Es una voz femenina.

Él proyecta la voz hacia arriba para responder.

—¡Ya voy, cariño! —Se dirige a Alison—: Deme un minuto.

Ella asiente.

Peter se levanta del sillón y sube las escaleras.

Durante la espera, Alison se pone en pie y observa las fotografías que hay esparcidas por el salón. En ellas aparece Banks unos veinte o treinta años más joven con su esposa. A Alison le impresiona ver cómo ha cambiado su aspecto. Verlo tan de cerca, conociendo su historia, le causa respeto. Porque Peter Banks pudo ser alcalde de Nueva York, pero lo acusaron de homicidio poco antes de abrir las urnas.

Una foto capta su atención. Es aún más antigua que las demás, pero no es eso lo que la impulsa a aproximarse, sino quién aparece en ella. Es un adolescente sentado en la nieve. Tiene el pelo largo por los hombros y alguna que otra espinilla en las mejillas sonrosadas por el frío. En el informe no se menciona a ningún hijo de Banks.

—¿Se puede saber qué hace?

Alison se vuelve hacia Peter, que la atraviesa con la mirada según baja las escaleras.

—¿Quién es el chico de la foto?

—No es nadie. Dígame la verdad, ¿ha venido a hurgar en mi vida como hizo el periodista?

—Ya le he dicho por qué estoy aquí, señor Banks —se molesta—. Intento evitar escribir su nombre en el expediente. Si no colabora, me resultará difícil.

Alison advierte cómo Banks aprieta la mandíbula para callarse otro ataque.

—Siéntese —le ordena.

Ella obedece y él la imita.

—Me decía que Patrick Howard tenía malas intenciones contra usted —retoma Alison la conversación.

—Así es —dice él—. Quería incriminarme en el asesinato de Hannah Larson.

—¿Y tenía razón? —se atreve a decir.

—¡No!

—Entonces ¿por qué cree que quería culparlo de un asesinato que no cometió?

—No lo sé, detective, pero no habría sido el único. Patrick Howard era un criminal, le insisto. Salía en televisión hablando sobre asesinos y en realidad él era el peor de ellos. Y pensar que la gente compraba sus libros… Vergüenza me daría a mí.

Alison se queda mirando a Banks con detenimiento.

—¿Qué piensa usted de su suicidio?

—¿Que qué pienso? Lo que yo piense no importa.

Alison se inclina hacia él y muestra indiferencia con un gesto.

—Me interesa su opinión. No hay nada de malo en opinar, ¿no?

Peter Banks ríe.

—¿Quiere que le diga lo que opino? Se lo voy a decir. Patrick Howard era un hijo de puta que pretendía forrarse a costa del sufrimiento de los demás. Pero eso no es todo. Se ha demostrado que también era un asesino. No sé qué le va a parecer mi punto de vista, detective, pero creo que el periodista hizo justicia.

—¿Piensa que tomó la mejor decisión suicidándose?

—Eso es exactamente lo que he dicho. —Hincha el pecho—. Y sé que no es algo agradable de escuchar, porque, claro, estamos hablando de la muerte de una persona. Pero, joder. ¿Hasta dónde llega la ética en estas situaciones? ¿Un hombre mata a otro y no merece morir? ¿En qué cabeza cabe? Me parece increíble que en Nueva York no se aplique la pena de muerte. ¿Sabe cuándo fue la última vez que ejecutaron a una persona por la pena capital aquí? En 1963. Si yo hubiese ganado las elecciones en el 93, le juro que habría movido cielo y tierra para volver a instaurarla.

—Pero usted se presentaba a la alcaldía de Nueva York. Los cambios legislativos son cosa del estado —objeta Alison.

Peter Banks suelta una carcajada irónica.

—De verdad, detective, cuánto le queda por aprender. De todos modos, no ha venido aquí para conocer las propuestas de mi candidatura, ¿verdad?

—Me interesan si están relacionadas con la muerte del señor Howard.

El semblante de Banks se contrae.

—Ni se atreva a insinuarlo —la amenaza—. Yo no tengo nada que ver con la muerte de nadie, a ver si se les mete en la cabeza de una vez por todas. Patrick Howard se suicidó, ¿no es así?

—Cierto, señor Banks.

—Entonces no entiendo de qué me acusa. ¿Que pienso que merecía morir? Sí, y tanto que lo pienso. Yo y, a estas alturas, la mitad de Nueva York. Al final es una cuestión de justicia, ya se lo he dicho. Siendo policía, debería apoyar mi punto de vista.

—Desde que soy policía, señor Banks, me he dado cuenta de que para muchos hablar de justicia equivale a hablar de la opinión mayoritaria. Y solo hacen falta un puñado de palabras pronunciadas por alguien influyente para que dicha justicia adopte otra apariencia y las leyes sean reemplazadas por otras nuevas.

Peter Banks cruza los brazos y se queda callado, perforándole el alma con sus ojos pequeños. Transcurre un minuto incómodo sin que ninguno de los dos se pronuncie. Es su mujer quien vuelve a llamarlo a gritos desde el piso de arriba.

—¡Peter! —Su voz queda amortiguada por una puerta cerrada.

—Tiene que marcharse —dice el expolítico—. Mi esposa está enferma. Sin Betty, no puedo dejarla mucho tiempo sola —comenta según se levanta apoyándose en el reposabrazos del sillón.

—¡Pero no me ha contado nada aún! —Alison se pone a su altura —. No he venido aquí para esto.

—Tendrá que irse con las manos vacías. —Muestra una sonrisa fingida.

—Lo siento, pero no. —Da un paso al frente y detiene su intento de acompañarla hasta el recibidor—. Atienda a su mujer si es necesario. Esperaré lo que haga falta. Pero yo de aquí no me voy sin su versión de los hechos.

El bigote vuelve a moverse y de algún modo transmite un desdén que las palabras solo subrayan:

—No espere que le ofrezca té y pastas.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El Pensamiento del Orden

En 1993, las elecciones para la alcaldía de Nueva York estaban programadas para el 2 de noviembre. Los demócratas llevaban dos décadas en el poder y pretendían conservarlo con el candidato ganador de las últimas urnas y vigente alcalde de la ciudad, David Dinkins. En el lado opuesto, se esperaba que los republicanos presentaran al fiscal del distrito sur de Nueva York, Rudy Giuliani, quien ya había pasado por las elecciones en 1989 y había perdido por un estrechísimo margen. No fue así. Quien se hizo con las elecciones primarias fue un importante empresario, dueño de numerosas multinacionales, llamado Peter Banks.

Banks había crecido en Staten Island y, aunque venía de una familia humilde, su perseverancia en el mundo de los negocios lo había catapultado a lo más alto. Según decían los datos, sus empresas facturaban millones de dólares.

Un par de años antes había aparecido en el programa de la NBC *Sueños de dinero* para contar su historia y había conseguido que medio país hablara de él en cuestión de horas. Todo a base de afirmaciones polémicas sobre inmigración, economía, desempleo y criminalidad. Sus declaraciones lo llevaron a otro programa, y a otro, y a otro. La prensa se hizo eco y su nombre comenzó a ser familiar en todas las casas de Estados Unidos. Pero lo que consiguió que el tema Peter Banks se estirara como un chicle fueron las referencias que él mismo hacía sobre el éxito. Aseguraba saber cómo se regía el mundo, a la vista estaba que era un hombre exitoso, y relacionaba sus polémicas creencias con los logros que había acumulado. Defendía el «Pensamiento del Orden», concepto que repitió durante meses en las numerosas entrevistas a las que tuvo que hacer frente. Y, de esta forma, Peter Banks empezó a crear una suerte de

campaña política en la que cada vez tenía más seguidores, o creyentes, como a él le gustaba llamarlos. Porque todo tenía que ver con una creencia, un acto de fe que se convertía en un pensamiento, y ese pensamiento llevaba a la acción. En resumidas cuentas, su discurso proclamaba que, si pensabas como Banks, serías como Banks. Visto así, sin darle demasiadas vueltas, ¿quién no querría ser rico y vivir sin preocupaciones? No toda la población estaba de acuerdo con sus postulados, claro está, pero sí se le dio el beneficio de la duda: ¿y si ese hombre tenía razón?

En 1993, Peter Banks ya era una de las figuras públicas más influyentes del país y, cuando el Partido Republicano presentó su candidatura, los demócratas no escondieron su inquietud. La campaña política de Banks arrancó con un mitin en Central Park, delante del embalse que un año después recibiría el nombre de Jacqueline Kennedy Onassis. El viento mecía los árboles y, a su espalda, los patos trazaban dibujos en el agua. El político se presentó ante miles de personas con el mejor de sus trajes. Sus primeras palabras delante del micrófono se recordarían durante meses:

—Conciudadanos de Nueva York, el Pensamiento del Orden ha llegado para quedarse.

La ciudad se llenó de carteles con las caras de los candidatos a la alcaldía y no tardaron en aparecer las primeras pintadas anónimas de opiniones diversas, todas sobre el eslogan de Peter Banks: «¡Arriba con el Pensamiento del Orden!», «El Pensamiento del Orden nos matará a todos». Los demócratas, incómodos por el movimiento de masas de Banks, decidieron cambiar su estrategia y se mostraron sorprendidos ante lo que estaba pasando. Así lo hizo Dinkins en uno de sus mítines:

—El señor Banks es todo lo contrario a lo que Nueva York necesita. ¿En qué estamos pensando? ¿Acaso no vemos que sus discursos carecen de toda ética? Que nadie les engañe, no todos pueden ser alcaldes de Nueva York. Por eso el Partido Demócrata lleva dos décadas ganando las elecciones.

Días después, fue Peter Banks quien le devolvió el dardo a Dinkins:

—Hace poco recibí una carta. Un hombre me hablaba de su hija, que se llamaba Kimberly y tenía veintidós años. —Se detuvo un momento. Entonces se mostró pensativo, realmente afectado—. Ella había quedado con sus amigas para ir a cenar. Luego fueron al cine, tomaron una copa, ya saben. Se lo pasó bien. —Carraspeó—. En el camino de vuelta a casa, un indeseable la siguió y la llevó a un callejón a la fuerza. Allí la violó y la mató. —Suspiró y dejó que el mensaje calara—. Según expresó su padre en la carta, Kimberly era la persona más cariñosa del mundo. Cualquier habitación se iluminaba con su presencia. La noticia de su muerte fue desgarradora para toda su familia. —Apretó los labios—. Les diré algo: su trágica historia es mucho más común de lo que imaginamos. No nos equivoquemos, la tasa de criminalidad aún es demasiado alta en Nueva York. Llevamos casi dos mil homicidios este año y ya nos apodan la «capital del crimen». Esto es inaceptable. Digo yo que algo no estarán haciendo bien los demócratas con estos datos. —Negó con la cabeza—. Ahora imagínense que lo que le pasó a Kimberly le ocurre a alguien de su familia, a la persona que más quieren en el mundo. ¿Cómo se sentirían? Si tuvieran el poder de decidir qué sucede con su agresor, ¿qué harían? ¿Qué le desearían? El señor Dinkins dice que no hay ética en mis discursos. Yo les diré dónde no hay ética: en la ley del estado. Y les diré otra cosa. Si yo tuviera que decidir el futuro del asesino de Kimberly, le desearía la más horrenda de las muertes. Porque no es justo que los criminales se salgan con la suya y que puedan vivir cien años habiendo quitado vidas inocentes. Si la pena capital volviera a aplicarse, los delincuentes se lo pensarían dos veces antes de arrebatarles la sonrisa a nuestros seres queridos. Y yo me pregunto: ¿cómo no se han dado cuenta en dos décadas?

Todos los medios de comunicación recogieron las palabras de Banks y la incredulidad de David Dinkins fue en aumento. En una entrevista para la CNN, dijo:

—Ni yo ni el señor Banks tendríamos la potestad de cambiar esa ley. Les pido que se informen, que lean antes de creerse nada. Es la única manera de combatir este tipo de soflamas.

Pero el Pensamiento del Orden se extendía por toda la ciudad y los sondeos vaticinaban la victoria de Banks.

Sin embargo, a pocas semanas de las elecciones, Peter Banks hizo una comparecencia en la que retiraba su candidatura de forma inmediata. Salió ante las cámaras con traje, como siempre, pero también con guantes, detalle que no pasó desapercibido a los más observadores, pues las temperaturas no eran excesivamente bajas en esa época.

—Hoy estoy ante ustedes para anunciar formalmente que me veo obligado a retirar mi candidatura a la alcaldía por motivos personales. Gracias a todos por su apoyo. Sigan con la lucha, que nadie les doblegue.

Fue entonces cuando el Partido Republicano presentó a su nuevo candidato: Rudy Giuliani, que prometió seguir el camino de la limpieza criminal que había defendido Banks. Y, a diferencia de Peter, Giuliani ya había lidiado con asuntos de esta índole como fiscal federal.

Al día siguiente, la prensa hizo público el motivo de la retirada de Peter Banks: era sospechoso de asesinato. Gracias a la filtración, la ciudad conoció los detalles de la investigación del caso Larson y los neoyorquinos recordaron las palabras de Peter sobre la pena de muerte.

«Si tuvieran el poder de decidir qué sucede con su agresor, ¿qué harían? ¿Qué le desearían?».

51
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 11.05 h

—Ese año, Giuliani ganó las elecciones y se convirtió en alcalde de Nueva York —dice Peter Banks con el gesto torcido—. Una pena. Me alegré por él y por el partido, pero me hubiera gustado estar en su posición. Los sondeos eran claros —añade pensativo.

—Disculpe si le cambio de tema, señor Banks, pero ¿usted conocía a Hannah Larson?

—En absoluto.

Alison lo mira sin comprender.

—Entonces ¿qué fue lo que llevó a la policía a sospechar de usted?

Él se encoge de hombros, como aceptando su suerte.

—La política es complicada, detective. En este mundo cada cual tiene su forma de pensar, sus ideas, sus leyes. Por muy influyente que seas, no puedes volverlos a todos a tu favor. Los radicales no cambiarían su voto ni a punta de pistola.

—¿Quiere decir que el detective que investigaba la muerte de Hannah Larson quiso poner el foco sobre usted por motivos políticos?

—¿Por qué si no? Piénselo, esa acusación me obligó a retirar mi candidatura. Con su sospecha, aquel policía me arrebató la alcaldía cuando estaba a punto de ganarla. No me extrañaría que los demócratas estuvieran detrás de todo eso.

Alison observa cómo Banks aprieta el reposabrazos de su sillón. Se está conteniendo.

—¡Peter! —se oye desde el piso de arriba.

Su mujer otra vez. Se nota que se esfuerza para que su marido la oiga.

—Tiene que irse —la apremia Banks—. Mi mujer me necesita.

Alison se levanta y se dirige a la puerta, dubitativa. El cuidado del hombre con su esposa le recuerda al que tenía su madre con su padre, y ahora ella misma se sorprende viéndolo con otros ojos.

—Señor Banks, ¿le puedo preguntar qué le pasa a su mujer?

—Tiene artritis reumatoide. Está pasando por un brote bastante pronunciado.

—Vaya, lo lamento.

El expolítico asiente mirando al suelo.

—Gracias por su tiempo —dice ella una vez fuera.

Pero Peter Banks cierra la puerta sin despedirse.

La historia de las elecciones de 1993 y la repentina e inexplicable irrupción de Banks en el caso Larson tiene descolocada a Alison. ¿Por qué Cameron Garrett no detalló el motivo de su sospecha en el informe policial? ¿Sería todo una estrategia del Partido Demócrata para quitarse a su rival de encima, como él sostiene?

Se incorpora a Barbara Street, en el distrito de Staten Island. Casas blancas con jardines perfectamente cuidados flanquean la calzada.

Alison se pregunta qué habría sido de Nueva York si Peter Banks hubiese ganado aquellas elecciones. Aunque, bien mirado, quizá sea mejor no saberlo.

Aparca el coche y se acerca a una de las casas. En cuanto llama al timbre, un perro ladra al otro lado de la puerta; ladridos graves, de perro grande. Una mujer le riñe por armar escándalo y se escucha cómo un lamento se aleja de la entrada. La puerta se abre un palmo y la mujer, de unos sesenta años, pelo corto y manos arrugadas, sonríe a Alison por detrás de la cadena de seguridad.

—Hola —saluda—. Disculpe a Poirot. Es muy protector con nosotros.

—No se preocupe. Soy la detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios. —Le muestra la placa—. ¿Es usted la señora Garrett?

—Así es. Pero llámeme Gloria, por favor.

—Por supuesto —accede para ganarse su confianza—. ¿Está su marido en casa, Gloria?

—Sí, se encuentra en el porche de atrás. ¿Por qué lo pregunta?

—Estoy investigando el caso de Patrick Howard y me gustaría…

Gloria Garrett cierra la puerta y Alison se queda con la boca abierta. Pero de pronto la puerta se abre de nuevo, ahora sin la cadena de seguridad, y la mujer se hace a un lado para que ella entre en su casa.

—¿Usted duerme bien por las noches?

La pregunta desconcierta a Alison.

—¿Cómo dice?

—Cameron no podía dormir cuando un caso se complicaba más de la cuenta.

—Ah, bueno. Sí, de momento duermo bien.

—Pues aprovéchelo, porque aquello era un sinvivir. —Cierra la puerta tras ella—. Cameron estaba de mal humor la mayor parte del tiempo. Y no hacía otra cosa que pensar en sus casos. Si le digo la verdad, no sé cómo lo soporté.

Alison ríe, a la espera de que la lleve con el detective que investigó el caso Larson. Pero la mujer no se mueve del sitio.

—Bueno —dice Gloria—, sí que lo sé. Eran otros tiempos. Antes, cuando te casabas, te casabas. No como ahora, que parece que el matrimonio no es más que un papel que guardas en el cajón de los trastos. En fin, lo que quiero decirle es que Cameron no fue feliz hasta que dejó la policía.

Alison ve un hilo del que tirar antes de hablar con el antiguo detective.

—¿Por qué lo hizo? —le pregunta como quien no quiere la cosa.

—Ay, joven. —La coge del brazo—. Porque lo trataron muy mal. Pero qué le voy a decir que no sepa ya, ¿no? Venga, anda. La llevaré con él.

La guía hasta el otro lado de la casa. Las numerosas ventanas proporcionan una iluminación fantástica. Por el camino ve a Poirot, un pastor de Anatolia con el pelaje marrón claro, tumbado sobre el suelo del salón.

—¿Sabe cuántos perros han pasado por esta casa?

—¿Cuántos? —pregunta Alison sin mucho interés.

—Cinco. Cameron es un amante de los perros. Yo no lo soy tanto, pero qué le voy a hacer. Ya tenía uno cuando lo conocí. Igual que nos pasa a todos, Cameron es como uno de esos huevos de chocolate con un juguete sorpresa en su interior. —Ríe—. No puedes comprar solo el chocolate y tienes que quedarte con el juguete aunque no te guste.

—Nadie le obliga a quedarse el juguete —le sigue la broma Alison.

—A lo mejor no era el mejor símil. Para Cameron, sus perros son una condición de vida. Que nadie se los toque.

Cruzan una puerta con mosquitera y llegan al porche. Cameron Garrett limpia su coche, un Land Rover gris bastante viejo, con una manguera. El agua no sale a mucha presión y tiene que acercarse bastante para llegar a ciertos puntos del vehículo.

—Cameron, tienes visita —le dice Gloria.

El hombre se vuelve hacia ellas y escruta a Alison desde la distancia.

—Es la detective que investiga el caso de Patrick Howard.

Decidido, Garrett va hasta la pared y cierra el grifo de la manguera. La deja en el suelo y se aproxima al porche. Es alto, pero no tan corpulento como Peter Banks. Las canas de la edad, o del estrés, avanzan hacia arriba desde sus orejas. Lleva una barba incipiente y una camisa roja de franela a cuadros.

—¿Qué tiene? —pregunta sin rodeos.

—Poca cosa, por ahora.

—¿Cree que Patrick Howard mató a Dennis Peterson?

—No. Estoy segura de que no lo mató él.

—No dé nada por sentado. Debe mantener el control, no dejarse llevar por sus impulsos y ponerlo todo en duda, ¿me oye?

Alison siente la rigidez en los músculos.

—Sí, señor —dice agradecida por escuchar los consejos de un policía experimentado, pero luego recuerda que él también estuvo bajo sospecha y no sabe cómo sentirse.

—¿Por qué piensa que Patrick no lo hizo?

En un primer momento, Alison recela. Ella no lo conoce, pero que sea el policía que investigó el caso Larson le hace confiar en él. Aunque duda si es lo más sensato, se abre y le cuenta sus avances:

—El cadáver de Dennis apareció en el Bronx, dentro del coche de Patrick. Pero el periodista no lo trasladó allí, fue otra persona. Lo he visto en una grabación de seguridad.

—¿Han podido identificar al conductor?

—No. Llevaba un casco puesto.

—Entonces ¿cómo sabe que no era Howard?

—El coche llegó al Bronx después de que él se suicidara.

Cameron Garrett ladea la cabeza.

—Lo del suicidio también es cuestionable.

—¿Usted cree que fue inducido? —se interesa Alison.

—Digamos que no descartaría que el señor Howard se viera obligado a hacerlo. ¿Sabe lo del caso Larson?

La conversación está yendo muy rápido y las pulsaciones de Alison aumentan su ritmo.

—Sí. Sé que Patrick se estaba documentando, su nuevo libro trataba sobre ese caso.

—Y ¿no le parece extraño que empiece a investigar por su cuenta y de repente se convierta en asesino y se suicide delante de millones de espectadores?

Alison asiente, pensativa.

—Eso es justo lo que pienso —admite por primera vez en voz alta —. Alguien le obligó a quitarse la vida, estamos ante un asesinato por coacción al suicidio. No sé cómo lo hizo, pero tengo una ligera impresión de por qué: para que Patrick no publicara su libro.

—Para que no contase lo que había descubierto, más bien. El libro carecería de importancia si a Patrick se le hubiese ocurrido contar la verdad a viva voz.

—Pero él era periodista por encima de todo —comenta ella—. Llevaba meses escribiendo sobre ello, era su gran proyecto. Él querría tener la exclusiva, que nadie supiera el final de esa historia para que todo el mundo comprase su libro.

—¿Tiene alguna idea sobre quién ha podido hacerle esto?

Alison vuelve a asentir.

—Tengo una lista de sospechosos, pero aún es muy vaga. De hecho, si he venido a su casa es porque me falta su versión de los hechos de 1993. Quiero que me hable del caso que investigó, y necesito que sea franco conmigo.

—Tranquila, se lo contaré todo. Patrick Howard también vino a escuchar mi historia. ¿Sabe? Desde la noche de su muerte no paro de darle vueltas a una cosa. —Hace una pausa. Mira a ambos lados y añade—: Creo que sé quién está detrás de todo esto.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El robo

Mientras las campañas políticas hacían que la ciudad entrara en ebullición, el detective Cameron Garrett interrogaba al reverendo Luis Weaver en el One Police Plaza. El diario de confesión de Hannah Larson se había convertido en una prueba importante del caso y la posible implicación de Weaver en el asesinato de Hannah, según la intuición del policía, era casi palpable. La transcripción del interrogatorio es la siguiente:

GARRETT: Le diré lo que pasó, padre: usted se acostó con Hannah Larson…

WEAVER: ¡Por el amor de Dios, claro que no!

GARRETT: … la dejó embarazada y la mató.

WEAVER: ¡Le he dicho que no! Nunca le he puesto una mano encima a nadie.

GARRETT: Vamos, padre. Ya sé que está casado con la Iglesia y bla, bla, bla. Pero los dos sabemos que no es más que un hombre con la protección del alzacuellos. Muestre de una vez su verdadera personalidad.

WEAVER: No hay una máscara que esconda nada, detective Garrett. Lo que ve es lo que hay. Ni más ni menos.

GARRETT: Me lo creo a medias, mire por dónde. Me creo que no supiera lo que Hannah había escrito en el diario. Y le diré por qué. Porque aún estaba en su confesionario privado. Si lo hubiera leído, se habría deshecho de él para que nadie supiera lo que estaba pasando entre Hannah y usted, aunque las partes borradas y reescritas me hacen dudar.

WEAVER: No pasó absolutamente nada.

GARRETT: Esa es justo la parte que no me creo. Se lo voy a explicar brevemente y verá como al final me da la razón. Hannah asiste a su iglesia por usted. Se encapricha del hombre que hay debajo de la sotana y se le insinúa. Usted la rechaza en un primer momento, pero ese interés de la chica le hace fantasear con qué pasaría si se dejase llevar. Fantasea con ella, con su cuerpo, con el sexo que tanto anhela…

WEAVER: Se equivoca.

GARRETT: … y finalmente se rinde ante sus impulsos. La llevó a su casa, se acostó con ella teniendo en cuenta las posibles represalias y la fotografió para disponer de una baza con la que amenazarla, para que callara. Porque ¿qué dirían sus feligreses si se enteraran de que el sacerdote había tenido sexo con una menor? Eso sería un escándalo. Pero le salió mal la jugada. Hannah le robó la cámara y usted se quedó sin posible chantaje. ¿Qué podía hacer? Le entró el pánico. Reflexionó sobre el problema que se le avecinaba y tomó la única vía que creyó que le quedaba para salir impune: matar a Hannah. Y así lo hizo. Le clavó su pluma estilográfica en el cuello y dejó que se desangrara.

WEAVER: Con todo el respeto, detective, está perdiendo el tiempo. No tiene pruebas que me incriminen, solo un diario que demuestra que Hannah se había enamorado de alguien. Pero le juro por Dios que ese alguien no soy yo. Y la pluma no es mía. Han descubierto que estaba embarazada. De acuerdo. Háganme una prueba de paternidad si así va a estar más tranquilo.

Cameron Garrett se quedó atónito ante la proposición del sacerdote. Sin decir nada, salió de la diminuta sala de interrogatorios y fue a buscar un teléfono. Llamó al forense y le preguntó si podían hacerlo.

—Imposible —dijo el médico al otro lado de la línea—. Hannah Larson murió cuando estaba embarazada de pocas semanas. En ese estado, el óvulo mide menos de un milímetro. No hubiésemos sabido

nada del embarazo sin el análisis de sangre, porque, como le digo, es algo prácticamente invisible. Por tanto, no hay de dónde extraer una muestra.

Esa misma tarde, a Luis Weaver le recogieron saliva, por si hiciera falta, y le dejaron marcharse a casa con la condición de que no saliera de la ciudad.

Para el detective Garrett, las elecciones eran un estorbo. No porque pensara que fueran una tontería, sino porque entorpecían su trabajo de investigación. O eso mismo pensó cuando su amigo del colegio, Peter Banks, que era uno de los candidatos a la alcaldía de Nueva York, lo llamó para que le echara una mano en un asunto personal. Cameron no quería hacerlo. Llevaban una eternidad sin verse y no tenía ninguna deuda con él, pero Peter podía llegar a ser alcalde de Nueva York, y contar con la enemistad del alcalde no le convenía.

Quedaron en casa de Cameron, se sentaron en el porche trasero y hablaron con una cerveza en la mano. De vez en cuando se oían los ladridos agudos del perro desde el interior de la vivienda.

—Cuánto tiempo sin venir a Staten Island —comentó Peter—. Me mudé a Manhattan cuando gané mi primer millón, ¿sabes?

Cameron se limitó a dar un trago a su cerveza. Peter también bebió de su botellín con las manos enfundadas en unos guantes.

—Dime, Cameron, ¿qué es de ti? ¿Te has casado?

—Sí. Gloria y yo llevamos juntos veinticinco años. Ahora está en su club de lectura, pero quizá otro día podáis conoceros —dijo con la boca pequeña.

—Veinticinco años… Eso es bonito. —Asintió con la cabeza—. Yo me he divorciado tres veces. No he tenido suerte con las mujeres, ya sabes, todas me quieren por mi dinero.

Cameron hizo un ademán.

—Problemas del primer mundo.

Peter rio.

—Supongo que sí —afirmó—. A ver si con la de ahora…

—Bueno, y ¿en qué quieres que te ayude? —le preguntó. Quería acabar con aquello cuanto antes.

La expresión de Peter cambió de repente.

—Ah, sí. Verás, creo que me han robado.

—¿Crees?

—No. Estoy seguro de ello. El caso es que han entrado a mi casa a robar y necesito que encuentres al ladrón.

—Yo trabajo en el Grupo de Homicidios, Peter. No me encargo de esas cosas. Pero, si quieres, puedo pasarles el parte a mis compañeros.

—Ni pensarlo —se opuso—. Tienes que encargarte tú, Cameron. Necesito a alguien de confianza. Es complicado ser una figura pública, ¿sabes? No puedes dar un paso en falso, y menos cuando tienes a los demócratas deseando oler sangre. Esta ciudad necesita un líder fuerte, poderoso. Si se corre la voz de que un miserable ha profanado impunemente mi casa, de que no he sido capaz de proteger a mi propia familia, quedaré como un mediocre. Entiéndelo. Si no estuviese en plena campaña electoral, no te pediría esto. Pero es una cuestión de dignidad.

Cameron resopló. No podía apartarse de la investigación ahora. El hecho de que no pudieran realizarle una prueba de ADN a Weaver para compararla con el feto lo había dejado con pocos hilos de los que tirar. La única pista que tenía era el arma del crimen, esa pluma estilográfica de edición limitada. Se había empeñado en recorrer todas las joyerías y tiendas Montblanc de la ciudad para elaborar un listado de los compradores. La pluma había salido al mercado el 1 de septiembre de ese mismo año, por lo que esperaba que la lista fuese corta. Si ahora lo dejaba todo a un lado para resolver los problemas personales de Banks, el caso se complicaría; cada día que pasaba se alejaba más del asesino de Hannah. Pero los ojillos del político lo observaban expectantes. Cameron era consciente del poder que tenía Peter. Si no lo ayudaba, podría perder el trabajo.

—¿Cuándo fue el robo? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Sabes acaso qué te han robado? —exclamó el policía, contrariado.

—Sí, eso sí que lo sé. Me han robado una pluma.

Esa frase puso en alerta a Garrett. Intentó que Banks no se diera cuenta y, después de dar un pequeño sorbo de cerveza, preguntó como si nada:

—¿Qué clase de pluma?

—Es una edición especial de Montblanc dedicada a Agatha Christie.

Cameron se lo quedó mirando. Escrutó sus facciones, escarbó en su mirada en busca de un atisbo de diversión. Esperaba que aquello fuera una broma de mal gusto. Pero Peter Banks no movió ni un músculo.

—Como comprenderás —dijo el político—, no me hace falta el dinero. Pero esa pluma es un regalo de mi actual esposa. A Patricia se le cayó de las manos al sacarla de la funda y se hizo una grieta de dos milímetros en la resina. Ella se lo tomó fatal, pero yo le dije que me gustaba aún más así. Que, con esa grieta, la pluma ya tenía nuestra historia grabada y no la cambiaría por nada del mundo. Si compro otra y ve que no está la grieta, se dará cuenta de que la he perdido.

—¿La has perdido o te la han robado?

—Quería decir que me la han robado. La pluma no ha salido de casa y…

Cameron no le dejó terminar.

—¿Por qué llevas guantes, Peter?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Muéstrame las manos.

—¿Para qué?

—Por favor.

Peter se quitó los guantes y le enseñó las manos. Estaban llenas de heridas y marcas con muy mal aspecto.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, no tiene importancia.

—Peter… —insistió Cameron.

—Fue el perro de mi vecino. El puto chucho me atacó hace un par de noches. Yo había tenido unas reuniones con el partido y al volver a casa me encontré con ese perro delante de mi puerta. Intenté

esquivarlo, pero me saltó encima como si tuviera la rabia y al tratar de protegerme me mordió las manos. No sabes la que le monté al dueño.

Cameron mantuvo la mirada firme. No se creyó ni una sola palabra.

—Espera aquí —le dijo.

Entró en la casa y fue directo al dormitorio. Abrió el cajón del escritorio, cogió la pistola y se la guardó por debajo de la goma del pantalón. Miró un momento hacia atrás para asegurarse de que Peter no lo había seguido y rebuscó entre los papeles de una carpeta. Sacó una fotografía y volvió al porche trasero. Banks no se había levantado de la silla de plástico. Cameron le tendió la fotografía y dijo:

—¿Es esta tu pluma?

A Peter casi se le salen los ojos de las cuencas al ver la fotografía. En ella se veía la pluma sobre hierba y tierra removida. Por los colores de la imagen, la foto se hizo en plena noche y se usó el flash de la cámara para no dejar ningún detalle por iluminar. La pequeña grieta de la que Peter hablaba era visible desde el ángulo que había cogido el fotógrafo.

—Sí, ¡sí! ¡Sabía que tenía que hablar contigo! ¿Dónde la has encontrado?

El policía acercó la mano derecha al lugar donde había escondido la pistola.

—Estaba junto al cadáver de una chica, Peter. Es el arma del crimen.

52
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 12.10 h

—La pluma era de Banks —se sorprende Alison—. Y usted lo conocía…

Cameron Garrett se encoge de hombros, avergonzado.

—Fuimos juntos al colegio, pero luego nuestras vidas se separaron. Yo no había vuelto a saber de él hasta que empezó a salir por televisión diciendo sandeces.

—He hablado con él —comenta Alison—, y ha hecho como si nunca hubiera habido relación entre ambos. Se ha referido a usted como «aquel policía».

—Siento decirle que Peter Banks le ha mentido. Es un embustero de manual. Estoy seguro de que también le ha dicho que yo estaba aliado con el Partido Demócrata y que todo fue una estrategia política.

Alison no contesta. El silencio habla por ella.

—Mire —dice Cameron—, si lo traté como a un sospechoso fue por lo que le acabo de contar: la pluma estilográfica que encontramos en la escena del crimen era suya. Y el muy imbécil vino a decirme que alguien se la había robado. Fue una actuación patética.

—Vale, entonces ¿por qué no aparece esa historia de la pluma en el informe policial? ¿Por qué lo ocultó? Podría haber cerrado el caso y quizá no hubiera muerto más gente. ¡Habría limpiado el nombre del reverendo Weaver y los padres de Hannah habrían sentido algo de paz!

Cameron baja la mirada. Su mujer, que lo ha oído todo, sale al porche y lo abraza. Luego se vuelve hacia Alison y dice:

—Fue todo por mi culpa.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El soplo

Peter Banks se quedó perplejo ante la afirmación de Cameron. ¿Cómo que su pluma era el arma de un crimen? Le pasaron mil cosas por la cabeza, pero no era capaz de razonar una sola.

—Cameron, te juro que yo no he hecho nada —le imploró.

El detective Garrett no sabía qué pensar. Aquella era una prueba irrefutable. Peter había admitido ser el propietario de la pluma, pero afirmaba que había sido robada. Se trataba de una edición especial de Montblanc que bien podría ser de otra persona, pero que no todo el mundo podía permitirse. Si el político decía la verdad, el ladrón había usado su pluma y la había dejado junto al cuerpo de Hannah Larson para inculpar al candidato a la alcaldía. ¿Quién podría desearle algo así?

Millones de personas, se dijo.

—Necesito que vengas a testificar —le pidió Cameron—. Hay que dejarlo todo por escrito.

—No puedes hacerme esto, Cameron. ¡Somos amigos!

—De eso hace mucho tiempo —objetó.

—Y ¿qué importa el tiempo? La amistad dura para siempre.

Cameron notaba la presión de la pistola en el pantalón. ¿Peter lo habría advertido? Tenía que estar preparado para cualquier cosa.

—Esto es muy grave, Peter.

—Me la robaron. Ya te lo he dicho. —Dejó el botellín de cerveza en el suelo y se levantó de la silla—. Tienes que creerme.

El policía no lo escuchó.

—¿De qué conocías a Hannah Larson?

—¡De nada! No sé quién es esa chica. ¡Lo juro!

Con los gritos, el perro empezó a ladrar dentro de casa.

—¿Tuviste una aventura con ella? ¿Eres un adúltero, Peter? ¿Por eso te has divorciado tres veces?

—¡No! —El rostro del político empezaba a enrojecerse.

—Dime que no la forzaste.

—¡Joder, Cameron! ¡Te digo que no la conocía!

El detective Garrett avanzó un paso hacia Peter Banks y le puso un dedo en el pecho.

—Estaba embarazada. Y tú lo sabías. No te venía bien que se supiera que ibas a tener un hijo fuera del matrimonio, ¿verdad? Y con una menor. Por eso la mataste. Claro, lo entiendo. La campaña política es lo más importante ahora y eso te iba a dar mala publicidad, ¿no es cierto? —vociferó.

Banks se enfureció. Tiró la fotografía al suelo y cogió a Cameron de la camisa.

—Si haces que esto interfiera en las elecciones, diré que has sido tú quien me robó la pluma. Porque sé que no me quieres ver como alcalde. Eres un demócrata de mierda, Cameron, se ve a la legua. Será tu palabra contra la mía.

Cameron tenía el rostro del político a escasos centímetros.

—Tus palabras no tienen valor entre rejas, Peter.

—Te equivocas. Desde la cárcel puedo hacer que vengan a por ti y a por Gloria, créeme. Y nadie sospechará de mí porque estaré encerrado. Esa es la cruda realidad, Cameron. Hay gente mucho más poderosa que los policías. Vosotros solo sois los peones del juego. —Lo soltó y se arregló las mangas de la camisa—. Ha sido una bonita charla.

Se dispuso a salir de la casa y Cameron sintió el impulso de hacer algo, pero prefería no complicar más aún la situación. Además, tenía miedo de que el político cumpliera su palabra. No temía por su vida, pero con Gloria todo era distinto. Ella siempre lo había apoyado en su trabajo. Entendió desde el primer día que, en ocasiones, sus jornadas se podían alargar hasta las tantas de la madrugada, o que su humor variaba según cómo se desarrollaba un caso. A pesar de todo lo que conllevaba el oficio de policía, Gloria lo animaba a seguir, a investigar, a no dejarse ni un cabo suelto. Gracias a la admiración de Gloria hacia él, Cameron sentía que era buen policía.

Decidió no hacer nada y Peter Banks se fue de su casa. Solo entonces el perro dejó de ladrar.

Unas horas más tarde, Gloria se hizo notar:

—¡Cariño! ¡Ya estoy aquí! —dijo mientras avanzaba hasta él para darle un beso.

No hizo falta que abriese la boca para que su mujer se diera cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Gloria hizo como si leyese un documento.

—¡Mec! El polígrafo dice que el señor Garrett miente.

Cameron forzó una sonrisa.

—¿Me lo vas a decir o no? —insistió ella.

Tras un segundo de duda, Cameron se lo contó todo. Todo menos la parte en que Peter Banks los había amenazado. No quería que ella se preocupara. No si no era necesario.

—¿Peter Banks es el asesino de Hannah Larson? —se asombró Gloria.

Si había algo que evitaba que su matrimonio se quebrara eran los Domingos de Resolución. Consistían en pasar la tarde del domingo jugando a un supuesto juego de detectives en el que Cameron escribía los datos del caso real que investigaba y le confiaba a Gloria todos sus avances. De este modo, la hacía partícipe de su trabajo y Gloria lo ayudaba con sus deducciones en lo que parecía un simple juego de adivinanzas. Había víctima, pruebas y sospechosos. Y ella disfrutaba escuchando a Cameron hablar sobre la vida de los supuestos personajes ficticios del juego y elucubrando teorías rocambolescas que, alguna que otra vez, daban en el centro de la diana.

En esta ocasión, Cameron y Gloria ya habían pasado por un Domingo de Resolución y, por tanto, ella conocía todos los detalles del caso.

—No lo creo —mintió Cameron—. La pluma no confirma nada.

—¿Cómo que no? Cariño, el caso está resuelto. ¡Es él!

—No puedo poner su nombre en el informe, Gloria. No puedo enfrentarme a uno de los candidatos a la alcaldía de Nueva York con una prueba circunstancial, necesito mucho más que eso. No sé qué pasaría si me equivocara.

—¿Qué importa quién sea ese cretino? Cameron, estamos hablando del asesinato de una chiquilla. No debes apartar la mirada solo porque sea un pez gordo.

—No es tan fácil, Gloria —negó Cameron—. Déjalo, por favor.

Ella no volvió a sacar el tema. Prepararon la cena juntos y comieron en silencio. Ambos pensaban en lo que había pasado. Ese nuevo descubrimiento los mantenía alejados de la cocina y de la persona que tenían sentada frente a ellos. Cameron había tomado la decisión de proteger a Gloria ocultándole parte de la verdad. Ya vería cómo arreglarlo, cómo seguir con la investigación sin tener en cuenta a Banks y su pluma. De otro modo, se vería obligado a archivar el caso como no resuelto, y eso era algo que nunca se perdonaba. Los casos no resueltos eran almas errantes, suspendidas en el limbo de la justicia, cuyo recuerdo se perdía con el paso del tiempo a merced del olvido. Para Cameron, era lo mismo que decirles que no habían sido tan importantes en vida. Un caso sin resolver era una piedra que pesaba para siempre en las entrañas del policía. Odiaba tener que archivar un caso de esa manera, pero, dadas las circunstancias, quizá fuese su única opción.

Lo que él no sabía era que Gloria también había tomado una decisión, y no tenía intención de decírselo.

Dos días más tarde, Cameron Garrett seguía sin saber qué hacer. La cara de Peter Banks le sonreía desde los numerosos carteles electorales que decoraban la ciudad. No disponía de más pistas, ni tampoco de más sospechosos. Recorrió las calles próximas a la casa de los Larson por si veía a alguien paseando un border collie, como había leído en el diario de Hannah, pero aquello era como buscar una aguja en un pajar. La historia que le había contado Banks sobre las heridas de sus manos le hizo considerar otra hipótesis. Fue a la mansión del político y llamó al timbre de su vecino. En efecto, tenía

un perro, pero no se trataba de un border collie, sino de un pastor alemán. Tampoco encontró referencias sobre mascotas en la familia Banks.

En un momento dado, entró en un bar y se sentó en uno de los taburetes de la barra. Se quitó el abrigo y pidió un café. Con la taza caliente entre las manos, esperó a que el hombre de su lado terminara de leer el periódico y lo cogió con no demasiado interés. El corazón se le aceleró de repente. Tuvo que dejar la taza sobre la barra para que no le cayera el café encima. El titular de la portada decía: «Peter Banks bajo sospecha de homicidio». Buscó la página en la que aparecía el artículo y lo leyó con atención. No se lo podía creer; hablaba de Hannah Larson y de su asesinato, y mencionaba a los dos principales sospechosos del caso: Luis Weaver y Peter Banks. Sin embargo, no decía nada sobre la supuesta prueba de ADN del sacerdote ni tampoco lo de la pluma de Banks.

—¿Por qué? —murmuró.

Cameron sabía perfectamente quién había dado el soplo a la prensa. La única persona que sabía que Peter Banks estaba relacionado con el caso era Gloria. Además, ella tenía una amiga del club de lectura que trabajaba en la redacción de un periódico local. Se habían metido en un problema.

Levantó la vista y vio que la televisión del bar estaba encendida. Tenía el volumen quitado, pero no le hizo falta escuchar nada. La imagen mostraba a Peter Banks dando una conferencia. El rótulo de la noticia decía: «Peter Banks retiró su candidatura ayer por motivos personales». Cameron revisó la fecha de publicación del periódico y vio que era del día, por tanto, Peter se había retirado sin haber leído el artículo. «Qué raro», pensó Cameron. Aunque cayó en la cuenta enseguida. Una noticia como aquella iba a dar mucho que hablar. Alguien del periódico debía de tener contactos e hizo que llegara a oídos del político, y, antes de que la noticia saliera a la luz, los asesores de Banks le recomendarían retirarse para que la gente no pudiera relacionar el movimiento con ese supuesto bulo.

Gloria había hecho que Peter Banks retirase su candidatura a tan solo unas semanas de las elecciones.

Tendría que haberle hablado de la amenaza. De ese modo, Gloria no hubiese dado el chivatazo. Cameron sabía que no había maldad en sus intenciones. Ella había hecho lo que él no había tenido valor de hacer, pero aquella no era la manera. Gloria solo quería que se hiciera justicia y, a la vista de que él no iba a moverse, lo hizo ella.

Con las manos temblorosas, pidió usar el teléfono del bar y realizó una llamada.

—Soy Garrett —dijo al oír la voz al otro lado de la línea—. No he sido yo, me acabo de enterar. —Esperó unos segundos—. Nos vemos en mi casa en una hora. Vamos a solucionar esto.

53
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 12.25 h

—¿Se citó con Banks en su propia casa?

—Sí —afirma Cameron Garrett con la mirada triste—. A esas horas Gloria estaba trabajando en la lavandería y tendría la casa para mí solo, así que me enfrenté al destino y lo invité en son de paz. Banks vino hecho una furia. Según su razonamiento, me había burlado de él y de su palabra, y me juró que lo pagaría caro. Yo le aseguré que no tenía nada que ver con el soplo, pero, claro, no me creyó.

—¿Qué hizo entonces?

—Le dije que alguien del Departamento entró en mi despacho y revisó mis notas. Un soplo como aquel podía pagarse muy bien y quienquiera que lo hubiese hecho debió de ganar un buen pellizco al contárselo a la prensa. Por suerte, le expliqué, ese alguien no mencionó nada de la pluma. Con lo cual, no existía una conexión clara entre él y el caso. Solo un rumor creado con mala fe.

—Le pagó con la misma moneda que había usado él —comenta Alison.

—Exacto. Al igual que yo no tenía nada que desmintiera su relato del robo de la pluma, él tampoco lo tenía con el de mis notas. Era una jugada a la desesperada.

—¿Cómo reaccionó Banks?

—No se lo creyó. Me volvió a amenazar. Me dijo que acabaría conmigo igual que había terminado yo con él. Pero, según hablaba, se dio cuenta de que tenía todas las de perder y su discurso se vino abajo. Si me pasaba algo a mí, todos sabrían que habría sido cosa suya por el soplo y pasaría su vejez en prisión. Estaba acorralado.

—Entonces ¿lo dejó en paz, sin más?

Cameron Garrett se encoge de hombros.

—Yo le propuse algo. Le dije que había una forma de acabar con toda sospecha.

—¿Cuál?

—Una prueba de ADN. El forense me había dicho que no se podía realizar comparación alguna, pero Peter no lo sabía, y yo quería ver cuál era su reacción. Si era inocente, no tendría de qué preocuparse.

—¿Banks aceptó? —pregunta Alison, no muy convencida.

—¿Usted qué cree? —Cameron quiere decirle mucho más con la mirada—. Volvió a la carga: dijo que todo era una trampa, que era yo quien estaba detrás del soplo para obligarlo a testificar y hacerse esa prueba de ADN. Decía que, como yo no había conseguido pruebas suficientes, solo quería culpar a alguien de la muerte de Hannah para cerrar el caso, aunque me llevase a un inocente por delante. Intenté convencerlo de que se equivocaba, pero no lo conseguí. Si le digo la verdad, una parte de mí estaba más tranquila al ver a Banks angustiado por los acontecimientos, pero otra aún temía que algún día se le cruzaran los cables y decidiera vengarse.

—¿Usted creía que Banks era tan poderoso como él afirmaba? Quiero decir, ¿lo veía tan peligroso como para temer por sus vidas?

—Había rumores, ¿sabe? Peter proclamaba una política contra el crimen, pero, cuando éramos jóvenes, él mismo alardeaba de que tenía contactos con una de las Cinco Familias, aunque nadie sabía de quién se trataba ni de qué familia era. De ese modo, el pasado de Peter Banks estaba fundamentado por la mafia italoestadounidense de Nueva York y del crimen organizado que había causado el terror a finales del siglo XIX. No le miento si le digo que se me puso la piel de gallina cuando Peter me dijo que podía acabar con nosotros desde la cárcel. Los rumores son solo rumores hasta que dejan de serlo, y yo no quería comprobar si estaban en lo cierto o no.

Alison asiente varias veces, pensativa. Querría pensar que ella no habría actuado como Garrett al verse en la misma situación, pero lo cierto es que no podría estar segura: ¿cuánto estaría dispuesta a arriesgar por hacer justicia?

—Vale —dice—. Banks no quiso hacerse la prueba de ADN. ¿Cuál fue su siguiente movimiento?

Cameron cruza una mirada con Gloria, que deja que sea él quien lo cuente. Por su expresión, aún se siente culpable por haber dado el soplo a la prensa.

—Velar por mi familia —responde Garrett—. Le propuse otra cosa a Banks: callar y dejar que el tiempo borrara lo sucedido. Yo sabía que en el Departamento me instarían a que resolviera el embrollo cuanto antes. Aquello había llegado demasiado lejos y mis superiores sabían que la ciudad no iba a quedarse de brazos cruzados. Iba a armarse una revolución, sobre todo porque uno de los sospechosos era un personaje público, con cientos de seguidores y detractores. En ese momento, yo aseguraría no tener ni idea del soplo y, mucho menos, de esa acusación. Conduciría la investigación por otros derroteros y, cuando la gente hubiese olvidado a Hannah Larson, cerraría el caso sin resolver y dejaría el cuerpo. Yo nunca acusaría a Banks de nada y él no cumpliría sus amenazas. Tras pensarlo detenidamente, Banks aceptó el trato y no volvimos a hablar más. Como era de esperar, mi actuación en el caso levantó sospechas. A mí también me señalaron, pero no tenían nada contra mí y los rumores se desvanecieron con el tiempo.

—Pero… —La mirada nerviosa de Alison va de Cameron a Gloria y viceversa—. Eso no se puede hacer. Hannah merecía que…

—Lo sé —la interrumpe Garrett—. Pero entiéndalo, detective: éramos nosotros o Hannah. Y Hannah ya estaba muerta.

—Fuiste muy valiente, cariño —murmura Gloria antes de darle un beso.

—Solo hice lo que hubieras hecho tú.

Ella sonríe amargamente.

—Lo siento.

Él niega con la cabeza.

—Ya hemos hablado de esto. Suficientes lamentos ya. —Se vuelve hacia Alison—. Banks es su hombre. Las amenazas, las negativas a hacerse la prueba de ADN… No sé si lo que hay en el diario es lo que escribió Hannah o solo es un puñado de mentiras entre verdades borradas, pero estoy seguro de que fue Banks quien la

mató en 1993. Y también creo que, si esto estaba cerca de salir a la luz, habría hecho lo necesario por acallarlo. Incluso aunque eso implicase matar a un testigo inoportuno o hacer pasar por suicidio el asesinato de un hombre.

—¿Patrick lo sabía? ¿Le dijo todo lo que me acaba de contar a mí?

—Sí.

—¿Por qué? —dice Alison sin entender—. ¿Ya no temía por su vida y la de Gloria veintitrés años después?

—Si le conté la verdad fue porque el señor Howard me explicó que tenía un plan.

—¿Un plan? ¿Qué tipo de plan?

Cameron aprieta los labios y demuestra su admiración por el periodista.

—Ese hombre era una caja de sorpresas.

54
Patrick Howard
Dos semanas antes del suicidio

—Lo siento —dijo Cameron Garrett—, pero no le puedo ayudar en esto. Todo lo que hice durante la investigación quedó reflejado en el informe policial y parte de su contenido se filtró a la prensa.

—Vamos, señor Garrett —insistió Patrick con una cerveza en la mano, delante del Land Rover del expolicía—. Estoy convencido de que me puede dar detalles que escapan del informe.

Cameron tomó un sorbo de su botellín.

—Me temo que no voy a aparecer en los agradecimientos de su nuevo libro.

Patrick observó unos segundos el coche de Garrett. A pesar de sus años, estaba en perfecto estado y la carrocería relucía bajo el sol.

—Bonito coche. Yo me compré uno el año pasado, ¿sabe? Un Audi A4 negro. Intento no utilizarlo demasiado en Manhattan, la verdad. El tráfico es una locura y no hablemos de aparcar.

Cameron sonrió. Sabía de lo que le hablaba. Él y Gloria eran felices en Staten Island. La tranquilidad que se respiraba en el barrio en el que vivían era todo un lujo. No se cansaba de decir que su distrito no tenía nada que envidiar a Manhattan.

—Ya tiene sus años —dijo refiriéndose al Land Rover—, pero aún cumple con su función. Me va a dar pena el día que me deshaga de él.

Un pastor de Anatolia salió al porche, se sentó junto a los pies de Garrett y este se inclinó para acariciarlo por detrás de las orejas.

—Parece un buen perro —comentó Patrick.

Cameron se volvió hacia él sin dejar de acariciar al animal.

—¿Me va a decir también que tengo una bonita casa y una mujer preciosa? Ya le he dicho que no le voy a ayudar, señor Howard.

Patrick rio, divertido.

—Perdone, pero es que su colaboración es muy importante para mi proyecto.

—A usted nadie le obliga a escribir sobre ese caso. Según tengo entendido, los escritores son almas libres, ¿no es así?

—Más bien almas vendidas al diablo. Pero yo no soy un escritor de ficción, señor Garrett. Soy periodista y escribo sobre crímenes reales. Los hechos son la base de mis libros.

—¿Hechos? Estoy seguro de que su editorial publicaría cualquier cosa que escribiese.

Patrick soltó un bufido.

—No si el texto está lleno de mentiras para ocultar una carencia de verdad impuesta por el detective que investigó el caso sobre el que escribo.

—Oiga —Cameron empezaba a hartarse—, aunque tuviese información confidencial, que no la tengo, no se la facilitaría. No es buena idea airear las desgracias de los demás, señor Howard. Y más si es para lucrarse.

—Mire por dónde, atisbo una pequeña necesidad de hablar en su reticencia.

—No sé a qué se refiere.

—Veintitrés años son muchos para guardar un secreto, señor Garrett. Es hora de aflojar el nudo. Quítese ese peso de la espalda.

—Le he dicho…

—Sé lo que me ha dicho —lo interrumpió Patrick—. Y también sé que hay algo que me puede contar. No mencionaré su nombre en los agradecimientos del libro si usted me lo pide. Nadie sabrá que hemos hablado.

—Tonterías —protestó Cameron, lo que le hizo entender a Patrick que sí, que realmente sí que había algo.

—El libro se publicará después de la detención del culpable —dijo por fin Patrick.

—¿Cómo dice?

Patrick dejó que los segundos transcurrieran a su favor.

—Conozco al sargento James Russell. Él está al tanto de mi libro y de mi indagación. Todo está pactado: si doy con la identidad del asesino de Hannah Larson, se lo comunicaré a Russell y la policía organizará una operación encubierta para confirmar mis conclusiones y atraparlo antes de la publicación del libro.

Cameron entrecerró los ojos.

—Pero eso le chafará el final del libro. La gente no querrá comprarlo si sabe quién es el asesino.

—En realidad, la detención del culpable justo antes de la publicación es la mejor estrategia de marketing que podría desear. Aunque se sepa quién asesinó a Hannah, la gente querrá saber lo que pasó.

El expolicía pensó detenidamente en ello. Si el plan de Howard funcionaba, no habría por qué preocuparse. Peter Banks iría a la cárcel, pero él no tendría nada que ver con su detención a ojos del antiguo candidato a la alcaldía; todo sería cosa del periodista.

—¿Me promete que nadie sabrá que he sido yo quien se lo ha dicho?

—Se lo prometo.

El perro se tumbó boca arriba en el suelo y Cameron le rascó la barriga. Parecía sonreír, jadeando con la boca abierta.

—Está bien —dijo Garrett—, se lo contaré.

Tras terminar su relato, Patrick le tendió la mano y Cameron se la estrechó.

—Hannah Larson le da las gracias por lo que acaba de hacer, señor Garrett. Y yo también.

—Espero que no me haya mentido y cumpla su promesa —receló Cameron.

—Así será.

De camino al interior de la casa, Patrick observó cómo el perro entraba con ellos y se perdía en una de las habitaciones.

—¿Ese grandullón ya estaba por aquí en aquella época?

—¿Poirot? No, qué va. Los pastores de Anatolia no suelen vivir más de trece años.

—Y ¿qué perro tenía entonces?

—¿Por qué cree que tenía uno?

Patrick se encogió de hombros.

—¿No es así?

Cameron Garrett sonrió, pero sin mucho entusiasmo.

—En 1993 tenía un labrador. Se llamaba Jack.

—¿Como el Destripador? —bromeó Patrick, pero a Cameron no le hizo gracia—. Ha sido un placer hablar con usted, señor Garrett.

Salió a Barbara Street y subió al Audi con una única duda en la cabeza. Al igual que él, el expolicía había leído el diario de Hannah Larson. Ella escribió sobre alguien que tenía un border collie llamado Coco. Y, supuestamente, ese alguien la dejó embarazada y la mató. ¿Garrett había mentido sobre su perro de 1993?

55
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 15.30 h

Alison vuelve a Charles Street enfadada. El sargento Russell no le ha dicho nada sobre ese trato que tenía con Patrick Howard. Está harta de las mentiras y de las medias verdades. Por no hablar de la pluma de Peter Banks y del prematuro cierre de la investigación de 1993.

Llama al timbre de la casa del expolítico con decisión, pero durante la espera vacila. ¿Debería hacer esto a la ligera? Cameron Garrett se arriesgó a contar la verdad porque Patrick le aseguró tener un plan para detener al asesino de Hannah. Pero ¿qué tiene ella ahora mismo? ¿La placa y una pistola? Garrett también las tenía aquel año y sintió miedo de Banks.

La puerta se abre y los ojos de Banks se achican al verla.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Se ha dejado algo?

¿Qué puede hacer? ¿Decir que se ha equivocado? Eso no sería creíble. Tiene que entrar. Ahora ya está ahí, ya ha llamado al timbre, aunque se arrepiente de haberlo hecho.

—Me he olvidado de algo, sí, pero no es ningún objeto. ¿Puedo pasar?

—¿Otra vez? ¿Me toma el pelo?

—Le aseguro que es lo último que pretendo, señor Banks. Necesito hablar con usted.

—Tengo cosas que hacer —la esquiva él—. No puedo estar todo el día de charla.

—Le prometo que serán solo unos minutos.

Peter Banks pone los ojos en blanco y se hace a un lado. Alison cruza el umbral, va al salón y lo suelta de golpe:

—¿Ha leído a Agatha Christie, señor Banks?

Alison percibe agitación en las pupilas de Peter, pero su cuerpo se mantiene imperturbable.

—La pregunta más bien sería ¿y quién no? —dice él.

—¿Le gusta?

—Como a todos —responde con tono desinteresado.

—Verá, se me ha pasado preguntarle por una de las pruebas del crimen de 1993. Se trata de una pluma estilográfica, una edición limitada que sacó ese año Montblanc en honor a Agatha Christie.

—Lo siento, detective, pero no sé de qué me habla.

—Seguro que se acuerda, es una pluma preciosa. Fabricada con resina negra. Tiene una serpiente dorada con ojos de rubí en el capuchón y un plumín de oro de dieciocho quilates.

—Por lo que cuenta, esa pluma es una pieza de coleccionista. Pero no veo dónde pretende ir a parar.

—¡Peter! —Es la voz amortiguada de su esposa desde el piso de arriba—. ¿Es la policía otra vez?

—¡No es nadie, Patricia! —le contesta a voces sin moverse del sitio —. ¡Ya se iba!

—¡Dile que suba, quiero hablar con ella!

Los pequeños ojos de Peter miran a Alison alarmados.

—¡No puedes hacer esfuerzos, Patricia! ¡El médico dice que…!

—¡Por favor, Peter! ¡Estoy dolorida, no muda! ¡Subid de una vez!

Peter Banks traga saliva. Por primera vez, Alison percibe el miedo en sus carnes. El hombre altivo de antes ha dado paso a otro que la invita a subir las escaleras de madera con gesto temeroso.

Alison empieza a subir los primeros peldaños y siente los pasos de Banks detrás de los suyos, su respiración costosa. Nota el bombeo de su corazón en los oídos. Por un momento, ella también tiene miedo. No sabe qué va a encontrar detrás de esa puerta cerrada y se arrepiente nuevamente de haber ido sin pedir ayuda ni avisar a nadie. Habría llamado a Paul para que le echara una mano en esto, pero no le dirige la palabra.

Se detiene delante de la única habitación que permanece cerrada y Peter Banks la alcanza para poner una mano en el pomo.

—Está enferma —dice antes de abrir—. No tenga en cuenta nada de lo que le diga. Salúdela y váyase.

No le permite responder. Peter abre la puerta y entra. Alison hace lo mismo con pies de plomo y accede a un dormitorio con cama de matrimonio, un armario empotrado y una gran estantería de madera oscura en la pared enfrentada a la cama. Le sorprende ver la cantidad de libritos de colores ordenados en el centro, todos con el mismo nombre grabado en el lomo: Agatha Christie.

Patricia Banks ha seguido el hilo de su mirada.

—¿Le gusta? —le pregunta desde la cama. Debe de tener la misma edad que Peter, aunque se la ve más envejecida, con el pelo canoso y mil arrugas en el rostro. Sus brazos reposan por encima del edredón y uno de los libros de su colección lo hace sobre la mesita de noche—. Peter y yo somos unos fanáticos de la reina del crimen.

—No me diga —comenta Alison mirando a Peter, que hace como si la cosa no fuera con él.

—Me ha dicho mi marido que es usted policía. ¿Es así?

—¿Lo tienes que preguntar todo, Patricia? —murmura Peter—. ¿Acaso no te fías de mí?

—Estando metida en la cama todo el santo día, no tengo más remedio. Pero entiéndeme, me gusta hablar con la gente de vez en cuando. No pasa nada si charlamos un poco, ¿no?

—Su marido no la ha engañado, señora Banks —dice Alison con media sonrisa—. Soy detective del Grupo de Homicidios.

—Llámeme Patricia, por favor. Nunca me ha gustado eso de que a una la conozcan por el apellido de su esposo. No es que no esté orgullosa de Peter, al contrario, pero prefiero que me recuerden por ser quien soy y no por ser «la mujer de», ¿entiende lo que le quiero decir?

Alison asiente.

—Perfectamente.

—Bien. Y ¿usted cómo se llama? Tampoco me gustaría tener una conversación y tratarla de detective, si no le importa.

—De hecho, yo también prefiero que se dirijan a mí por mi nombre: me llamo Alison Hess. Y puede tutearme.

Patricia Banks mira a Peter con los ojos relucientes de alegría.

—Me gusta esta chica, Peter. Al final voy a hacer una amiga y todo, ya verás.

Él no abre la boca, está expectante por ver hacia dónde se dirige la conversación.

—Dime, Alison, ¿has venido por lo del periodista?

—Así es. He venido porque Patrick Howard también lo hizo antes de morir y, bueno, quería saber de qué hablaron. Eso es todo.

—Del que iba a ser su próximo libro —dice sin titubeos—. Iba a tratar sobre el asesinato de Hannah Larson. Y, claro, los demócratas acusaron a Peter de ser sospechoso para echarlo de la carrera electoral. Fueron listos los endemoniados, porque Peter iba a ganar con mucha diferencia.

—¿Cree que fue Dinkins quien estuvo detrás de eso?

Ella hace un ademán y se queja de dolor.

—En absoluto. Un candidato a la alcaldía no puede mancharse las manos de esa forma, y menos durante la campaña. Eso lo pudo hacer cualquier votante con mala uva.

—Entiendo. —Alison hace como si no supiera quién lo hizo en realidad—. Por cierto, viendo su pasión por Agatha Christie, ¿sabía que Montblanc sacó una pluma estilográfica en su honor?

Patricia ríe y se vuelve hacia su marido. Busca una mirada cómplice, pero no la encuentra.

—Se la regalé a Peter en cuanto salió. Aún la usamos. ¿Dónde está, cariño?

Peter Banks se remueve, empalidecido.

—No lo sé.

—¿Cómo que no? Si ayer mismo la usaste para firmar unos documentos.

Peter resopla y se acerca a la mesita de noche. Abre el cajón y saca la pluma para dársela a su mujer.

—Mira… —dice ella, contemplándola—. Después de tantos años, aún me fascina su belleza. ¿No te parece preciosa, Alison?

—¿Me deja verla de cerca? —le pregunta.

—Claro.

Patricia le tiende la pluma y Alison la observa con preciso detalle. La mujer tiene razón. Es una pieza magnífica. Al darle la vuelta, Alison encuentra una pequeña grieta en la resina negra, en la parte central, aunque ella diría que es de más de dos milímetros.

—Vaya, es una pena que se les haya agrietado —comenta.

—Ah —se lamenta Patricia—. Eso fue culpa mía, querida. Se me cayó de las manos y se partió. Me sentí fatal. La maldita artritis ya iba haciendo de las suyas entonces y me dolió mucho haberla estropeado. La grieta se abrió un poco con el tiempo. Una lástima.

Patricia no sabe que esa no es la pluma que ella adquirió en su día. La grieta no se abrió. Peter debió de comprar otra a sus espaldas e intentó simular la hendija que había hecho ella, pero no quedó igual. Es muy complicado reproducir algo así. La fisura que salió al golpearla con algún objeto o dejándola caer al suelo desde una determinada altura fue mayor que la anterior, y Peter le dijo que la grieta se había abierto. De ese modo, nunca tuvo que contarle que la pluma que ella le regaló fue el arma homicida en el asesinato de Hannah Larson.

—Gracias. —Le devuelve la pluma—. Por casualidad, ¿conocían al policía que investigó el caso Larson?

Peter y Patricia cruzan una mirada.

—Supimos quién era por las noticias —responde ella—. Pero no lo conocíamos personalmente.

—Yo no lo había visto en mi vida —asegura Peter.

—¿Y al reverendo Luis Weaver? Fue el otro sospechoso de la investigación.

—¡Por supuesto! —exclama Patricia—. Íbamos a la iglesia de la Hermandad Cristiana todos los domingos. Pero, después de lo que pasó, jamás volvimos. Pobre hombre. El reverendo Weaver pagó el pato igual que Peter. No llego a entender cómo la gente puede tener tanto odio dentro.

«¿Iban a la iglesia de Luis Weaver?».

A Alison se le dilatan las pupilas. Todo encaja. Hannah escribió en su diario que vio a ese misterioso Él en la iglesia. No se refería al sacerdote, sino a Peter Banks. Cualquiera se sorprendería al ver al

candidato a la alcaldía de Nueva York en su iglesia. Con eso y la pluma, todo apunta al expolítico.

Entonces empieza a ser consciente de la situación: está en casa de un asesino.

—¿Se lo contaron al señor Howard? Que iban a esa iglesia, quiero decir.

—Sí —afirma Patricia—, aunque Benjamin acudía mucho más que nosotros.

—Patricia… —murmura Peter.

—¿Benjamin? —pregunta Alison con la frente arrugada.

—Mi hijo —aclara Patricia—. Tuvo una época bastante mala, ¿sabes? Pero, bueno, supongo que como todos los jóvenes. Al final, cada uno encuentra su camino, su equilibrio. No sé si me entiendes. A él le vino muy bien ir a la iglesia. Cambió su carácter casi de la noche a la mañana.

—No sabía que tenían un hijo. —Como un relámpago, vuelve a su mente la fotografía del salón, el chico de pelo largo.

Patricia niega con la cabeza.

—Benjamin es hijo de Rob Shaw, mi primer marido, y ya tenía dieciséis años cuando Peter y yo nos conocimos.

—¿En qué año nació Benjamin, Patricia?

—En 1975.

Alison lo piensa un instante: eso significa que en 1993 tenía dieciocho.

Claro. Hannah no se enamoró de Peter Banks, sino de su hijastro. Fue a Benjamin a quien vio en la iglesia. Benjamin es Él. Fue ese chico quien se acostó con ella y la fotografió. Es el asesino que buscaba Patrick. El asesino que busca Alison.

56
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 17.00 h

La misa está a punto de comenzar.

La iglesia de la Hermandad Cristiana se encuentra atiborrada de feligreses. El reverendo Weaver habla con dos mujeres en el altar. El murmullo es una bola de voces mezcladas que resuena por toda la sala. El sacerdote se coloca delante del micrófono para dar comienzo al culto y el murmullo desaparece de inmediato. Todos se ponen en pie y Alison avanza apresurada por el pasillo central hacia el altar.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dice Weaver por el micro.

—Amén —responden todos al unísono.

—El Señor esté con vosotros.

—Y con tu espíritu.

La muchedumbre toma asiento y el reverendo se fija en ella cuando llega a la parte frontal de la sala. Siente centenares de ojos clavándose en su nuca. Weaver la mira confuso desde lo alto.

—Padre, necesito su ayuda, es urgente.

El sacerdote se pone nervioso y se aparta del micrófono. No quiere que nadie sepa que esa mujer es policía y mucho menos que está investigando el caso en el que se le acusó de asesinato. Baja los escalones de piedra para hablar con ella y el murmullo vuelve a resurgir en la sala. Alison advierte una cara conocida a un lado del altar: Rose Larson la mira con la boca abierta. Está sentada con la espalda rígida en una silla de madera acolchada. Después de tantos años, sigue ayudando en la iglesia. Alison no se esperaba verla aquí,

y menos teniendo en cuenta el rumor que hubo sobre Luis Weaver en 1993.

—Detective —le susurra Weaver—, este no es momento para sus preguntas. Voy a oficiar una misa. Váyase, por favor se lo pido.

—No habrá preguntas, se lo prometo. Solo quiero comprobar una cosa: necesito que me abra la Habitación de las Confesiones Escritas.

—¿No puede esperarse a que acabe? Por el amor de Dios…

—No, no puedo. Usted no quiso que me llevara el diario; era previsible que tuviese que volver a leerlo. Le digo que es urgente. Solo tiene que abrirme o pedirle a alguien que me abra.

Weaver, presa de los nervios, sube al altar otra vez y se inclina hacia el micrófono:

—Hermanos, he de ausentarme unos minutos. Os pido que los ocupéis en pensar sobre el perdón. Regreso enseguida.

El murmullo hierve como agua en ebullición.

El sacerdote se recoge la casulla y baja con más brío que antes. Cruzan el arco de piedra de la derecha de la sala y Weaver saca la llave de la puerta. Una vez abierta, entran con paso ligero y él busca la otra llave, que pende de su cuello como un talismán al que se aferra con fervor. Sin quitarse el colgante, como si hiciese una reverencia, se inclina y abre el armario de los diarios de confesión.

—Le voy a cerrar la puerta —dice, inquieto—. Le pido discreción absoluta, ¿de acuerdo?

—Está bien. Gracias, padre.

Alison se acerca al armario y rebusca entre los diferentes diarios según se cierra la puerta a su espalda. Encuentra el de Hannah y busca los pasajes en los que menciona a Él, que ahora da por hecho que es Benjamin, el hijastro de Peter Banks:

16 de agosto de 1993

Hoy lo ha vuelto a hacer. Y cuánto lo agradezco. Qué alegría cuando lo veo. [PARTE BORRADA]. *Cada vez me siento más cerca de Él.*

¿A qué se referiría?

20 de agosto de 1993

Si supiera la ayuda que me proporciona. Gracias a esto, he podido cruzar unas palabras con Él. Estoy entusiasmada. Es como si estuviese haciendo algo prohibido, algo de lo que nadie debe enterarse. Siento un cosquilleo difícil de explicar. Me gusta.

Alison frunce el ceño. «Gracias a esto, he podido cruzar unas palabras con Él». ¿Gracias a qué? ¿A escribir en el diario? Alison levanta la vista del libro y mira hacia el interior del armario abierto. Habrá otros veinte cuadernos de piel negra idénticos al de Hannah. Deja el que tiene entre manos sobre la mesa y va sacándolos uno a uno. Lee las iniciales escritas en la primera página y, una vez revisados todos, le alivia saber que solo hay uno con las letras que busca: «B. S.». Lo abre y lee la primera frase:

3 de junio de 1993

El reverendo Weaver me ha dicho que puedo dejar por escrito aquí todo lo que no puedo decir en voz alta, así que allá va: mi padrastro es un hijo de puta.

Alison agarra el diario con fuerza. No hay duda: «B. S.» es Benjamin Shaw, el hijastro de Peter Banks, el hijo de Patricia. Él es ese alguien al que se refería Hannah. Benjamin venía a esta iglesia y, cuando Hannah vino por primera vez, lo vio unas filas más adelante. Eso explica su interés por sumarse a la congregación: quería ver a Benjamin.

Pasa las páginas con celeridad. Quiere llegar al 12 de octubre de 1993. Necesita ver si Benjamin escribió lo que pasó con Hannah. Pero lo que encuentra le horroriza. La última página del diario ha sido arrancada.

—No… —murmura.

¿Quién arrancó esa página? Patrick también debió de llegar a este descubrimiento. Dedujo que el chico tendría su diario en la iglesia y fue a comprobarlo igual que Alison. ¿Y si fue Luis Weaver quien la

arrancó? Patrick averiguó un secreto que nunca debió de haberse escrito y…

Alison oye la voz amplificada de Luis Weaver al otro lado de la puerta. Recita un pasaje de la Biblia:

—«Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas».

Alison deja el diario de Benjamin Shaw junto al de Hannah y se apresura hacia la puerta. Intenta abrir, pero no puede. Luis Weaver la ha encerrado con llave.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El diario de Benjamin Shaw

Fue en junio de 1993 cuando Benjamin Shaw descubrió los métodos especiales de confesión del reverendo Weaver.

Su madre, que había adquirido el apellido Banks tras casarse con el multimillonario que salía por televisión, le había inculcado desde pequeño el hábito de asistir a misa todos los domingos. Allí había conocido ella a su padre biológico, del que se enamoró perdidamente y con quien construyó un futuro que se cimentó a partir del nacimiento de Benjamin. No obstante, los planes de vida juntos se derrumbaron cuando Rob Shaw, el padre de Benjamin, cayó en el alcohol, las drogas, la depresión y, por último, el suicidio. Después de tal desgracia, Patricia estuvo diez años sin conocer a un solo hombre. Pero, cuando Peter Banks se presentó en su sastrería con intención de arreglar un traje, se le esfumaron todos los males.

—¿No está el señor Turner? —preguntó Banks.

—No. Mi padre falleció hace unos meses. Ahora soy yo la propietaria de la sastrería.

—Vaya, lo siento. No tenía ni idea… Así que es usted la gran heredera del famoso sastre Philip Turner.

—Mi padre lo hizo bien, no le voy a engañar. Pero una cantidad ingente de clientes también significa una cantidad ingente de trabajo.

Banks sonrió.

—¿Y ahora usted controla el negocio?

—Aprendí del mejor. ¿Qué le pasa a su traje?

Patricia no sabía que se casaría con Peter Banks un par de años después y que vendería la sastrería para dejar de trabajar a la edad de cuarenta y cinco.

La artritis ya había hecho mella en su cuerpo. Sus manos estaban cobrando una rigidez antinatural y dio gracias por no tener que seguir cosiendo trajes, pues ya no se veía enfrentándose a las piezas de alta costura de los hombres más ricos de Nueva York.

Iba a misa cada semana aunque estuviera pasando por un brote terrible. A Peter no le gustaba ir a la iglesia y se excusaba con que la gente lo reconocía y le hacían perder el tiempo. A Patricia le habría encantado asistir con su nuevo marido, pero entendía que él era una figura pública y que su vida era muy diferente a la suya. De modo que, cada domingo del año, Patricia y su hijo Benjamin acudían a la iglesia de la Hermandad Cristiana vestidos con ropa refinada.

La suerte de Patricia había dado un vuelco, por fin. Había pasado de la enorme tristeza a la exaltación diaria. Tenía a su lado a un hombre que muchas mujeres deseaban, y era solo para ella. La mera idea la excitaba. Además, Benjamin ya había alcanzado la mayoría de edad. Peter y ella le habían regalado un coche por su cumpleaños y parecía entusiasmado con él.

Lo que ella no sabía era que su hijo no era feliz.

En junio de 1993, Benjamin fue a la iglesia para pedirle consejo al reverendo Weaver. Confiaba en él. Estaba acostumbrado a escuchar los pecados de la gente, sin juzgarlos. Era joven, tan solo tenía treinta años, doce más que él. Podría entender por lo que estaba pasando. Pero, cuando se metieron en el confesionario, se le fue la voz.

—«Bendíceme, Padre…» —dio el pie el sacerdote al ver que el chico callaba.

Benjamin siguió en silencio.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó Weaver.

—No puedo —dijo Benjamin antes de apartarse del confesionario.

Luis Weaver salió en su busca y le explicó que era normal lo que le pasaba, que a muchos otros jóvenes también les costaba expresarse.

—Ven, te enseñaré algo.

Benjamin quedó asombrado por el lugar que el sacerdote le mostró, más por su significado que por su aspecto. El reverendo Weaver le tendió uno de los cuadernos negros y le dijo:

—Este será tu diario de confesión. Todo lo que escribas en sus páginas será privado y nunca nadie leerá su contenido. Yo tampoco, te lo juro por Dios.

5 de julio de 1993

El reverendo Weaver me dijo que escribir en este diario me ayudaría. Pero no siento nada. Miento: sí que siento cosas. Demasiadas. No sé explicarlo. Da igual, esto es una estupidez.

8 de julio de 1993

Hoy hemos encontrado un gatito en el parque. Era muy mono: blanco con motas negras. Creo que estaba buscando a su madre. No tendría más de un mes. A Elena le ha parecido adorable. A Sam, no tanto. Hemos jugado un rato con él. Luego le he prendido fuego.

13 de julio de 1993

Lo odio. Lo odio con todas mis fuerzas. Mi madre se ha casado con un monstruo.

21 de julio de 1993

Sam me ha confesado sus sentimientos. Nos hemos sentado en un banco del parque Riverside y me lo ha contado todo. Yo lo he animado a que se lo diga, pero no era lo que quería hacer. Nunca digo lo que pienso porque siento que está mal. Total, qué más da. Mis sentimientos no importan una mierda.

29 de julio de 1993

Aún tengo las marcas. Pensaba que se me borrarían de la piel con el paso de los días, pero no ha sido así. Aún siento el dolor al recordar el contacto de la hebilla en mi espalda. Estamos en pleno verano y no voy a poder quitarme la camiseta delante de nadie, y menos con mis amigos. Algún día me vengaré. Ese cabrón va a pagar por esto.

7 de agosto de 1993

El coche es una porquería. Tiene averías cada dos por tres. Me parece increíble que me hayan regalado uno de segunda mano pudiendo comprarlo nuevo. Sam y Elena han escondido una risa cuando ha empezado a salir humo del motor. Ellos piensan que no me he dado cuenta, pero los he visto perfectamente. Por lo menos tengo coche, no como otros.

16 de agosto de 1993

Hoy se ha traído a Coco. Se ha pasado media tarde ladrando. Estaba insoportable. Le habría dado una patada que lo habría enviado al fondo del río. Pero no lo he hecho, ni tampoco lo he dicho. Benjamin siempre calla. Traga y calla.

19 de agosto de 1993

Mañana he quedado con Elena. Sam ha dicho que quiere salir a correr por el parque Riverside, así que estaremos a solas. Creo que voy a contárselo. Esto del diario no me está funcionando y necesito soltarlo ya. Necesito que alguien sepa por lo que estoy pasando.

21 de agosto de 1993

Lo hice. Fui capaz, y estoy orgulloso de mí mismo. Me derrumbé delante de Elena. Le conté que mi padrastro abusa de mí, que me maltrata cuando mi madre no está en casa. Y lo hace desde que se casó con ella. Antes de la boda había sido un hombre educado, ejemplar. Yo lo veía con buenos ojos. Pero después comenzó a hacerme la vida imposible. Llevo dos años aguantando sus vejaciones.

26 de agosto de 1993

Elena no para de repetirme que tengo que contárselo a mi madre. Siempre me lo dice cuando Sam no está delante. Al fin y al cabo, se lo confesé cuando estábamos a solas, y le agradezco que respete mi privacidad. Pero ¿quién me dice a mí que no se lo habrá dicho a mis espaldas? Espero que no lo haya hecho. Confío en ella. Sin embargo, no puedo hacer lo que me aconseja. Peter

siempre me pega con el pretexto de que no me porto bien con mi madre. Me dice que le hablo mal, que no la trato como debería, que soy un mal hijo. Que mi madre está al tanto y se va para no verlo. No sé si voy a poder aguantar esto mucho más. En cuanto pueda me iré de casa.

1 de septiembre de 1993

No puedo creer que le haya regalado esa pluma. No quiero ni pensar el dineral que se ha gastado en eso. La tiene comiendo de su mano, ya no es la misma de antes. Y me duele.

4 de septiembre de 1993

Ayer fuimos al faro rojo. Cogí una botella de cerveza y nos la bebimos entre los tres. Sobre todo yo, en realidad. Pero la había llevado para Sam y Elena también. No sé por qué no bebieron. Luego tuvieron que acompañarme a casa. Yo había ido en coche y no estaba en condiciones de conducir, así que Elena se sentó detrás a mi lado, y Sam se puso al volante. Él no tiene carnet y no paraba de dar tirones. Con tanto frenazo, vomité sobre la alfombrilla.

13 de septiembre de 1993

Sam está raro de cojones. Solo queda con nosotros cada dos días. Dice que ahora que ha empezado el curso quiere centrarse en los estudios. Apuesto lo que sea a que no tiene exámenes aún. Pero bueno, que haga lo que quiera. Por mí mejor, que no venga nunca más. Hoy ha traído una cámara vieja. Nos hemos hecho fotos juntos.

20 de septiembre de 1993

No sé qué pasa. Sam no da señales de vida. Elena tampoco sabe nada de él. Ella y yo, en cambio, nos vemos todos los días. Desde que le conté lo mío, me mira con otros ojos. A veces pregunta por ello. Pero yo le digo que estoy perfectamente y cambio de tema. No me gusta verla triste.

26 de septiembre de 1993

Por fin ha aparecido. Nos ha contado una patraña que no se la cree ni él. Dice que ha estado muy liado con la universidad, que tenía que hacer no sé qué trabajo grupal y que les ha llevado toda la semana. En fin, creo que Sam oculta algo y Elena también se ha dado cuenta.

1 de octubre de 1993

Cada vez me resulta más complicado ocultarlo. Tengo las heridas del brazo en carne viva. Cuando se las he enseñado a Elena, se le han saltado las lágrimas. Me ha preguntado hasta cuándo pretendo permitir esto. Le he dicho que no lo sé, que me estoy cansando.

5 de octubre de 1993

Se acabó. Esta va a ser la última vez que me pega. Me voy a defender como que me llamo Benjamin. Estoy harto. ¡Harto! Ese hijo de puta va a pagar por esto.

10 de octubre de 1993

Hoy ha sido el día en que le he plantado cara. No me importa que tenga una campaña política. Me da igual que deba dar buena imagen. Le he dejado las manos marcadas con su propio cinturón. Le he hecho gritar como el cerdo que es. A ver qué le dice a mi madre. A ver qué me dice ella. Estoy ansioso por escucharla. Tengo ganas de llorar, pero no voy a hacerlo. Estoy acostumbrado a reprimir mis emociones. Por una vez más, qué más da.

Elena se ha ido hoy a Filadelfia. Va a pasar unos días con sus abuelos y no volverá hasta el martes por la noche. He buscado una cabina de teléfono y he llamado al número que me indicó. Necesitaba contárselo. Ella se ha preocupado mucho. Teme que Peter me haga daño. Me ha dicho de vernos el martes a las nueve en el faro rojo, justo después de su llegada a Nueva York. Me ha preguntado si puede venir Sam también. Para ser sinceros, la idea no me ha hecho gracia, pero le he dicho que sí, que no pasa nada.

57
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 18.15 h

El texto que escribió Benjamin Shaw el 10 de octubre de 1993 es el último que aparece en su diario de confesión. La página posterior ha sido arrancada. Alison desconoce si lo hizo él mismo, el reverendo Weaver, Patrick Howard o una cuarta persona. Pero justo ese último texto hace referencia al día y al lugar donde mataron a Hannah Larson. Y eso no es todo. Hay párrafos estremecedores. Benjamin Shaw era víctima de maltratos por parte de Peter Banks. Llegó un día en que no pudo más y se defendió. Le dejó las manos marcadas. Por eso Banks llevaba guantes el día que retiró su candidatura y cuando fue a hablar con Cameron Garrett por el supuesto robo de la pluma estilográfica.

Benjamin prendió fuego a un gatito que se encontró en el parque. ¿Cómo pudo hacerlo? ¿Esa violencia gratuita era su manera de exteriorizar la tristeza y la ira? Alison se pregunta si alguien que es capaz de matar así a un animal tendría más reparos a la hora de acabar con una persona. Al fin y al cabo, matar es matar desde cualquier perspectiva. Es sentir el poder de quitar una vida, sea de quien sea.

La voz de Weaver sigue sonando por los altavoces de la iglesia, al otro lado de la puerta.

Alison regresa al diario de Hannah y pasa las páginas hasta encontrar el primer día que coincidieron en la iglesia: 7 de agosto de 1993. Hannah se presentó ante su nuevo diario y pidió que alguien se manifestara si lo leía, pero no fue el caso. Benjamin, en cambio,

ya llevaba un mes con las confesiones escritas. Ese día escribió sobre la avería del coche y sus amigos: Sam y Elena.

El 16 de agosto, Hannah escribió:

Hoy lo ha vuelto a hacer. Y cuánto lo agradezco. Qué alegría cuando lo veo. [PARTE BORRADA]. *Cada vez me siento más cerca de Él.*

Mientras que Benjamin escribió:

Hoy se ha traído a Coco. Se ha pasado media tarde ladrando. Estaba insoportable. Le habría dado una patada que lo habría enviado al fondo del río. Pero no lo he hecho, ni tampoco lo he dicho. Benjamin siempre calla. Traga y calla.

Con estos dos párrafos, Alison puede estar segura de que Hannah venía a la iglesia por Benjamin. Coco es el border collie del diario de Hannah.

El 19 de agosto, Benjamin escribió:

Mañana he quedado con Elena. Sam ha dicho que quiere salir a correr por el parque Riverside, así que estaremos a solas. Creo que voy a contárselo. Esto del diario no me está funcionando y necesito soltarlo ya. Necesito que alguien sepa por lo que estoy pasando.

Y Hannah volvió a la iglesia el día siguiente, el día 20:

Si supiera la ayuda que me proporciona. Gracias a esto, he podido cruzar unas palabras con Él. Estoy entusiasmada. Es como si estuviese haciendo algo prohibido, algo de lo que nadie debe enterarse. Siento un cosquilleo difícil de explicar. Me gusta.

Hannah iba a esa habitación para escribir su diario, pero también para leer el de Benjamin. Sabía dónde encontrar a ese misterioso

«Él» el día 20 de agosto porque Benjamin lo había escrito el día anterior: en el parque Riverside. Porque Él no era Benjamin, sino su amigo Sam. Y la teoría se confirma con el texto que Benjamin escribió el 21 de julio, cuando Hannah aún no había ido a la iglesia de la Hermandad Cristiana:

> *Sam me ha confesado sus sentimientos. Nos hemos sentado en un banco del parque Riverside y me lo ha contado todo. Yo lo he animado a que se lo diga, pero no era lo que quería hacer. Nunca digo lo que pienso porque siento que está mal. Total, qué más da. Mis sentimientos no importan una mierda.*

Hannah los vio aquel día, ella lo mencionó en el diario cuando empezó con las confesiones escritas. Se escondió detrás de un árbol y los escuchó. Por eso reconoció a Benjamin en la iglesia; el día que fue por primera vez con su madre, lo vio unos bancos por delante y, cuando descubrió que Benjamin escribía en esa habitación, encontró la manera de seguirle la pista a Sam sin que nadie se enterara. Luego, después de su primer beso a finales de agosto, Hannah ya no necesitaba a Benjamin para verse con Sam. Se veían cada dos días, justo cuando él no quedaba con Benjamin y Elena.

Pero entonces sucedió lo que nunca debió suceder: Hannah y Sam se acostaron. Él la fotografió para que ella no lo contara, tal vez porque tenía pareja, y Hannah le robó la cámara. Luego Sam desapareció por unos días. Buscó a Hannah y se disculpó por lo que hizo, pero no volvieron a quedar. Ella, sin embargo, se había enamorado de él. Quería decírselo, pero no podía presentarse en su casa sin avisar. El día que se acostaron, él se había asegurado de estar a solas y la había fotografiado desnuda para que no contara lo que había pasado entre ellos. A pesar de sus sentimientos, Hannah tenía un mal recuerdo de aquello y no le parecía buena idea volver allí.

El 10 de octubre, Hannah vio una luz al final del túnel. Benjamin había ido a la iglesia y había escrito dónde se vería con sus amigos la noche del martes 12: en el faro rojo. Ella se emocionó al leerlo y así lo expresó en su diario:

Hoy ha vuelto a venir. Sé dónde van a estar el próximo martes por la noche. Lo he pensado mucho y creo que voy a dar el paso. ¿Qué mejor forma que con una sorpresa? Se acabaron las dudas. Vamos a volver a intentarlo. Vamos a hacerlo bien, sin secretos. Pasado mañana todo cambiará.

El día señalado, Hannah escribió sus últimas palabras en el diario de confesión:

Por fin ha llegado el día. Le voy a decir lo que siento. Le voy a decir que le quiero. Después de lo que ha pasado entre nosotros, estoy segura de que Él también me quiere. Vamos a tener una relación, vamos a ser novios, aunque diga que no puede ser. Lo convenceré, sé que puedo hacerlo. Lo haremos público, y a quien no le parezca bien, que mire para otro lado. Definitivamente, venir a la iglesia ha sido lo mejor que he hecho nunca. Siento vergüenza al escribir esto, aunque nadie lo lea jamás. Qué más da. Por primera vez en mi vida, estoy enamorada.

Es como ver un coche a punto de estrellarse. A Alison le gustaría haber podido hablar con ella, abrirle los ojos, decirle que no lo hiciera.

Oye el girar de una llave. Se da la vuelta y ve cómo la puerta de la Habitación de las Confesiones Escritas se abre de par en par. El reverendo Weaver la mira con los ojos entornados. La misa ha acabado.

—¿Qué hace? ¿Está leyendo otros diarios? ¿Cómo se atreve? —dice acercándose para ver de qué diario se trata.

—¿Por qué me ha encerrado?

—Le he dicho que iba a cerrar la puerta.

—No ha mencionado nada de hacerlo con llave.

El sacerdote intenta buscar una excusa lícita.

—Ya había interrumpido la misa una vez y no quería que lo volviera a hacer, y mucho menos para hablarme sobre los muertos que me visitan por las noches.

—Hannah venía a su iglesia por Benjamin Shaw —le informa.

—¿Benjamin Shaw? ¿El hijastro de Peter Banks?

—¿Sabía que su padre lo maltrataba? —inquiere Alison.

—¿Perdón?

—Deje de ocultarme la verdad, padre. No me creo que no haya leído estos diarios nunca.

—¿Por qué no tiene fe, detective?

—¡Olvídese de la fe! ¿Los ha leído o no?

—No, jamás.

—No le creo.

—Ese no es mi problema —dice sin apartar la mirada.

Alison coge el diario de Benjamin y le muestra la parte rota.

—¿Quién arrancó la página que falta?

—No tengo ni idea.

—¿Lo hizo usted?

—No.

—¿Patrick Howard leyó este diario?

—No lo sé. Pero, viendo que lo ha hecho usted, ya no sé qué pensar —se lamenta el sacerdote.

—Me voy a llevar los diarios.

—Ni se le ocurra —se interpone—. Me dijo que no lo haría.

—He cambiado de opinión.

58
Alison Hess
Sábado, 1 de octubre de 2016, 19.05 h

Alison ha estado a punto de volver a la casa de los Banks por tercera vez, pero algo la ha frenado. No tiene claro si le conviene que Peter y Patricia sepan que ha leído el diario de confesión de Benjamin. Al menos, no de momento. A falta de su ayuda, acude a Karen, como siempre.

—Necesito otro favor.

—Cómo no —dice al otro lado del teléfono—. ¿Qué harías tú sin mí?

—Me buscaría la vida y acabaría apañándome… Pero es verdad que me costaría horrores —admite.

—Tú lo has dicho: te costaría horrores. Tanta ayuda se merece algún detallito, ¿no crees?

—Ya te dije que te invitaría a cenar.

—Pero esa cena es por dejarme plantada una vez. ¿Te acuerdas? —Suspira ruidosamente—. Se le acumula la faena, detective Hess. ¿Qué necesitas?

—El contacto de Benjamin Shaw. Es el hijastro de Peter Banks. Su madre se llama Patricia. Benjamin nació en 1975: ahora debe de tener cuarenta y un años.

—Te lo mando al correo.

—Gracias, Karen.

—Te perdono lo del detallito —dice antes de colgar—, pero no te olvides de la cena.

Mientras espera, enciende la radio y escucha la segunda crónica sobre Hannah Larson, muy parecida a la de esta mañana. Esta es

una batalla silenciosa en la que ataca directamente a la mente del asesino. No sabe si será en vano, pero debe intentarlo. Al cabo de unos minutos, la eficiencia de la informática se hace evidente. El número de teléfono de Benjamin Shaw se muestra en la pantalla del móvil de Alison. Llama y cuenta los tonos de espera. Justo antes de que suene el quinto, alguien descuelga al otro lado:

—¿Sí?

—¿Hablo con Benjamin Shaw?

Silencio.

—¿Quién pregunta?

—Soy la detective Alison Hess, del Grupo de Homicidios de Nueva York. Le llamo por la muerte de Patrick Howard.

—Creo que se ha equivocado, detective. Yo no conocía a ese hombre.

—¿Puede venir al One Police Plaza? Me gustaría hablar con usted.

—¿Soy sospechoso de algo? —se asusta.

—No. ¿Le importaría venir?

—Bueno, verá, no estoy en Nueva York ahora mismo. Pero podría acercarme mañana por la mañana, que no trabajo.

—Claro. Venga a las nueve en punto. Pregunte por Alison Hess. Le llevarán conmigo.

Benjamin duda.

—Vale. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana, señor Shaw.

Mary le abre la puerta y se lleva el dedo índice a la boca. Alison cruza el umbral y encuentra a su padre dormido en el sofá. Tiene el libro que le regaló sobre el regazo. Alison mira sorprendida a Mary.

—¿Lo ha vuelto a empezar?

Ella se encoge de hombros.

—Eso parece. Al menos, lo ha intentado.

—Le dije que lo devolvería.

—No lo hagas —le aconseja—. Deja que se lo quede. Puede que no lo termine nunca, y a lo mejor lo empieza decenas de veces, pero me ha parecido que le gustaba. Tu padre tendrá días y días. Si hoy

le apetecía leer y no le ha costado tanto como la última vez, eso que se lleva. No hay nada mejor que empezar un buen libro, ¿no crees?

Mary termina la frase con la mirada puesta en John. Se le ve dormir plácidamente. Alison sonríe sin despegar los labios.

—Tienes toda la razón.

Escritura terapéutica de Alison Hess

Querida Alison:

Te escribo esta carta después de leer tus textos. Sé que esto fue idea del doctor Ross y que no veías necesario llevarlo a cabo, pero debo decirte que la escritura, la terapia, o ambas juntas, te van a salvar. Te lo aseguro.

Cuando empezaste a escribir, hace meses, comparaste tu vida con un jarrón de barro. Según lo que he leído, dicho jarrón se compone de cinco piezas de un mismo tamaño, y cada una de esas piezas se corresponde con una persona de tu círculo más cercano: tu madre, tu padre, Paul, Karen y Aaron. Todos ellos son muy importantes para ti, pero la vida no es perfecta, y mucho menos infinita. La muerte de un familiar siempre es dolorosa. El dolor es parte de nuestra existencia. Y es necesario que pases por el proceso del duelo. Tienes que aceptarlo, Alison, tu madre ya no está con vosotros. Pero, por otra parte, Julia Hess sigue viva gracias a ti. Tu padre siempre pensará que está viva por tus palabras. ¿Te das cuenta del poder que posees? Esa mentira inocente, como tú la llamas, es el mayor acto de amor que existe.

La enfermedad de tu padre seguida de la muerte de tu madre fue todo un reto para ti. Una no está preparada para estas cosas, pero tú supiste seguir adelante. Quisiste que todo pasara por tus manos, que nadie te ayudara, pero te diste cuenta de que era imposible. No todo depende de ti, Alison. Hay cosas que escapan de tus responsabilidades. Sé que estamos hablando de tu padre, pero que no seas tú quien se encargue de sus menesteres las veinticuatro horas del día no significa que John Hess no esté bien. Mary es un amor. Alguien en quien puedes confiar plenamente. Si no lo haces,

no vivirás, Alison. Y tu padre tampoco quiere eso. Él quiere que su hija sea feliz, igual que lo quería tu madre. Encuentra el equilibrio. Aprende a delegar, a decir que no. Sé más flexible y haz que la armonía cobre fuerza en vuestras vidas.

Tienes un gran apoyo en tus amigos. Tanto Karen como Paul son los pilares de los que te agarras cuando te fallan las fuerzas. Aunque tengan diferentes puntos de vista, han demostrado ser buenos dando consejos y, por supuesto, siempre han querido lo mejor para ti. Cuídalos. Si algún día os separáis por alguna razón, no dejéis de hablar. Las palabras son muy poderosas, ya lo has visto. No pierdas una amistad por no usarlas.

En cuanto a Aaron, me es complicado hablarte de él, ¿sabes? Yo aún no lo he superado. Entonces ¿qué te puedo decir?

Bueno, voy a intentarlo.

Creo que estarás de acuerdo en que Aaron fue un novio maravilloso. Se portó muy bien contigo y con tus padres, cosa que valoras mucho. Vuestra ruptura lo pilló por sorpresa, creo que a ti también. El hecho es que… pienso que no debes culparte por lo que hiciste. La muerte de tu madre y la responsabilidad que sentías con tu padre te impidieron tener una relación sentimental con Aaron. Pero tú nunca has dejado de quererle, y algo me dice que él lo sabe. Date el derecho a fallar, a estar mal, a no ser la persona que todos esperan que seas. El amor no lleva prisa, Alison. Tu cuerpo te pedía estar sola para poder superarlo todo y tú le hiciste caso. Gracias por hacerlo. Tómate el tiempo que necesites para repararte. Algún día, cuando estés lista, darás ese paso y te liberarás de todas tus ataduras.

Y sí, Alison. Eres la mejor hija del mundo.

59
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 8.15 h

Alison lee la última frase de la carta que se escribió a sí misma con lágrimas en los ojos. La pegó a la nevera con un imán para verla cada mañana, para recordarse todo lo que se dijo un día, todo lo que necesita saber. La devuelve a su sitio, se seca las lágrimas y se pone el abrigo. Dentro de cuarenta y cinco minutos tendrá a Benjamin Shaw en el One Police Plaza y no puede mostrarse débil. Todo tiene que salir perfecto.

Le acaban de informar. Benjamin Shaw ha llegado y ha preguntado por ella. Inspira hondo y exhala costosamente. Se mira en el espejo de la sala de interrogatorios y se alisa las arrugas de la camisa blanca con las manos. Revisa su reloj. Ha llegado puntual. Se pregunta cómo será, cómo sonará su voz, cómo vestirá, si aún quedará algo de aquel chico infeliz de dieciocho años.

A los pocos minutos, cuando finge leer el informe del caso Larson sentada a la mesa, oye un chasquido. Un policía empuja la puerta y deja pasar a un hombre alto de piel morena, con barba de tres días y el pelo corto, casi rapado. Lleva un abrigo negro de poliéster y unas botas de cuero. Alison se levanta y le tiende la mano.

—Buenos días, señor Shaw. Soy la detective Hess.

Él le corresponde el saludo sin articular palabra y ambos se sientan en su lado de la mesa.

—Siento haberle hecho venir desde… ¿Dónde me dijo que estaba?

—No se lo dije. —Benjamin no cae en su dócil trampa—. Estaba en Trenton, trabajando.

—¿El sábado?

—Soy vigilante de seguridad. Y llámeme Benjamin, por favor.

Alison asiente y vuelve a fingir. Revisa el informe sin leer una sola palabra, no porque quiera incomodar a Benjamin, sino porque está nerviosa.

—Le tengo que informar de que esta conversación va a ser grabada. —Señala la cámara de la esquina—. Como le dije ayer, no está detenido. Por tanto, no está obligado a hacer esto.

—Bueno, usted dígame qué quiere saber y yo ya veré si quiero responder o no. Ya que he venido…

—De acuerdo —dice no muy convencida—. Me dijo que no conocía a Patrick Howard.

—Así es.

—¿No intentó ponerse en contacto con usted?

—No. ¿Por qué debería haberlo hecho?

—¿Sabe qué le ha ocurrido?

—Sí. El domingo pasado tenía puesto *El show de Rachel Brooks*, así que lo vi en directo. Fue realmente perturbador.

Alison toma nota mentalmente: si Benjamin no trabajó la noche del domingo 25, pudo matar a Dennis Peterson. Aunque, una vez más, la oportunidad no es sinónimo de culpa.

—¿Quiere un vaso de agua, Benjamin?

—Estoy bien, gracias.

—Entonces ¿vive en Trenton?

—Sí.

—Pero usted no creció allí, ¿me equivoco?

Benjamin sonríe.

—Parece que ha hecho los deberes.

Alison se recoloca en la silla.

—¿Por qué Trenton, Benjamin?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué salir de Nueva York? —cambia la pregunta—. Aquí hay miles de oportunidades.

Él se encoge de hombros.

—Creo que no todos estamos hechos para vivir aquí. Nueva York era una ciudad demasiado ajetreada para mí, no sé si me explico.

—¿Y decidió mudarse a la capital de Nueva Jersey?

—Sabe perfectamente que no es lo mismo —protesta—. Además, ¿a qué viene esto? Aún no sé qué hago aquí.

—Su nombre ha aparecido encima de la mesa y veía conveniente hablar con usted, nada más.

—Pero ¿por qué ha aparecido mi nombre? No lo entiendo.

—Porque Patrick Howard estaba escribiendo un libro acerca del asesinato de Hannah Larson.

Las facciones de Benjamin no se mueven ni medio milímetro. Sus ojos siguen observando a Alison, a la espera de más información.

—¿Y? —pregunta al fin, indiferente.

—¿No le dice nada ese nombre?

—¿Hannah Larson? Sí, claro. Sé que la asesinaron en el 93. Tenía un año menos que yo, pero no la conocí.

—¿Está seguro?

—Completamente.

Alison mira un momento la cámara con el piloto rojo encendido y piensa que no solo está grabando a Benjamin, sino también a ella. Cualquier cosa que diga va a ser documentada. Enumera mentalmente los puntos que quiere tratar, pero se da cuenta de que está dejando que la conversación se enfríe y decide seguir con el interrogatorio.

—¿Dónde estaba usted en 1993?

Benjamin arruga la frente.

—No sé si me gusta hacia dónde apunta, detective. ¿Quiere saber si fui yo quien mató a Hannah Larson? ¿De verdad he venido a Nueva York para esto?

—Le pregunto si aún vivía aquí o si ya se había mudado a Trenton —enmascara Alison.

—Vivía en Nueva York. Solo tenía dieciocho años. Con esa edad es muy complicado emanciparse.

—¿Vivía con sus padres?

—Con mi madre y su marido. Pero supongo que eso usted ya lo sabe, ¿no?

Alison no esconde una pequeña sonrisa.

—Ha sido su madre quien me ha hablado de usted, Benjamin —le confiesa.

El hombre cierra los ojos, como si soportara una gran carga.

—Está mayor y enferma, no le haga mucho caso.

El comentario desagrada a Alison. Es lo mismo que le dijo Peter Banks ayer antes de que pudiera ver a Patricia, antes de que ella le hablara sobre la pluma estilográfica que le regaló en 1993 y sobre su hijo, que frecuentaba la iglesia de Luis Weaver, la misma a la que iba Hannah. Por algo quieren que Patricia mantenga la boca cerrada.

—Su madre me dijo que usted fue una temporada a la iglesia de la Hermandad Cristiana.

—Sí, pero ella también lo hacía —se excusa—. Si yo iba era por ella.

—Entonces, conoció al reverendo Weaver.

—¿El sacerdote? Sí, claro.

—¿Cómo lo describiría?

Benjamin resopla y pone los ojos en blanco.

—Yo qué sé. No le prestaba atención. Ya le he dicho que iba a la iglesia por mi madre.

—Y ¿qué me puede decir de su padrastro?

Alison va de un punto de su lista mental a otro. Quiere descubrir muchas cosas sobre Benjamin, pero aún no sabe sobre cómo afrontar el interrogatorio. Por supuesto, no es la primera persona a la que interroga, pero hay algo en él, en su entorno y en el lugar que ocupa en la investigación, que le hace dudar de todo.

Benjamin vacila.

—Usted ya conoce a Peter Banks.

—Me gustaría saber qué opina usted de él, o qué opinaba por aquel entonces. ¿Lo vio con buenos ojos cuando se casó con su madre?

—No. A mí nunca me gustó. Pero yo no entraba en la ecuación del matrimonio. Eso es cosa de dos, ¿no cree?

—¿Por qué no le gustaba?

—Peter era famoso por hacer el ridículo en televisión. Un millonario que se creía el rey del mundo. ¿Usted querría a alguien así

en su casa? Y, para más inri, el muy idiota se presentó a las elecciones para la alcaldía. Menudo espectáculo. —Niega con la cabeza—. Nunca he visto nada tan bochornoso.

—¿Cómo era su relación con él?

—Cordial. Los dos sabíamos cuál era nuestro papel y no cruzábamos esa línea. Nunca tuvimos una muestra de afecto mutuo.

Alison lo mira con interés. Apoya los codos sobre la mesa.

—¿Podemos hablar sobre lo que Peter le hizo?

Benjamin eleva el mentón y frunce el ceño.

—¿Qué se supone que me hizo? —pregunta.

Alison se da tiempo para respirar y pensar cómo decirlo.

—Me he visto obligada a leer su diario de confesión, Benjamin —dice según se agacha sin levantarse de la silla y coge el cuaderno del suelo, donde había estado escondido de los ojos de su autor. Lo deja en la mesa para que él lo vea—. Lo escribió en 1993. Le prometo que no lo habría leído si no hubiese sido necesario para la investigación.

—¿Diario de confesión? —Benjamin no ha cambiado su expresión de desconcierto—. Lo siento, pero no sé qué es eso, detective.

Alison duda. No se esperaba esa respuesta. Coge el diario y se lo tiende.

—A lo mejor, leerlo le refresca la memoria.

Benjamin se acerca el diario y lo abre por la primera página. Lee las primeras líneas y luego pasa las páginas, alarmado.

—Esto no es mío —dice—. Yo no escribí esto.

—¿Cómo que no? Son sus iniciales las que aparecen en la primera página. Y habla sobre lo que le hizo pasar Peter Banks: los maltratos, las marcas que le dejaba en la piel.

—¡Unas iniciales! —se sorprende—. ¿Habla en serio? ¿Cómo se atreve a insinuar algo así? Peter nunca me puso una mano encima.

Alison no sabe qué decir. No lo comprende. Se queda muda, mirando cómo Benjamin cierra el diario y se lo devuelve.

—Esto es una broma de mal gusto —dice él, enfadado—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Benjamin, es el diario que escribió usted cuando tenía dieciocho años —intenta hacerle recordar—. El que se guardaba en la iglesia

de la Hermandad Cristiana, en la Habitación de las Confesiones Escritas.

—¿Confesiones escritas? Pero ¿usted se está escuchando?

—Sí —insiste Alison, desorientada—, fue cosa del reverendo Weaver. Él quería ayudar a los jóvenes que tenían problemas para expresarse en las confesiones tradicionales y les reservó una parte de la iglesia para que tuvieran la privacidad que necesitaban.

—Menuda tontería —exclama—. Yo nunca me confesé. No me gustaba ir a la iglesia, ¿cómo podría hacer algo así?

—Porque estaba desesperado —responde Alison—. Porque a veces buscamos ayuda y la encontramos donde menos la esperamos.

—Bueno, pues yo no busqué ayuda de ningún tipo porque no la necesitaba.

—Entonces ¿Peter no le pegaba? ¿No le agredía con su cinturón con el pretexto de que trataba mal a su madre?

—¡No! —grita Benjamin.

Alison coge el diario y lo abre por la última página para leer en voz alta:

—«Elena se ha ido hoy a Filadelfia. Va a pasar unos días con sus abuelos y no volverá hasta el martes por la noche. He buscado una cabina de teléfono y he llamado al número que me indicó. Necesitaba contárselo. Ella se ha preocupado mucho. Teme que Peter me haga daño. Me ha dicho de vernos el martes a las nueve en el faro rojo, justo después de su llegada a Nueva York. Me ha preguntado si puede venir Sam también. Para ser sinceros, la idea no me ha hecho gracia, pero le he dicho que sí, que no pasa nada». Esto está escrito el 10 de octubre de 1993. Ese martes que anuncia el texto fue el 12 de octubre, el día que Hannah Larson fue asesinada precisamente en el faro rojo. La página siguiente está arrancada.

—¡Esto es el colmo! Entonces sí que pretende acusarme de asesinato. ¡Increíble!

—Necesito que me responda: ¿quedó con sus amigos esa noche en el faro rojo, Benjamin? ¿Sam estuvo allí?

—¡No, no y no! Joder, ¿cómo tengo que decírselo? ¡El diario no es mío! Si lo ha sacado de la iglesia, está muy claro quién lo ha escrito:

el sacerdote. Ese hijo de puta ya estuvo bajo sospecha aquel año, pero supo salirse con la suya. Ahora quiere echarme el muerto a mí. —Se levanta—. Yo lo siento, pero me voy. No voy a consentir que se me trate de esta manera. No ha sido un placer, detective Hess. Espero no verla nunca más.

Abre la puerta y se marcha de la pequeña sala. El policía que aguarda en el pasillo mira a Alison inquisitivo, preguntándole si debe detenerlo antes de que salga del edificio. Ella se queda aturdida. El interrogatorio ha sido un desastre. A pesar de ello, no se va a quedar de brazos cruzados. Mira al policía y dice:

—Retenlo unos minutos y luego deja que se vaya.

El oficial asiente y desaparece por el pasillo. Alison recoge la carpeta del informe y el diario y abandona la sala de interrogatorios. Se cruza con Benjamin y con el policía, pero pasa de largo.

—… debe rellenar un formulario —escucha que dice el policía.

Alison entra en un ascensor y desciende hasta la planta baja. Sale al exterior y nota cómo el frío empieza a invadir la ciudad de Nueva York. Se dirige al aparcamiento privado y monta en su coche. Tiene que girar la llave tres veces para que el motor arranque. Conduce despacio y se detiene cerca de las puertas principales del One Police Plaza. Al poco tiempo, Benjamin Shaw aparece por ellas. Se sube la cremallera del abrigo y camina en dirección opuesta al Ford Mondeo. Alison observa cómo se aleja agarrada al volante.

60
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 9.40 h

Benjamin se ha subido a un Chevrolet Spark azul. Ha sacado una bolsita de cocaína de la guantera y ha esnifado un poco antes de arrancar el motor e incorporarse a Park Row Street. Alison lo sigue a unos cincuenta metros por detrás. No quiere ser descubierta, pero tampoco puede separarse demasiado y perderlo entre el tráfico.

Benjamin gira a la izquierda y Alison hace lo mismo. Conducen entre las tiendas y escaleras de incendios de Worth Street. Pasan por delante del edificio del gobierno federal Jacob K. Javits, de cuarenta y un pisos de altura, para torcer a la derecha en Hudson Street, hacia el norte de Manhattan.

Alison piensa en los posibles destinos de Benjamin. Si pretende volver a Trenton, debería entrar en el Holland Tunnel. Pero, si por el contrario quiere hablar con el reverendo Weaver, irá a la iglesia de la Hermandad Cristiana. El diario conduce a pensar que Benjamin y sus amigos están involucrados en el asesinato de Hannah Larson. Si no ha mentido en el interrogatorio y el diario lo escribió otra persona, querrá pedirle explicaciones a Weaver, ya sea como responsable de escribirlo o de custodiarlo.

Alison ve la señal de tránsito verde que indica la salida a Holland Tunnel-Nueva Jersey a la derecha y observa con atención el Chevrolet de Benjamin. Para su sorpresa, se mantiene en el carril izquierdo y sigue adelante. Un cosquilleo le recorre los brazos. No se dirige a Trenton.

Benjamin recorre Hudson Street con lentitud, cosa que desconcierta a Alison. Si ella pensase que la están acusando de un

crimen que no ha cometido, estaría de los nervios. De pronto, el Chevrolet gira a la derecha y lo pierde de vista. Alison acelera, adelanta a un par de taxis y se cruza en su camino para tomar esa salida obligándolos a frenar. El sonido molesto e ininterrumpido de un claxon inunda la calle. Atisba la parte trasera del coche azul volviendo a girar a la derecha en la siguiente esquina. Benjamin se ha dado cuenta de que lo está siguiendo; la idea cobra fuerza en su cabeza cuando ve que gira a la derecha por tercera vez, pero cambia de opinión al reparar en dónde se encuentran: Charles Street; su madre y su padrastro viven allí.

Ralentiza la marcha. Benjamin ha aparcado delante de la casa familiar. Alison se hace a un lado y detiene el coche debajo de un fresno americano. Ve cómo se apea y llama al timbre. Al cabo de unos segundos, la puerta se abre y él se pierde por el umbral antes de que se cierre de nuevo.

—¿Qué estoy haciendo? —murmura Alison.

Benjamin solo está aprovechando su corta estancia en Nueva York para realizar una visita. Puede que hablen de lo sucedido, de lo que ha pasado en el interrogatorio, de lo que ella le ha insinuado respecto al diario. Se le forma un nudo en la garganta. Si Benjamin dice la verdad y todo lo que ella ha leído es falso, está segura de que pondrán una denuncia.

Al cabo de un rato, la espera se vuelve incómoda. Se siente estúpida por haber pensado que Benjamin tenía malas intenciones y se dispone a arrancar el motor, pero entonces la puerta de la casa de los Banks se abre de nuevo. Benjamin sale apresurado, sube al Chevrolet y escapa a toda prisa. Alison tiene un momento de bloqueo en el que no sabe si debería ir detrás de él o entrar en la casa para ver qué ha pasado. Con las prisas, él se ha dejado la puerta abierta, y eso es lo que le hace decidirse.

Baja del coche y corre hacia la vivienda. Nada más entrar, oye los sollozos de Peter Banks. Lo encuentra detrás del sofá junto a la asistenta en cuclillas, que lo mira aterrada. Él está en el suelo, con un hilo de sangre que le mana del labio y la pierna en una posición antinatural. Debe de tenerla rota. El antiguo candidato a la alcaldía,

que parece un anciano indefenso, mira a Alison con lágrimas en los ojos.

—Patricia… —le reclama.

Alison se dirige a las escaleras, se agarra de la barandilla de madera para coger impulso y sube a toda prisa. Le falta la respiración. Una vez arriba, entra en el dormitorio y sus temores se confirman. Patricia Banks no está tumbada en la cama, sino que yace en el suelo, de lado, con los ojos cerrados y la boca entreabierta.

Esto solo quiere decir una cosa, piensa en décimas de segundo: Benjamin ha mentido en el interrogatorio. No ha ido a la iglesia para rendir cuentas con el sacerdote porque él sí que escribió el diario de confesión. Todo es verdad. Y ha venido aquí a agredir a Peter por los maltratos y a su madre por…

—Mierda —articula sin que la palabra llegue a sonar.

Alison le ha dicho a Benjamin que fue Patricia quien le habló de él. Que fue ella quien lo delató. El sentimiento de culpa le encoge las entrañas. Con cierto terror, se acuclilla y pone dos dedos sobre el cuello de la mujer. Tiene pulso.

Respira aliviada.

Se vuelve a incorporar y sale corriendo de la habitación para bajar las escaleras y deshacer sus pasos hasta el coche.

—¿Está bien? —pregunta Peter entre sollozos.

—Está viva.

En cuanto alcanza el Ford, abre la puerta y enciende la radio policial.

—A todas las unidades. Violencia doméstica en el 131 de Charles Street. El agresor es Benjamin Shaw. Lleva botas y un abrigo de poliéster negro. Ha salido a la fuga con un Chevrolet Spark azul en dirección oeste. Máxima prioridad. Repito, máxima prioridad.

—Unidad 6. Recibido. Estamos por la zona.

—Unidad 2. Estamos cerca.

—Necesito que alguien venga al domicilio a esperar a la ambulancia —pide Alison. Ella querría quedarse a atender a los Banks, pero su instinto la empuja fervorosamente a dar caza a Benjamin.

—Unidad 8. De camino.

Alison saca su móvil y hace una llamada.

—Necesito una ambulancia en el 131 de Charles Street. Violencia doméstica. Dos heridos. Uno grave. Dense prisa, por favor.

Ahora la espera no es incómoda, sino asfixiante. Cuando Alison ve el coche policial acercarse con las luces estroboscópicas puestas, coloca el piloto en el techo del suyo, arranca y acelera para unirse a la búsqueda.

No tiene que avanzar mucho en dirección oeste para llegar a la 9A y el río Hudson y girar a la derecha como única opción. Mientras conduce, pone todos sus sentidos alerta, coge la radio y le da al botón PTT.

—¿Nadie lo ha visto?

—Unidad 2. Ni rastro del sujeto.

—Unidad 6. Tampoco.

—Unidad 3. Igual. He visto un Chevrolet Spark azul, pero lo conducía una mujer.

Ese último mensaje desconcentra por un momento a Alison. Es la voz de Paul. Intenta no darle más vueltas y gira a la derecha para callejear por la zona oeste del distrito. Es complicado perseguir a un fugitivo con camiones de reparto mal estacionados en cada calle, lo que la enfurece sobremanera. Aunque, visto de otro modo, también entorpecen la conducción de Benjamin.

—Unidad 6. ¡Vehículo localizado! Conduce a toda velocidad por la Octava Avenida.

Alison gira a la izquierda y luego a la derecha. Ha de ser prudente con los pedales para no tener un accidente, pero, poco después de incorporarse a la Octava Avenida, pisa el acelerador a fondo. Los tres carriles le permiten sortear el tráfico con más facilidad. «Claro», piensa. Si Benjamin sabe que lo están persiguiendo, le interesa tener el camino despejado. Nada de atascos ni camiones de reparto. Buscará las avenidas y las carreteras del perímetro e intentará salir de Manhattan en cuanto pueda.

Alison localiza las luces azules y rojas de los coches policiales a unos doscientos metros. Si las cosas salen bien, puede alcanzarlos en cuestión de segundos. Si salen mal, no quiere ni pensarlo.

Presiona unos centímetros más el pedal del acelerador y ve cómo los edificios y vehículos de ambos lados se quedan atrás a gran velocidad. Sus luces estroboscópicas hacen que el tráfico se abra para dejarla pasar, pero un furgón de FedEx parece no haberse dado cuenta de que tiene a la policía detrás. Sin quitar el pie del acelerador, Alison toca el claxon repetidas veces con la esperanza de que se aparte antes de que llegue a su posición, pero no lo consigue. Suelta el acelerador, pisa el freno y se incorpora al carril de la izquierda con un volantazo para no colisionar con el furgón. Cuando pasa por su lado oye desde el interior del coche la música a todo volumen del conductor, que sostiene un cigarrillo entre los labios y cabecea al ritmo de «Side to Side», de Ariana Grande y Nicki Minaj. Alison le diría de todo y más, pero no lo hace. Lo deja atrás. Tiene que saltarse semáforos en rojo. Los peatones se detienen asustados ante el ruido. Quince segundos después, cuando está a punto de alcanzar el pelotón justo antes de llegar al Madison Square Garden, ve cómo los coches patrulla se detienen en medio de la avenida y ralentiza la marcha. El Chevrolet de Benjamin se encuentra a un lado, vacío y con la puerta del conductor abierta.

—Unidad 3 —dice Paul por la radio—. El sujeto va a pie. Se ha metido por la calle Treinta.

Alison deja el coche en doble fila y se baja con celeridad. Ve a sus compañeros correr y gritar por la calle Treinta nada más entrar. Esto no le gusta ni un pelo. Los sigue todo lo rápido que puede. Los transeúntes la miran con curiosidad. Quieren saber qué pasa, a quién persigue la policía y cuál es el motivo de que lo hagan. Alison sigue corriendo hasta el otro lado de la calle, que da a la Séptima Avenida, bastante más transitada que la Octava. Mira en ambas direcciones y ve uniformes de policía a derecha e izquierda entre la multitud. Benjamin debe de haberlos despistado. ¿Hacia dónde tendría que ir? Se decanta por la izquierda, en dirección contraria al sentido del tráfico. Al poco tiempo alcanza a los tres policías que avanzan rápidamente por la acera. El hecho de salir a correr todas las mañanas por el puerto ha dado sus frutos.

—¿Sabéis dónde está? —les pregunta.

—No —responde Paul, que se encuentra entre ellos.

—Dispersaos. Que no escape.

—Yo voy por la Treinta y uno —dice uno de los agentes antes de separarse del grupo.

Ahora sí, pasan por delante del Madison Square Garden. La acera se estrecha en una parada de taxis con vallas cubiertas por fundas verdes. Al otro lado de la avenida, las banderas americanas del hotel Pennsylvania ondean al viento y enormes carteles publicitarios incitan a comprar una Pepsi, una determinada cerveza o el último modelo de relojes inteligentes.

—Yo iré por la Treinta y dos —dice el otro agente, que cruza la avenida para entrar en dicha calle.

Paul y Alison miran hacia la siguiente calle antes de decidir quién de los dos se mete en ella. La calle Treinta y tres forma perímetro con el Madison Square Garden. Es una zona peatonal con mesas bajo parasoles, puestos ambulantes de perritos calientes, patatas fritas y refrescos. Un domingo como hoy, está abarrotada. La gente disfruta de su tentempié mientras que alguien corre a toda prisa entre ellos. Alison y Paul avistan el abrigo de poliéster negro de Benjamin Shaw y, sin decirse ni una sola palabra, ambos entran en la calle Treinta y tres y sortean como pueden todos los obstáculos.

—¡Deténgase, Benjamin! —grita Alison.

Sin dejar de correr, él se vuelve un momento para ver a qué distancia se encuentran sus perseguidores. Aún están lejos, pero, si no hace algo, acabarán alcanzándolo. Llega a la Octava Avenida y gira a la derecha.

Alison y Paul cruzan una mirada. Ninguno de los dos lo admitiría, pero ambos pretenden ser el policía que atrape a Benjamin Shaw. Por una parte, Alison quiere demostrar que su ascenso a detective ha sido una decisión acertada. Por otra, Paul desea hacerle saber al sargento Russell que él es tan válido como su antigua compañera. Aún se siente decepcionado por no haber conseguido el puesto y ahora ve una ocasión de oro para que, al menos, se hable de él en el One Police Plaza.

Giran a la derecha en la Octava Avenida y ven cómo Benjamin sigue recto cruzando un paso de peatones. Los dos policías corren uno al lado del otro, exhaustos, pero con la suficiente energía como

para continuar con la persecución. Sin embargo, Alison nota que se va quedando atrás. Paul la adelanta y se acerca cada vez más a Benjamin. Ella lo intenta, pero no puede seguirle el ritmo. Cualquiera le diría que esto no es una competición, aunque de alguna forma se ha vuelto personal. Así que recurre a otros medios y grita con todas sus fuerzas:

—¡Que alguien detenga a ese hombre!

Un hombre corpulento que camina en dirección contraria la oye. Al ver a Benjamin correr hacia él y a dos policías persiguiéndolo, comprende la situación y, justo cuando el fugitivo pasa por su lado, lo empuja con todo el peso de su cuerpo. Benjamin cae en medio de la calzada. Antes de que pueda levantarse, un coche lo atropella y lo arrolla por el asfalto.

61
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 11.20 h

Han cortado el tráfico de la Octava Avenida. También han acudido dos ambulancias. Benjamin Shaw ha permanecido inconsciente en todo momento, pero aún respira. Los paramédicos se lo han llevado enseguida al hospital, donde será intervenido de urgencia. Nadie, aparte de ellos, conoce el riesgo que sufre ahora mismo y se nota la tensión en el ambiente. Tanto el conductor como el hombre que ha empujado a Benjamin han sufrido un ataque de ansiedad y también han tenido que recibir asistencia. Pronto irán al One Police Plaza a testificar.

Alison y Paul se mantienen a un lado de la escena. Paul está serio, incluso parece enfadado. Alison se encuentra en estado de shock. Mira al suelo con lágrimas en los ojos y la boca entreabierta. No da crédito a lo que ha pasado. Esa no era su intención. Ella nunca hubiera imaginado que ese hombre empujaría a Benjamin a la calzada. Ella lo necesitaba vivo, consciente, quería volver a hablar con él, quería que le contase la verdad.

Una horda de curiosos cuchichea detrás de las cintas policiales. Hay muchos. Demasiados, piensa Alison. Siempre están ahí, acechando las desgracias ajenas. Se pregunta si sabrán que esto es culpa suya. Que su instinto competitivo respecto a Paul ha provocado el accidente que todos están observando.

Un Ford Mondeo del Departamento de Policía se detiene a pocos metros y el sargento Russell sale de él con cara de pocos amigos. Paul le da un ligero codazo a Alison y ella coge aire al verlo. Russell se acerca y conversa con varios oficiales. Quiere saber lo que ha

ocurrido y uno de ellos señala a Paul y Alison con la barbilla mientras se lo cuenta. Russell frunce el ceño y se dirige hacia ellos.

—A mi despacho en una hora. Los dos.

Sentados uno al lado del otro, Paul y Alison esperan las palabras del sargento con el miedo metido en el cuerpo. Russell se balancea con los muelles de su silla de piel. Mira el reloj, hace crujir los dedos, chasquea la lengua con el paladar y, al cabo de un minuto, dice:

—Quiero que me cuenten su versión de los hechos.

Ambos se quedan callados. Paul espera que sea Alison quien hable. Ella quiere hacerlo, pero le es imposible ahora mismo. Al ver que ninguno de ellos toma la iniciativa, Russell les explica la situación:

—Tenemos un atropello. La víctima es Benjamin Shaw, hijastro de Peter Banks, excandidato a la alcaldía de Nueva York. —Los señala con el dedo agitando la mano nerviosamente—. Esto no va a pasar desapercibido, ¿entienden? Sus padres han ingresado hace menos de dos horas en el Hospital Tisch. Peter Banks tiene la tibia y el peroné rotos. Su mujer presenta contusiones en la espalda y en la cabeza. Está consciente, pero muy dolorida.

Alison siente alivio al saber que Patricia está bien después de todo.

—Hess —dice Russell—, ¿ha interrogado a Benjamin Shaw esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

Alison levanta la mirada y habla con la voz temblorosa.

—Por la muerte de Patrick Howard. Su nombre ha aparecido en…

—Hess, ¿se da cuenta? —la interrumpe Russell.

Ella lo mira sin comprender.

—¿De qué?

—De que el nombre de Dennis Peterson apareció sobre su mesa y lo encontramos muerto días después. Me dice lo mismo con Benjamin Shaw y, vaya por Dios, puede que corra la misma suerte

que el subchef. Debe de tener una buena explicación de esto, porque ahora mismo su actuación me despierta muchas dudas.

Alison nota cómo le tiemblan las manos. No obstante, las pone encima de la mesa e intenta serenarse.

—La tengo, señor. Seguí los pasos de Patrick Howard y descubrí que contactó con los Banks con el fin de documentarse para su libro. También hablé con el antiguo detective Cameron Garrett, que investigó la muerte de Hannah Larson en 1993.

—Sé muy bien quién es Garrett. Vaya al grano.

Alison asiente.

—Supongo que recordará la pluma estilográfica con la que mataron a Hannah Larson.

—Sí, la recuerdo.

—Era propiedad de Peter Banks.

—¿Cómo dice?

—Banks fue a casa del detective Garrett para pedirle que lo ayudara a recuperar esa pluma, pues, según el político, se la habían robado. Cameron Garrett le dijo que la había encontrado junto al cadáver de Hannah y Peter aseguró no saber nada al respecto. Se puso furioso y lo amenazó. Cameron, asustado por si le pasaba algo a su esposa, decidió pasar esa información por alto y seguir la investigación por otras vías. Pero entonces Gloria, su mujer, dio el soplo a la prensa y obligó a Banks a retirarse de las elecciones. Cameron se citó con el político y sostuvo que no tenía nada que ver con el chivatazo, y, como en la prensa no se mencionaba la pluma estilográfica, le propuso un trato: el silencio a cambio de sus vidas.

—¿Me está diciendo que Peter Banks es el asesino de Hannah Larson?

A Alison le gustaría decir que sí, pero las palabras de Cameron Garrett vuelven a su cabeza: «No dé nada por sentado. Debe mantener el control, no dejarse llevar por sus impulsos y ponerlo todo en duda».

—Solo le digo que la pluma es de los Banks. Patricia se la regaló a Peter en 1993.

—¿Y qué pinta el hijastro en toda esta historia? —se interesa.

—Fue Patricia quien me habló de Benjamin. Curiosamente, su hijo la acompañaba a misa todas las semanas. ¿Se imagina a qué iglesia iban?

El sargento no esconde su asombro.

—¿A la iglesia de la Hermandad Cristiana?

—Exacto —dice Alison—. Benjamin era uno de los jóvenes que se acogió a las confesiones escritas del reverendo Weaver. Era el chico por el que Hannah acudía tanto a la iglesia.

—¿Tenía un diario igual que ella?

—Sí. En él cuenta que no era feliz, que Peter Banks lo maltrataba y que se había citado con sus amigos la noche del 12 de octubre de 1993 en el faro rojo.

James Russell mira a Alison con los ojos como platos. Luego rumia unos segundos y cae en la cuenta:

—Entonces ¿fue Benjamin quién dejó embarazada a Hannah Larson?

—No —niega Alison—. Fue su amigo Sam: Hannah iba a la iglesia por Benjamin, pero solo para poder seguirle la pista a Sam. Según el diario de Benjamin, una tal Elena también estuvo con ellos en el faro aquella noche. —Oye cómo Russell resopla ante tanta información—. Pero aún no he dado con ellos. Sus apellidos no aparecen en el diario y él tampoco me lo ha dicho. Ahora no sé cómo hacerlo.

—Sus padres lo sabrán —interviene Paul, que ha permanecido callado todo el rato—. A lo mejor Patricia o Peter Banks recuerdan los apellidos de los amigos de su hijo. La gente se acuerda de esas cosas.

Russell coincide con Paul y asiente repetidamente.

—Vale —dice Alison—. Iré al Tisch y hablaré con ellos. Si me dicen los apellidos y los localizo, puede que me cuenten la parte de la historia que me falta por saber.

—No tan rápido, Hess —ordena Russell—. Aún no hemos llegado al punto que me interesa. —Su mirada va de uno al otro—. ¿Qué ha pasado para que Shaw haya acabado debajo de un coche?

Alison esconde las manos debajo de la mesa. Por un momento había pensado que se iría del despacho del sargento sin tener que dar explicaciones.

—A ver… —empieza.

—Ha sido culpa mía, sargento.

Alison se vuelve estupefacta hacia Paul.

—¿Cómo que ha sido culpa suya, Price? —pregunta Russell.

—Estábamos persiguiéndolo por la Octava Avenida y, al ver que nos sacaba demasiada ventaja, he pedido que alguien lo detuviera. Un hombre le ha dado un empujón como respuesta y Shaw ha caído en medio de la avenida. No ha tenido tiempo para apartarse, ni tampoco el coche que se precipitaba hacia él. Ha sido todo muy rápido.

Alison no puede estar más sorprendida. No lo entiende. Pensaba que Paul iba a dejarla en evidencia después de lo que ha pasado, aprovecharse de su fatídico error y que Russell la relevara por él. Paul lleva enfadado con ella desde que el sargento les comunicó la decisión del comisionado sobre el ascenso a detective. Creía que había perdido a un amigo. Pero esto… Esto no lo ha visto venir.

—El hombre que ha empujado a Shaw dice que ha sido una mujer quien ha gritado —objeta Russell, escéptico.

—La detective Hess solo ha dicho «detente». He sido yo quien ha pedido ayuda a los transeúntes. Como le digo, ha pasado todo muy rápido, sargento. Por supuesto, soy consciente de la gravedad de la situación y de que he obrado mal involucrando a un tercero en esto. Asumo toda la responsabilidad —añade.

Russell lo mira con el ceño fruncido. Como bien dice el oficial, la situación es muy grave. La implicación de un transeúnte en el atropello de una persona, sea culpable o no, es una acción imperdonable. No tiene más remedio que decir:

—Estudiaremos su caso, agente Price, pero le adelanto que no tiene buena pinta. Por ahora, entrégueme el arma y su placa. Queda suspendido de empleo y sueldo.

62
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 13.05 h

—¿Por qué lo has hecho?

En el pasillo de la quinta planta del One Police Plaza, Alison mira a Paul con el corazón encogido. Sabe que la suspensión de empleo y sueldo habría sido para ella si él no hubiera mentido al sargento Russell.

—¿Quieres que te confiese algo, Alison? —dice Paul—. Te subestimé. Cuando Russell nos dijo que el comisionado te había elegido a ti para el ascenso, me enfurecí porque yo también lo quería. Lo deseo desde que entré en la academia de policía. Mi sueño siempre ha sido ser detective en el Grupo de Homicidios e investigar los casos más complicados del Departamento. Pero también pensé que tú no eras capaz de ponerte al frente de algo así. —Se le rompe la voz y carraspea—. Éramos amigos, y uno siempre quiere lo mejor para un amigo. Pero esto se había convertido en una especie de competición y de pronto te vi diferente. Una parte de mí empezó a pensar que yo era mejor que tú, que tú no estabas preparada. Pensé que no ibas a dar la talla. Pero cuando te he escuchado ahí dentro —señala el despacho de Russell—, cuando has expuesto todos tus avances, me he dado cuenta de que he estado equivocado todo este tiempo.

—Paul… —exhala ella.

—Me siento como una mierda por haber pensado tan mal de ti, Alison. Supongo que la situación me superó. Evidentemente, he sido yo quien no ha dado la talla y me he comportado como un capullo contigo. Lo siento mucho.

Alison niega con la cabeza.

—Te entiendo, créeme. Yo fui la primera en dudar de mí misma. No deberías haber cargado con la culpa de lo que ha pasado.

—No podía dejar que Russell te apartara de la investigación con todo lo que has conseguido. Sería muy injusto que otro cogiera el caso ahora y se llevara todo el mérito. Y está claro que no me lo daría a mí. Debes ser tú quien resuelva esto, Alison. Tú y nadie más.

Presa de una emoción que no esperaba, Alison abraza a Paul y él la corresponde de inmediato. Un abrazo que, aunque no han sido conscientes hasta ahora, ambos anhelaban con todas sus fuerzas.

El Hospital Tisch se encuentra en el 550 de la Primera Avenida y tiene vistas al East River y a Brooklyn. Alison ve los coches de policía aparcados delante de la puerta principal y se acerca con paso ligero. Uno de los oficiales que han participado en la persecución de Benjamin la mira con hosquedad.

—Hola, ¿sabes en qué habitación están los Banks? —le pregunta obviando su mirada de inquina.

El policía hace como si no se acordara. Mira a un lado, a otro. Alison espera pacientemente.

—Creo que están en la habitación 618 —dice al fin.

—¿Dónde han llevado a Benjamin Shaw?

Esta vez el oficial no duda.

—Está ahí dentro. En la 513. Según nos han dicho, se encuentra estable. Pero no nos dejarán hablar con él hasta que pasen no sé cuántas horas de observación.

—¿Lo han llevado al mismo hospital que a sus padres? —se sorprende Alison.

El policía se encoge de hombros.

—Si no quería que lo trajesen aquí, debería haberlo dicho.

Alison se ruboriza. El oficial tiene razón, tendría que haberlo expresado. Da las gracias, se despide y entra en el edificio. Le pregunta a una mujer con una bata blanca abierta y recibe las indicaciones para llegar a la habitación 618. Se dirige al ascensor y sube a la sexta planta. Gira a la derecha y luego a la izquierda.

Cruza un par de puertas de pasillo y encuentra la habitación de los Banks con la puerta entornada. Cuando se dispone a entrar, una enfermera abre desde dentro.

—Hola, ¿es usted familiar? —pregunta según la ve.

—No. Soy policía. Vengo a hablar con ellos, si es posible.

La enfermera hace una mueca.

—Me temo que es pronto para que hablen con la policía. Hace solo dos horas que han ingresado y se encuentran algo aturdidos. La señora Banks aún no ha dicho una palabra y el señor Banks no hace más que quejarse por la pierna. Le hemos administrado un gotero de paracetamol, pero no le hace mucho efecto. Está a la espera de entrar en quirófano.

—Necesito hablar con ellos. Es importante.

—No creo que…

—Es por un caso de asesinato —aclara Alison—. Además, he sido yo quien ha pedido la ambulancia. Me conocen.

—Ah —titubea la enfermera—. Bueno, está bien. Pero le agradecería que no les dijese nada que pudiera alterarlos.

—Descuide —dice Alison mientras recuerda el accidente que casi acaba con la vida de Benjamin.

La enfermera asiente y se pierde por el pasillo. Alison empuja suavemente la puerta de la habitación 618. Peter y Patricia Banks están acostados en camas articuladas. Ambos se giran hacia ella y Alison se da cuenta del brillo en los ojos de Patricia. Tiene la mirada triste.

—¿Cómo están?

—¿Usted qué cree? —le reprocha Peter.

—Siento mucho lo que les ha ocurrido.

—Me pregunto cómo lo ha sabido.

—¿A qué se refiere?

El bigote de Peter se mueve de un lado a otro.

—Ha entrado en nuestra casa justo cuando Benjamin se ha ido. No habrá transcurrido ni un minuto. ¿Cómo es posible?

Antes de responder, Alison piensa en qué puede decir y qué no.

—Pasaba por allí y he visto que Benjamin salía de forma sospechosa. Incluso se ha dejado la puerta abierta por las prisas. He

considerado parar y comprobar que todo iba bien y así lo he hecho.

—No sé si creerle, detective, pero gracias.

A Alison le gustaría preguntarles si saben por qué Benjamin los ha agredido, pero piensa que ya habrá otro momento para ello. Patricia ha dejado de prestarle atención y mira por el gran ventanal, con vistas preciosas de Manhattan.

—¿Se encuentra bien, Patricia?

La mujer gira la cabeza y asiente de forma casi imperceptible. Está muy afectada.

—Me alegro. —Alison esboza una sonrisa de medio lado—. Verán, necesito que me ayuden en una cosa.

—Oh, vamos, ¿en serio? —dice Peter—. ¿No nos va a dejar ni en nuestro último suspiro?

—Les prometo que…

—Que acabaremos enseguida. —Peter termina la frase por ella—. Ya me sé esa historia, ¿sabe? Y usted siempre se sale con la suya.

—No perdamos el tiempo entonces —los apremia Alison—. Necesito que hagan memoria sobre los amigos de Benjamin. ¿Recuerdan los apellidos de Sam y Elena?

Patricia vuelve a mirar por la ventana. No le interesa lo que vaya a decirle la policía. La tristeza se apodera de ella, no puede evitarlo, y rompe a llorar. Al reparar en ello, Peter le lanza una mirada enfurecida a Alison.

—Váyase de aquí —dice—. Déjenos en paz, joder. Demasiado tenemos ya como para que usted meta las narices en nuestras vidas. Ya es suficiente.

—Señor Banks, yo…

—¡He dicho que ya es suficiente!

Patricia llora tapándose el rostro con las manos. Alison piensa que son lágrimas de arrepentimiento por haber dejado que Peter pegara a su hijo hace veintitrés años. Y no es sino ahora cuando aquel chico de dieciocho años convertido en adulto ha exteriorizado toda la rabia acumulada y la ha volcado contra ellos. Alison supone que ninguno de los dos esperaba que el chico se rebelara después de tanto tiempo, pero la verdad es que algunas heridas nunca cicatrizan.

—¿Por qué nos ha hecho esto? —murmura Patricia.

Sus palabras desconciertan a Alison. De pronto sopesa la posibilidad de que la mujer no sepa lo que pasaba en su casa cuando ella se ausentaba. Tal vez no le pidiera a Peter que castigara a Benjamin. Puede que el chico fuera un buen hijo, al fin y al cabo, y que Peter quisiera quitárselo de encima para vivir a solas con su nueva esposa. Querría que Benjamin se independizara y lo maltrataba diciéndole que eran órdenes de su madre. Tarde o temprano, lo consiguió: Benjamin se mudó a Trenton para buscarse la vida y no saber nada de su madre ni de Peter.

—¿Es que no me oye? —grita Peter Banks—. ¡Le digo que se vaya!

Alison vuelve en sí y ve cómo la misma enfermera de antes, la que le ha dicho que era mejor no molestarlos, entra en la habitación.

—¿Qué sucede? —pregunta.

—Nada —dice Alison—. No pasa nada.

—¡Llévesela de aquí, por Dios!

Patricia sigue llorando en silencio. La enfermera lanza una mirada recriminatoria a Alison y le hace un gesto con la cabeza para que salga al pasillo. Pero ella no cede. Se aproxima a los pies de la cama de Patricia y se aferra a la barra de plástico protectora.

—Patricia, yo sé por qué Benjamin les ha hecho esto.

Ella levanta la cabeza y cesa el llanto.

—No me haga llamar a seguridad —dice la enfermera—. Salga de aquí, por favor.

—¡Deje a mi mujer en paz!

—Patricia —sigue Alison—, ¿sabe si alguien de la familia de Sam o Elena trabajaba para Sony?

Ella se esfuerza por recordar.

—Sí —dice al fin—. Creo que el padre de Sam.

—¡Perfecto! Dígame su apellido. Tiene que acordarse. Es importante.

—Se acabó —dice la enfermera. Sale al pasillo y vocifera—: Necesito ayuda en la 618. Hay una mujer que…

—Si me dice su apellido, le daré un cuaderno donde encontrará toda la verdad.

Patricia la mira confusa.

—¿Un cuaderno?

—El diario de confesión de Benjamin. Lo escribió en la iglesia.

Un hombre de grandes dimensiones vestido de negro entra en la habitación.

—¡Por fin! —exclama Peter, rojo de ira.

—¡Vamos, Patricia!

El guardia se acerca a Alison y la coge por la espalda. La arrastra hasta la salida. Alison patalea entre sus brazos sin ningún resultado. Intenta resistirse a su amarre, pero le es imposible.

—¡Suélteme!

Y, justo cuando está a punto de cruzar el umbral de la puerta, Patricia pronuncia lo que Alison le pedía:

—Se llama Sam Gordon.

—¡No le digas nada! —se interpone Peter.

La puerta se cierra. La enfermera se ha quedado dentro y el guardia de seguridad suelta a Alison en el pasillo.

—Por delante de mí —le ordena—. Vamos fuera. No me des más problemas.

Molesta, Alison le enseña la placa y la cara del guardia cambia por completo.

—Yo no volveré a entrar. Pero tú vete por donde has venido. No necesito a nadie que me acompañe a la salida. Sé ir por mi propio pie.

El hombre asiente y la deja ir. Alison se dirige a los ascensores. De camino, hace una llamada.

—Karen, he conseguido el nombre del propietario de la cámara que tenía Patrick. Es el mismo que dejó embarazada a Hannah, el que la fotografió y, probablemente, su asesino.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Puedes obtener una lista histórica de los trabajadores de Sony que sean procedentes de Nueva York con el apellido Gordon?

—Buf —suelta la informática—. No sé si existirá un listado de ese tipo. Haré lo que pueda.

—Gracias, Karen.

Alison sale del Hospital Tisch con el cuerpo en tensión. El sol ilumina la Primera Avenida con intensidad. La detective toma dificultosamente una bocanada de aire y la suelta despacio. El oficial

con el que ha hablado antes de entrar en el hospital la mira apoyado en el coche marcado. Parece muy relajado. A Alison no le hace falta observarlo más de dos segundos para envidiarlo. La envidia se convierte en rabia y la empuja a ir a su encuentro.

—Ve a la 618. Ya nos hemos equivocado trayendo a Benjamin Shaw a este hospital. No nos equivoquemos otra vez dejando sin protección a los Banks. Si Shaw se entera de que están ahí dentro, puede que los busque para acabar la faena.

—Ya hay uno de los nuestros en la puerta de la habitación de Shaw —protesta el policía—. Y tenemos guardias de seguridad en el hospital.

—Pero la habitación de los Banks está desprotegida, y los de seguridad no saben lo peligroso que puede llegar a ser Shaw. Aunque lo hayan atropellado, no sabemos de qué es capaz. Si consigue sortear al policía de su habitación y se presenta en la 618 diciendo que es el hijo de Peter y Patricia, lo dejarán pasar.

El oficial pone mala cara.

—Está bien. Yo subiré.

Cuando emprende su camino, Alison le pide una última cosa:

—Quiero enterarme cuando podamos hablar con Shaw.

El oficial asiente y se pierde por las puertas del hospital.

Alison toma otra bocanada de aire. Poco a poco se siente mejor. Camina dando vueltas por la entrada del Tisch hasta que su móvil suena.

—¿Lo has conseguido? —pregunta al descolgar.

—No —se lamenta Karen—. No existe un listado así, al menos de dominio público. He llamado a la empresa, pero es domingo; nadie ha cogido el teléfono.

Alison baja los hombros.

—Entiendo. Veré qué puedo hacer. Gracias.

Tras colgar la llamada, mira a ambos lados, indecisa. Encontrar al Sam Gordon del diario de Hannah es crucial, y no quiere esperar a mañana para hablar con el personal de Sony. Puede que algún trabajador recuerde al padre de Sam, alguien que lleve años en la empresa. De pronto tiene una idea. Sube al coche y se dirige a casa.

63
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 14.30 h

Enciende el flexo de la habitación de invitados, exenta de luz solar, y el ordenador. Rastrea el nombre de Sam Gordon en Twitter, Facebook e Instagram, pero no encuentra nada concreto. Luego entra en su perfil falso de LinkedIn y busca a trabajadores de Sony Electronics. Solo aparecen dos usuarios: Donald Sandoval y Will Baxter.

—Hay que probar suerte —murmura para sí.

Entra en el primer perfil y abre la ventana de chat. Se toma su tiempo para escoger las palabras adecuadas y, tras un suspiro, se pone a escribir:

SUSAN PARKS: Buenas tardes, señor Sandoval. Perdone que le moleste un domingo. Estoy buscando al hijo de un compañero suyo. Coincidí con él en el autobús ayer. Cuando bajó en su parada, se dejó la mochila entre los asientos y yo no me di cuenta hasta que fui a coger la mía, unas paradas después. Se llama Sam Gordon. Me contó que su padre trabaja o trabajaba (no recuerdo exactamente) para Sony. Me ha parecido buena idea hablar con usted por si lo conoce y me puede dar una dirección o un número de teléfono para devolverle la mochila.

Lee varias veces el mensaje y le da a enviar. Seguidamente, copia el texto y entra en el perfil de Will Baxter. Lo pega, cambia el apellido del destinatario y lo envía.

«Ahora solo hay que esperar», piensa.

Pero no recibe respuesta en los siguientes treinta minutos que permanece pegada a la pantalla. Decepcionada, se levanta y va a la cocina. Llena un vaso de agua del grifo y se lo bebe de un trago. Luego se prepara una ensalada y una Coca-Cola sin cafeína y vuelve a la habitación de invitados. Cuando ve que hay una notificación en uno de los chats, la invaden los nervios.

WILL BAXTER: Lo siento, no conozco a la persona que busca.

Alison da un pequeño puñetazo a la mesa. Coge el bol de ensalada y empieza a comer con la espalda apoyada en el respaldo de la silla. Es tras el primer sorbo de Coca-Cola cuando aparece otra notificación en la pantalla.

DONALD SANDOVAL: Hola. Sí, conozco a Sam. Trabajé con Jerry, su padre, durante quince años. Nos hicimos muy amigos. Trajo al niño a la sede una vez. Me acuerdo de él.

Alison no puede esconder una sonrisa al leer el mensaje.

SUSAN PARKS: ¡Genial! Supongo que Sam fue un niño con suerte. Ir a la sede de Sony… También me dijo que tenía una cámara que no llegó a comercializarse. No todos los niños pueden decir eso.

El hombre tarda en contestar y Alison duda de si ha sido buena idea desviar la conversación hacia la cámara. Debería haberle pedido el contacto y no irse con rodeos. Pero, una vez que ha conseguido hablar con alguien que conoce a Sam Gordon, se ha visto tentada a sacar el tema.

Diez minutos después, llega una respuesta:

DONALD SANDOVAL: Sí. Le dimos una Sony Mavica, un prototipo defectuoso, justo el día que vino a la sede. De hecho, fue idea mía. Íbamos a deshacernos de ella y Sam me pareció un buen chico, así que decidí hacerle un regalo.

Alison recuerda la mancha negra que aparece en la fotografía de Hannah. Es él. Le diría a Sandoval que quizá está equivocado, que ella en realidad no se llama Susan Parks y que es detective del Grupo de Homicidios. Que nunca se ha cruzado con Sam Gordon en el autobús ni él ha perdido una mochila. Más bien lo busca porque es sospechoso de asesinato, porque tal vez no era un buen chico como él piensa. Pero en vez de eso, ahora sí, va al grano:

SUSAN PARKS: ¿Dónde puedo encontrarlo?
DONALD SANDOVAL: Jerry me contó que su hijo se había comprado un piso al lado de su librería, en la calle Diez.

Alison enarca las cejas. La calle Diez es donde vive Olivia Miller, la casera de Patrick Howard. Recuerda cuando el martes salió de su edificio y vio una librería al otro lado de la calle. Recuerda también hablar con el librero y pedirle consejo para hacerle un regalo a su padre. Sam Gordon le recomendó un libro: *Asesinato en el Orient Express*, de Agatha Christie.

64
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 15.15 h

La librería de Sam Gordon está cerrada. Los libros de Patrick Howard aún reposan en el expositor del escaparate y a Alison le entran escalofríos al verlos. Piensa en Sam Gordon como el asesino de Hannah Larson y, consecuentemente, de Dennis Peterson y Patrick Howard. Esta última muerte no fue perpetrada con sus manos, pero, de algún modo, movió los hilos de un títere que actuó a su merced. Está segura de que Sam Gordon es Él, el desconocido que se acostó con Hannah y que la fotografió para que no lo contara.

Ha pedido refuerzos y un coche de policía ha acudido a la calle Diez enseguida. Dos oficiales la escoltan en el momento en que llama al timbre y entra en el edificio donde reside Sam Gordon. Ella sube por el ascensor y los oficiales lo hacen por las escaleras para que Gordon no pueda escapar. En el tercer piso, el librero los observa desde el recibidor.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Alison no da explicaciones.

—Sam Gordon, queda usted detenido. Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitírselo, se le asignará uno de oficio.

La sala de interrogatorios aguarda silenciosa. Hay ojos que miran por detrás del cristal y el piloto de la cámara está encendido. Alison

bebe un sorbo de agua de su vaso y revisa su reloj de pulsera. Sam Gordon niega con la cabeza una y otra vez. Alison no sabe quién de los dos está más nervioso, pero ella finge calma. Ahora mismo no puede mostrar sus debilidades.

La puerta se abre y Derek Jackson, abogado de Sam Gordon, entra en la pequeña sala. Viste de traje y corbata granate a rayas y lleva un maletín negro consigo. Es joven, aunque mayor que Alison, y su actitud altiva la intimida en cierta manera.

—No digas nada, Sam —ordena antes de sentarse a su lado—. ¿Por qué han detenido a mi cliente? ¿De qué se le acusa?

—Tenemos indicios para pensar que el señor Gordon está relacionado con tres casos de asesinato.

—¿Perdone? —se sorprende Sam.

—Te he dicho que no abras la boca —le reprocha el abogado en un susurro. Luego se dirige a Alison—: ¿Qué clase de indicios?

Alison dispone sobre la mesa el informe del caso Larson junto con las pruebas que ha ido recopilando a lo largo de la semana: la pluma estilográfica Montblanc, la cámara Sony Mavica, la fotografía de Hannah —que deposita boca abajo—, el cuchillo con el que asesinaron a Dennis Peterson y los diarios de confesión.

—Aquí hay pruebas suficientes para sospechar de su cliente.

—Eso no responde a mi pregunta, detective.

Alison coge la cámara y se la acerca a Sam Gordon.

—¿La reconoce?

—Una cámara no demuestra nada —protesta el abogado.

—Sí —dice Sam—. Es una Sony Mavica del 81. Es un prototipo.

—¿Es suya?

—No contestes.

Sam la observa desde la distancia. La parte abollada de la cámara le da una respuesta.

—Creo que sí.

—Insisto, detective. Que esa cámara sea de mi cliente no lo incrimina en un caso de asesinato. Y mucho menos en tres.

Alison no le hace caso y sigue hablando con el librero, que se rasca la perilla, incómodo.

—Si es un prototipo, ¿cómo es que estaba en su posesión?

—Mi padre trabajaba para Sony. Un día, cuando tenía seis años, me llevó a la sede y me fui de allí con la cámara entre las manos. Era un modelo defectuoso e iban a tirarla a la basura. La conservé durante mucho tiempo. Para mí era un objeto muy especial.

—¿Qué tipo de defecto tenía?

Sam vuelve a rascarse la perilla.

—Las fotos salían con una mancha negra en una esquina.

Alison ve el momento de dar el siguiente paso. Coge la foto en la que aparece Hannah desnuda y le da la vuelta. Hay una mancha negra en la esquina superior derecha. Ahora no dice nada. Solo arrastra la fotografía por la mesa hasta dejarla delante de Sam Gordon y su abogado.

—¿Qué demonios es esto? —se indigna Jackson.

Sam cierra los ojos al verla.

—¿Una mancha como esa, Sam? —pregunta Alison.

—No digas ni una palabra.

—Sí.

El abogado lo mira enfadado. Por un momento no sabe qué está haciendo ahí.

—¿Podemos parar un minuto el interrogatorio? —pide—. Necesito hablar con mi cliente en privado.

Alison vacila. No quiere que el abogado entorpezca la investigación, pero no tiene más remedio que ceder.

—Claro. —Dirige su mirada hacia al espejo unidireccional y asiente una sola vez de forma seca. La puerta se abre y tanto Sam Gordon como Derek Jackson se levantan para seguir al policía del pasillo—. Los estaré esperando aquí.

Cuando abandonan la sala, Alison no puede evitar recordar las palabras de su madre ocho años después de que le explicara que había tenido que defender a un asesino: «Es parte de mi trabajo, cariño».

Quince minutos más tarde, vuelven a la sala y el policía de fuera cierra la puerta tras ellos.

—Sigamos —dice Jackson.

—Nos habíamos quedado con la fotografía —recapitula Alison—. ¿Sabe quién es la chica que aparece en ella, Sam?

—No.

«Ahí está», piensa Alison. Si no fuera por el abogado, Sam habría dicho la verdad. Esto va a ser más complicado de lo que ella esperaba.

—Yo se lo recuerdo —dice—. Es Hannah Larson. Se conocieron en el parque Riverside hace veintitrés años. Usted paseaba a su perro Coco y ella se cayó de la bici. La ayudó a levantarse. Luego la acompañó a casa.

En fracciones de segundo, los párpados de Sam se abren unos milímetros y vuelven al sitio. Los músculos de su rostro se contraen ligeramente, al igual que los dedos de sus manos, que se han movido sobre la mesa. Todo eso ha sido casi imperceptible, pero Alison estaba atenta. Las reacciones fisiológicas del cuerpo son difíciles de esconder si no estás muy acostumbrado a ello. Sam se ha sorprendido por la exactitud de los hechos que ella ha mencionado y se pregunta cómo puede saberlo. Él desconoce que Hannah lo escribió todo en un diario.

—Lo siento, pero no sé de qué me habla.

Derek Jackson sonríe. Por fin se muestra satisfecho ante las respuestas de su cliente.

—Como ve, detective, este interrogatorio es innecesario. El señor Gordon no tiene nada que ver con todo esto.

Alison se acoda sobre la mesa y se inclina hacia el acusado.

—Sam, lo sé todo. Sé que se acostó con Hannah en el 93 y que la fotografió después del acto sexual para que no lo contara. —Otra vez esa reacción casi invisible—. Tengo que decirle algo. —Hace una pausa—. Hannah estaba embarazada.

—¿Qué?

La expresión de Jackson pasa del orgullo a la preocupación.

—Así es, Sam. Hannah murió con un hijo suyo en el vientre. Iba a ser padre.

Sam Gordon no puede cerrar la boca del asombro. Su mirada va de un lado a otro de la mesa. Titubea, pero no consigue articular palabra.

—Mi cliente ha afirmado no conocer a esa chica —dice Jackson—. No voy a consentir que le mienta y que perturbe su estabilidad emocional.

—Derek, basta.

El abogado mira a Sam confundido. Alison, en cambio, se agarra a la mesa para inclinarse aún más hacia él. Lo tiene. Está a punto de confesar.

—Sam, necesito que me diga la verdad. Después de todo, Hannah se lo merece.

A él aún le cuesta asimilar lo que ha dicho Alison. Un pequeño brillo se cuela en sus ojos.

—Estaba embarazada —se repite a sí mismo en un susurro, con la mirada perdida.

Alison y Derek Jackson cruzan una mirada. Se acabó. Ahora es ella quien sonríe.

—Cuéntemelo todo, Sam.

—Yo… —empieza—. Yo no lo sabía.

—Sam, no te precipites —lo detiene Jackson—. No digas nada de lo que te puedas arrepentir más tarde. Preparemos esto bien.

—No, pero yo no la maté.

—Dejémoslo por hoy —insiste el abogado.

—Estoy diciendo la verdad, Derek —se defiende Sam.

—Aunque así sea, la policía se va a agarrar a cualquier cosa para incriminarte, ¿es que no lo ves? La detective Hess está deseando que hables.

—Por eso le he traído aquí, señor Jackson —dice Alison—. No tengo nada que ocultar. —Toma la pluma estilográfica y se la acerca a Sam—. ¿Le suena esta pluma?

—No.

—Lea la firma del capuchón.

Sam accede:

—Agatha Christie.

—¿Le gusta la autora?

—Sí, pero ¿qué tiene que ver esto con Hannah?

Alison deja que transcurran los segundos. Ahora el viento sopla a su favor y va a aprovecharse de ello.

—La mataron con esta pluma. Es el arma del crimen.

Sam traga saliva.

—¿No lo recuerda?

—No se pase —le advierte Jackson—. No acuse a mi cliente de manera gratuita.

—Esa pluma no es mía —dice Sam.

—Lo sé —admite Alison—. Pero necesito que me aclare una cosa. ¿Robó usted la pluma o fue su amigo Benjamin quien se la dio?

—¿Benjamin? —se extraña.

—Sí, Benjamin Shaw.

—Le juro que no sé de qué me habla.

Alison sigue su ritual para mantener la calma.

—¿Recuerda que fui a su librería?

Sam se confunde aún más con el cambio de tema. Su cerebro va a mil por hora.

—Sí.

—Le pedí consejo para regalarle un libro a mi padre y me recomendó los de Patrick Howard.

Sam carraspea.

—Así es.

—Pero le dije que no era lo que buscaba y me dio una novela de Agatha Christie. ¿Por qué?

—Es la más vendida del mundo después de Shakespeare. ¡Es una apuesta segura! —añade en tono de súplica.

—No sé, Sam. Me parece curioso que me recomendara justo a esos dos autores. Nada más.

—Solo hago mi trabajo lo mejor que sé.

—¿Habló con el señor Howard?

Sam baja la mirada. Siente que las paredes de la sala de interrogatorios se van cerrando, se aproximan las unas a las otras, y la habitación se hace más y más pequeña.

—Sí, vino a la librería.

65
Patrick Howard
Una semana antes del suicidio

—Irina, solo te llamo para decirte que ya sé quién mató a Hannah.

—¿Qué?

Patrick hablaba por teléfono desde dentro de su Audi A4, aparcado enfrente de la librería de Sam Gordon, la persona a la que Hannah Larson apodó Él en su diario de confesión. Desde allí podía divisar los movimientos del librero. En esos momentos estaba atendiendo a los últimos clientes de la tarde. El sol se escondía por el horizonte y los vehículos empezaban a transitar con las luces encendidas. Había caído una fina llovizna antes de que Patrick llegara a la calle Diez. No había sido muy duradera, solo una nube densa que pasaba por Manhattan, pero el suelo aún estaba húmedo.

—Lo he descubierto, Irina.

—¿Quién es? —preguntó casi sin dejarlo hablar.

Patrick sonrió y bajó la mirada. La reacción de su editora decía mucho más de lo que parecía. Después de todo, se sentía aliviado.

—Lo sabrás cuando leas el libro.

—No lo dirás en serio, ¿no?

—Y tanto. Los spoilers están muy mal vistos.

—Patrick, por favor. Sabes que esto es mucho más que un spoiler.

—Por eso mismo. Es el reportaje más importante de mi carrera. Has podido esperar veintitrés años. Podrás esperar unos días más.

—Eres un cretino.

La expresión de Patrick cambió. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y dijo:

—Lo siento, Irina. Perdóname.

Ella necesitó unos segundos para asimilar lo que Patrick le estaba diciendo.

—No tengo nada que perdonarte. Lo del pub de Brooklyn está olvidado.

—No es solo eso.

Irina tragó saliva. Sabía perfectamente a qué se refería.

—De verdad, Patrick, déjalo. No tenías por qué habérmelo contado. Tú eres libre de hacer lo que quieras y con quien quieras.

—No me siento orgulloso de lo que hice. Me arrepiento mucho, y necesitaba decírtelo aunque yo esté soltero y tú estés casada con Francis.

Irina respiró hondo.

—¿Recuerdas que un día te quería decir algo de tu libro, pero me callé?

Patrick hizo memoria.

—Sí, me acuerdo. Aún no he podido dormir desde aquello. Todas las noches me paso horas imaginando qué ibas a decirme.

—Mira que eres mentiroso.

—¡No estoy mintiendo!

Una risa se coló por el auricular.

—¿Quieres que te lo cuente?

—Estoy deseándolo.

—Ahora te lo voy a contar y te va a decepcionar. Seguro que te esperas algo que…

—Irina, ¿quieres decirlo ya? —la apremió Patrick.

—Ese día te iba a decir que, con tu nuevo libro, te siento más cerca que nunca.

El corazón de Patrick se aceleró. No contestó de inmediato. Se repitió esas palabras en la cabeza una y otra vez antes de que su voz saliera temblorosa por su boca.

—Necesito que nos veamos, Irina.

—Sabes que no es posible.

—Nadie nos lo impide.

Ella mostró dudas. Lo deseaba. Deseaba encontrarse con Patrick, decirle abiertamente lo que sentía por él. Pero le surgía una presión en el pecho cuando pensaba ese tipo de cosas. El rostro de Francis

le venía a la cabeza de repente y sentía una tristeza profunda y desoladora.

A la espera de una respuesta, Patrick oyó un ruido al otro lado de la línea seguido de un «cariño, ya estoy en casa». Irina colgó la llamada.

Patrick se quedó mirando la pantalla del móvil. Temió que Francis Cooper descubriera a su esposa hablando con otro hombre por teléfono e Irina tuviera problemas. Pero también quería que ese momento llegara para que todo fuera más fácil para ambos.

No quiso darle demasiadas vueltas. Se guardó el móvil, salió del coche y se encaminó hacia la librería. Los clientes ya habían abandonado la tienda y Sam Gordon lo recibió a solas.

—¡Señor Howard! —se sorprendió al verlo—. Qué grata sorpresa. —Salió de detrás del mostrador y le estrechó la mano efusivamente —. ¿Qué le trae por mi humilde librería? ¿Busca un libro con el que inspirarse?

El comentario no le hizo gracia a Patrick, pero no lo hizo notar.

—¿Es usted Sam Gordon?

—Eh…, sí. ¿Qué sucede?

—Nada. En realidad, vengo a hablar con usted.

Sam se rascó la perilla, nervioso.

—¿Conmigo? —preguntó—. ¿En qué puedo ayudarle?

Patrick eligió cada frase con cautela. Sabía qué tipo de información quería sacarle y no iba a poner en peligro el reportaje con una pregunta fuera de lugar. Lo que Sam Gordon debía saber ya lo descubriría en el momento oportuno.

—Verá, estoy buscando a una persona. Hace unos meses hablé con Benjamin Shaw —mintió. Él había hablado con Benjamin, pero solo hacía unos días de su encuentro—. ¿Se acuerda de él? Me dijo que fueron amigos en los años noventa.

—Sí, claro que me acuerdo. Pero no lo veo desde hace mucho tiempo. Nos perdimos la pista cuando empecé la universidad. No sé qué es de él hoy en día.

—Si le soy sincero, yo tampoco lo sé. Vino a una firma de libros y nos tomamos un café después. Un tipo interesante. Entre una cosa y

otra, me habló de sus viejas amistades. Me dijo que estaban muy unidos.

—Sí que lo estuvimos —afirmó Sam con aire nostálgico.

—La cuestión es que me mencionó que usted tenía una librería en la calle Diez de Manhattan y también me habló de su amiga Elena, pero no me dijo dónde podía encontrarla. Es a ella a quien busco.

—¿Por qué motivo? —se interesó el librero.

—Me puede ayudar con la documentación de mi próximo libro. Tengo muy poco escrito, ¿sabe? —volvió a mentir—. Pero, por lo que me contó su viejo amigo Benjamin, Elena puede ser clave para cierta parte del reportaje.

—Vaya, qué suerte tienen algunas —comentó Sam.

—¿Me puede decir dónde localizarla? Me sería de gran ayuda.

Sam se rascó la perilla de nuevo. De pronto tuvo una idea y sonrió de forma pícara.

—Por supuesto. A cambio de una firma en mi librería. ¿Qué le parece?

Patrick también sonrió. Le tendió la mano.

—Trato hecho, señor Gordon.

66
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 16.40 h

Alison mira a Sam Gordon con el ceño fruncido. Benjamin Shaw le dijo que Patrick no se había puesto en contacto con él. Se pregunta qué hay de verdad en el relato del hombre que tiene delante, cuyo único objetivo ahora mismo es zafarse de la justicia con ayuda de su abogado.

—¿El señor Howard no mencionó a Hannah Larson en ningún momento?

—En absoluto.

—¿Tampoco le habló de la Sony Mavica?

—No. Si le digo la verdad, ni yo mismo me acordaba de esa cámara. La perdí hace mucho tiempo.

—No la perdió —le recuerda—. Hannah se la llevó.

Sam Gordon sigue sorprendiéndose por la información que posee la detective. «¿Cómo demonios lo sabe?», piensa. Al otro lado de la mesa de la sala de interrogatorios, Alison repara en su inquietud y decide no confesarle su fuente. Y Derek Jackson, el abogado de barbilla alta que sigue la conversación con aire de superioridad, tiene mucho que ver en su decisión. Los diarios de confesión de Hannah y Benjamin no son una prueba fiable. Alison aún no sabe con exactitud si fueron ellos quienes escribieron esos cuadernos o fue obra del reverendo Weaver u otra persona. Pero, a pesar de sus dudas sobre la autoría de los diarios, ve que Sam Gordon no ha negado nada desde que le ha dicho que Hannah estaba embarazada.

—Así fue —admite por fin.

—Sam, joder —murmura Jackson, decepcionado con su cliente.

—Entonces —dice Alison, que no quiere perder el hilo del interrogatorio—, el señor Howard fue a su librería para que le dijera dónde podía encontrar a Elena, su antigua amiga.

Sam baja la mirada. Parece triste al recordarla.

—Fuimos amigos durante mucho tiempo. Benjamin, Elena y yo éramos inseparables. Pasamos la adolescencia juntos y, bueno, nadie diría que fuimos unos críos ejemplares. Bebíamos a escondidas de nuestros padres. De vez en cuando, yo le robaba cigarrillos a mi padre y nos los fumábamos sentados frente al río. El verano era la mejor época del año. Elena tenía piscina en su casa. Su familia era gente adinerada y, cuando le dejaban la casa para ella sola, íbamos a bañarnos desnudos. Recuerdo el primer día que vi a Elena de esa forma. Tendríamos quince años. Ella se quitó la ropa sin ningún pudor. Supongo que lo hizo porque confiaba en que éramos amigos, sin más. Pero yo empecé a verla diferente desde ese instante. —Arruga la frente—. Perdone, me estoy desviando del tema.

—No. —Alison levanta una mano—. Continúe, por favor.

Sam asiente, pensativo.

—El caso es que, con los años, me enamoré de Elena. Y deseaba que llegara el día en que Benjamin no pudiera quedar con nosotros para estar a solas con ella. Hubo muchos días así, pero hasta nuestros dieciocho años, durante el verano de 1993, no le dije lo que sentía por ella.

Alison recuerda todo lo que leyó en el diario de Benjamin. Sabe que hubo un día en que Sam le pidió consejo a Benjamin acerca de eso. Hannah los escuchó a escondidas y pensó que Sam se refería a ella. Sin embargo, era de Elena de quien hablaba.

—Pero usted ya había conocido a Hannah el día que se declaró a Elena.

Sam se queda perplejo.

—Sí —afirma—. La había conocido, pero aún no había pasado nada entre nosotros. Yo le confesé a Elena mis sentimientos y, al ver que era recíproco, empezamos a salir juntos. Después Hannah lo complicó todo.

—¿También se enamoró de ella?

El librero piensa en ello.

—No sabría qué decirle, la verdad.

—Pero se vio con ella numerosas veces. Incluso se acostaron juntos.

—Sí. Aquello no estuvo bien. Nunca debí quedar con Hannah estando con Elena. Nuestra relación duró apenas unos meses, pero…

—Las cuestiones morales no me interesan, señor Gordon. Yo solo quiero escuchar la verdad.

—Bueno, pues la verdad es que fui un imbécil. Estuve tres años enamorado de Elena y, cuando conseguí estar con ella, le fui infiel con la primera chica que se interesó por mí.

—Explique con sus palabras por qué fotografió a Hannah.

—Para que no lo contara, por supuesto. Tenía un pavor descontrolado por si aquello llegaba a oídos de Elena. No quería que se enterara y necesitaba una baza para que Hannah cerrara la boca. Sabía que el chantaje alejaría a Hannah de mí, pero, bien visto, era lo mejor que podía pasar.

—Pero entonces ella le robó la cámara —dice Alison.

—Sí. Esa cámara significaba mucho para mí y para mi padre. Era un regalo único, imposible de reemplazar. Y algún día se daría cuenta de que había perdido la cámara. Al cabo de unas semanas, empecé a apostarme enfrente de la casa de Hannah por ver si la pillaba sola y podía hablar con ella. Me costó, pero lo conseguí. Le pedí perdón con la esperanza de que me devolviera la cámara, y entonces me dijo que se había deshecho de ella.

Alison cabecea.

—A la vista está que no fue así.

Sam aprieta los labios, aceptándolo.

—Después de aquello, yo solo quería que todo se diluyera. Que Hannah desapareciera de mi vida y volver a estar con Elena como si nada hubiese pasado. Me dije a mí mismo que solo había sido un desliz y que yo con quien quería estar era con Elena. Ella no tenía por qué enterarse.

—Tras ese encuentro, ¿volvió a ver a Hannah?

—No. Nunca más la vi. Me enteré de su muerte cuando lo anunciaron en la prensa.

Alison lo escruta unos instantes. No sabe si creerle.

—Y ¿Elena se enteró de su aventura?

—No.

—Pero cortaron la relación, ¿no?

—Sí. Lo nuestro no duró demasiado, ya se lo he dicho. Unos cuatro meses, no más.

—¿Por qué?

Sam niega con la cabeza.

—Hoy por hoy, aún no me lo explico. Yo nunca le conté nada de lo que había hecho con Hannah. Era el secreto mejor guardado. Pero un día, sin explicación, me dijo que lo nuestro no funcionaba y que quería dejarlo.

—¿No pasó nada entre ustedes? ¿Discutieron por algún motivo, quizá?

—No, eso no sucedió. Como le digo, aún no sé por qué quiso cortar conmigo.

—¿Qué ocurrió después?

—Nuestro grupo se disolvió. Dejamos de quedar. Bueno, desconozco si Benjamin y Elena se veían a mis espaldas. Supongo que nunca lo sabré, pero creo que no vale la pena comerme la cabeza con eso.

—¿Cuándo fue?

—¿El qué? ¿Que dejáramos de vernos? No lo sé. A finales de año. No me acuerdo de si había llegado el invierno aún.

Alison recuerda la fecha del asesinato de Hannah. Ella no se da cuenta, pero ahora controla su cuerpo. Está tranquila, decidida y confiada. Puede que, si reparase en ello, perdiera la calma, como si se sintiese incómoda fuera de su estado natural. Siguiendo el ritual, toma aire y lo suelta en un suspiro. Esta vez no le cuesta llenar los pulmones. Sus órganos trabajan en armonía, y su mente, centrada en una sola cosa, la empuja a avanzar, a sacarle a Sam Gordon toda la información posible.

—Si digo 12 de octubre de 1993, ¿qué le viene a la cabeza, Sam?

El librero se rasca la perilla.

—¿Por qué?

—Sé que quedó con Benjamin y con Elena en el faro rojo del parque Fort Washington.

—Íbamos allí a menudo, sí. Pero no recuerdo el día que menciona.

—No fue por el día, sino por la noche. Elena había estado unos días en Filadelfia, visitando a su familia, y volvió a última hora.

—Ah, sí. Ya lo recuerdo. Yo no fui esa noche.

Alison arquea las cejas.

—¿Por qué no?

—Mi abuelo se puso muy malo por la tarde y acudimos al hospital con él. Elena me había llamado para quedar. Me dijo que, después de ese fin de semana en Filadelfia, tenía muchas ganas de verme. Yo le dije que sí, que iría, pero luego pasó lo de mi abuelo y no pude. —Se queda pensativo—. Llegué a pensar que cortó conmigo por haberla dejado plantada aquella noche, pero luego me dije que no podía ser, que tampoco era para tanto. Además, tenía una buena excusa. Mi abuelo estaba por delante de cualquier persona ese día.

—¿Puede demostrarlo?

—¿Que mi abuelo se puso malo? Mire su historial médico si hace falta. Se llamaba Frederick Gordon. ¿Por qué tanto interés por…? —Cae en la cuenta—. No pensará que Benjamin y Elena mataron a Hannah esa noche, ¿verdad?

Alison hace caso omiso a la pregunta.

—Creo que ha llegado la hora de que me diga lo mismo que le dijo a Patrick Howard, Sam. ¿Dónde puedo encontrar a Elena?

Sam Gordon cruza una mirada con Jackson. El abogado, tras un momento de duda, asiente una sola vez, como dándole permiso para hacerlo.

—¿Sabe? Ahora que lo veo en perspectiva, Benjamin y Elena se borraron del mapa en los meses siguientes. Como ya le he dicho, Elena me abandonó y el grupo se disolvió en poco tiempo. Dejamos de vernos. Yo me quedé bastante hundido por todo. Les seguí la pista y descubrí que Benjamin se había mudado de ciudad. No sé a dónde fue, pero ya no vivía con su madre y su padrastro. Elena no se mudó, sigue en Nueva York, pero se cambió el nombre. No entendí por qué lo hizo. Pero ya no sé qué pensar.

—¿Cómo se llama ahora? —pregunta Alison.

Sam se rasca la perilla por última vez.
—Se llama Vivian Becker. Es neuróloga.

67
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 17.35 h

Alison encabeza un convoy de tres vehículos policiales con las sirenas y las luces estroboscópicas puestas. Aún no da crédito a lo que ha dicho Sam Gordon en la sala de interrogatorios: Elena, la chica que aparece en el diario de Benjamin Shaw, la que se citó con él la noche del 12 de octubre de 1993 en el faro rojo, es Vivian Becker, la hermana de Karen y neuróloga de su padre. Ha estado a punto de llamar a Karen, de contárselo, pero se ha frenado a tiempo. No puede involucrar a su amiga en esto. Ahora se trata de un asunto personal para la informática y lo único que conseguiría es complicarlo todo. No le ha hecho falta investigar sobre el domicilio de Vivian porque ella misma le dijo una vez dónde podía encontrarla: en el mismo edificio de su clínica.

Conducen por la Sexta Avenida a toda velocidad. Dejan atrás la Biblioteca Jefferson Market, de estilo gótico victoriano, y llegan a una zona más transitada. Los vehículos les abren paso a duras penas. Un autobús blanco con publicidad de la serie *Westworld*, aparcado enfrente de un McDonald's, hace que la calzada se estreche y los fuerza a aminorar la marcha. Pero, por suerte, luego tienen espacio suficiente para avanzar y aceleran de nuevo. El amarillo de los taxis predomina por los cuatro carriles de la avenida. A la derecha, el Empire State Building asoma imperioso por encima de los edificios más altos.

Alison gira a la izquierda por la Cuarenta y uno y los dos coches policiales la siguen por detrás. Esa es una calle de un solo carril y se ven obligados a conducir con prudencia. Alison no se puede permitir

otro accidente y, a diferencia de la persecución de esta mañana, el objetivo no sabe que van a por él. Vivian Becker debe de estar en su casa, disfrutando de su día libre con su pareja y, si Alison no recuerda mal, con su hija.

Se incorporan a Broadway y giran a la izquierda en la primera salida. La calle Cuarenta, igual de estrecha que la Cuarenta y uno, los recibe llena de sombras a causa de las altas edificaciones. Detienen los coches y se acercan con avidez. Contando a Alison, son cinco policías en total. Llegan al portal que tantas veces ha visitado y ve el cartelito dorado al lado del timbre: DRA. VIVIAN BECKER. Pero no es ese timbre el que busca, sino otro. No le cuesta trabajo encontrar el domicilio en cuestión y pulsa el botón negro. Al cabo de unos segundos, la voz de Vivian se cuela por el interfono:

—Ahora bajo.

Alison frunce el ceño. Pero entonces lo entiende: Vivian ha visto a los policías por la cámara del comunicador. Ha debido de adivinar por qué se han presentado en su casa un domingo por la tarde.

Suena un leve zumbido y Alison empuja la puerta del portal. Los cuatro oficiales la siguen y toman posiciones. Dos de ellos han subido por las escaleras igual que han hecho en casa de Sam Gordon. Los otros dos se colocan uno a cada lado de Alison. El ascensor ha empezado un suave descenso desde el quinto piso. Alison pone la mano derecha sobre la empuñadura de la Glock. No querría sacarla, pero desconoce las intenciones de Vivian y debe estar preparada para lo que sea.

Cuarto piso.

Alison piensa en todas las posibilidades. La que más le preocupa es que Vivian salga del ascensor armada. No sabe cómo reaccionaría si eso pasara. Sobre todo, porque la conoce. Esa mujer ha ayudado a su padre con el alzhéimer y no se cree que esté considerando apuntarla con un arma.

Tercer piso.

Y ¿qué le dirá a Karen? ¿Cómo le explicará que su hermana es una de las personas implicadas en la muerte de Hannah Larson? Ni qué decir de las de Patrick Howard y Dennis Peterson.

Segundo piso.

Está confusa. ¿Y si Vivian no tiene nada que ver? Sam Gordon no fue aquella noche al faro rojo. Él no sabe si finalmente Benjamin y Elena acudieron. Alison duda más que nunca. ¿Y si el reverendo Weaver escribió el diario de confesión de Benjamin para llevar a Hannah al faro y matarla donde nadie los viera?

Primer piso.

¿Y si Irina Cooper le ha mentido y todo es cosa suya? Ella era la mejor amiga de Hannah y la editora de Patrick Howard. A fin de cuentas, es la única persona que está relacionada con ambas víctimas.

Planta baja.

De pronto, Alison piensa que se equivoca. Francis Cooper siempre ha estado ahí, detrás de Irina. Fue el detonante de la separación de Irina y Hannah, y ahora, veintitrés años después, aparece Patrick Howard y su amor platónico con la editora.

La puerta del ascensor se abre y Vivian Becker sale con las manos en alto.

68
Patrick Howard
Seis días antes del suicidio

Patrick salió de la clínica con mal cuerpo. Había pedido una cita fingiendo que quería una revisión neurológica, pero, nada más sentarse frente a Vivian Becker, le había confesado el verdadero motivo de su visita. No había sido una conversación agradable, ni tampoco fluida. La neuróloga se había cerrado en banda. No obstante, el plan surtió efecto y ella se vio obligada a contarlo todo.

Caminó hacia Broadway con la intención de salir de las sombras de la calle Cuarenta y notar el sol en la cara. Se quedó de pie en una esquina, con la cabeza inclinada hacia arriba y los ojos cerrados. El calor lo envolvió dulcemente y sintió cómo se le quitaba un enorme peso de encima. La investigación había terminado. Tan solo quedaba escribir el final del libro.

La agradable sensación fue relevada por cierta incomodidad cuando abrió los ojos y vio un furgón blanco con la imagen de Rachel Brooks y el rótulo de su *late night show* en la parte lateral. Patrick se acordó del pósit que le dejó Rachel en su nevera en el que le decía que podía ir al programa cuando quisiera. No sabía si era lo más correcto después de acostarse con ella, pero conocía las cifras de *El show de Rachel Brooks* y aparecer una sola noche en ese plató significaba una promoción desmedida. Los espectadores de *Víctimas y verdugos* pertenecían a un nicho muy concreto y Patrick sabía que acogerían la noticia de su nuevo libro con gran ilusión. El público de Rachel, en cambio, abarcaba un inmenso abanico de personalidades. Era una ventana a millones de hogares, una oportunidad que no podía desaprovechar.

Sacó su móvil y escribió un correo al Departamento de Comunicación de la editorial. No tardaron ni cinco minutos en contestarle: se iban a poner en contacto con el programa inmediatamente.

Luego hizo otra llamada. Temía pillarla mal, pero necesitaba saber qué había pasado la tarde anterior. Francis había entrado en casa cuando estaban hablando por teléfono y ella había colgado sin despedirse.

—Patrick —dijo Irina al descolgar.

—¿Cómo estás?

Ella lo pensó un instante.

—Bien.

—¿Podemos vernos?

Irina resopló preocupada.

—No lo sé.

—Puedo ir a la editorial, si quieres.

—No. Mejor nos vemos en el Starbucks de enfrente.

En el interior de la cafetería había una decena de personas trabajando con sus portátiles mientras bebían un café que podía durar horas. Patrick e Irina pidieron los suyos y tomaron asiento en una mesa de un rincón apartado.

—Creo que Francis lo sabe —dijo la editora.

—¿Qué es lo que sabe exactamente?

—No lo sé. Todo —añadió, nerviosa.

—Irina, cálmate. —Patrick puso una mano sobre la suya—. No ha pasado nada entre nosotros. Francis no puede saberlo porque no hay nada que saber.

—Ayer me vio hablando por teléfono. Yo colgué en cuanto lo vi y él me preguntó con quién hablaba. Le dije que era mi madre, pero no se lo creyó y revisó mi registro de llamadas. Joder, no tendría que haber colgado tan deprisa. Pero me asusté.

—Él no tiene ningún derecho a revisar tu móvil, Irina. Ha violado tu privacidad.

—Vamos, Patrick. No me vengas con esas ahora. Soy su mujer y me estoy viendo con otro hombre a sus espaldas. De lo que tiene derecho es de conocer la verdad.

Patrick la miró confuso.

—¿Qué le dijiste?

—Le conté que estabas preocupado por una parte del libro y me pediste consejo. Él me preguntó por qué le había mentido —apretó un poco el vaso de plástico con su nombre escrito a rotulador—, y no supe qué contestar. Mi matrimonio es una mentira tras otra.

—Eso no es así, Irina. Eres una buena persona, una esposa fiel y maravillosa. Francis tiene mucha suerte de tenerte a su lado.

A Irina se le humedecieron los ojos.

—No sé qué hacer, Patrick.

—¿A qué te refieres?

—Con mi matrimonio. Con mi vida. Contigo.

Él se perdió en lo más profundo de los ojos de Irina. Unos ojos negros que, pese a ser muy comunes, le parecían bonitos, delicados y arrolladores.

—Déjalo —dijo sin pensar. Ella desvió la mirada hacia las otras mesas del local—. Divórciate de Francis, Irina. Empecemos tú y yo de cero. Si tienes dudas sobre tu matrimonio es porque sientes algo por mí. Y… que me parta un rayo si no estoy enamorado de ti.

—No es tan fácil, Patrick. Te lo he dicho mil veces.

—El amor nunca es fácil. Por eso es tan valioso.

Una lágrima silenciosa cayó por la mejilla de la editora.

—Me siento mal por Francis —sollozó—. No se merece esto.

—En una pareja, cualquiera merece saber si la otra persona no siente lo mismo. Al principio será doloroso, pero luego lo agradecerá.

—Si no, nuestra vida será una mentira —terminó la reflexión ella, más para sí que para Patrick.

Él no dijo nada. Irina se mantenía en sus trece con lo de las mentiras y Patrick consideró inoportuno recordarle que había sido ella quien lo había rechazado una y otra vez desde el primer día que le confesó sus sentimientos.

Aunque ambos se mantuvieron en silencio unos minutos, deseaban hablar sin parar, pues tenían mil cosas que decirse.

—Se te va a enfriar el café —dijo Patrick.

—No me gusta el que hacen aquí.

—Entonces ¿por qué me has propuesto venir aquí?

—¿Qué más da el lugar para vernos?

Patrick hizo un amago de sonreír, pero, lejos de lo que pretendía, fue más bien una sonrisa triste. A pesar de lo que ese encuentro significaba, no le gustaba verla sufrir. Antes de que pudiera pronunciar una palabra, Irina dijo algo que iba a cambiar el transcurso de los días siguientes:

—Lo voy a pensar, ¿vale?

Esa noche, Patrick estaba radiante de alegría. La escritura fluía como nunca. Las palabras surgían de sus dedos al son de la inspiración más privilegiada. Haber finalizado la investigación había sido crucial para que eso sucediera, pero más lo había sido su última conversación con Irina. Qué cerca se sentía de ella. Y el libro, ese fragmento de historia arrancada de la vida de su editora, era el combustible que avivaba la llama.

A las diez en punto sonó el timbre. Patrick se levantó de un salto de su escritorio y bajó al recibidor. Dennis Peterson, con el casco de la Vespa puesto con la visera levantada, lo esperaba en la puerta con la cena lista.

—Buenas noches, señor Howard. —Le entregó la bolsa con la comida—. ¿Qué tal está?

—Pletórico, Dennis —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. Le dio el dinero de la cena y el subchef se lo guardó en un monedero—. Hoy estoy feliz.

—Vaya, ¿y eso? ¿Tiene que ver con su nuevo libro?

—Pues mire, algo sí que tiene que ver.

—¿No me puede adelantar algo? Aunque solo sea un poco —pidió, divertido.

Patrick rio.

—Bueno —dijo—, no sé qué podría contarle. Ya sabe que los de la editorial me matan si me voy de la lengua.

—Le juro que no diré nada. Soy una tumba, se lo prometo.

Patrick mostró una sonrisa pícara.

—Estoy escribiendo el final. Y créame, Dennis, que va a dar mucho que hablar.

El subchef miró a ambos lados y se acercó un poco más a Patrick.

—¿No me puede contar de qué caso trata? —susurró.

Patrick volvió a reír.

—Quiere sacarme hasta la última gota de sangre, Dennis. Me cae bien.

—¿Entonces? —preguntó, esperanzado—. ¿Me lo va a decir o no?

Patrick lo rumió un segundo. Luego chasqueó los dedos, como si hubiera tenido una idea.

—Se lo diré el próximo domingo.

Dennis frunció el ceño.

—¿Por qué el domingo? ¿No me lo puede contar ahora?

—Sería imprudente avanzar algo sin que el libro esté terminado, y creo que lo puedo tener para el domingo.

Aunque Dennis maldijo por lo bajo, la respuesta de Patrick le pareció de lo más genuina.

—Contaré los días, señor Howard. Esperaré a que llegue el domingo con ansia.

Él habría esperado meses si hubiera hecho falta.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
El faro rojo

Las calles se estaban llenando de hojas caídas. Hojas secas que se desprendían de sus árboles dejando atrás la historia de un verano sin igual y dando paso a un otoño tormentoso y demoledor.

A sus diecisiete años, Hannah se encontraba en la fina franja que separa la adolescencia y la edad adulta. La gente solía decirle a su madre que se la veía muy inocente aún, pero cualquiera que conociese a Hannah sabía que era mucho más madura de lo que parecía. Steven Larson llevaba unos días de viaje de negocios y Rose iba a trabajar a la joyería cada tarde. Hannah solía ver a su madre por la mañana, antes de ir al instituto, y por la noche, cuando la jornada laboral de Rose terminaba. Sin embargo, no necesitaba ningún tipo de ayuda para su día a día. Se pasaba las tardes haciendo los deberes, estudiando piano, yendo a las respectivas clases los martes y visitando al reverendo Weaver en la iglesia. Cuando disponía de tiempo libre, escuchaba música en el tocadiscos de su padre. Steven tenía una gran colección de discos de vinilo, pero había uno que siempre ponía cuando Hannah tenía la casa para ella sola: *Led Zeppelin II*. Subía el volumen cuando sonaba «Whole Lotta Love» y se dejaba llevar por la música. Saltaba y bailaba por el salón haciendo que sus rizos se zarandearan salvajemente. Era su momento de sentirse libre, de ser ella misma sin que nadie la juzgara. Acababa la canción jadeante y vacía de adrenalina, pero con una sonrisa en la boca.

El 10 de octubre era domingo, día de misa. Fue a la iglesia con su madre. Las amigas de Rose ya la consideraban una más del grupo y le cuchicheaban a la oreja rumores sobre la gente que habían saludado. Solían poner en duda todo lo que pasaba en las casas

ajenas y criticaban entre risas. A Hannah aquello no le parecía algo digno de hacer en la iglesia, al menos para unas devotas como ellas.

Encontró a Benjamin sentado unos bancos delante de ella. Iba acompañado de su madre, como siempre. Verlo le alegraba el día a Hannah. Él no era Sam, pero leer su diario de confesión era su forma de llegar a él. Y estaba casi segura de que escribiría algo después de misa.

No se equivocó. Cuando el reverendo Weaver dijo «podéis ir en paz», los feligreses se levantaron y se fueron marchando poco a poco. Benjamin dejó que su madre se alejara de él para hablar unos segundos con el sacerdote y entrar en la Habitación de las Confesiones Escritas. Hannah hizo lo mismo con su madre, aunque no le dijo nada a Weaver. Se escondió en un pequeño oratorio que había en la parte derecha de la iglesia, justo antes de llegar a la habitación donde se encontraba Benjamin. Allí esperó unos quince minutos hasta que escuchó la voz del chico llamando al sacerdote para avisarlo de que ya había terminado.

—De acuerdo —dijo Weaver—. Me alegro de que esto te esté ayudando, Benjamin. Nos vemos el próximo día.

—Adiós.

Hannah puso la espalda contra la pared, aguantó la respiración y oyó los pasos de Benjamin pasar por su lado. Esperó un par de minutos para salir de su escondite y, por suerte, el reverendo Weaver no la vio. Estaba de espaldas.

—Reverendo.

Weaver se dio la vuelta y no ocultó su sorpresa.

—¡Hannah! Vaya, qué curioso.

—¿Qué es lo que le parece curioso?

—Pensaba que te habías ido. Muchas veces vienes a misa y vuelves un rato después para confesarte. Porque es eso lo que quieres, ¿no?

Hannah sonrió.

—Suelo acompañar a mi madre a casa —mintió—. Y sí, quiero confesarme.

—¿Como siempre?

—Como siempre.

El sacerdote la acompañó a la habitación que acababa de cerrar. Una vez que abrió el armario de los diarios, le dijo:

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Me avisas cuando acabes, ¿vale?

—Sí.

Weaver cerró la puerta y la dejó sola.

Hannah se acercó al armario, buscó el diario de confesión de Benjamin y lo abrió por la última página con texto. Benjamin había escrito dos párrafos. El primero hacía referencia a sus problemas con Peter Banks, su padrastro. Según lo que había escrito, le había plantado cara después de muchas humillaciones y le había pegado con su propio cinturón. «Le he hecho gritar como el cerdo que es». Las amigas de su madre le vinieron a la mente y se preguntó qué dirían si se enterasen de lo que pasaba en casa de los Banks.

El segundo párrafo le quitó el aliento. Benjamin había quedado el martes siguiente por la noche con Sam y Elena en el faro rojo. ¿Se referiría al que había en el parque Fort Washington? Debía de ser allí, no se le ocurría otro lugar al que pudieran llamar por ese nombre.

Cerró el cuaderno y se lo pegó al pecho. Esa era una oportunidad que no podía desaprovechar. Sam la había decepcionado al sacarle aquella foto, pero ella quería creer que lo había hecho por miedo. El miedo nos hace actuar de forma delirante. Cuando el horror se nos mete en el cuerpo, solo pensamos en salvarnos a nosotros mismos. No se lo podía tener en cuenta. La cámara permanecía escondida debajo del suelo de su habitación; Sam no volvería a fotografiarla. Solo tenía que hablar con él, hacerle entender que no había motivo para que se preocupara, que no estaban haciendo nada malo. Aunque hubiese otra chica en su vida, él se había dejado llevar, tenía sentimientos por Hannah, y apartar la mirada no era más que un error. Al contrario: debía enfrentarse a ellos y tomar una decisión.

Devolvió el diario de Benjamin al armario y sacó el suyo. Se sentó a la mesa y empezó a escribir:

10 de octubre de 1993

Hoy ha vuelto a venir. Sé dónde van a estar el próximo martes por la noche. Lo he pensado mucho y creo que voy a dar el paso. ¿Qué mejor forma que con una sorpresa? Se acabaron las dudas. Vamos a volver a intentarlo. Vamos a hacerlo bien, sin secretos. Pasado mañana todo cambiará.

El día siguiente fue el más largo de su vida. Nunca había deseado tanto que las horas se perdieran con rapidez. Hacía frío. Nueva York llegó a los tres grados de temperatura y la gente salía a la calle con sus ropas de invierno.

Hannah se quedó en casa toda la tarde. Después de hacer los deberes, se dispuso a estudiar piano para la clase del martes, pero le resultó imposible. Tenía la cabeza en otra parte, en Sam Gordon, así que decidió dejar el estudio y poner uno de los discos de su padre. Probó con su favorito, y por alguna razón no encontró el momento para Led Zeppelin. Lo quitó. Revisó la colección una vez más y dio con la propuesta perfecta. Sacó el disco de la funda y lo colocó en el plato. Tras poner el cabezal, «I Want to Know What Love Is», de Foreigner, inundó el salón. Esta vez no bailó. Se sentó en el sofá y escuchó la letra de la canción mirando por la ventana. El árbol de delante de su casa se estaba quedando sin hojas. Demasiado pronto, pensó.

El martes 12 de octubre fue mucho más cálido, aunque estuvo todo el día nublado. Hannah se pasó la tarde caminando nerviosa por dentro de casa. Sam se había citado con sus amigos a las nueve. Si ella se presentaba en el faro rojo para hablar con él, ¿cómo le explicaría a su madre su salida nocturna? ¿Debería dejarle una nota? Rechazó la idea al instante. Si su madre leía la nota al volver del trabajo e iba a buscarla, la pondría en evidencia. Pasaría una vergüenza terrible delante de Sam y sus amigos. No. Mejor explicárselo cuando volviera.

Rebuscó entre su armario y sacó una decena de prendas. Quería que Sam se fijara en ella. Que se fijara de nuevo. Tras probarse todos los conjuntos, se decantó por un vestido amarillo de manga

larga que le había comprado su madre en septiembre, pero que no llegó a estrenar. Se vistió con él y se preparó la mochila con los libros de piano. Bajó al sótano y cogió su preciada BH roja.

La clase de piano fue un completo desastre. Su profesora le preguntó qué le había pasado esa semana y ella no supo qué contestar. Salió de la casa con el atardecer y con las mismas lecciones pendientes para la semana siguiente.

Fue a la iglesia de la Hermandad Cristiana. El reverendo Weaver la vio dejar su bici apoyada en un pilar de la sala principal, vacía en esos momentos, y sonrió con los brazos en jarras.

—¿Te abro?

—Por favor.

Hannah quería ver si Benjamin había escrito algo más. ¿Y si habían cancelado su quedada? Pero no fue así. Las últimas palabras que había escrito eran las que Hannah había leído el domingo anterior. Entonces cogió su diario y escribió la que sería su última confesión escrita.

Tras abandonar la iglesia, pedaleó hacia el parque Fort Washington. No iba a esperarse hasta las nueve, llegaría antes que ellos. Estaba ansiosa por ver la cara de Sam. ¿Qué haría al encontrarse con ella?

Alcanzó el estrecho puente para peatones que cruzaba la 9A y reparó en que un trozo de la tela metálica estaba roto y pendía hacia dentro justo a tiempo de no rasgarse gravemente el cuello. Hannah agachó la cabeza y pasó por debajo, pero su mochila se enganchó con las púas afiladas de la tela y le hizo caerse de la bici. Sus rodillas chocaron contra el suelo y un dolor eléctrico le recorrió todo el cuerpo. Se lamentó. Estaba harta de las caídas. Ya le había pasado cuando vio por primera vez a Sam en el parque Riverside y, ahora que iba a hacerlo de nuevo, más de lo mismo. Cualquiera diría que era una señal de la vida avisándola del peligro.

Se levantó y se limpió con las manos la parte baja del vestido nuevo. Luego intentó sacar la mochila del desperfecto de la tela metálica. Dio un par de tirones, pero solo consiguió desgarrar parte

del tejido. No había mucha luz en esa parte de la ciudad y tampoco tenía nada con qué alumbrarse. No sabía qué hora era. Sam y sus amigos podían llegar en cualquier momento. Enfadada, le dio una patada a la tela metálica y levantó la bici del suelo. Ya volvería a por la mochila más tarde.

Al otro lado del puente, Hannah pedaleó por la senda rodeada de vegetación. La luz de las farolas le permitió seguir el camino sin perderse. Pasó por debajo del puente George Washington y llegó al lugar de encuentro.

El faro rojo la esperaba solitario bajo la luna.

69
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 18.50 h

Vivian Becker espera sentada en la sala de interrogatorios. Está sola, con la mirada perdida y una expresión de tristeza en el rostro. Alison la observa desde el pasillo, por detrás del espejo unidireccional. Recuerda la primera vez que fue con sus padres a la clínica de la neuróloga. Fue Vivian quien diagnosticó el alzhéimer de su padre, quien le ofreció ayuda tras la muerte de su madre.

Se dispone a entrar en la sala cuando la voz de Karen la detiene:

—¿Dónde está?

Alison se vuelve y ve a su amiga aproximarse por el pasillo.

—No deberías estar aquí, Karen.

—Me ha llamado Victor, mi cuñado. Se encuentra abajo con mi sobrina. Están muy asustados. —Llega a la posición de Alison y mira por el cristal. Karen se encoge al ver a Vivian ahí sentada—. ¿Qué ha pasado?

Alison sabe que no tiene sentido ocultárselo. Tarde o temprano se va a enterar de todo.

—Tu hermana estuvo en el lugar y el momento en que asesinaron a Hannah Larson, hace veintitrés años. Sé que Vivian no es el nombre que le pusieron tus padres. Se llamaba Elena. Quedó con Benjamin Shaw aquella noche en el faro rojo. Hannah fue con la intención de ver a Sam Gordon, pero este no acudió porque se pasó la noche en el hospital con su abuelo. He leído los historiales médicos y dice la verdad. No te he contado nada porque…

—Alison —la interrumpe Karen, agitada—, mi hermana no es una asesina. Te estás equivocando. Si pasó como dices, debió de matarla

Benjamin. Vivian sería incapaz de hacer algo así.

—Entonces ¿por qué se cambió el nombre, Karen?

—¿Qué más da eso? —exclama—. Cuando pasas la mayoría de edad puedes hacer lo que te plazca, ¿no? Si a mi hermana no le gustaba Elena, tenía todo el derecho a ponerse el nombre que quisiera.

—No digo que no, pero… —Alison mira por el espejo unidireccional —. Tengo que hablar con ella, Karen. Que Benjamin se mudara de ciudad y tu hermana se cambiara el nombre después de la muerte de Hannah, sabiendo que estuvieron allí, es cuando menos sospechoso. No digo que Vivian sea una asesina. Solo que es sospechosa.

—Vas a perder el tiempo. —Karen niega nerviosamente con la cabeza—. Nos lo vas a hacer perder a todos.

Alison pone una mano sobre el pomo de la puerta.

—Lo siento.

Entra en la pequeña sala y Vivian vuelve en sí.

—Alison…

Toma asiento y piensa cuál será su estrategia para el interrogatorio.

—¿Cómo estás, Vivian?

La neuróloga baja la mirada. Parece que no se le ocurre qué responder.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?

Vivian mira el espejo que cubre casi toda una pared. No le gusta lo que ve y vuelve la mirada hacia la detective.

—¿Cómo está tu padre?

La pregunta descoloca a Alison. No quiere que la conversación se desvíe, así que no responde y cambia de tema:

—He hablado con Benjamin. Me lo ha contado todo.

Vivian frunce los labios.

—Lo dudo. Benjamin es un libro cerrado. Jamás diría nada.

—¿Me lo vas a contar tú? —le pregunta.

—¿Podrías traerme un vaso de agua? Estoy seca.

Confusa, Alison se levanta y sale de la sala. Karen sigue en el pasillo, detrás del espejo.

—Alison, deja que se vaya —le implora—. Mi hermana es inocente.

—Ve con Victor y la niña, por favor —dice Alison según se acerca a la máquina de agua y llena un vaso de plástico—. No me obligues a echarte de aquí.

—¡Es mi hermana quien está ahí dentro!

—Karen, cálmate.

—¿Cómo quieres que me calme? —grita con la voz rota.

Alison suspira.

—Vale, perdona. Entiendo lo que esto supone para ti. Pero ponte en mi lugar. Todas las pistas me conducen a Benjamin y Vivian. ¿Qué hago? ¿Lo paso por alto solo porque sea la hermana de mi mejor amiga?

—No pasaría nada.

—Joder, Karen, no. No puedo. Cameron Garrett ya hizo la vista gorda con Banks en 1993. No pienso hacer lo mismo yo ahora.

—Y ¿eso no te parece sospechoso, Alison? Un policía esconde pruebas del caso que investiga y luego deja el cuerpo. Que yo sepa, a él no lo has traído al One Police Plaza para interrogarlo como a un criminal.

—Tengo mis razones.

—Ya las puedes tener, porque esto es denunciable.

—Karen, por favor…

—No, Alison —se le vuelve a quebrar la voz—. No lo entiendes. Yo tenía siete años en 1993. Era una niña, sí, pero si mi hermana hubiese tenido un comportamiento inusual lo habría notado. Tampoco lo notaron mis padres. Tan solo se cambió el nombre. Yo crecí junto a ella y te aseguro que siempre ha sido la misma. La conozco perfectamente. Mi hermana no es una asesina.

Alison no quiere seguir discutiendo con Karen. Asiente y entra de nuevo en la sala de interrogatorios. Le acerca el vaso a Vivian y se sienta frente a ella.

—Sí que has tardado en llenar un vaso de agua.

—La máquina no funcionaba.

—Karen está ahí fuera, ¿no?

Alison estudia las facciones de Vivian. Su rostro muestra a una mujer que ya ha aceptado su destino.

—Sí —decide no mentirle—. Está escuchándolo todo.

Vivian se vuelve hacia el espejo y sonríe de medio lado.

—Mi hermanita —murmura.

—Vivian, necesito que me cuentes la verdad sobre Hannah.

La neuróloga pone su foco en la detective.

—Yo no la conocía.

—Pero estuviste con ella la noche del 12 de octubre de 1993 —prueba.

De momento, nadie ha podido confirmar que Benjamin y Elena estuvieron esa noche en el faro rojo. El diario de Benjamin es claro, habían quedado allí, pero la página siguiente estaba arrancada y Sam Gordon, el otro vértice del triángulo, no acudió a la cita. Tan solo le hace falta una declaración que apoye esa teoría, y es Vivian Becker, la misma Elena, quien le da lo que necesita:

—Sí. Estuve con Hannah la noche de su muerte.

Las pulsaciones de Alison aumentan su ritmo imperiosamente. Se le seca la boca y maldice para sus adentros por no haber llenado otro vaso para ella.

Alguien llama a la puerta y se levanta para evitar que Karen entre en la sala. Pero no es la informática quien aparece por el vano de la puerta, sino David, el oficial de su promoción. En décimas de segundo, Alison recuerda la noche de 2010 en el pub The Grafton, donde David se emborrachó y montó una escena.

—Detective Hess, ¿tiene un momento? —pregunta profesionalmente, como si nunca hubiesen cruzado palabra.

—Estoy en medio de un interrogatorio —se queja Alison. No tiene ganas de hablar con él.

Pero David considera que es importante y hace caso omiso a la protesta:

—Hemos recibido una llamada del Hospital Tisch. Ya podemos hablar con Benjamin Shaw. Al parecer, no tiene daños graves y le darán el alta en las próximas horas.

Alison le diría de todo a David por anunciar esa información delante de una persona a la que están interrogando, pero en vez de eso cierra de un portazo y vuelve a la mesa con nerviosismo.

—Cuéntamelo todo, Vivian —la apremia.

—¿Qué le ha pasado a Benjamin?

—Eso no es asunto tuyo.

—¡Exijo saberlo!

—Ha tenido un accidente de tráfico, ¿vale? Pero ya has oído al oficial. Está bien. No hay de qué preocuparse.

Vivian asiente con gesto grave.

—Ahora cuéntame qué ocurrió aquella noche —insiste Alison.

La neuróloga se toma su tiempo. Han pasado muchos años escondiendo el secreto. Pero ya es hora de sacarlo todo, de liberarse de esa losa tan pesada. Nunca lo ha deseado tanto. Cargar con un muerto a las espaldas es suficiente castigo.

—Hay algo que debes saber, Alison, algo que tiene que ver con lo que voy a contarte. Tu padre irá perdiendo la identidad, dejará de ser quien era, pero a la vez siempre seguirá siendo él mismo; te seguirá queriendo, incluso escondido tras esa niebla del alzhéimer, porque el recuerdo tuyo y el de tu madre está congelado para siempre dentro de él, en su corazón, donde el olvido no puede rozarlo. —Suspira—. Yo también tengo un recuerdo congelado dentro de mí, y, aunque intente olvidarlo, los ojos de Hannah me miran por última vez cada noche, obligándome a recordar. Yo quería que Elena desapareciera, borrar su historia y dar paso a otra vida. Pero, como tu padre, yo nunca dejaré de ser ella. —Hace una pausa —. Qué bien me vendría tu madre ahora. Ojalá no estuviese muerta. La gran Julia Hess era la mejor defendiendo a asesinos.

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard
La pluma

Dejó la bici entre los árboles y se escondió en la penumbra. Estaba contenta. Ansiosa por ver a Sam, por presentarse a sus amigos. Ella ya conocía a Benjamin, pero él ni siquiera sabía que Hannah existía.

La temperatura había bajado unos grados y se abrazó a sí misma. Se imaginó a su madre regañándola por no haber cogido una simple chaqueta. Esperó escondida mucho tiempo. Demasiado para estar sola y muerta de frío. No sabía qué hora era y empezaba a dudar de su plan. Su madre ya habría vuelto a casa. Estaría preocupada.

Tras rumiarlo mucho rato, Hannah supo cómo justificaría su ausencia: después de su clase de piano, había dado un paseo con la bici con objeto de tomar un poco el aire, pues la clase no había ido especialmente bien, y se había encontrado a un niño llorando en el parque. Estaba solo y Hannah se había quedado con él un buen rato, ella diría que más de una hora, pero nadie fue a buscarlo. Entonces lo había llevado a la comisaría más cercana para que se pusieran en contacto con sus padres. Ella había tenido que hacer una declaración de la que no tendría por qué preocuparse, o eso le había dicho el policía holgazán que la había atendido. En cuanto hubo acabado y habían dado con los padres del niño, Hannah había vuelto con la conciencia tranquila. En definitiva, una mentira como un piano. Pero, al ser una buena causa, probablemente su madre no se enfadaría tanto.

Durante la larga espera, oyó ruidos entre los árboles y el miedo la invadió. Aquello había sido una insensatez. Debía volver a casa. Ya habría otro momento para hablar con Sam.

Se dispuso a coger la bici, pero entonces escuchó unas voces.

—Por fin.

—Solos. De puta madre.

Hannah se asomó entre las ramas y vio a Benjamin y a otra chica, que supuso que se trataba de Elena, dejando sus bicis en el suelo y acercándose al faro con una botella de cerveza en las manos. ¿Dónde estaba Sam?

—¿Quieres?

Elena le ofreció un cigarrillo que Benjamin no rechazó. Con las brasas encendidas cerca de los labios, el chico abrió la botella, cogió el cigarrillo y dio el primer trago.

—Acerquémonos —dijo limpiándose la boca con la manga de la chaqueta.

Ambos se sentaron en una de las grandes rocas de la orilla del río Hudson.

Hannah no podía escucharlos desde su posición y se vio obligada a cambiar de sitio. Antes de salir de entre los árboles, miró a izquierda y derecha por si Sam aparecía, pero no había nadie más allí. De modo que lo hizo de forma sigilosa y se acercó agachada a Benjamin y Elena. Caminó despacio, procurando no hacer ruido al pisar ramas u hojas secas. Se detuvo detrás de una suerte de barricada formada por rocas que le llegaban a la cintura. Era el lugar perfecto para no ser vista. Más tranquila, asomó la cabeza y los miró desde atrás. La escena le pareció preciosa. El río. El faro. El puente. La luna.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó Benjamin.

Elena se encogió de hombros antes de dar una calada.

—Sin más. ¿Tú cómo estás?

—Harto. Estoy cansado, Elena.

—Me lo imagino. Me parece increíble que tu madre apruebe algo así.

Benjamin bajó la mirada.

—Da igual. No es como yo pensaba. Supongo que un niño siempre ve con buenos ojos a su madre. A veces uno se equivoca. No pasa nada. —Dio una calada al cigarrillo y se quedó mirando el reflejo de la luna en el río.

Hannah sabía perfectamente de qué hablaban. Había leído el diario de Benjamin y sabía que su padrastro le pegaba.

—Algún día tu madre se dará cuenta de lo que ha hecho y se arrepentirá —dijo Elena.

—Yo solo espero el momento en que pueda irme de esa casa y vivir en paz.

Elena le cogió de la mano.

—Yo siempre estaré aquí para ayudarte en lo que haga falta, ¿me oyes?

Benjamin sonrió.

—Gracias, Elena.

Estuvieron un rato en silencio. Bebieron y se encendieron otro cigarrillo. Hannah se estaba impacientando. No había rastro de Sam.

—¿Cómo tienes las marcas? —preguntó Elena.

—¿A cuáles te refieres?

Ella no respondió. Benjamin se quitó la chaqueta y la sudadera. Su torso quedó desnudo bajo la luz del puente, dejando a la vista las cicatrices. Tenía marcas por la espalda, hombros y brazos. Elena se las acarició todas con tristeza.

—Cuánto lo siento, Benjamin.

Él volvió a vestirse y dio un largo trago a la botella.

—Tú no tienes la culpa.

—No hace falta que tenga la culpa para que lo sienta.

—Tranquila. Con suerte, ese cabrón no volverá a ponerme una mano encima.

—Fuiste muy valiente al plantarle cara. Yo no habría podido hacerlo.

—Yo tampoco lo creía. Pero ha sido demasiado tiempo aguantando. Esto tenía que estallar antes o después.

—¿Tienes algún plan?

Benjamin dio una calada y negó con la cabeza.

—Por ahora no.

—No sé si es meterme en asuntos que no me conciernen, pero tus padres… Quiero decir, tu madre y Peter tienen mucho dinero. ¿Por qué no les pides una cantidad que te permita vivir solo?

—No pienso pedirles ni un mísero centavo. Buscaré el modo de hacerlo por mi cuenta.

Elena asintió.

—Seguro que surge algo —lo animó—. En Nueva York hay miles de oportunidades.

—No sé si quiero seguir viviendo en Nueva York.

—¿Qué? No me habías dicho nada de irte de la ciudad.

Benjamin se levantó y se acercó a la orilla. Elena también se incorporó.

—He tomado la decisión hoy mismo. Quiero estar lo más lejos posible de ellos.

—Pero, Benjamin, Nueva York es una ciudad muy grande. No hay por qué…

—Lo siento, Elena, pero la decisión está tomada —sentenció con la barbilla pegada al hombro.

—Y ¿qué hay de mí? ¿Vas a tirar nuestra amistad por la borda?

—Tú tienes a Sam. No os hago falta para nada.

Ese nombre devolvió el interés a Hannah, que seguía escondida detrás de las rocas.

—No digas eso, Benjamin. Sabes que no es así.

—En cuestión de meses me lo habéis demostrado. Solo soy el que os lleva a todos lados con el coche. Soy vuestro chófer, ¿no es eso?

—¡No! Benjamin, estás muy equivocado.

Se volvió hacia ella.

—Todo cambió entre nosotros el día que Sam me dijo que estaba enamorado de ti.

Hannah se quedó perpleja. El día que vio a Sam y a Benjamin sentados en el parque Riverside, el día que Sam dijo que le costaba expresarle sus sentimientos a alguien, se refería a Elena. Ella era la chica por quien la fotografió después de hacer el amor, la chica por la que la chantajeó para que callase.

—Sam es un capullo —dijo Elena—. Creo que lo voy a dejar. Además, no quiero que nadie rompa nuestra amistad.

—No digas chorradas, Elena.

—¡Para mí no son chorradas!

—Y ¿qué le vas a decir? ¿Que lo dejas por mi culpa?

—No. Solo que la relación no funciona. Aún somos jóvenes. Tenemos toda la vida por delante para encontrar a la persona adecuada.

Benjamin no supo qué contestar. Vio que la botella de cerveza estaba vacía. La cogió y la lanzó al río Hudson con fuerza. La botella voló varios metros y se hundió en el agua, pero volvió a la superficie en menos de un segundo. Elena se puso al lado de Benjamin y ambos vieron cómo la corriente se la llevaba.

—Qué lugar tan especial, ¿verdad? —comentó ella.

Benjamin inspiró y espiró profundamente por la nariz.

—Sí que lo es.

Hannah rompió a llorar en silencio. Con el chantaje, Sam pretendía alejarla de su vida. Quiso acostarse con ella y romper lo que fuera que tuvieran para seguir con Elena como si nada hubiese pasado. La había utilizado como a un trapo viejo. Ahora que conocía a Elena, veía la situación muy diferente. Sam no valía la pena.

Se secó las mejillas y miró por encima de la roca. Benjamin y Elena estaban de espaldas. Sam no iría al faro y, si lo hacía, no quería ni verlo.

—Mira. —Benjamin sacó una pluma estilográfica negra del bolsillo.

—¡Madre mía! —exclamó Elena—. Qué preciosidad. Menuda joya, Benjamin.

Los dos pequeños rubíes engastados en los ojos de la serpiente dorada de la pluma brillaban en la oscuridad. Benjamin le quitó el capuchón, lo encajó en el culote y se la entregó a Elena para que pudiera ver el plumín. La cabeza de la serpiente estaba grabada en él.

—Increíble —murmuró mirándola de cerca, asombrada.

—Mi madre se la regaló a Peter el mes pasado. Se la he quitado antes de salir de casa.

—Y ¿qué piensas hacer con ella?

—Quería agradecerte el apoyo que me has dado estos meses. Has sido muy importante para mí, Elena.

Hannah emprendió una huida sigilosa. Ya no tenía nada que hacer allí. Con la espalda inclinada, empezó a caminar hacia los árboles,

donde aguardaba su bici. Pero entonces una hoja seca crujió bajo sus pies.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Benjamin.

Hannah se tapó la boca con las manos y se acuclilló detrás de las rocas.

—Será una rata —dedujo Elena—. Debe de haber decenas por aquí dentro.

Pero Benjamin no estaba del todo convencido.

—Vamos a ver.

Hannah se puso muy nerviosa. Iban a descubrirla. No le daba tiempo a ir a por la bici, sacarla de entre los árboles y salir pedaleando de allí sin que la cogieran. Tampoco tenía un calzado adecuado para correr por la senda del parque. Estaba perdida.

—¿Quién anda ahí? —soltó Benjamin al aire.

Tenía que hacer algo. Y rápido.

Hannah levantó un brazo para hacerse notar y salió de su escondite.

—Hola —dijo—. Perdonad, pasaba por aquí y…

—¿Quién coño eres tú?

El tono de Benjamin no le gustó nada a Hannah. Intentó calmarse. Si les contaba la verdad, tal vez le dejaran irse sin mucha discusión.

—Soy Hannah Larson. Tú no me conoces, Benjamin, pero yo sí que te conozco a ti.

Benjamin arrugó la frente.

—¿Se puede saber qué hacías ahí escondida? —le preguntó Elena —. ¿Nos estabas espiando?

—No. Bueno, sí —rectificó Hannah—. Había venido a buscaros y… —En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que había metido la pata hasta el fondo.

—¿Cómo que a buscarnos? ¿Cómo sabías que estaríamos aquí?

—Yo… no quiero problemas. Os dejaré y…

—¡Dímelo!

Hannah echó un rápido vistazo al lugar donde estaba la BH roja. No se veía desde allí.

—He leído tu diario de confesión —admitió a media voz.

—¿Que has hecho qué? —Benjamin no daba crédito a lo que decía esa desconocida.

—No te enfades, ¿vale? Hace unos meses que te sigo. Un día te vi en la iglesia. Entraste en la Habitación de las Confesiones Escritas y sentí una gran curiosidad por lo que pudieras haber escrito. Yo sabía que eras amigo de Sam y…

—Un momento —la interrumpió Elena—. ¿Qué tiene que ver Sam en esto?

De pronto Hannah sintió un miedo terrible. No podía contar la verdad. No podía decirle a Elena que Sam le había sido infiel con ella.

—Nada —dijo—. Solo que… os vi un día juntos. Luego también vi a Benjamin en la iglesia y…

—Estás loca —sentenció Elena.

—No estoy loca. No me estáis entendiendo.

—¿Cómo te atreves a leer mi diario? —exclamó Benjamin. El alcohol ya había empezado a hacer efecto en él—. ¿Cómo te atreves?, ¿eh?

Benjamin se sentía humillado. Profanado. Esa chica había violado su privacidad al leer las páginas que él había escrito cuando más seguro se había sentido.

—Perdóname, ¿vale? Te juro que no se lo contaré a nadie.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque está loca —dijo Elena—. ¿No lo ves? Hace meses que nos espía. Su vida no es lo suficientemente divertida y husmea en la de los demás.

A Hannah se le formó un nudo en la garganta y quiso llorar de nuevo, pero se esforzó por no hacerlo. Consideró explicar lo que le había pasado con Sam, decir que se había enamorado de él, que había leído el diario de su amigo para seguirle la pista y poder verlo de nuevo. En cualquier caso, Sam se había burlado de todos.

Benjamin se acercó a ella. Elena lo siguió. Se pusieron uno a cada lado de Hannah e hicieron que se encogiera entre ellos.

—Dejad que me vaya.

—Y una mierda —dijo Benjamin—. Tú de aquí no te mueves.

Le dio un empujón y la espalda de Hannah chocó contra la roca en la que había estado escondida.

—¿No te apetece un cigarrillo, Elena?

Elena sonrió. Sacó uno y se lo tendió a Benjamin junto con el mechero. El fuego le iluminó el rostro. Una vez encendido, dio la primera calada y le echó el humo en la cara a Hannah.

—No vas a meterte en nuestras vidas nunca más.

—No, por favor —imploró Hannah—. Dejad que me vaya. Os juro que no os molestaré más.

—Ya es tarde para las promesas. Elena, ayúdame.

Elena cogió a Hannah por los brazos y la retuvo contra la roca.

—¡Parad! Dejadme, por favor.

Hannah se retorció para liberarse, pero le era imposible. Elena era mucho más fuerte que ella.

—Según dices, has ido a misa estos meses —dijo Benjamin—. Eres una buena cristiana, de eso no hay duda. Pero veo que no has pagado por tus pecados. —Negó con la cabeza—. Eso no puede ser, hermana. Vamos a darle remedio. En nombre del Padre…

Un dolor intenso le nació en la mano izquierda y Hannah gritó. Benjamin le estaba quemando la piel con el cigarrillo encendido.

—Del Hijo…

Otra abrasión. Hannah no pudo contenerse y rompió a llorar.

—Y del Espíritu Santo…

El aullido de Hannah debió de oírse por todo el parque.

—Amén —terminó Benjamin sin hacerle una cuarta quemadura.

Elena la soltó y Hannah se agarró la muñeca de la mano dolorida. Le ardía. Tenía tres círculos negros en la piel y cualquier mínimo movimiento le producía un dolor inhumano.

—Así aprenderás, loca de mierda —escupió Elena.

Benjamin le hizo un gesto con la cabeza a Elena para irse y esta asintió. Empezaron a caminar hacia sus bicis. Pero entonces, llena de ira, Hannah quiso defenderse:

—Sois unos infelices.

Los dos se detuvieron y se volvieron hacia ella.

—¿Disculpa? —dijo Elena.

Hannah no podía parar de llorar.

—Eres una ignorante, Elena. No te das cuenta de que tu novio se acuesta con otras chicas a tus espaldas. ¿Me has oído? ¡No eres suficiente para él! Vas de digna, pero no eres más que una infeliz como tu amigo el de las palizas.

A Hannah no le dio tiempo de procesarlo. El dolor vino unos segundos después de que la pluma estilográfica le perforara la yugular. Dicen que ves tu vida pasar cuando estás a punto de morir. No fue así en el caso de Hannah. Ella vio rostros. Vio a su madre. A su padre. Vio a Sam Gordon y a su perro Coco. Pero el último rostro que vio Hannah antes de morir fue el de su amiga Irina.

70
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 19.30 h

Alison escruta a Vivian Becker desde su silla. La neuróloga ha contado cómo mató a Hannah Larson y ahora le devuelve la mirada a la espera de una respuesta acorde a la gravedad de su relato. Hay algo distinto en sus ojos, como si Alison ya no estuviera hablando con Vivian, sino con Elena.

—¿Afirmas ser la asesina de Hannah Larson?

—Sí. Yo la maté. Y no sabes cuánto deseaba decirlo en voz alta.

—¿Qué hicisteis después?

—Benjamin se puso como loco —dice Vivian—. Aquello se nos había ido de las manos. Yo estaba aterrada. Acababa de matar a una persona. Empecé a hiperventilar. Cuando vi la pluma ensangrentada en mi mano la solté como acto reflejo. Benjamin comenzó a decir algo, pero yo no lo escuchaba. Como veía que no reaccionaba, me cogió del brazo y tiró de mí hasta las bicis. Solo entonces fui consciente de la situación. Nos marchamos a toda prisa del parque.

Alison piensa en la pluma Montblanc. Puede que Banks hubiera supuesto quién era el verdadero ladrón, pero no lo acusó cuando fue a hablar con el detective Garrett porque Benjamin podría sacar a la luz sus maltratos, y eso era algo que no le convenía con las elecciones a la vuelta de la esquina. Cabía la posibilidad de que el ladrón fuese otra persona, por lo que no quiso arriesgarse en ese sentido.

—¿Por eso te cambiaste el nombre? —le pregunta a Vivian al volver en sí.

—Sí. Los días posteriores fueron horribles. Benjamin y yo no nos vimos hasta una semana después. Sam llamó al teléfono de mi casa varias veces, pero, en cuanto oía su voz por el auricular, colgaba asustada. Todo me recordaba al momento en que le clavé la pluma a Hannah. Era algo que quería borrar de mi historia, dejarlo atrás y olvidarlo como fuera. Benjamin y yo nos prometimos no desvelar el secreto nunca y decidimos cambiar de vida. Él aceleró su marcha de la ciudad. Para su sorpresa, Peter Banks le dio un buen fajo de billetes para que pudiera subsistir hasta que encontrara trabajo. Yo pensé en hacer lo mismo que Benjamin, pero era demasiado para mí. Había empezado la universidad y no me veía fuera de Nueva York, así que me cambié el nombre. De un modo u otro, yo no maté a Hannah aquella noche. Fue Elena.

—Pero hablaste con Sam, ¿no? Tuviste que verlo para cortar con él.

—Sí. Era algo de lo que no podía escapar. Le dije que no sentía lo mismo que él y no volvimos a encontrarnos.

—¿Cómo reaccionó?

—Se echó a llorar. Me reprochó que él había hecho mucho por la relación y que yo no había puesto de mi parte. El muy hipócrita. Yo no le mencioné lo que había dicho Hannah antes de morir, fingí no saber nada.

—Supongo que él tampoco lo hizo.

—Claro que no. Se calló como un perro.

—Estoy impresionada, Vivian —reconoce Alison—. Conseguiste esconder el secreto durante veintitrés años. Pero apareció algo que removió tu pasado. O, mejor dicho, alguien.

Vivian sonríe pesarosamente.

—Patrick Howard era un periodista de lo más insolente. Al parecer, mi cambio de nombre lo despistó en su investigación. Fue Benjamin quien me llamó un día y me dijo que teníamos problemas.

—Patrick había ido a hablar con él —deduce Alison mientras recuerda las palabras de Benjamin: «Creo que se ha equivocado, detective. Yo no conocía a ese hombre».

—Sí —dice Vivian—. El señor Howard fue a Trenton para hacerle preguntas sobre Hannah. Le dijo que estaba escribiendo un libro

sobre ella y que necesitaba documentarse. Benjamin afirmó que no conocía nada sobre el tema y se despidieron, pero algo le hizo pensar que el periodista supo que mentía. Poco después Howard dio conmigo.

«Claro», piensa Alison. Patrick había leído los diarios de Benjamin y Hannah y los había comparado como había hecho ella. Sabía que la pluma estilográfica era de Peter Banks, pero, además, Benjamin había escrito sobre ella en el diario.

—Y ¿qué te dijo para que llegaras tan lejos, Vivian? Porque no me encaja. Habías creado una nueva identidad que te permitía disfrutar de una buena vida, tener un trabajo reconocido, formar una familia y olvidar lo que pasó en 1993… Aunque Patrick te encontrara, ¿por qué no hacer como Benjamin y negar lo que dijera?

La neuróloga piensa en ello.

—Patrick Howard me tendió una trampa. Cuando me contó por qué había venido a la clínica, me hice la sorprendida. Mi intención era despacharlo sin darle nada a lo que pudiera agarrarse. Pero me aseguró que lo sabía todo y que las pruebas me señalaban de forma irrefutable. Me dijo que iba a publicarlo, que ya no había vuelta atrás, pero que, si le daba una confesión completa, no diría nada a la policía hasta la salida del libro. Era una especie de ultimátum, ¿entiendes? Me estaba dando tiempo para que me fuera del país con mi familia, para que escapara de la justicia una vez más, o al menos que lo intentara. Me derrumbé delante de él. No pude evitarlo. No quería separarme de los míos. Después de tantos años, no podía perderlo todo así. De modo que cedí y le di mi confesión.

—Supongo que luego te arrepentiste.

Vivian asiente.

—Ese día Howard me habló como si me estuviera salvando la vida. Yo no pensé con claridad. Me vi en una encrucijada y confesé. Más tarde, en casa, pude ver la situación en frío. Mi nombre iba a ser conocido en todo el país. Mi hija tendría que oír que su madre era una asesina. ¿Cómo iba a permitir eso? No quería pasarme la vida huyendo, y mucho menos involucrar a mi familia en ello. Debía buscar una alternativa. Patrick había conseguido mi confesión, pero

había prometido no hacerla pública durante un tiempo que se volvió valiosísimo. Era una cuenta atrás para la perdición.

—¿Qué hiciste entonces? —quiere saber Alison.

—Pensar un plan. Tenía que conseguir que el libro de Patrick Howard no se publicara jamás. Disponía de tres opciones: convencerlo de que no lo hiciera, robarle su trabajo o quitarlo de en medio. La primera opción la descarté al instante porque, aunque consiguiera disuadirlo, viviría el resto de mi vida con miedo de que cambiara de idea. La segunda era una elección algo mejor, pero no era la más fiable. Aunque consiguiera robarle todos los archivos del libro, Patrick Howard podía empezarlo de nuevo, o incluso hablar directamente con la policía. Pero la tercera… —Se queda pensativa —. La tercera significaba solucionar un error cometiéndolo de nuevo. Era un bucle del que necesitaba salir. Y de pronto di con la solución: Patrick Howard se quitaría él mismo la vida.

Para Alison, escuchar a Vivian es escalofriante. La pregunta que está a punto de formular le araña cada centímetro de sus cuerdas vocales antes de salir por su boca.

—¿Cómo se consigue que alguien se suicide?

Vivian muestra una sonrisa torcida a pesar de no estar orgullosa de lo que va a decir.

—Con dinero, Alison. Todo en esta vida se consigue con dinero.

71
Patrick Howard
Tres horas y treinta minutos antes del suicidio

Irina lo había llamado a las ocho de la tarde. Había discutido con Francis. Patrick no sabía muy bien qué había pasado, pero le había propuesto recogerla y ella había aceptado en el acto.

La editora lo esperó en el portal de su casa. Cuando Patrick detuvo el coche, ella se subió sin articular palabra. Casi sin pensarlo, Patrick condujo hasta Brooklyn. Solo hacía unos meses que se había mudado a Manhattan para escribir su nuevo libro y aún consideraba ese distrito como su hogar. Era el lugar al que acudir en busca de tranquilidad. No era exactamente lo que promulgaba Nueva York, pero así era como Patrick veía ese pedacito de ciudad.

Aparcó en Brooklyn Heights, uno de los barrios más seguros del distrito, y esperó a que Irina dijera algo.

—Ha sido horrible, Patrick —susurró mirando por la ventanilla.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha puesto muy violento. Nunca lo había visto así.

—Irina, mírame.

Ella lo hizo, pero no por mucho tiempo.

—Cuéntamelo desde el principio.

No hizo falta que se extendiera demasiado. Lo soltó sin más:

—Le he dicho que quería el divorcio.

A Patrick el corazón le dio un vuelco.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tú crees que bromearía con algo así?

Patrick no sabía qué decir. Se había quedado sin aliento. Ahora solo podía imaginarse un futuro junto a Irina. Se sorprendió

viéndose desayunando con ella, cocinando juntos, trabajando codo con codo. ¿Cómo serían las correcciones de sus libros a partir de ahora? Una pequeña sonrisa se le escapó, pero la escondió de inmediato. Irina estaba pasando por un mal momento y no podía sentirse agradecido por el hecho de que hubiera ocurrido, aunque deseara salir del coche y gritar de alegría a los cuatro vientos.

—¿Qué ha dicho él?

—Me ha llamado de todo. Ha empezado a romper cosas. Tengo el salón hecho un desastre.

—¿Tú estás bien? ¿Te ha…?

—A mí no me ha tocado, si es lo que quieres saber.

Patrick suspiró, aliviado.

—Y ¿qué le has dicho para irte de casa?

—No tengo por qué darle explicaciones, y menos después de haberse comportado así. —Hizo una pausa—. Él se ha ido a un hotel a pasar la noche. Ha dicho que no podía estar bajo el mismo techo que yo y se ha largado. Mañana vendrá a por sus cosas.

—Si necesitas algo, no dudes en pedírmelo. Lo que sea, Irina.

—Lo sé. Gracias.

Estuvieron en silencio unos minutos. Las farolas iluminaban con luz tenue la calle, desierta a esas horas.

—¿Quieres que demos una vuelta? —le preguntó Patrick.

Ella negó con la cabeza.

—No me apetece caminar.

—Lo hacemos con el coche, entonces.

—No hace falta, Patrick.

Arrancó el motor.

—Conducir es mi deporte favorito. No me quites la ilusión.

Irina dejó que Patrick la llevara a visitar los lugares más emblemáticos de Brooklyn. Recorrieron los barrios de Dumbo, Williamsburg y Coney Island. Pasaron por delante del Brooklyn Museum, de la Biblioteca Central y del parque de atracciones Luna Park. Luego Patrick la llevó a ver el lugar donde se crio. Se trataba de una casita con jardín situada en el barrio de Park Slope. Le contó que sus padres pasaron por una mala racha cuando tenía diez años y tuvieron que venderla para mudarse al piso donde viven ahora. La

siguiente parada fue la zapatería, el negocio familiar donde él había trabajado antes de dar tumbos hasta acabar presentando su propio programa y escribiendo libros de *true crime*. Ver los orígenes de Patrick con sus propios ojos hizo que Irina olvidara por momentos la discusión con Francis y se agradeció a sí misma haberle llamado. «Es un buen motivo», se dijo.

Al mirar la hora que era, Patrick dio un respingo.

—Escucha, he pedido una pizza para las diez en punto. ¿Te apetece venir a mi casa y cenar conmigo?

—No tengo hambre, Patrick. Será mejor que me lleves a la mía. Ahora el cuerpo me pide estar sola.

Patrick temió que Irina se hubiese arrepentido de haberle llamado. Quería preguntarle si la había ofendido por algún motivo, si podían comenzar de nuevo o quizá proponerle otro plan. Podía llamar a La Bohème y cancelar el pedido. Habría hecho cualquier cosa por pasar más tiempo con ella, pero le mantuvo la mirada y entendió que no debía insistir. Esa noche no.

—Está bien.

Volvieron a Manhattan con la radio encendida. Sonaba «Love & Hate», de Michael Kiwanuka.

Patrick aparcó delante del portal de Irina y bajó la música. Cruzaron una mirada y se contagiaron una tenue sonrisa. Se fundieron en un abrazo. Estuvieron así un largo minuto. Se separaron un poco y sus rostros quedaron a escasos centímetros. Sus respiraciones eran cálidas y entrecortadas. Fue Patrick quien dio el paso. Intentó besarla, pero Irina se apartó antes de que sus labios se encontraran.

—Aún no —dijo—. No quiero hacerlo así. Espera a que solucione las cosas con Francis.

—¿Quieres arreglarlo con él? —preguntó Patrick, confuso.

—No. Digo que quiero terminar mi etapa con él antes de empezar otra contigo.

Patrick aceptó la condición con un leve asentimiento.

—Gracias por esta noche —se despidió ella antes de abandonar el coche.

Patrick vio cómo Irina entraba en el portal y se quedó pensativo agarrado al volante. Subió el volumen de la música y se dirigió de vuelta a casa.

Condujo hacia el sur de Manhattan por la Segunda Avenida. Giró en una ocasión a la derecha y luego dos veces a la izquierda. Aparcó muy cerca de su casa. La tranquilidad de aquella zona de la calle Treinta y dos le recordó a su antigua casita de Brooklyn. Qué buen ojo había tenido. Además, su casera era una admiradora. Un poco cotilla, eso sí, pero se trataba de una mujer agradable. Se bajó del coche y caminó bajo las altas moreras. Se dispuso a sacar las llaves cuando alguien se abalanzó sobre él. La figura le dio un puñetazo en el rostro y lo tiró al suelo de un empujón. Patrick no entendía qué estaba pasando. De pronto sintió una fuerte patada en el vientre. Y otra. Y otra. Y otra. Tosió. Le faltaba el aire. Entonces el individuo dejó de pegarle. Patrick levantó la vista en busca de su agresor y vio cómo la figura, que tenía un pasamontañas en la cabeza, se esfumaba entre los coches a toda prisa.

Se incorporó poco a poco, dolorido, y miró a ambos lados. Nadie. Un nombre le vino inmediatamente a la cabeza: Francis Cooper. Irina le había pedido el divorcio y, según ella, se había puesto muy violento. Patrick se apoyó en una pared y llevó una mano a su vientre. Entendió perfectamente a Francis. Le acababan de romper el corazón y tenía a alguien a quien culpar. Esto era algo que Patrick se había buscado durante meses. Tenía que pasar de un momento a otro, estaba escrito.

Entró en la casa entre gemidos y cerró la puerta tras de sí. Al cabo de unos segundos, arrugó la nariz. Le extrañó sentir un ligero olor a pizza.

Entonces vio aparecer a alguien por detrás de las escaleras. Llevaba el casco de la Vespa con la visera puesta y lo apuntaba con una pistola.

—Llega tarde, señor Howard.

72
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 19.45 h

—Espera, Vivian —la interrumpe Alison—. ¿Qué hay de Dennis Peterson? Y ¿cómo entraste en casa de Patrick? Te estás dejando detalles por el camino.

—Eres una chica impaciente, Alison. Siempre has sido así. Quieres las cosas en cuanto las pides por esa boca.

—No me vaciles…

—Está bien, está bien. —Le enseña las palmas de las manos—. A Dennis lo esperé cerca del domicilio del periodista. Yo había tenido una semana para seguir los movimientos de Patrick y me di cuenta de que todas las noches pedía la cena a la misma hora. Y, mira tú por dónde, siempre se la llevaba el mismo repartidor. Pero no era un repartidor común, no. Era el subchef de un restaurante italiano llamado La Bohème. ¿Qué diablos hace un subchef rebajándose de esa manera?

—Ve al grano —le ordena Alison.

—Investigué a Dennis —sigue Vivian—. Era un hombre que se dejaba la piel para sacar a su familia adelante. Venía del Bronx, como su esposa, y hacían malabares para seguir viviendo en Manhattan. —Suspira, aburrida—. En fin, algunos deberían saber que no pueden estar a nuestra altura, ¿no crees?

El comentario le molesta a Alison. Sin embargo, se muestra imperturbable y deja seguir a la neuróloga.

—El caso es que vi en él la clave para salvarme. El plan era el siguiente: Patrick Howard iba a matar a Dennis Peterson tras una acalorada discusión y seguidamente se suicidaría arrepentido. De

este modo, nadie pensaría que su próximo libro tendría algo que ver con su muerte. Un señuelo, ¿entiendes? Pero no sería una tarea fácil. Tenía que planearlo todo con pulcritud. Verás. Con los repartos diarios, tenía el lugar y el momento para involucrar a Dennis en un enfrentamiento con el periodista. Pero no una discusión que la policía pasara por alto. Uno no mata por cualquier cosa. No. Debía ser algo que pusiera al descubierto la parte más oscura y hedionda de Patrick Howard. Te voy a hacer una pregunta, Alison. ¿Qué es lo más despreciable del ser humano?

Alison cae en la cuenta al instante.

—La pornografía infantil.

—Exacto. Es algo inmoral. Un tabú. Te diría que es incluso demencial. Por las noticias se habla a diario de asesinatos, violaciones, robos, agresiones. Lo tenemos casi normalizado, qué triste. Pero cuando surge un rumor sobre abusos sexuales con niños… —Se pone una mano en el pecho con una falsa cara compungida—. Se trata de algo imperdonable para cualquiera, y la gente habla de ello entre susurros.

Alison traga saliva. Se pregunta dónde están los límites de la maldad humana, pero no le es difícil imaginarse la respuesta.

—¿Fuiste tú quien puso la carpeta con los vídeos en el ordenador de Patrick?

—Yo puse el ordenador entero, querida, que no te enteras.

Alison estaba en lo cierto cuando pensó que ese ordenador no era de Patrick. Ni él ni Dennis tenían nada que ver con la red de pornografía infantil. Por tanto, el pequeño Cody no es una víctima de abusos sexuales.

—La dirección de la casa donde llevaban a los niños no se hizo pública. ¿Desde cuándo perteneces a la red Nielsen, Vivian?

Ella niega con la cabeza.

—Eso no importa.

—Sí que importa. —Alison descarga la mano en la mesa con fuerza—. ¿Te das cuenta de todo lo que has hecho? Asesinato, pornografía infantil, inducción al suicidio. ¿Es que no tienes remordimientos?

—¿Me vas a dar una charla de moral a estas alturas? —grita enfadada—. Sé muy bien lo que he hecho, y no estoy orgullosa de ello. Empecé en la red años después de lo de Hannah. Quería ganar dinero fácil y rápido para costear la clínica y empezar otra vida con mi nueva identidad. Pero yo nunca abusé de los niños, Alison, eso que quede claro. Solo distribuí las imágenes. Reconozco que es algo horrible, pero me gusta pensar que fue cosa de Elena, no mía. Me aparté de la red nada más abrir el negocio. Luego conocí a Victor. ¿Quieres que te cuente mi plan o no?

Alison asiente y Vivian relaja el semblante.

—Compré varias cosas a través de la Dark Web —levanta un dedo por cada producto que enumera—: un portátil de segunda mano, dos pistolas Springfield XD de 9 milímetros sin número de serie, un maletín para el arma con código de seguridad y un móvil. El soporte de aro de luz lo adquirí en un bazar y los vídeos los conseguí a través de la red.

Vivian se detiene. Mira hacia arriba recordando cada paso que dio para contarlo debidamente y continúa:

—Armé el portátil con datos y fotografías de Patrick que pude encontrar en internet e introduje cuatro vídeos y un documento cifrado de la red en él. Una de las pistolas era para mí. La otra ya la encontrasteis junto al cadáver de Patrick. Pero esa la puse dentro del maletín de seguridad. Tenía que ser muy precisa en esa parte. Si no, podía salir muy mal parada. ¿Qué me falta? Ah, sí, el teléfono: eso solo era para conectarlo a la red wifi y hacer la videollamada con el programa.

—¿Por qué *El show de Rachel Brooks*? —quiere saber Alison.

—Vaya, se me ha pasado decirte que me colé en casa del periodista antes de ese día. Quería coger uno de los cuchillos de la cocina con sus huellas impresas en el acero. No hace falta que te diga para qué, ¿no? Cuando me disponía a abandonar la casa, encontré algo de lo más interesante: un pósit amarillo colgaba imantado de la nevera. En él, Rachel Brooks invitaba a Patrick Howard a pasarse algún día por su programa.

Alison se sorprende. El pósit. Patrick debió de tardar en quitarlo de la nevera.

—Pero ¿por qué llamar tanto la atención? Podías haber hecho que Patrick se suicidara sin que entrara en antena. Los vecinos habrían escuchado el disparo y habrían avisado a la policía.

Vivian la mira con interés.

—Qué bien se te daría el crimen siendo policía, Alison.

—Si soy policía es precisamente para combatirlo.

Vivian arquea una ceja.

—¿De qué película has cogido esa frase?

—Contéstame, Vivian —dice Alison. La neuróloga la está sacando de sus casillas—. ¿Por qué hacer que millones de personas vieran cómo Patrick Howard se quitaba la vida en directo?

—Porque eso haría que todo el país hablara de la muerte de Patrick Howard y se preguntara por qué lo había hecho. La prensa se lanzaría sobre la policía y sentiríais la presión social para cerrar el caso cuanto antes. Era una forma de agitar una caja llena de cucarachas y que vuestra misión fuera terminar la investigación sin que ninguna escapara. Además, si todo el país veía cómo Patrick apretaba el gatillo, nadie pensaría que habría otra persona involucrada en esa muerte. Lo que no sé es por qué no hicisteis público lo de la pornografía.

—No teníamos por qué hacerlo.

—Bueno —se encoge de hombros—, lo más importante era que relacionarais el suicidio de Patrick con el asesinato de Dennis y, posteriormente, a ambos con la red Nielsen. Una muerte daba sentido a la otra. El arrepentimiento puede ser tan poderoso…

—Y lo pensamos —reconoce Alison—. Pero nos hemos vuelto a desviar, Vivian. Necesito que narres los hechos por orden cronológico.

—Es verdad. Perdóname, ya parezco tu padre.

Alison da un puñetazo a la mesa y la mira con furia. La neuróloga pretende desestabilizarla y lo está consiguiendo, pero no quiere dejarse engañar. No puede perder los papeles en un momento como este, y mucho menos con la cámara de seguridad encendida. Es su primer caso como detective. Tiene que hacer las cosas bien. Antes de que Vivian siga mencionando a sus seres queridos, formula una nueva pregunta:

—¿Cómo entraste en casa de Patrick?

—Robar hoy en día es tan fácil, Alison… Las bandas criminales georgianas son un ejemplo de ello, y en internet hay tutoriales para todo. Te recomiendo ponerte una cerradura *antibumping* si no la tienes ya, por cierto.

—Vale —dice enfadada—. ¿Cómo mataste a Dennis Peterson?

—Esperé a que llegara a la casa de Patrick a la hora prevista y aparecí de la nada con la llave de la clínica en la mano, enguantada, por supuesto. Lo saludé. Le expliqué que era la pareja de Patrick e introduje la llave en el cerrojo. Como era de esperar, la llave no giraba. Me hice la despistada y le dije que me había equivocado de llavero, que me había dejado el otro en el coche. Le mentí sobre unas supuestas cajas pesadas que tenía en el maletero y él se ofreció a ayudarme. Qué gentil era. Me acompañó a mi coche y, nada más abrir el maletero, vio que no había cajas en él, sino una lona de plástico transparente desplegada. No le dejé hablar. Le ensarté el cuchillo hasta cinco veces. Dennis cayó sobre mí despacio. Tuvo una muerte elegante. Solo debí acompañar su cuerpo hacia el interior del maletero. Apagué su teléfono para que nadie pudiera rastrearlo y envolví el cadáver con el plástico. Me lo puso fácil, la verdad.

A Alison le hierve la sangre. Le sorprende la tranquilidad con la que Vivian cuenta cómo mató a una persona. Aunque, pensándolo bien, no era la primera vez que lo hacía.

—¿Fuiste tú quien le dio la paliza a Patrick?

Vivian ríe. La pregunta de la detective le parece de lo más infantil.

—Yo no puedo estar en todos lados, Alison. No tengo el don de la ubicuidad.

—¿Quién te ayudó? ¿Fue Benjamin?

—No. No quería meter a Benjamin en esto. A fin de cuentas, era un problema que yo misma había causado muchos años atrás.

—¿Quién lo hizo entonces?

Vivian dibuja círculos en la mesa con el dedo. Enarca las cejas, niega con la cabeza y dice:

—No tengo ni idea.

73
Patrick Howard
Una hora antes del suicidio

Después de dejar el abrigo en el perchero del recibidor, Patrick subió las escaleras de su casa con las manos en alto. Aunque había asegurado no tener cámaras de seguridad, Vivian no quiso creerle e iba por detrás de él con el casco de la Vespa puesto y el cañón de la Springfield en alto.

—A la izquierda —le ordenó cuando alcanzó la planta superior.

Patrick obedeció y fue hasta la habitación del final del pasillo que utilizaba como biblioteca. Había una escena preparada. La luz ya estaba encendida. Una silla estaba posicionada delante de la estantería y enfrentada a un trípode de luz que sujetaba un teléfono móvil desconocido para él.

—Siéntate.

—¿Puedo bajar las manos?

—Solo después de sentarte.

Patrick accedió y escrutó a Vivian desde la silla, aunque ella tenía la visera del casco bajada.

—¿Dónde está Dennis? —preguntó.

—No me digas que no te acuerdas —exclamó Vivian inclinándose hacia él—. Habéis discutido. Al parecer, él te entregó una mercancía que tú no le has pagado. ¿O era al revés? Bueno, qué más da. El caso es que habéis llegado a las manos y lo has matado con uno de los cuchillos de la cocina.

—¿Qué dices? —murmuró Patrick, estupefacto.

—Lo que oyes. Eres un maldito asesino.

—¿Qué es lo que quieres?

—No me voy a andar con rodeos. Mi intención es que mueras esta noche.

Patrick tragó saliva.

—No es necesario hacer esto.

—Has llegado demasiado lejos, Patrick. No hay vuelta atrás.

—Espera —suplicó—. No publicaré el libro. Lo olvidaré todo. Hablaré con la editorial. Lo entenderán. Investigaré otro crimen y haremos como si nada hubiese pasado, ¿de acuerdo?

—Sabes perfectamente que no puedo dejarte libre. Tú tampoco te fiarías. Aunque te deshicieras del libro, ¿quién me dice que no se lo contarías a la policía?

—No lo haré. Te doy mi palabra.

—¡Tu palabra no vale una mierda! ¿Es que no lo entiendes?

A Patrick se le nubló la vista. Hizo un esfuerzo por encontrar una salida, pero los engranajes de su cerebro no funcionaban. Le era imposible pensar de forma racional. Maldijo el día en que aceptó escribir ese libro, pero entonces recordó el motivo de su decisión. Fue Irina quien le había hablado de Hannah. Irina. Patrick no podía morir ahora. Irina iba a divorciarse de Francis para empezar una vida con él.

—Haré lo que quieras, pero no me mates. Puedo eliminar todos los archivos del reportaje ahora mismo.

—De eso ya me he encargado yo, no te preocupes —dijo Vivian—. Me he llevado tu ordenador y he dejado en tu despacho otro con la mercancía de Dennis en el disco duro.

Patrick la miró confuso.

—¿Te gustan los niños, Patrick? La policía no va a dudar de ello, eso te lo aseguro.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —insistió él—. Te prometo que no diré nada.

Vivian alargó la mano libre.

—Tu móvil y las llaves del coche.

Patrick apretó los dientes. No tuvo otro remedio que darle lo que pedía.

—No me mates, por favor —sollozó desesperado.

—Tranquilo, no lo voy a hacer yo —le explicó ella—. Vas a ser tú quien se quite la vida.

Un rayo de esperanza iluminó la mirada de Patrick.

—No. No pienso suicidarme.

—Claro que quieres, créeme.

Negó con la cabeza, decidido.

—No voy a hacerlo.

—¿Cuánto dirías que vale tu vida, Patrick?

—Mi vida no se puede comprar.

Vivian rio por lo bajo.

—Te equivocas. Todas las personas tienen un precio. Y siento decirte que, por ser un periodista afamado, el tuyo no es más alto que el de tus padres.

La expresión de Patrick cambió de inmediato.

—¿De qué demonios me hablas?

El casco se inclinó hacia un lado.

—Te sangra el labio, Patrick. ¿Qué te ha pasado? ¿Alguien se ha cruzado en tu camino antes de llegar a casa?

Patrick no tuvo respuesta. Había creído que el hombre del pasamontañas era Francis, pero ahora no estaba seguro. Se limpió la sangre del labio con el dorso de la mano y dijo:

—¿Quién ha sido?

—No lo conozco. No sé cómo se llama ni tampoco le he visto la cara. Pero he hablado con él a través de la Dark Web. Su trabajo es realizar encargos. Tú le haces una propuesta: le proporcionas un nombre, una foto y una dirección, y él decide si quiere llevarlo a cabo o no. Si acepta el encargo, te da un presupuesto de cada persona a la que va a seguir y ejecutar.

El terror recorrió lentamente el cuerpo de Patrick. La ansiedad le estrujó el cuello, le apretó el pecho y le retorció el estómago. Sus músculos se contrajeron de forma que sus extremidades quedaron selladas y doloridas como si dientes afilados le hubiesen mordido y desgarrado los nervios.

—¿Por qué has mencionado a mis padres?

Sin dejar de apuntarlo con el arma, Vivian se desabrochó el abrigo y sacó una fotografía del bolsillo interno. En ella aparecían Albert y

Marga Howard saliendo de la zapatería que tantos años habían regentado.

Patrick bajó la mirada. No quería verla.

—El asesino tiene en su poder una copia de esta fotografía —dijo Vivian—. Y, bueno, a ti ya te ha conocido en persona. La policía pensará que ha sido Dennis quien te ha agredido. —Soltó un profundo suspiro—. ¿Sabes cuánto valen vuestras vidas, Patrick?

—¡No quiero saberlo!

Pero Vivian se lo dijo igualmente:

—25.000 dólares por cabeza.

Patrick no pudo aguantar más y rompió a llorar. Vivian se guardó la fotografía y dejó que se desahogara durante un par de minutos. Se mantuvo firme en todo momento. Lo vio desmoronarse ante ella, escuchó sus súplicas, sus alaridos. Y, a pesar de mostrar fiereza con el arma en alto, el llanto desgarrado de Patrick le hizo quebrarse por dentro. Por un instante dudó de sus intenciones y estuvo a punto de echar todo el plan por la borda. Pero luego recordó por qué lo hacía. No tenía alternativa.

—Tienes dos opciones, Patrick: suicidarte y salvar a tus padres, o no hacerlo y morir los tres. Tú decides.

Patrick dejó de llorar.

—¿Aún no has dado luz verde a la ejecución? —le preguntó con un hilo de voz.

—La realidad es algo más complicada que eso. El sicario sabe que estoy ahora contigo. Pero no está ahí afuera, esperando a que termine nuestra charla. Claro que no. Él ya ha puesto rumbo a Brooklyn, no sé si me entiendes.

—Llámalo. Dile que no lo haga. ¡Que los deje en paz!

—Yo no tengo que decirle nada, Patrick. Él aparcará su coche delante del domicilio de tus padres y se pondrá a ver su programa favorito en el móvil. Serás tú quien lo detenga.

—Y ¿cómo se supone que lo haré?

—Apareciendo en antena.

—¿Qué? Yo no soy nadie para hacer eso. Mis programas están grabados, no son en directo, y tampoco estoy en mi horario de emisión. ¡Es un maldito disparate!

—¿Tú crees? Yo apostaría un buen fajo de billetes a que, si llamas a Rachel Brooks y le dices que quieres aparecer en su programa, se le dibuja una sonrisa en esa cara tan bonita que tiene.

Patrick se quedó con la mirada perdida, consciente de que Vivian ya había entrado en su casa antes y había visto la nota amarilla de Rachel en la cocina. Toda la rigidez que había sentido antes había desaparecido, desplazada por una sensación de pesadez. De pronto, estaba exhausto.

—¿Qué es exactamente lo que tengo que hacer? —preguntó, vencido.

—Vas a llamar a *El show de Rachel Brooks* y pedirás entrar en directo por videollamada.

Patrick miró el teléfono encajado en el soporte de luz esférica.

—Ese móvil no tiene tarjeta. Está conectado a la red wifi de la casa. Ah, también está monitorizado. Voy a ver en todo momento lo que estás haciendo, así que no intentes contactar con nadie más que con el programa porque le puede costar la vida a tus padres.

—No lo haré —dijo Patrick con un ligero temblor en la voz.

—Es importante que entres en directo nada más empezar el programa.

—¿Por qué?

—Hay una hora límite. Si no ejecutas el plan antes de que pasen los primeros diez minutos de emisión, el asesino ejecutará el suyo.

Patrick asintió secamente.

—Te he creado una cuenta de correo electrónico nueva. —Le dio una nota con la dirección—. Cuando llames, les dirás que te envíen el enlace de la videollamada a ese correo. Esperaremos hasta que sean las 23.30 y, cuando comience a sonar la banda de *El show de Rachel Brooks*, yo me iré de la casa. Hay un maletín escondido debajo del sofá. No bajarás a por él hasta que oigas la puerta. El código para abrirlo es 1975, el año de tu nacimiento. Dentro encontrarás una pistola como esta. —La zarandeó—. Volverás rápidamente arriba y te sentarás en la misma silla de ahora. Esperarás a que te den paso y, una vez en el aire, dirás que te arrepientes de todo y que lo sientes. Luego no habrá ni una mísera palabra más. Te pegarás un tiro y salvarás a tus padres. El asesino

está al tanto de todas las instrucciones. Si no cumples con tu parte, matará a Albert y Marga Howard y más tarde vendrá a por ti, Patrick. Aunque intentes protegerte, no lo harás por mucho tiempo. Porque no conoces a esa persona, y tampoco podrás esconderte el resto de tu vida.

Patrick no dudó ni un segundo. Las posibilidades de salir con vida eran nulas. Tan solo podía salvar a sus padres, y no tenía nada que pensar al respecto. Solamente había una salida.

—Dame el teléfono.

Vivian sacó el móvil de Patrick y marcó un número.

—Si dices algo indebido, te pegaré un tiro yo misma, no aparecerás en el programa y el asesino acabará…

—Que sí —la interrumpió, nervioso—. Lo he entendido.

Vivian pulsó el botón de llamada, activó el altavoz y acercó el móvil a Patrick. Una voz grabada se coló por el auricular:

«Está usted contactando con *El show de Rachel Brooks*. Por favor, explique brevemente el motivo de su llamada».

—Quiero aparecer en el programa de esta noche.

Se escuchó un silencio incómodo.

«¿Su consulta es acerca del próximo programa de *El show de Rachel Brooks*? Diga "sí" o marque uno si la respuesta es afirmativa. Diga "no" o marque dos si la respuesta es negativa».

—Sí.

Otro silencio ruidoso.

«Encontrará nuestra programación en www.elshowderachelbrooks.com. ¿Hemos solucionado su consulta? Diga "sí" o marque…».

—No —dijo Patrick, impaciente.

Después de un último silencio, la voz grabada pronunció las palabras que Patrick esperaba:

«Le pondremos en contacto con nuestro personal. Manténgase a la espera».

Tonos de llamada sonaron por primera vez. La espera fue eterna para Patrick. Sentía los latidos de su corazón en el cuello.

—Departamento de Comunicación de *El show de Rachel Brooks*, dígame —dijo una voz masculina al otro lado.

—Hola. Soy Patrick Howard. Me gustaría aparecer por videollamada en el programa de esta noche.

—Eso va a ser imposible —contestó, tajante—. El programa ya está preparado y cerrado. Además, no solemos hacer estas cosas, lo siento.

—Escúcheme, por favor. Tengo… —buscó una excusa— una noticia muy importante que anunciar. Será solo un minuto, se lo aseguro.

—¿Qué clase de noticia?

Patrick vaciló.

—No se lo puedo decir, pero va a dar mucho que hablar.

—Lo siento, señor. Ya tenemos un invitado para esta noche.

—No interferiré en sus tiempos —insistió Patrick—. Necesito un minuto al inicio del programa, nada más.

—¿Quién ha dicho que es? —preguntó el operario, no muy convencido.

—Patrick Howard, soy periodista. Presento *Víctimas y verdugos*, no sé si le suena.

Escuchó la respiración pausada de su interlocutor.

—Deme un momento.

Puso la llamada en espera. Patrick levantó la mirada hacia la pistola, que no había dejado de apuntarlo, y hacia la mujer que la empuñaba. Temía que se le fuera el dedo sin querer. Que lo matara y que no pudiese salvar a sus padres.

—¿Señor Howard? —Una voz femenina le hizo volver en sí.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Sandy Robinson. Soy la asistente de Rachel. Es un honor hablar con usted. ¿Qué desea exactamente?

—Hola, Sandy. Quiero anunciar algo importante esta noche. Puedo entrar en videollamada.

—Verá, hoy es nuestro programa especial por nuestros cinco años en antena y tenemos el *planning* cerrado.

—Estoy seguro de que pueden detener el programa un minuto, Sandy. Al inicio, antes de que entre el invitado. Se lo pido por favor. Rachel me propuso hablar en el programa hace un tiempo.

La asistente pensó en ello.

—¿Podría mencionar su próximo paso por el programa?

—Por supuesto.

—Está bien. Hablaré con Rachel, pero no le prometo nada. Ha escogido un día complicado; esto es un caos.

—Gracias, Sandy. Se lo agradezco mucho.

—Dígame una dirección de correo electrónico para que le enviemos el enlace de la reunión en caso de que podamos hacer la videollamada.

Patrick leyó en voz alta la dirección que había escrita en la nota que le había dado Vivian y se la devolvió a su captora.

—De acuerdo —dijo Sandy—. Esté al tanto de la bandeja de entrada, por si acaso.

—Voy a estar pegado al teléfono, se lo aseguro.

Vivian se guardó el móvil nada más colgar. Revisó la hora: las 23.15.

—Quedan quince minutos —le informó—. Vamos a ver si eres capaz de que un *late night* de gran audiencia modifique su programa especial por ti. ¿Rachel Brooks te guarda rencor por algún motivo?

Patrick no contestó.

—En fin —dijo Vivian—. Toca esperar.

Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer poco a poco hasta sentarse en el suelo.

—Mantener la pistola en alto durante tanto tiempo es cansado, no te creas.

Flexionó una rodilla y dejó la mano que sostenía la Springfield sobre ella.

—Qué lástima —comentó desde el suelo—. La pizza se te va a enfriar.

Cuando faltaban cinco minutos para el inicio del programa, Patrick empezó a dudar de sus posibilidades. No había entrado ningún correo electrónico al teléfono.

—Se habrán equivocado escribiendo la dirección.

—O Rachel Brooks no quiere verte esta noche —dijo Vivian.

—Déjame volver a llamar.

—Ya has hecho tu última llamada, Patrick. No habrá otra.

Esperaron en un silencio denso que parecía gritar a viva voz.

—¿Cómo es posible que tarden tanto? —se quejó Patrick. Estaba sudando.

Vivian sacó su móvil y puso la retransmisión en directo de *El show de Rachel Brooks*. Faltaba un minuto.

—Esto está a punto de empezar.

—No lo hagas, por favor. —Patrick volvió a las súplicas, a la desesperación y a la tristeza más profunda.

—No tengo otra opción —susurró ella, que temía el momento en que tuviera que apretar el gatillo.

Al cabo de unos segundos, la banda del programa empezó a sonar. La batería, el bajo, la guitarra, los vientos. La aclamación del público avisó de la entrada de Rachel Brooks en plató.

Vivian se puso en pie. Apuntó a la cabeza de Patrick, que cerró los ojos con fuerza, y repitió las palabras que acababa de decir:

—No tengo otra opción.

Pero no estaban dirigidas a Patrick, sino a sí misma. Intentaba no culparse de lo que iba a hacer. Una lágrima brotó de sus ojos, pero, aunque él no los tuviese cerrados, la visera del casco se la habría ocultado. Al fin y al cabo, de eso se trataba. Aparte de esconder su identidad ante posibles cámaras, el casco le permitía esconder sus debilidades y mostrarse fría e impenetrable.

Entonces, una alarma corta se coló en la habitación. Patrick abrió los ojos y miró la pantalla del móvil sujeto al trípode. Se había iluminado. En ella, una notificación avisaba de que había llegado un correo nuevo a la bandeja de entrada.

—¡El enlace! —gritó Patrick, nervioso—. ¡Lo han hecho! Me han…

Pero se detuvo al darse cuenta de lo que eso significaba. Casi sin poder respirar, le pidió con la mirada a Vivian que no lo obligara a hacerlo.

Ella se recompuso de inmediato. Su tono volvió a ser autoritario.

—Recuerda no bajar al salón hasta que oigas que se cierra la puerta.

—¿Cómo sé que no les pasará nada a mis padres?

—Tendrás que confiar en mí. Suicidarte esta noche va a ser tu mayor acto de fe.

Sin dejar de apuntarlo, caminó por el pasillo apresurada. Bajó las escaleras a toda prisa y Patrick oyó cómo abría y cerraba la puerta principal de un portazo.

Salió de la biblioteca con el corazón trepándole por la garganta. Fue al salón y metió una mano por debajo del sofá. Localizó el maletín enseguida. Tenía un cierre de seguridad con una contraseña de cuatro dígitos. Marcó la que Vivian le había dicho: 1975. Con un chasquido, el maletín se abrió y pudo ver la Springfield XD encajada en espuma precortada. Sintió un escalofrío. La cogió y subió de nuevo a la biblioteca. Se sentó en la silla y entró en el enlace que le habían enviado. De pronto, la pantalla del teléfono se volvió negra. Estaba dentro de la videollamada. Un pequeño texto en letras blancas le decía que se encontraba a la espera de que el anfitrión de la reunión aceptase su participación.

Patrick agachó la cabeza. Se alegraba de poder salvarles la vida a sus padres. Ellos se lo habían dado todo. Nunca les había sobrado el dinero, pero habían hecho todo lo posible para que a su hijo no le faltara de nada. Recordó decenas de abrazos. Decenas de sonrisas. La casa de su infancia. La zapatería. Cuánto los quería. Le hubiera gustado poder hablar con ellos, explicarles por qué lo hacía. Él sabía que no lo habrían entendido. Pero ¿qué hay más bondadoso que la verdad? Si había algo de lo que se arrepentía enormemente era de no haber pasado más tiempo con ellos.

Luego pensó en Irina. Qué cerca había estado de ser feliz con ella. Después de tanto tiempo, ella le había confirmado la reciprocidad de sus sentimientos. Había algo que a Patrick le carcomía por dentro. Iba a morir sin besarla. Pero, aunque así fuera, aunque todo estaba a punto de acabar sin siquiera haber empezado, iba a morir ilusionado. Y le daba las gracias por permitirle sentir tan agradable sensación.

De pronto la adrenalina le sacudió el cuerpo. Podía dejar una nota para la policía. Algo que les ofreciera explicaciones de lo que estaba a punto de hacer y que se lo pudieran decir a sus padres y a Irina, pero que también los guiase hasta la persona que había detrás de las muertes. Se levantó apresurado, salió de la biblioteca y fue corriendo a su despacho, al otro extremo del pasillo. Abrió los

cajones de su escritorio con fuerza y, cuando encontró un rotulador negro, volvió a la biblioteca con el corazón a mil por hora. Se sentó en la silla de nuevo y se agachó hacia el parquet. Se escuchó un sonido sordo en el teléfono móvil cuando empezó a escribir. Asustado, tiró el rotulador al suelo y se quedó mirando lo último que había dejado para la posteridad: «NC».

La frustración y la tristeza volvieron a asaltarlo. No había podido terminar ni la segunda letra. De haber tenido tiempo, habría escrito «NO ES UN SUICIDIO».

El plató de *El show de Rachel Brooks* se visualizó en la pantalla. La presentadora, vestida con un llamativo vestido rojo, sonrió a la cámara con los últimos aplausos del público.

—Hola, Patrick. —Carraspeó—. ¿Nos escuchas?

74
Alison Hess
Domingo, 2 de octubre de 2016, 20.10 h

Alison apoya los brazos en la mesa de la sala de interrogatorios. Escuchar el relato de Vivian ha sido demoledor. Un enorme pesar se le ha introducido en el cuerpo y ahora es incapaz de verbalizar el desprecio que siente por la mujer que le devuelve la mirada, al otro lado de la mesa.

—¿Quién está al tanto de esto? —se esfuerza por preguntar.

—Nadie. Como te he dicho antes, no es algo de lo que me sienta orgullosa. No podía contarlo. Me daba asco a mí misma.

Alison no se cree esa última frase.

—¿Y el asesino?

—No he vuelto a hablar con él. De hecho, no le pagué las ejecuciones de los Howard. El encargo se formalizaría solo si Patrick no aparecía en antena. Pero el periodista hizo lo que le pedí y me ahorré 75.000 dólares de golpe.

—Y ¿qué hay de Dennis? ¿Lo cambiaste de coche antes de que llegara la policía?

—No. El riesgo era demasiado alto como para intentarlo. Lo dejé allí.

Alison le clava una mirada felina.

—¿Qué quieres decir con que lo dejaste allí?

—Tuviste que ver mi coche allí aparcado, Alison. Tengo un Jaguar XF blanco.

Alison se muerde el interior del carrillo para ahogar un grito. Recuerda ese coche. Ella aparcó entre el Jaguar y la Vespa de La Bohème.

—¿Dennis estaba dentro del Jaguar?

—Así es. Patrick me había dado las llaves de su coche, así que me fui con el Audi y dejé el mío frente a la casa del periodista. El cadáver de Dennis Peterson estaba delante de vuestras mismísimas narices.

El asombro de Alison es imposible de ocultar. Se siente burlada. Vivian Becker se ha reído de ellos desde el primer momento.

—¿Fuiste a por él al día siguiente?

—Sí, cuando la calle estaba vacía de policías. Alquilé un garaje cerrado en el que cabían los dos vehículos y, libre de miradas, metí a Dennis en el maletero del Audi. Hice lo mismo con el cuchillo de cocina con las huellas de Patrick. Allí le introduje la cápsula con la dirección de la casa de los Nielsen en la boca. Ese pequeño detalle iba a hacer que todo encajara ante vuestros ojos: desviaría vuestra atención del nuevo libro de Howard, si es que llegabais a saber de su existencia, y os centraríais en su supuesta participación en la red de pornografía infantil. El martes de madrugada salí sin despertar a Victor y April y abandoné el Audi en una zona poco concurrida del Bronx, cerca de la casa en cuestión. Me puse el casco de Dennis por si acaso se os ocurría ver las cámaras de los días siguientes al suicidio del periodista.

—Lo hice —confiesa Alison—. Criminalística encontró una fibra ajena al maletero del Audi, lo que me llevó a pensar que pertenecía a otro vehículo. Fui al lugar donde encontramos el coche y revisé las grabaciones de seguridad de una tienda de alimentos. Esperaba ver otro coche aparte del Audi en el vídeo perteneciente a la noche del suicidio de Patrick, pero, para mi sorpresa, el Audi no apareció. Fue entonces cuando revisé las grabaciones posteriores y te encontré al volante, aunque no pude verte la cara porque llevabas el casco de Dennis.

—Así que descubriste que todo era un montaje por un pelo. Qué irónico.

—Exacto. Estuvimos buscando a Dennis durante días. La Vespa estaba delante de la casa de Patrick. La pizza, intacta, en la cocina. Todo apuntaba a que había pasado algo entre ellos. Además, parece

ser que Patrick le había prometido a Dennis contarle de qué crimen trataba su nuevo libro esa misma noche.

Vivian levanta las cejas.

—Vaya, no tenía ni idea. A eso lo llamo yo matar dos pájaros de un tiro.

—Pero, aparte de la fibra de tu coche, Vivian, pasaste otra cosa por alto. Patrick tenía algo en su casa que me hizo interesarme por su tercer libro.

—¿El qué? Me llevé su ordenador y quité toda la documentación que tenía clavada en los tableros de corcho de su despacho.

—Una cámara —dice Alison—. Una Sony Mavica de 1981. Un prototipo, más bien.

—La cámara de Sam.

Alison asiente.

—Había una sola fotografía en su disco magnético en la que aparecía una chica desnuda.

—Hannah. —Vivian lo dice con cierto malestar.

—Sí. Cuando vi la foto de Hannah la primera vez que leí el informe del caso de 1993, las piezas encajaron. El suicidio de Patrick Howard, la desaparición de Dennis Peterson y el asesinato de Hannah Larson debían de estar relacionados. Estaba convencida de ello. Pero me equivoqué. Dennis no tenía nada que ver, solo ha sido un daño colateral de tu diabólico plan para que Patrick no hiciera público que fuiste tú quien mató a Hannah. Quisiste ocultar una muerte y ahora cargas con tres a la espalda. Sin contar la distribución de imágenes de pornografía infantil. Te vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel, Vivian.

Ella dirige sus ojos hacia el espejo. Luego baja la mirada, triste.

—¿Sabes qué es lo único que me duele? Dejar a Victor y a April solos. Y… el saber que he decepcionado a Karen. Lo de Hannah no se puede justificar. Benjamin estaba pasando por un mal momento. Habíamos bebido. Hannah nos estaba espiando y nos confesó haberlo hecho más veces. Lo del cigarrillo fue un error, y yo perdí los papeles cuando Hannah cargó contra nosotros. No sé. Estaba alterada y borracha, y escucharla hablarnos así me hizo reaccionar como nunca hubiera esperado. —Cabecea, pensativa—. Con Patrick

y Dennis…, bueno, pensaba que aquella pesadilla había terminado. No voy a decir que lo había olvidado porque no es así, pero sí que había conseguido vivir una vida tranquila, formar una familia, tener mi propia clínica. Todo eso se iba a esfumar si no hacía algo. Patrick quería arrebatármelo, y yo no podía permitirlo. Por eso lo hice. Si Patrick Howard no hubiera metido las narices en mi pasado, yo nunca habría vuelto a pisar la Dark Web. Lo siento —dice mirando al espejo de nuevo—. Lo siento mucho.

Alison no cae en sus intentos de dar pena.

—¿Qué has hecho con el ordenador que te llevaste?

—Lo formateé, eliminé todos sus archivos. Me aseguré de que no quedara rastro de ellos en la nube. Luego lo destruí.

Esa afirmación es un jarro de agua fría para Alison. Por alguna razón, tenía la esperanza de que aún pudieran recuperar el libro inédito de Patrick Howard. Pero parece que ese texto nunca saldrá a la luz. Se entristece al rememorar las palabras de Rose Larson: «Hannah no era muy amante de los libros, pero estamos seguros de que el del señor Howard sería un gran homenaje».

Se levanta y abre la puerta de la sala de interrogatorios. El oficial que permanece detrás de ella la mira a la espera de una orden. Un leve movimiento de cabeza hacia Vivian basta para que el policía sepa qué debe hacer. Entra en la sala y saca unas esposas de la correa de su pantalón. Las cierra alrededor de las muñecas de la neuróloga y la obliga a levantarse. Cuando Vivian sale de la pequeña habitación, ve a Karen en el pasillo, que le devuelve la mirada con lágrimas en los ojos. El oficial apremia a Vivian para que avance, pero ella no le hace caso. Le aprieta suavemente el hombro a Karen y le dedica una sonrisa de medio lado.

Es la última vez que se verán.

Karen se va sin despedirse de Alison. Quiere ir con su cuñado y su sobrina. Tiene que decirles que sus vidas van a cambiar a partir de ahora. Vivian ya no estará a su lado. Es mejor que lo sepan por ella antes de que Alison o cualquier desconocido les informe de lo que ha pasado.

Alison se queda con los brazos en jarras. Ve cómo David se dirige a ella de nuevo por el pasillo.

—Detective Hess, hay algo más.

—¿Qué sucede? —pregunta Alison con desgana.

—Se trata otra vez de Benjamin Shaw —dice el oficial—. Quiere confesarlo todo. Afirma ser el asesino de Hannah Larson, Patrick Howard y Dennis Peterson.

75
Alison Hess
Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.00 h

Alison quita las fotografías del caso del tablero de corcho y las introduce en una carpeta azul. Ha decidido conservarlas. Aunque permanezcan guardadas en un cajón de la habitación de invitados y no las vea hasta dentro de unos años, significan mucho para ella, pues son parte de su primer caso como detective en el Grupo de Homicidios del Departamento de Policía de Nueva York. Deja la Glock sobre la carpeta y cierra el cajón del escritorio. El tablero de corcho queda vacío, preparado para el siguiente.

Hace tres noches que dio por terminada la investigación. Tras la confesión de Vivian Becker, Benjamin Shaw había querido confesar los mismos crímenes que la neuróloga. Para sorpresa de la detective, Benjamin había contado el mismo relato que ella, pero con un elemento diferencial: había sido él quien había asesinado a Hannah con la pluma estilográfica. De ese modo, el plan del suicidio de Patrick Howard había sido confeccionado para esconder su culpabilidad y no la de Vivian. Esa confesión también involucraba a Benjamin en la distribución de vídeos ilegales. Los dos afirmaban ser culpables en solitario. Sin embargo, uno de ellos mentía en lo que a las muertes se refería. Puede que el mentiroso nunca hubiera matado a nadie, pero era a todas luces cómplice de asesinato.

El sargento Russell había sido claro con ella ante la ambigüedad de la situación:

—No se preocupe, Hess. Su trabajo ha concluido satisfactoriamente. Tenemos a un par de individuos que, además de autoincriminarse, están implicados de manera directa en la muerte

de al menos una persona. Su objetivo era dar con los responsables y es lo que ha hecho. Ahora sus destinos se decidirán según el criterio del juez y jurado del juicio. Ah, por cierto. —Había apoyado los codos sobre su escritorio y juntado las manos—. Le tengo que pedir disculpas por querer cerrar el caso antes de tiempo. Ha sido usted muy perspicaz al ver más allá de las pruebas encontradas. La felicito.

Tras la detención de los responsables, Alison fue a hablar con Linda Peterson para explicarle el motivo de la muerte de Dennis. La historia la conmovió. Se quedó tranquila por saber que Dennis no había hecho nada malo, puesto que, con todos los rumores, ya no sabía qué pensar, pero se enfureció por el hecho de que hubiera muerto por asuntos de otras personas. Lo habían usado como cortina de humo, y ella solo quería que esa gente sufriera tanto que deseara morir entre rejas. Aunque la verdad no le guste a Linda, conocerla le ha dado paz. Le va a costar salir adelante ahora. Lo más probable es que se mude a otro distrito con su hijo Cody. Manhattan ya no le parece tan bonito como antes. En cualquier caso, Dennis los acompañará allá a donde vayan.

Hace dos días, Alison hizo una copia del diario de Hannah y se lo entregó a sus padres junto con la Sony Mavica. Después de tantos secretos, consideraba que los Larson debían saber qué pasó durante los últimos meses de vida de Hannah, y el diario que ella misma escribió era una buena aproximación. No entiende por qué no se les mencionó la existencia del mismo en su momento, aunque también sabe que la investigación con la que tuvo que lidiar el detective Cameron Garrett no fue fácil. Eso sí, les devolvió la cámara con el disco previamente extraído.

Hizo lo mismo con el diario de Benjamin, pero se aseguró de que Peter Banks no se enterase y se lo dio a Patricia en privado.

—Léalo cuando esté sola —le aconsejó.

Patricia la llamó ayer. Estaba desencajada. Ella no había estado al tanto de los maltratos de Peter hacia Benjamin. Todo había sido cosa de un hombre que quería deshacerse de un hijastro para vivir a solas con su esposa.

—He vivido engañada toda mi vida —se lamentó Patricia—. Si no me hubiese casado con Peter, tal vez Benjamin fuera otra persona hoy en día. Puede que no le hubiera hecho daño a aquella chica. En cualquier caso, es imposible saberlo. Nunca me lo perdonaré.

También fue a visitar a Irina Cooper para contarle la resolución del caso. La editora rompió a llorar ante la noticia y le confesó, como ya había adelantado Francis, que estaba divorciándose de su marido. Al parecer, la noche en que Patrick se suicidó, Francis se había ido a un hotel, pero volvió a casa al día siguiente. Se arrepentía de todo lo que había dicho y quería arreglar las cosas con ella. Pero Irina ya había tomado una decisión y no pretendía echarse atrás. Angustiado, Francis le rogó quedarse unos días en el piso para poner su vida en orden y ella le había dado una semana. Irina había mentido a Alison acerca de su llamada a Patrick y su divorcio porque no quería meterse en problemas. «Nadie quiere que lo señalen como sospechoso de una muerte, y la verdad aumentaba las sospechas hacia mí. Creo que actué como lo hubiera hecho cualquiera», se justificó. Hoy por hoy, Irina vive sola en su piso de la Segunda Avenida y llora más por un hombre con el que no llegó a tener nada que por otro con el que estuvo casada veinte años.

—Quiero decirle algo. —Irina detuvo a Alison antes de que ella abandonara su despacho—. Un productor se ha puesto en contacto con la editorial. Está interesado en *El mensajero de Sacramento*, el primer libro de Patrick. Quiere llevarlo al cine. Nosotras hemos contactado con Albert y Marga Howard, y nos han dado el consentimiento para negociarlo. Como usted ha llevado el caso de su muerte, creo que debo informarla de ello. Estoy segura de que Patrick está muy agradecido por todo lo que ha hecho.

La última conversación la tuvo con Camila Hernández. Se citaron en una cafetería de la Quinta Avenida. Era la primera vez que Alison veía a la reportera sin su acreditación alrededor del cuello y le pareció que estaba radiante. Su piel morena brillaba con los rayos de sol que entraban por las ventanas del local. Una vez que le contó toda la historia, Camila cerró los ojos y suspiró.

—Me alegra saber que no estaba equivocada con Patrick.

—Es usted una buena amiga, Camila. Y una gran profesional. Nunca pensé que podría colaborar con periodistas en una investigación. Le pido disculpas por haber pensado así. La voy a tener en cuenta a partir de ahora, que no le quepa duda.

Camila hizo una mueca con media sonrisa.

—Me temo que no va a poder ser, voy a pedir el traslado. He conocido a alguien que merece la pena, ¿sabe? Pero vive lejos y no puede cambiar su vida así como así. Yo, en cambio, puedo cubrir noticias por todo el país. Así que… —Se encogió de hombros, tímida —. No sé, creo que voy a intentarlo.

—Vaya, siento perderla tan pronto. Pero me alegro por usted. ¿A dónde se va?

Ella sonrió.

—A San Francisco.

Alison entra en la cocina y llena un vaso de agua del grifo. Al llevárselo a los labios, ve la carta que se escribió a sí misma como parte de la escritura terapéutica. «Tómate el tiempo que necesites para repararte. Algún día, cuando estés lista, darás ese paso y te liberarás de todas tus ataduras». Aún siente un pequeño cosquilleo en la nuca cuando lee el nombre de Aaron.

El timbre suena y Alison va al recibidor. Ve quién espera en el portal del edificio y abre la puerta presionando un botón. Hace lo propio con la del piso. Al cabo de un minuto, Karen se detiene en el umbral.

—Hola —la saluda con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—Hola, Karen. Pasa.

Ella accede y Alison cierra la puerta.

—Gracias por venir. Creo que tenemos que hablar sobre lo sucedido y, bueno, te debía una cena.

Intenta ser amable, pero Karen no contesta. Se sienta directamente a la mesa del salón. Alison toma asiento a su lado, en la parte enfrentada a la puerta.

—Antes que nada —lo vuelve a intentar—, quiero agradecerte la ayuda que me proporcionaste durante la investigación. Sin ti no habría podido… —Pero se da cuenta de que no es buena idea—. Karen, si hubiera sabido que tu hermana estaba metida en esto, no te habría dicho nada. Me sabe mal haberte involucrado en el caso.

—No tenías por qué saberlo —murmura ella, lo que le proporciona un atisbo de esperanza a Alison—. Pero Vivian es inocente. Benjamin confesó los crímenes de Hannah, Patrick y Dennis. Él es el culpable.

Alison tuerce el gesto.

—No lo sé, Karen. Tengo dudas.

—Mi hermana no es una asesina —insiste—. El perfil de Benjamin encaja más con el de un criminal, eso no me lo puedes negar.

—No tenemos nada que pruebe lo que dices. Lo siento mucho, pero ella también confesó.

Karen niega con la cabeza, muy seria.

—Se intentan proteger el uno al otro —dice—. No entiendo a Vivian. Tiene familia y un trabajo en el que se le reconoce su valía. ¿Cómo puede tirarlo todo por la borda de esa manera?

Las palabras de Karen hacen pensar a Alison. ¿Ella se inculparía por amistad?

—Tendrá sus razones —intenta convencerla—. No sabemos hasta qué punto Benjamin es importante para ella.

—¡Pero es su vida y la de su familia las que están en juego! Si las cosas salen mal en el juicio…

—Karen —busca las palabras adecuadas—, tú sabes que no pueden ir bien, eres policía. La confesión de tu hermana se presentará en el juicio. Aunque no sea una asesina, fingió serlo en la sala de interrogatorios. Nuestra conversación quedó grabada. Además, el Jaguar que había delante de la casa de Patrick la noche del suicidio es suyo. Eso va a jugar en su contra.

—Le buscaré un buen abogado. —Karen se mantiene en sus trece —. Haré lo que haga falta para que no vaya a la cárcel. Estoy convencida de que es inocente.

Alison seguiría dándole motivos para que entendiera que la situación de Vivian es demasiado complicada. Pero conoce muy bien a Karen. De nada serviría.

El timbre suena de nuevo.

—Por fin —dice según se levanta y abre el portal con un botón.

—Por fin ¿qué? —pregunta Karen.

—La cena. He pedido comida a domicilio.

—¿Ni siquiera te has dignado a cocinar?

Alison ríe, pero no contesta. Un minuto después, el repartidor le entrega la cena a cambio de un par de billetes.

—Que aproveche.

—Muchas gracias.

Cuando vuelve con Karen, deja la caja de pizza encima de la mesa. Hay un logo estampado en el cartón: La Bohème.

Al reparar en ello, la mirada de sorpresa de Karen escruta el rostro de Alison con inquietud.

—¿A qué viene esto?

Alison se sienta de nuevo y se toma unos instantes para responder.

—Te tengo que confesar algo, Karen.

76
Alison Hess
Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.20 h

El olor de la pizza *prosciutto* escapa por los agujeros de la caja cuadrada y se abre paso entre la tensión que hay entre ambas.

—Tú dirás —dice Karen.

—Como te he comentado, tengo dudas. Desconozco quién mató a Hannah Larson. No sé si fue Benjamin o tu hermana, y me aventuraría a decir que nunca lo sabremos con total seguridad. Pero todo cambia con el plan referente a la muerte de Patrick Howard.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me creo ni una sola palabra. Ni de Benjamin, ni de Vivian. Es un plan demasiado complejo, no sé si me entiendes.

—No, no te sigo.

—La Dark Web, las armas fantasma, la pornografía infantil, el sicario. Dudo que alguno de ellos supiera en qué recovecos de la internet oculta meterse sin que los estafaran o los descubriera la policía. Porque sé perfectamente que los de Delitos Informáticos os hacéis pasar por traficantes o criminales de esta índole para capturar a consumidores de mercancías ilegales.

Karen mira a Alison con gravedad.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, Karen. Te digo que, por ayudar a tu hermana, estás de mierda hasta el cuello. Dime, ¿quién se ocultaba bajo el casco? ¿Quién mató a Dennis Peterson e indujo a Patrick Howard al suicidio?

Karen arruga el entrecejo. Es como si no entendiera lo que su amiga le dice. Pero, de pronto, su expresión cambia y Alison ve

cómo se le forman los hoyuelos en las mejillas.

77
Patrick Howard
Una hora y diez minutos antes del suicidio

—Llega tarde, señor Howard —dijo una voz femenina que salía del interior del casco. Tenía la visera negra bajada.

A Patrick le costó trabajo asimilarlo. Acababan de darle una paliza en la calle y estaba aturdido. Reconoció el casco de Dennis, pero estaba seguro de que no era el subchef quien estaba detrás de la visera.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Eso da igual. Lo que sí te va a interesar es por qué estoy aquí. No te importa que te tutee, ¿verdad?

Patrick intentó reconocer la voz. En vano. No la había escuchado nunca y, por tanto, no conocía a quien se había metido en su casa y lo amenazaba con un arma. ¿Sería una ladrona en busca de dinero? No guardaba gran cosa en metálico. Y la única joya que poseía era el reloj que llevaba puesto.

—¿Qué es lo que quieres?

El casco se movió hacia un lado.

—Que tu tercer libro no llegue a publicarse.

Esa frase le dijo muchas cosas a Patrick.

—Tú no eres Vivian Becker —soltó, desconfiado.

—No. No soy Vivian.

Patrick se mostró confundido. Él había hablado con Vivian, o con la Elena del diario de Benjamin Shaw, y había escrito en su libro lo que ambos le hicieron a Hannah en 1993. Vivian se lo había confesado. Parecía que Benjamin había escrito su confesión en el diario, aunque luego se había arrepentido y había arrancado la

página que había usado para desahogarse. Sin duda, lo había hecho sin leer el párrafo previo que mencionaba la noche del faro, y ese error puso a Patrick en la dirección correcta.

Por eso, cuando escuchó la voz femenina detrás del casco de la Vespa, fue Vivian Becker la primera persona que le vino a la mente. Ella tenía motivos para querer evitar que Patrick publicase el libro. Pero, si no era Vivian la persona que le apuntaba con la Springfield, ¿quién era?

—Quítate el abrigo —le dijo la voz—. Quiero que estés presentable para lo que está por llegar.

78
Alison Hess
Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.25 h

—¿Desde cuándo lo sabes?

Alison apoya la espalda en el respaldo de la silla. La pregunta de Karen es una confesión en toda regla.

—Me resultó extraño que Benjamin, poco después de que supiéramos que iban a darle el alta en el hospital, quisiera confesar los tres crímenes. En el interrogatorio había negado haber escrito el diario de confesión que tenía el reverendo Weaver en su iglesia. También negó haber hablado con Patrick Howard. Luego había intentado huir de la policía tras agredir a su madre y a su padrastro. Entonces sufre un accidente y, mientras él se encuentra en el hospital, detenemos a su mejor amiga, que al menos era cómplice del asesinato de Hannah. Es imposible que se entere. Pero, cuando estoy interrogándola en el One Police Plaza, nos avisan de que ya podemos hablar con Benjamin, y Vivian lo confiesa todo: el asesinato de Hannah y el plan de suicidio de Patrick con la muerte de Dennis como daño colateral. Según su confesión, ella es la ejecutora de todas las partes, e incluso afirma haber pertenecido a la red de pornografía infantil de donde se sacaron los vídeos ilegales. Minutos después, Benjamin afirma ser el culpable de las tres muertes. ¿Por qué? Porque sabe que Vivian ya ha confesado. Pero la pregunta más importante es la siguiente: ¿cómo lo sabe?

»Vivian no pudo decírselo. Pensé en su marido. Incluso en el policía que custodiaba la puerta de la sala de interrogatorios. Pero no. Tú también estabas allí, Karen. Estabas escuchándolo todo detrás del espejo unidireccional. Solo me hizo falta una orden del

juez y ponerme en contacto con la compañía de teléfonos para pedir tu registro de llamadas. Mientras yo hablaba con tu hermana, hiciste una llamada de dieciséis segundos a un número cuyo propietario es, ni más ni menos, Benjamin Shaw. Tú le avisaste de lo que estaba pasando antes de que pudiésemos hablar con él y le confiscáramos el móvil. Él solo tuvo que responder con monosílabos por si el policía de la puerta de su habitación oía algo. Tú has estado involucrada desde el principio.

Karen inspira hondo y suelta el aire en un suspiro.

—Yo no hubiera hecho esto, Alison. Pero un día mi hermana me llamó pidiéndome ayuda. Quedamos en su clínica, para evitar que nos pudieran escuchar Victor y la niña. Cuando entré en su despacho, un hombre al que no conocía se volvió hacia mí en la silla. Era Benjamin Shaw. Al parecer, el problema los afectaba a ambos. Yo me senté y, tras unas miradas incómodas, me lo contaron. Sus palabras textuales fueron «matamos a una chica en 1993». Yo me quedé helada. No sabía cómo reaccionar. Me explicaron todos los detalles: que consiguieron escapar de la justicia, que Benjamin se fue de la ciudad y que mi hermana se cambió el nombre. Qué mal me sentí al saber por fin el verdadero motivo de su decisión, Alison, no te lo puedes ni imaginar. La cuestión es que me hablaron de Patrick Howard y de su nuevo libro. Yo había leído *El mensajero de Sacramento* y tenía intención de leer *El espejo del culpable*. Lo que nunca hubiera imaginado era que su próximo libro iba a tratar sobre el asesinato que mi hermana y su mejor amigo habían cometido veintitrés años antes. Howard estaba investigando y ya había dado con Benjamin. Los tres estábamos convencidos de que, tarde o temprano, encontraría también a Vivian. «Necesitamos detener a ese hombre, Karen», me dijo mi hermana. Por un momento pensé que ellos mismos se lo habían buscado, que se lo merecían. Pero era mi hermana. Su trabajo. Su matrimonio. Su hija. Ya habían pasado demasiados años de aquello. No es que la justifique, pero…

—Tú trazaste el plan —la interrumpe Alison.

—Sí. Pensé cómo podía ayudarlos desde mi experiencia como detective en la Brigada de Delitos Informáticos. Le di mil vueltas al problema hasta que solo vi una solución: Patrick Howard tenía que

morir. La idea me horrorizó, pero era él o mi hermana, y yo tenía clara mi elección. Con esta premisa, pensé cómo hacerlo. Si lo mataba, la policía buscaría al culpable de su asesinato, y posiblemente fuera más fácil atar cabos de algún modo. Era demasiado arriesgado. Iba a hacer lo contrario. Iba a convertirlo en una persona despreciable, merecedora del odio de toda la gente que supiera de su verdadera personalidad. Ese sería el fin. La Dark Web, el medio.

—¿Hiciste lo que supuestamente había hecho Vivian? ¿Lo que me contó en el interrogatorio?

—Así es —afirma Karen—. Aunque yo no había participado en la detención de Darius y Matilda Nielsen, conocía el caso a la perfección. Sabía que aún se distribuían sus vídeos en internet y tenía acceso a ellos de forma segura. Ni Vivian ni Benjamin han pertenecido nunca a esa red: todo ha salido de mi ordenador. La Dark Web es una herramienta tremendamente poderosa si sabes usarla. Y si tienes dinero, claro. Las criptomonedas te permiten hacer transacciones de manera anónima y, con movimientos inteligentes, puedes dar con gente muy peligrosa. Compré las armas fantasma y los vídeos de pornografía infantil, pero no contacté con ningún sicario. Le dije a Patrick que alguien mataría a sus padres si no seguía el plan y él se rindió ante mí. Podría haber señalado a Vivian y a Benjamin en antena, era un riesgo con el que contaba, pero lo habría hecho de igual forma si hubiera publicado el libro. Era un tiro a la desesperada y yo estaba muy nerviosa. No quería que Patrick me viera dudar, por eso me puse el casco. —Hace una pausa —. Menos mal que se suicidó.

A Alison se le ponen los pelos de punta.

—¿Lo hiciste con la conciencia tranquila? —le pregunta.

Karen no contesta.

—El sábado se habló de Hannah en los informativos de la FOX. ¿Te enteraste?

—Sí. Me llamó Vivian muy alterada. Tanto Benjamin como ella querían pararlo todo, pero les dije que era muy probable que fuese una estrategia de la policía, que no debían hacer ninguna tontería. Les pedí que confiaran en mí. Lo tenía bajo control.

Alison piensa en ello. Era una buena estrategia, habría funcionado de no ser porque había otra detective detrás de todo.

—Pero no contabas con la fotografía de Hannah —dice—. No viste la Sony Mavica en casa de Patrick.

—No, no la vi. Quién lo iba a decir. Una simple fotografía que hizo un pervertido durante una infidelidad ha servido para… —Se da cuenta del significado de sus palabras—. Para detenernos a nosotros.

—Quitando lo de la red Nielsen y el sicario, ¿todo lo que me contó Vivian es cierto?

Karen hace una mueca.

—Casi todo, pero cambiando los protagonistas: el plan fue mío. Yo compré la mercancía ilegal por la Dark Web. Yo preparé el ordenador falso de Patrick para dar el cambiazo. Que te ofrecieran el caso a ti me asustó mucho. Bueno, si te digo la verdad, estaba aterrada desde el primer día. Pero, cuando me pediste ayuda, respiré aliviada. De esa manera, podía decirte cualquier cosa y tú no ibas a dudar de mi palabra. Te mentí con lo de la auditoría del ordenador falso de Patrick. Te dije que se había conectado los últimos meses a la misma red wifi, pero eso había sido imposible porque solo tuvimos una semana para planearlo todo. Cuando me enviaste la imagen de la cámara de seguridad del Bronx, me quise morir. Habías descubierto que había una tercera persona detrás de las muertes y yo ya no sabía qué hacer. Me había puesto el casco por si se registraba alguna grabación de seguridad, pero tenía la ingenua esperanza de que eso no pasaría con todas las pistas falsas que había dejado. Me vi obligada a darte el número de teléfono de Benjamin cuando me lo pediste, pero lo avisé: él sabía que lo llamarías. Gané algo de tiempo con lo de Sam Gordon y el supuesto listado de trabajadores de Sony. No sabía qué podría decirte él, pero tenía que cortar esa línea de investigación, por si acaso. Sin embargo, lo encontraste por tus propios medios.

Alison se siente traicionada. Karen le ha mentido desde el principio. Intenta empatizar con ella, quiere entender que lo ha hecho para proteger a su hermana, pero al mismo tiempo piensa que hay que tener la sangre muy fría para hacerlo de esa manera.

Aunque sabe la respuesta, le formula la pregunta que le quema los labios:

—¿Mataste tú a Dennis Peterson?

Karen baja la mirada.

—Sí, fui yo. Le pedí perdón desde la primera cuchillada. Fue el peor momento de mi vida con diferencia. —Se tapa el rostro con las manos—. Créeme, no es lo mismo hablar con una persona para que se suicide que matarla con tus propias manos.

—¿Lo metiste en el maletero del Jaguar XF de Vivian?

—Sí. Ella me facilitó su coche. Como tenía que llevarme el Audi de Patrick, no podía arriesgarme a dejar mi coche y que algún policía lo reconociera.

—Y el agresor de Patrick, si no se trataba del supuesto sicario de la Dark Web, como dijo tu hermana, ¿quién era?

—Era Benjamin con un pasamontañas.

Alison finge no sorprenderse.

—No sé qué decirte, Karen.

—No tienes por qué decir nada.

—Me acabas de contar que has matado a un hombre y has obligado a suicidarse a otro.

—Lo sé.

Se hace el silencio. Ninguna de las dos levanta la mirada de la mesa.

—¿Ahora qué? —pregunta Alison, abatida—. ¿Qué hago yo ahora, Karen?

—Sé que es difícil de entender. Este caso te ha afectado demasiado.

—No me refiero a eso.

—Pero yo sí.

Karen saca una pistola del abrigo y apunta a Alison desde la silla. Es en ese momento cuando Alison repara en los guantes. No quiere dejar huellas.

—¿Qué estás haciendo?

La informática ignora la pregunta.

—Benjamin y Vivian ya no se librarán de la cárcel. Ellos mismos han confesado unos crímenes que no les pertenecen. Yo, en cambio,

aún estoy a tiempo de librarme.

—Karen…

—Tú misma lo has dicho, Alison. Estoy de mierda hasta el cuello. Nuestra amistad ya no sería lo mismo después de esto. Tienes que hacerlo.

—¿Vas a decirme lo mismo que le dijiste a Patrick Howard?

—No —dice Karen según se abalanza sobre ella, le abre la boca a la fuerza y le mete el cañón de la Springfield dentro. Alison siente el frío metal en la lengua y el paladar—. Esta vez va a ser mucho más rápido y sencillo.

En cuestión de un segundo, Alison cierra los ojos y escucha la voz de su madre pronunciando la última frase que dijo antes de morir: «No temas, tu luz bastará para iluminar el camino».

El sonido del disparo se oye por todo el edificio.

Agradecimientos del libro inédito de Patrick Howard

Cuando terminas de escribir un libro, no puedes evitar sonreír. Te vienen a la mente una gran cantidad de momentos por los que has pasado durante el proceso de documentación y escritura. La gente con la que has tenido que hablar, personas a las que admiras y con las que disfrutas teniendo una conversación que de entrada no siempre te reciben con los brazos abiertos. El periodismo me ha dado la vida que nunca había alcanzado a imaginar. Me siento muy afortunado. Por esto y muchas cosas más, quiero dar las gracias:

A la editorial Booker's House, por acogerme y cuidarme tanto desde el principio. Aún me acuerdo de cuando firmé el contrato de publicación de *El mensajero de Sacramento*. Menudo viaje estamos haciendo juntos.

A Rose y Steven Larson, por hablarme de su hija y demostrarme que el amor nunca se apaga. Espero que este libro les dé paz y haga la justicia que Hannah se merece.

A Luis Weaver, por enseñarme el lugar más íntimo y preciado de su profesión. A Cameron Garrett, por ser el policía que todos querríamos tener en casa. Y a Patricia Banks, por atenderme con la amabilidad que otros no me quisieron dar.

A Sam Gordon, yo siempre me acordaré de usted como «Él».

Al sargento James Russell, por darme lo que necesitaba cuando lo necesitaba.

A Irina Cooper, por ser la llama en mi oscuridad. Escribiría un millón de páginas por ti.

Y a mis padres, por todo. Sé que a veces estoy más ausente que de costumbre, pero ya sabéis que este trabajo me absorbe. Después de la publicación de mi tercer libro y de su consecuente promoción,

prometo darme un tiempo para pasarlo con vosotros. Espero que os haya gustado. Lo he escrito con todo el cariño del mundo. Os quiero.

Epílogo

El sol rebosa en lo alto de un cielo despejado. Las ramas más delgadas de los árboles se mueven al ritmo del viento otoñal. Se oyen cantos de pájaros silvestres. Huele a hierba recién cortada. El ambiente sería agradable si no se respirase el duelo entre las decenas de personas que acuden al funeral. El negro predomina entre las sobrias vestimentas, pero también lo hace el azul marino de los uniformes policiales. Hay caras largas. Una tristeza que algunos llevan por dentro y otros son incapaces de ocultar.

El reverendo Weaver, que ha sido informado de la noticia, se ha ofrecido para oficiar el entierro. Ha querido hacerlo para cerrar el círculo y estar en paz consigo mismo. Vestido con una sotana negra, lee un fragmento de la Biblia delante del féretro, que yace en el suelo junto a un hoyo profundo:

—«Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. Tiempo de nacer, y tiempo de morir; tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado».

Entre los presentes, hay una persona que no para de llorar a lágrima viva. Se obliga a permanecer erguido durante el ritual religioso, pero su expresión es la de un hombre herido. Solo se mueve para limpiarse la nariz. El sargento Russell le ha aconsejado no asistir al funeral, pero él ha querido hacerlo. No quiere arrepentirse después.

A Paul se le rompe el alma al ver las coronas de flores. No puede mirar a la familia, observar ese incomparable dolor tan cerca. Aunque no le hace falta mirarlos para conocerlo de primera mano. Los llantos del padre se oyen por encima de las oraciones del sacerdote.

Bajan el féretro con dos cuerdas y cubren el hoyo con palas. Tras aplanar la tierra, dan el acto por concluido.

El gentío se dispersa poco a poco, pero Paul se queda paralizado, con los brazos pegados al cuerpo. Una mano se posa en su hombro derecho. Él gira sutilmente la cabeza y ve al sargento Russell a su espalda.

—Váyase a casa, Price. Es una orden.

Entre lágrimas, Paul asiente y emprende el camino hacia la salida del recinto. Intenta recomponerse. Se seca los ojos y las mejillas. Respira hondo y parpadea varias veces.

Alguien lo espera en la salida del cementerio. Él la mira con tristeza. Cuando llega a su posición, se funden en un abrazo.

—¿Había mucha gente? —Alison mira por detrás de Paul.

—Sí. Estaban todos.

—¿Cómo están sus padres?

—¿Cómo van a estar? Tienen a una hija en prisión provisional y otra enterrada bajo tierra. Su padre parece destrozado.

Alison asiente con gravedad.

—Gracias, Paul. Si no hubiese sido por ti, habría sido yo quien… —Se le rompe la voz antes de terminar la frase.

Al día siguiente de cerrar oficialmente el caso, Paul fue readmitido en el cuerpo. Por suerte, Benjamin se encontraba bien, solo había tenido un par de fracturas leves, y no había querido denunciar. A Paul le cayó una buena advertencia por parte del sargento Russell, pero nada de lo que debiera preocuparse *a priori*.

Alison no volvió a hablar con Karen hasta la noche de la cena. Ella sabía lo de la llamada de la informática a Benjamin durante el interrogatorio de Vivian y lo que significaba. Si Karen también estaba implicada, quizá ella corriese peligro. De modo que le pidió un favor a Paul. Debía ir a su casa y quedarse escondido en la habitación de invitados. Escucharía su conversación con Karen e intervendría si era necesario. Así lo hizo. Después de que Alison guardara la carpeta y la Glock en un cajón, cruzó una mirada con Paul. Él se encontraba sentado en el borde de la cama, con el arma en la mano. Luego llegó Karen, la pizza de La Bohème y su confesión. Cuando la informática le metió el cañón de la Springfield en la boca y se

dispuso a matarla, Paul se le adelantó. Salió de la habitación de invitados y disparó a Karen, que murió en el acto. Los padres están al tanto de todo. Lo que no saben es quién abrió fuego contra su hija.

—Lo habría hecho igualmente aunque no me lo hubieras pedido —dice Paul.

La mirada de Alison es suficiente para agradecérselo.

—¿Te apetece tomar algo? —propone él.

—No. Tengo que hacer una cosa.

Paul no pregunta y acepta la negativa.

—Otro día entonces. Cuando las aguas se hayan calmado, me gustaría tomarme un vaso grande de Caramel Macchiato contigo, hablar sin parar dentro del coche patrulla y que nos duela la cara de tanto reírnos.

Alison esboza media sonrisa.

—Dalo por hecho.

Alison conduce despacio. El corazón le va a explotar de un momento a otro. Estas dos semanas en el Grupo de Homicidios la han fortalecido en muchos sentidos. Ahora se siente más segura, tiene más confianza en sí misma y no se infravalora, al menos no tanto como al principio. Poco a poco. Pero lidiar con criminales, por muy duro que parezca, no le da la convicción que desearía tener para enfrentarse a esto.

Aparca en el barrio de Dumbo, en el distrito de Brooklyn, y llama al timbre de un edificio. Nadie contesta al otro lado. El portal se abre y ella entra aterrada. Se monta en el ascensor y sube al sexto piso. Cuando las puertas se deslizan, ve a Aaron en el rellano de su domicilio, con un jersey granate y el pelo recién cortado. Le queda bien. Su expresión denota confusión, sorpresa, alegría, ¿decepción? A Alison le gustaría saber qué piensa Aaron en estos momentos.

—Hola.

—Hola —responde él—. ¿Quieres pasar?

—No. Solo quería… ¿Cómo estás?

—Bien. Bueno, no te esperaba, la verdad.

—Perdona. Estás con alguien, ¿no? —Pone una mano sobre el tirador de la puerta del ascensor, avergonzada—. Lo siento, en serio. Ya me voy.

—No. Alison, espera.

—No tienes que darme explicaciones, Aaron.

Él la agarra suavemente del brazo para retenerla y ella suelta la puerta.

—Estoy solo. Te lo prometo.

Alison asiente.

—Aunque no lo estuvieses, no pasaría nada tampoco.

—Pero lo estoy.

—Ya, bueno. Solo digo que…

—Alison —la interrumpe—, ¿por qué has venido?

Ella se sonroja. Cuenta hasta tres mentalmente y lo suelta:

—Sé que ha pasado mucho tiempo. Y sé que no me porté bien contigo.

—No digas eso. Yo desconozco cómo habría actuado si me hubiera visto en tu situación. Miraste por ti y por tu padre. No tengo nada que reprocharte.

Alison cabecea, no muy convencida.

—El Departamento me ofreció ayuda psicológica. Me vino bien.

—Me alegro mucho.

Alison se queda callada unos segundos. No sabe qué decir.

—Ahora soy detective en el Grupo de Homicidios.

—No me digas —exclama Aaron—. Enhorabuena.

—Gracias. De hecho, acabo de cerrar mi primer caso.

—Vaya, y ¿de qué trataba?

Alison suelta un bufido.

—Es una larga historia.

—Me gustaría escucharla.

Los nervios revolotean en el interior de Alison.

—Necesito decirte algo.

—¿El qué? —pregunta él.

—Por una cuestión del caso, tuve que hablar con una mujer llamada Olivia Miller. Creo que os conocéis. Os vi juntos en las grabaciones de seguridad del Cinema Village.

—Qué me cuentas… —dice, sorprendido—. ¿Eres tú la detective que la interrogó por lo del suicidio de Patrick Howard?

La pregunta incomoda a Alison. No por ser esa detective, sino porque Aaron ha vuelto a hablar con ella. Por eso lo sabe. Posiblemente se han visto de nuevo y…

—Olivia y yo nos hemos hecho muy amigos —explica Aaron—. Nos conocimos en el taller de teatro. Ella es aficionada al cine, igual que yo, y vamos a ver una película juntos cada dos semanas. A veces tengo que tragarme largometrajes que no me interesan nada, pero supongo que de eso se trata la amistad, ¿no? De ceder un poco por el otro.

Alison tarda en procesar toda la información.

—¿Estás en un taller de teatro?

—Sí, bueno, pero nada serio. Tú ya sabes que mi pasión siempre ha sido el cine. Después de nuestra ruptura necesitaba tener la cabeza ocupada y me apunté a clases de interpretación. No se me da mal, ¿sabes? Puede que algún día haga una audición para algún proyecto.

—Entonces —intenta comprender— ¿no estáis juntos?

Aaron se queda perplejo ante la pregunta.

—¿Qué? ¡No! Somos amigos, nada más. Olivia es una mujer muy agradable, pero de ahí a verla con esas intenciones…

Alison se ruboriza hasta las cejas. Por un momento se ha sentido estúpida por pensar algo así, pero se ha detenido a tiempo. Nunca más pensará que es estúpida por nada.

—Disculpa —dice, avergonzada—. Olvídalo, ¿vale?

Aaron sonríe.

—Me alegro mucho de verte, Alison.

Ninguno de los dos puede apartar la mirada de los ojos del otro.

—Yo también.

Una pequeña pausa. Diminuta, casi inexistente.

—¿Y si damos un paseo mientras me lo cuentas todo sobre tu primer caso como detective?

Ahora Alison también sonríe. Los nervios revolotean en su interior con más fuerza. Aun así, no le impiden pronunciar dos palabras que, juntas, le parecen las más hermosas del mundo.

—Me encantaría.

Agradecimientos

Qué puedo decir, esto es un sueño. Me emociono al pensar en el camino recorrido durante los últimos años, en las infinitas horas de trabajo y en la ilusión de un niño que un día dijo que quería ser escritor. Esa misma ilusión está detrás de *El misterio Hannah Larson*. Y, para que esto haya sido posible, muchas personas me han ayudado y han estado a mi lado en el proceso. Quero darles un millón de gracias:

A María Fasce, por la enorme confianza y la ilusión compartida.

A Ilaria Martinelli, por ser la mejor editora posible. Gracias por el apoyo, la alegría, las reuniones y las decenas de correos emocionantes a la vez que estresantes. Ya sabes que disfruto mucho con esto y que no puedo estar más contento trabajando contigo.

A Maya Granero, por las exhaustivas revisiones en las que lo cuestionamos todo, y a José Luis Rodríguez, Martín Schifino y Juan Antonio Segal por darle al libro una calidad exquisita.

A Blanca Establés, María Contreras, Carme Riera, Laura Russo, Paloma Castro y a todo el equipo de Alfaguara y Penguin Random House, por hacer que esté como en casa. Y gracias a Ana Soteras y Rocío Ranz por acompañarme en la travesía de *El último caso de William Parker*.

A Teresa y Tom, por resolverme varias dudas sobre la policía de Nueva York.

A Joan Artés, por acercarme un poco más al mundo de la informática.

A Javier Fernández, por su gran ayuda con las cuestiones sobre medicina forense.

Al doctor Guillermo Dalia, por darme las herramientas necesarias para poder escribir sobre psicología con el mismo respeto, pero con más seguridad.

Al doctor Franco Emmanuel Appiani, por explicármelo todo sobre el alzhéimer, y a Andrea Descalzo, por guiarme cuando estaba perdido.

A Elena González, de Montblanc, por mostrarme las preciosas particularidades de la pluma estilográfica creada en honor a Agatha Christie.

A Alejandro Monzó, por hablar conmigo sobre cámaras antiguas para encontrar el modelo perfecto para la novela.

A mis padres y a mi hermana, por empujarme siempre hacia delante y apoyarme en todas y cada una de mis decisiones.

A Alba, por creer en mí cuando ni yo mismo lo hago.

A mi familia y amigos, por acompañarme en esta locura, por las celebraciones, los abrazos y las risas, que son tan importantes como la vida misma.

A Alison, Patrick y Hannah, porque sé que os voy a recordar siempre.

Y a ti, por supuesto. Gracias por leer esta historia, por dedicar tu tiempo a ella. Pero, sobre todo, gracias por leer.

No puedo terminar los agradecimientos sin acordarme de todas las personas que estuvieron presentes en la gira de la que fue mi primera novela. Gracias a todos los lectores que acudieron a las presentaciones, festivales, firmas y clubes de lectura. A los profesores y alumnos de los institutos a los que fui. A los periodistas que me entrevistaron, a los libreros y a los bookstagramers que recomendaron el libro por las redes. A los miles de lectores que le dieron una oportunidad a ese músico que había escrito una novela. Gracias de corazón.

Pero esto no acaba aquí. ¿A dónde viajamos ahora?

ALEXANDRE ESCRIVÀ

Créditos

Primera edición: mayo de 2025

© 2025, Alexandre Escrivà
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de cubierta: © Johannes Huwe

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10299-07-8

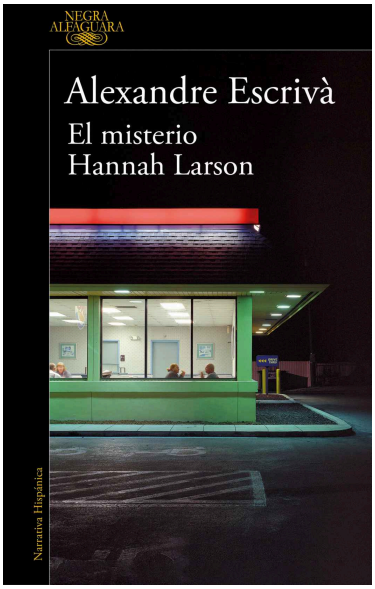
Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Sobre este libro

«El nuevo prodigio del thriller español».
El Confidencial
ESCRIVÀ VUELVE CON UN MISTERIOSO ROMPECABEZAS EN NUEVA YORK: UN SUICIDIO EN PRIME TIME, UN CRIMEN OLVIDADO Y UN LIBRO PERDIDO.
Por el autor de *El último caso de William Parker*: «oscura y sorprendente» (Javier Castillo).
«Los talibanes del género negro estamos de enhorabuena».
César Pérez Gellida



Patrick Howard, célebre periodista de true crime, se suicida en directo durante el programa con más audiencia de Estados Unidos. La joven inspectora Alison Hess se enfrenta así a su primer caso.

Aunque todo apunta a un simple suicidio, Alison descubre que antes de morir Howard estaba escribiendo un libro sobre un famoso caso que quedó sin resolver: la muerte de Hannah Larson, de diecisiete años, brutalmente asesinada en 1993 cerca del río Hudson, a pocas manzanas de Manhattan. Su muerte salpicó a varios miembros de la alta sociedad neoyorquina y a la campaña de uno de los candidatos a la alcaldía de la ciudad.

El libro que estaba escribiendo Patrick Howard ha desparecido y nadie parece conservar ni una sola copia del archivo. ¿Existió de verdad? ¿O quién asesinó a Hannah Larson no quiere que se encuentre?

Un misterio que impactará en la vida personal de la inspectora Hess y que destapará secretos inconfesables sobre la ciudad de Nueva York y su élite.

La critica ha dicho…
«Todo un éxito, una revelación editorial».
Cadena Ser

«Oscura, sorprendente y con el realismo de dos protagonistas que parecen tener vida propia».
Javier Castillo

«Obligatorio seguir muy de cerca a Alexandre Escrivà. Los talibanes del género negro estamos de enhorabuena».
César Pérez Gellida

«Una de las voces que han llegado con más fuerza al panorama editorial en los últimos meses».
Pedro M. Espinosa, *Diario de Cádiz*

«Entre Joël Dicker y Javier Castillo, Escrivà sabe crear una buena atmósfera de misterio y hacer dudar, de forma sólida, sobre quién es el culpable y qué buscan realmente sus personajes».
Ana Rivera Magaña, *Diari de Tarragona*

«William Parker es un personaje fascinante».
Susana Santaolalla, RTVE

«Alexandre Escrivà se ha convertido en el nuevo prodigio del thriller español».
El Confidencial

Sobre Alexander Escrivà

Alexandre Escrivà (Valencia, 1996) es originario de Tavernes de la Valldigna y siempre quiso ser escritor. Cursó estudios superiores de música y ha sido miembro de numerosas jóvenes orquestas, como la Joven Orquesta de la Generalitat Valenciana y la Joven Orquesta Nacional de España. Su trabajo musical ha sido reconocido con importantes galardones, como el primer premio en el V International Music Competition «Grand Piano in Palace» de Rusia (2021) o el segundo premio en el International Music Competition 2019 «Paris» Grand Prize Virtuoso de Francia (2019). Actualmente se dedica a la interpretación, compaginando giras y colaboraciones con la Banda Municipal de Barcelona con la docencia, y, cumpliendo su sueño, a la escritura. *El último caso de William Parker* (Alfaguara Negra, 2023) es su primera novela.

Gracias por tu lectura de este libro

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Dedicatoria
Advertencia al lector
Prólogo
1. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 0.20 h
2. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 1.10 h
3. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 8.30 h
4. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 10.00 h
5. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 11.05 h
6. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 11.25 h
7. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 16.00 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
8. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 18.40 h
9. Alison Hess. Lunes, 26 de septiembre de 2016, 19.30 h
10. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 6.50 h
11. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 9.05 h
12. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 10.00 h
13. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 12.15 h
14 Patrick Howard. Seis meses antes del suicidio
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *La verdad*
15. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 17.30 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
16. Alison Hess. Martes, 27 de septiembre de 2016, 19.00 h
17. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 9.00 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *Información oficial*
18 Patrick Howard. Tres meses antes del suicidio
19. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 10.30 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *La pérdida*
20. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 11.30 h
21. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 12.10 h
22. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 13.20 h
23. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 14.00 h

Escritura terapéutica de Alison Hess
24. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 15.00 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
25. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 18.45 h
26. Alison Hess. Miércoles, 28 de septiembre de 2016, 19.50 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El primer sospechoso*
27. Alison Hess. Jueves, 29 de septiembre de 2016, 11.00
28 Patrick Howard. Dos meses antes del suicidio
29. Alison Hess. Jueves, 29 de septiembre de 2016, 11.25 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El regalo*
30 Patrick Howard. Dos meses antes del suicidio
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *Él*
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El diario*
31. Alison Hess. Jueves, 29 de septiembre de 2016, 13.00 h
32. Alison Hess. Jueves, 29 de septiembre de 2016, 14.40 h
33. Alison Hess. Jueves, 29 de septiembre de 2016, 20.00 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
34. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 9.15 h
35. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 10.00 h
36. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 10.30 h
37. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 11.15 h
38. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 12.15 h
39. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 12.45 h
40. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 14.25 h
41. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 15.00 h
42 Patrick Howard. Tres semanas antes del suicidio
43. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 15.40 h
44. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 17.10 h
45. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 18.15 h
46. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 19.10 h
47 Patrick Howard. Dos semanas antes del suicidio
48. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 19.30 h
49. Alison Hess. Viernes, 30 de septiembre de 2016, 20.20 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
50. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 10.00 h

Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El Pensamiento del Orden*
51. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 11.05 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El robo*
52. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 12.10 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El soplo*
53. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 12.25 h
54 Patrick Howard. Dos semanas antes del suicidio
55. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 15.30 h
56. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 17.00 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El diario de Benjamin Shaw*
57. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 18.15 h
58. Alison Hess. Sábado, 1 de octubre de 2016, 19.05 h
Escritura terapéutica de Alison Hess
59. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 8.15 h
60. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 9.40 h
61. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 11.20 h
62. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 13.05 h
63. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 14.30 h
64. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 15.15 h
65 Patrick Howard. Una semana antes del suicidio
66. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 16.40 h
67. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 17.35 h
68 Patrick Howard. Seis días antes del suicidio
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *El faro rojo*
69. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 18.50 h
Capítulo del libro inédito de Patrick Howard. *La pluma*
70. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 19.30 h
71 Patrick Howard. Tres horas y treinta minutos antes del suicidio
72. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 19.45 h
73 Patrick Howard. Una hora antes del suicidio
74. Alison Hess. Domingo, 2 de octubre de 2016, 20.10 h
75. Alison Hess. Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.00 h
76. Alison Hess. Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.20 h
77 Patrick Howard. Una hora y diez minutos antes del suicidio

78. Alison Hess. Miércoles, 5 de octubre de 2016, 20.25 h
Agradecimientos del libro inédito de Patrick Howard
Epílogo
Agradecimientos
Créditos
Sobre este libro
Sobre Alexander Escrivà